



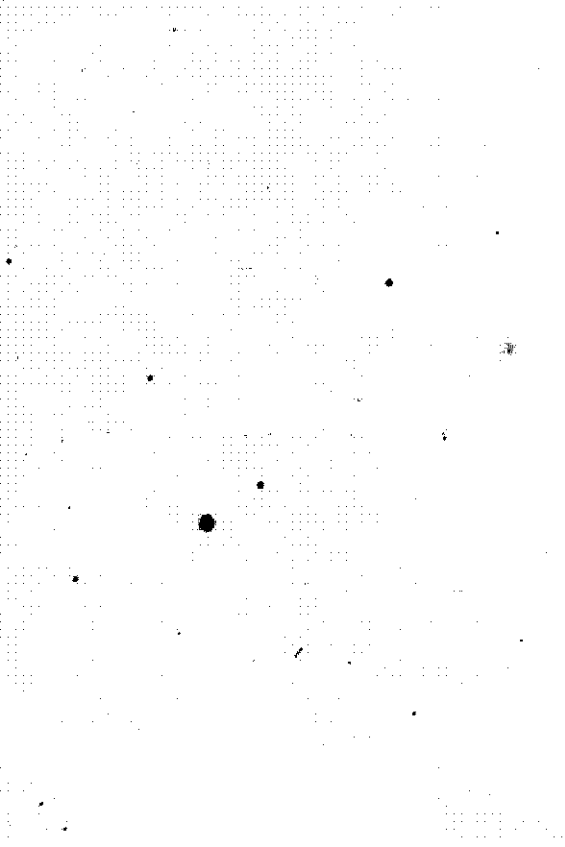


ANT
XIX
56

LA

ADVEN RECENTE.





13. 000. 1. R-43.572

LA JOVEN

REGENTE

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

por los señores

MICHEL MATHON Y SERRANO TOMAS

TOMO I.

SEVILLA:

Imprenta de Gomez, calle de las Sierpes n. 12,
junto al café del Turco.

1846.





CAPÍTULO I.

CORAZON LLENO Y BOLSA VACIA.

Antes de perder en el Elba su nombre con sus aguas, forma el Mulda con aquel río una especie de delta, llena de frescor de silencio y de sombra, y al ver los graciosos recodos que forma el río menor cuando se halla próximo á confundirse con el que le espera, parece que siente un gran pesar en abandonar sus risueñas orillas magníficamente cubiertas de árboles, en que la luz mas suave se estiende por el site impregnado de los mas gratos aromas.

De repente deja el Mulda de jugar, por decirlo así, y al llegar á un punto muy próximo ya al término de su corriente, parece

que se detiene y echa sus dos brazos por los lados de una isla llena de vegetación, hecha lo cual, y después de haber satisfecho de esta manera su último momento de libertad, corre deliberadamente á entrar en el Ebro que se le traga.

Hay una ciudad colocada del modo más ventajoso para gozar de lo pintoresco del más agradable paisaje de las que forman las curvaturas caprichosas del Mailla, y esta ciudad es Dessau, la capital más importante de los cinco principados sajones que llevan el nombre de Anhalt.

Esta linda ciudad está edificada fuera del Delta, junto á la orilla izquierda del Moides, y de este modo, profeciente al mismo tiempo que coqueta, ha hecho que le sirva de defensa al mismo tiempo que de adorno las corrientes de los dos ríos, y la isla embalsamada, en frente de lo cual ha agrupado sus casas, detrás de una cintura de murallas. El río ha abierto al pié de estas un foso natural, y el lagatse á él es tanto más peligroso en tiempo de guerra, cuanto que el puente levadizo que pasa por cima, está defendido por una mechina, dispuesta para distribuir la metralla por toda la isla.

A cubierto, pues, de cualquiera golpe de

mano, gracia á las provisiones de la naturaleza y á los cuidados del arte, Dessau se duerme todas las noches en paz y despierta todas las mañanas del mismo modo; sin embargo ¡Dios la proteja! También defendida se halla la plaza con sus puentes y sus murallas que hubiera sido inútil fortificarla interiormente, y así es que el palacio del príncipe reinante de Ansbach Dessau, aun en el tiempo á que sube nuestra historia, se hallaba muy distante de parecerse á las demás residencias soberanas que en aquella época presentaban el aspecto de ciudades, y podían servir de tales en caso de necesidad, antes bien era una verdadera mansión de príncipe, en cuya construcción se intentó consultado á las comodidades y decoro de sus nobles dueños, y no á la defensa del edificio.

El punto superior de la fachada del palacio que daba frente á la ciudad, terminaba en una especie de cúpula, cuyo techo octógono sostenía una ligera linterna. A esta especie de mirador ó glorieta, se subía por dos rampas que venían á parar á las dos alas del palacio, terminadas en dos pabellones y de estos, como dos brazos que se alargan hácia delante para traer hácia sí los objetos á que no pueden llegar, se adelan-

taban otros dos cuerpos, cuya prolongacion terminaba por uno y otro lado en unas torrecillas, las cuales comunicaban entre sí por medio de un terrado que formaba un arco sobre la entrada de aquella plaza de armas. Visto del lado opuesto, es decir, por la parte de un parque magnifico que se extendia hasta las murallas de la ciudad, el palacio del príncipe de Anhalt solo presentaba una fachada impotente, cuyo centro, que salia algun tanto hacia los jardines, se comunicaba con los pabellones laterales, por medio de un doble terrado que corria sobre los arcos de una galeria inferior. En esta parte mas retirada del palacio se hallaban situadas las habitaciones de Sofia Margarita, princesa soberana de Anhalt Dessau.

Los derechos que dá el nacimiento son no pocas veces derechos á la desgracia. El dia en que Sofia Margarita de Beruburgo, victima inmolada á los intereses de la politica que arregla los casamientos de los príncipes, vino solemnemente á establecerse, y mejor pudiera decirse, á sepultarse en aquel palacio; la corte de Juan Casimiro, por lo regular inquieta y regañona como su soberano, hizo un esfuerzo para mostrarse jóven y risueña, á fin de insipitar un poco de con-

lanza al corazón de la graciosa y tímida esposa de su amo; mas esta, padeciendo de verse aislada, echando de menos lo pasado, y pidiendo á Dios con su libertad de joven sus compañeras, sus flores y sus pájaros, al mismo Dios que le imponía las cadenas del matrimonio y el peso de una corona, no pudo vencer tanto como hubiera deseado y debido, la profunda tristeza que entría su alma con velo de luto, y sus miradas con una nube de lágrimas.

Los homenajes de que era objeto Sofia Margarita y el ruido que la rodeaba, no conseguía distraerla de una terrible idea. A pesar del hermoso nombre de soberana que le daban, o mas bien á causa de ese mismo nombre, recordaba continuamente que el año anterior, otra princesa de Anhalt, Inés de Hesse-Gassel, primera mujer de Juan Casimiro, se hallaba sentada en aquel trono en que la fatalidad la colocaba ahora. Sabia Sofia Margarita que la ocupaba el puesto en que ella habia venido á ponerse, habia sucumbido á la fuerza del fastidio, y consultando en su interior con sus fuerzas y su edad, se preguntaba con terror: «Basta la juventud para preservar de semejante desgracia?

Algunos instantes, pero de una manera

furtiva y como á escondidas, dirigía una mirada á su marido, y ciertamente no debiera mover los ojos en aquella dirección, si quería encontrar algo que la animase á soportar su suerte, pues en vano Juan Casimiro se esforzaba para gozar de la fiesta y llevar erguida la cabeza que el balneario hacia inclinar, cuando todo en él revelaba una verdadera vejez. Con efecto el príncipe de Aulhi-Bessan, era viejo, y notorio por la edad cuanto por una decrepitud moral y una comprensión estéril, que habían anticipado mucho para él los entorpecimientos que son consecuencias habituales de la extrema vejez.

Juan Casimiro debía á la naturaleza, más drasta para él, un temperamento tan delicado que siendo ya joven, tenía todavía la debilidad de un niño, y en pocos años había pasado á una vejez precoz, sin haber conocido nunca el vigor de la edad viril. Ese estado de insuficiencia física había producido en él un ánimo inquieto y receloso, un carácter tímido y casi cruel. Como se sentía tan débil y apercado, sacaba del desprecio con que se miraba á sí mismo el odio que tenía á todo lo que era fuerte, animoso, joven y bello.

El, que trabajosamente podía moverse;

él, que cada día que se miraba al espejo, se veía mas arrabado é insignificante; él, cuya sangre miserable no podia hacer pasar de corazon á la cabeza ningun sentimiento generoso; él, Juan Casimiro, el imbecil, envidiaba al ave su vuelo, á la flor su brillo, á hombre de valor sus acciones gloriosas, y era día de gran regocijo para él aquel en que podia romper las alas á algun pobre pajarito, pisotear y estropear buena cantidad de flores hermosas, y humillar con una desconsoladora pública de desprecio al que se habia atrevido á dar pruebas de mérito, de valor ó de generosidad.

Después de la muerte de Inés Hesse-Caspi, se aumentó de tal manera el humor áspero y taciturno de Juan Casimiro, que llegó á ser una verdadera hipocandria, y para disipar aquella tristeza orgánica, la diplomática de acuerdo con la medicina aconsejaron al principe los cultivos y deberes de un nuevo matrimonio; de suerte que en esa alianza á que Sofia Margarita llevaba la juventud de su alma, y sin duda todas sus esperanzas de felicidad, la razón de estado solo habia visto una combinacion política y la ciencia el ensayo muy dudoso de un medio de curación.

Un matrimonio semejante no podia

ser feliz, y no fué en efecto. Sin embargo, habían acompañado á la instalación de Sofia Margarita en su nueva residencia las mayores muestras de alegría y de regocijo, pues hubo fiestas de que todos se acordaban mucho tiempo después de aquel día. Jamás la ciudad de Dessau habia manifestado tanto entusiasmo como en aquella ocasion, y así es que cuando en la ciudad se queria dar una idea de algun suceso feliz y de un hermoso día, se decia como por adagio: «Hermoso como el día del casamiento.»

La union de Juan Casimiro con Inés de Hesse-Cassel habia encontrado mucha menos simpatia en la corte y escitado menos la alegría del pueblo, porque es preciso confesar que aquella señora, buena, pero fría y altiva como verdadera princesa alemana, no tenía como nuestra Sofia Margarita aquella tierna gracia, aquel candor angélico que atraen los corazones hácia una mujer, de cualquier rango que sea, y que aseguran al trono el afecto de los pueblos cuando esa mujer es la reina.

En las antiguas provincias del imperio germánico en que el espíritu nacional se confundía tan perfectamente con el espíritu de familia, que cuando el soberano manda es difícil decir á cada individuo del pueblo obe-

dece como hijo ó como vasallo; en ese país y en aquel tiempo sobre todo, la lisonjía de la corte se reflejaba en el pueblo, y como todo había sido triste y oscuro en las regiones elevadas durante los veinte y siete años de casamiento de Inés y de Juan Casimiro, empezaban ya las clases inferiores á cansarse de tanta tristeza, cuando apareció en medio de ellas una joven blanca y sonrosada, cuyas dulces miradas parecía que digesen a la multitud que la rodeaba: «Yo soy la gracia, la abundancia, la clemencia y la felicidad; vengan á mí todos los corazones, pues traigo debajo de mi manto ducal mas felicidad que esperanzas habían formado vuestros corazones.» De ahí nació el entusiasmo popular que se manifestó al llegar Sofia Margarita. ¡Pobre joven! Parece que la multitud sembraba su camino de aclamaciones y de flores, como para deslumbrarla acerca de su nueva suerte.

Mientras duró la marcha triunfal de Sofia Margarita, es decir, desde la entrada en la ciudad hasta el peristilo del palacio, la princesa, que al principio había experimentado un sentimiento de temor al verse lejos de los suyos y en país extraño, admirada y contenta de ver que tan bien la conocían, puesto que tanto mostraban amarla,

sintió desvanecerse los recelos que constantemente la habían acompañado desde Bernburgo á Dessau. La satisfacción de su alma aparecería en sus ojos, y se sonreía con agrado á la entusiasmada muchedumbre. Y ¿quién no se hubiera sonreído como ella, al ver aquellos festejos que en su obsequio se hacían, y al oír las bendiciones que acompañaban á su nombre? Pero su contento debía cesar al terminar su viaje, y cuando Sofia Margarita llegó á palacio y se vio en presencia del viejo á cuyo lado tenía que vivir en adelante, volvió de nuevo á posecionarse de ella y á entristecerla la convicción de su aislamiento.

Los males de Juan Casimiro, que por un momento habian estado como dormidos, se reanaron y fueron aumentados de día en día. Al principio de su union con Sofia Margarita, el viejo violentando sus naturales aptitudes y sus ojos inveterados, habia creído que podria decirse á colerar en otra persona la juventud, la alegría y la salud que á él le faltaban; y á decir verdad, no hubiera tenido un gran mérito esa tolerancia, porque la juventud, la salud y la alegría se presentaban á él bajo un aspecto tan amargo que hasta lo pare commiser á cualquiera razon por tonta que fuese.

Vivia por aquella época en Dessau un caballero extranjero, de cuya persona y costumbres se hablaba con mucha diversidad. Los hombres decían en público mucho mal de él, y las mujeres en secreto le ponían en las nubes; pero solamente estas hablaban con sinceridad, lo cual es un hecho bastante notorio, para que no se deje pasar sin observarle. Tanta franqueza de parte de las señoras, quitaba el sueño á no pocos maridos, de lo cual no se le daba nada al objeto feliz de sus inquietudes, el caballero Jorge Querzel.

Sería ofender al carácter de este el suponerle bastante fatuo, para creer que era cosa que se le debía de derecho la estimación que algunos le profesaban, y que no sintiese compasión alguna en favor de aquellos á quienes los celos mantenían desvelados. Si no hacía caso de los elogios ni de las censuras que le dirigian, si no pensaba en el placer o el tormento que causaba su presencia y dejaba su recuerdo, no era por desprecio ni por orgullo sino simplemente porque lo ignoraba. Una idea fija preocupaba su ánimo, y atravesaba la vida sin dirigir una mirada á las rosas que pasaban á su lado, por más gratas y atractivas que fuesen. Tenía un objeto, visible para él solo

y tan completamente oculto para todos los demas, como se hallan escondidos los sucesos del porvenir en la mente divina.

Pero á este objeto, ¿qué nombre convenia darle? ¿Era ambicion? ¿Era amor? En la completa ignorancia de la verdad en que todos se hallaban, cada cual podia fraguar como quisiere la novela del caballero segun su propia imaginacion; lo único que habia de seguro era que pasando la vida como hemos dicho, Jorge Overzell hacia que fuese singularmente agradable para él, y muy problemática para los demas, y sabia atravesarla como un gran señor.

Vestido siempre sin afectacion pero con magnificencia, usaba para su ropa los lienzos mas finos y blancos de Holanda, sin que nunca le pareciesen caros; sus puños y pecheras eran de los encajes mas lindos, y delicados, y adornaban siempre su semblante las plumas mas bonitas y flexibles pero su espada era la que parecia privilegiada en la sabia ingeniosa reparticion de aquel lujo de buen gusto, pues al rededor del puño de nácar adornado con una amatista en que estaban grabadas sus armas, daba vueltas una triple sarta de perlas finas, de la cual pendia una bellota de oro atiligranada.

Overzell llevaba todo aquel aparato de las

gentes de buen tono con la ligereza de la juventud, la naturalidad que produce el hábito y la elegancia debida á una esmerada educacion. Además, conformando sus acciones con sus principios, daba con aquella generosidad propia de los que solo aprecian en el dinero el placer que causa á los demas.

El caballero Oberzell vivia sumptuosamente en Dessau, por lo menos en lo exterior, si es que no era lo mismo en lo interior de la vida privada. A cualquier costa habia de tener el caballo mejor de la ciudad, y por muy caro que le hubiese pagado no le conservaba quince dias, como se presentase otro mejor. En el tiro de ballesá, que entonces era el pasatiempo favorito de la nobleza, Oberzell se manifestaba buen tirador y jugador franco, por grande que fuese la importancia de su puesta, parecia que le fuese indiferente el resultado cuando se decidia la partida. Que la suerte le hubiese sido favorable ó adversa, solia perder notablemente, y lo que es mas raro todavia, ganar noblemente tambien. La suerte le encontraba siempre con el mismo rostro, ora se mostrase indulgente ó severa; jamás disputaba cuando quedaba vencido y estaba dispuesto á abandonar el fruto de una victoria

dudosa ó simplemente disputada, acogiendo la mala suerte con aquella tranquila serenidad que parece que ignora que haya mérito alguno en perder su dinero y conservar su buen humor.

Un modo de vivir tan espléndido no se sostiene sin grandes gastos, y Oberzell ¿podía cubrir todos los que hacía, apoyando tan solo á sus propios fondos? Los murmuradores de Dessau no lo juzgaban así, antes bien decían á todo el mundo que Oberzell arrojaba por la ventana su dinero que no siempre le entraba por la puerta, y tan solían colocarle en aquella clase de hombres de quien ha dicho un poeta,

Brillantes de oro y plata por de fuera,

Mas siempre sin un real la faltriguera.

La palabra siempre seria demasiado absoluta con respecto á Oberzell, pero la idea se le podia aplicar algunas veces.

Un dia, que con dificultad hubiera podido desmentir al poeta, despues de haber atravesado la calle principal de la ciudad, se acercaba al jardin público de palacio, paseo abierto para todos, pero muy poco frecuentado, si bien término acostumbrado de las peregrinaciones diarias de Oberzell. En el momento en que iba á entrar por la puerta de la verja, le vió y se acercó á él un mendigo.

El caballero, distraído ó atolondrado, ó caso una cosa y otra, miró con una sonrisa, lo cual es ya una limosna, al pobre hombre que fijaba en él sus ojos suplicantes con la gorra en la mano. Echó la suya Oberzell al bolsillo, pero al momento encontró el fondo sin haber hallado ningún obstáculo intermedio. No pudo menos de reírse al ver su esperanza chisquenda, mas no sucedió así al pobre que había considerado ya la llegada de aquel señor como una felicidad para él y se veía en peligro de quedarse con la gorra en la mano y sin nada dentro de ella. Pero no era Oberzell hombre capaz de sembrar la esperanza y apasar adelante sin que hubiese producido fruto; el solo hecho de haberse parado delante del pobre había convertido á este en acreedor suyo, según su modo de pensar, y acreedor privilegiado, por que se trataba de una deuda sin contrato, de una deuda de honor, de las que Jorge no acostumbraba dejar dormir. Sacó, pues, al momento una cartera, rasgó una hoja del libro de memorias, y escribió en ella con lápiz estas palabras: «Vale por la cantidad de veinte reichsthalers al pagadero al portador, por mi banquero muese Jeremias

— — — — —
(1) *Circa de diez y nueve duros.*

Wulfen. 23 de junio de 1653. — Jorge Oberzell. — A Jeremias Wulfen, llamado el Brabazon, banquero, calle de los Descalzos, barrio de judería en Dessau.

Tan pronto como el mendigo tomó en la mano y leyó el dichoso papel, empezó á deshacerse en acciones de gracias y en arrebatos de alegría. Viniendo de cualquiera otro hubiera podido desconfiar del billete, pero había leído en la firma *Jorge Oberzell*, y la generosidad de este era demasiado conocida en toda la ciudad para que no se alegrára de ser objeto de ella y para que ni por un momento pusiera en duda sus dones.

—Veinte reichsthalers! esclamaba el pobre á voces, llamando la atención de los que pasaban. Tengo veinte reichsthalers míos sin haberlos robado!

—No, no son veinte, replicó Oberzell también á voces; me agradece vd. doble de lo que es, buen hombre; no le doy á vd. mas que diez reichsthalers, porque maese Wulfen no presta sino á cincuenta por ciento.

Esta aventura y este dicho circularon por todas las reuniones de la ciudad, y obtuvo el triunfo que consigue todo lo que es chistoso al mismo tiempo que cierto, pero las verdades ofenden á los que dejan en descubierto, y esa excitó en el mas alto grado la indignacion de

Jeremías Wulfen, juuto el mas rapaz y cen-
coroso de los cuatro cuarteles de Dessau. A
la verdad no dejaba de tener razon para ofen-
darse del epigrama porque aquella repentina
publicidad podia perjudicar mucho á un co-
mercio que solo prospera al abrigo del miste-
rio y del secreto ; pero Oberzell, tan liberal de
espíritu como de bolsillo, no calculaba el re-
sultado de sus palabras con mas cuidado que
el paso del dinero que daba, y á penas habia
salido un regalo de su mano ó un chiste de su
boca, olvidaba uno y otro como si no hubiesen
existido. Wulfen por su parte nada olvidaba,
y ya veremos de que manera la pelota arrojada
al banquero de la calle de los Descalzos, vino
un dia á manera de rayo á caer sobre la cabe-
za del imprudente caballero.

Ahora que el lector conoce ya estas par-
ticularidades, no puede haber inconvenien-
te en confesar que la mayor parte del tiem-
po la fortuna volvia la espalda al buen Jor-
ge Oberzell, lo cual era una grande injusti-
cia que solo puede explicarse recordando
que la fortuna tiene los ojos tapados con
una venda, pues de otra manera no se la
podria perdonar que no se hubiese decla-
rado protectora de tan perfecto caballero.

Era imposible manifestarse mas amable y
mas cortés que él; unos ojos azules pero

vivisimos y firmes animaban aquel gracioso rostro, al cual habieran dado á caso un aspecto demasiado severo la nariz aguileña y una ligera cicatriz que tenía en la frente, á no haber sido por la espresion de benevolencia y amabilidad que se observaba en su boca perfectamente dibujada. En cuanto á las demas prendas exteriores, puede muy bien decirse que Oerzell las poseia todas, pues tenía manos perfectas, dientes blancos como perlas, talle esbelto, gracia en andar, y aquel aspecto elevado y grandioso á cuya superioridad tienen que ceder los demas, blason que la persona lleva consigo y que no pueden desconocer los mas orgullosos, aun cuando se nieguen á inclinarse delante de él.

Este retrato honesto, pero no exagerado, del caballero Oerzell, muestra de una manera incontestable cuán injusta andaba la fortuna en no querer concederle sus favores. El, sin quejarse de ese rigor, trataba de corregir sus fatales efectos, por medio de expedientes todavía mas fatales, lo cual nada le importaba, porque jamás pensaba en las consecuencias. Confiado en el porvenir, se persuadía de que el día siguiente corregiria las injusticias del presente; mas por desgracia ese feliz mañana no se daba ninguna pisa á llegar. Había de incomodarse por eso?

No por cierto, al contrario, miraba cada retardo como un paso dado porque no pudiendo, en su concepto, dejar de llegar el triunfo que esperaba, cada día que pasaba en la expectacion le iba acercando mas y mas á él.

Daba gusto verle á la caída de la tarde, cuando para probar un nuevo caballo que habia comprado, recorría al trote la grande alameda de la isla de Mulda, paseo favorito de los habitantes de Dessau. A la ora en que la celosa aristocrácia, y la rica clase mercantil de la ciudad paseaban por el césped ó se recogían á la sombra de los árboles, cuando todos concurrían allí á gozar del murmullo de las aguas y respirar la brisa refrigerante que produce la corriente de Mulda, en fin, cuando el astro vivificador alargando sus rayos los introducía entre los árboles, como para prolongar mas tiempo su despedida, de repente algunas nubes de polvo que se formaban á cierta distancia, anunciaban á los paseantes la llegada del cumplido caballero, que en todas partes llamaba la atencion y á quien verdaderamente nadie conocia. Al momento todas las miradas femeniles se dirigian hácia la parte donde se levantaba el polvo, y un gesto de mal humor se apoderaba del semblante de los maridos. Oberzell, el temible Oberzell iba á llegar!

La proximidad del caballero, de ese vencedor, objeto de una desconfianza tanto mas general cuanto que atribuyéndosele cien conquistas, nadie podia designar individualmente una de ellas, excitaba una verdadera emocion entre los nobles habitantes y los honrados vecinos de la ciudad, todos á cual mas delicados en lo relativo á su honor como esposos. Veíaseles luchar en aquel momento critico para ver de colocarse como pantallas entre sus sensibles mitades y el peligroso ginete que tal impresion causaba en las señoras. No habia cosa que no discurriesen los pobres maridos para llamar hácia otro punto el corazón y los ojos de su muger, y aun los menos fecundos en recursos hallaban inspiraciones increíbles para distraer la atencion de sus compañeras.

Estas, sin dar á entender que comprendiesen aquella estrategia marital, la inutilizaban por medio de maniobras no menos hábiles. Oberzell se acercaba y era preciso verle y sobretudo ser vistas, y de ahí nacia mil astucias que no siempre engañaban á los celosos, porque estos no podian prever ni impedir. Ya era un guante ó un pañuelo que se cala al suelo y que era preciso coger, pero dando á los ojos distinta direccion que á la mano, ya un velo importuno, que echa-

ha atrás á pretexto de que incomodaba, ya se detenían por haber tropezado en una piedra y lastimándose un pié, ya era preciso pararse para desenganchar una blonda de una rama á que no estaba agarrada. Todos estos accidentes, calculados con primor, daban ocasion á las señoras para mirar á su gusto al mismo que querían ocultarles sus maridos aunque inútilmente. Había pasado y le habían visto.

Y ¿cómo era posible entonces no decir algo del nuevo caballo que montaba? El de ayer era hermoso, pero el de hoy era mejor todavía, y qué bien iba á caballo el hermoso jinete! Como no había de confundir en un mismo elogio al animal y al que le montaba? Los maridos, á quienes no agradaba aquella revista, no querían que se confundiesen las cosas, á cada cual lo que se le debía; mientras se trataban de hacer justicia á las buenas prendas del caballo estaba perfectamente de acuerdo, mas cuando del animal se pasaba al hombre, aprovechaban la primera palabra, no solo para divulgar todo el mal que sabían de él, sino tambien todo el que caritativamente les sugerian los celos.

Desde luego ¿quién era aquel hombre que se atrevia á darse una importancia de principe en las barbas de toda la nobleza de Dessau?

Probablemente algun aventurero, pues aunque no habia pruebas de ello, mientras no las hubiese en contrario lo mas acertado era suponerlo, con tanta mas razon⁴ cuanto que su nombre de Oberzell, aunque suave y grato a los labios y al oido, no se encontraba en ningun nobiliario de la nobleza germanica. Se daba á si mismo el titulo de caballero; pero sin duda seria caballero de industria; se suponía hijo de una casa ilustre, pero ¿quien habia visto sus pergaminos? Por otra parte ¿de dónde habia venido el tal Jorge Oberzell? Unos decian que de Baviera, otros sostenian que del Holslein, y los que se suponian mejor informados aseguraban que era originario de Bernburgo como la princesa Sofia Margarita Enhorahtuena; pero á qué habia venido á la capital del principado de Anhalt? A ver las fiestas del casamiento, porque justamente por esa época fué cuando se presentó en Dessau; pero si hubiese sido un extranjero de nacimiento distinguido como parece que queria dar á entender, hubiera tenido entrada en la corte y se le habria visto en alguna de las casas principales, lo cual no era así, porque él á ninguna parte concurría. ¿Seria acaso porque él no quisiese tener relaciones íntimas con nadie? Era un delirio creerlo; porque siendo joven, viviendo con magnificencia, y mos-

trando el mayor empeño en presentarse donde quiera que había concurrencia, no se le podía suponer atacado de misantropía; así, pues, sino se presentaba en ninguna parte, era porque sabía que todas las puertas estaban cerradas para él; la justicia que se hacía y la vergüenza que tenía de sí propio, le inspiraban esa prudente reserva. Pero ¿de qué había de avergonzarse? ¿De qué? decían los malévolos; pues ¿ignoran vds. el objeto con que está en la ciudad y el oficio que desempeña en ella? Su conducta no es ya un enigma para nadie; se conocen sus medios de existir, y se sabe que vive de vender los secretos que puede adquirir, porque ese lindo caballero no es otra cosa que un espía.

Espía! He aquí la terrible acusación que corría de boca en boca, y que á veces llegaba á los oídos del caballero, que no hacía ningún caso de ella. Espía! Esta palabra escapada al despecho de un marido celoso, la habían acogido con burla todos los que se hallaban en el mismo caso, y además tratándole de espía, creían haber hallado el secreto de la otra parte de su vida, que ocultaba tan perfectamente á los ojos de todos como lucía la primera.

En lo exterior, procuraba Oberzell atraer á sí todas las miradas, pero nadie había conee-

guido penetrar en su casa, y aquel extraño conjunto de misterio y de brillo que por espacio de dos años habían tratado inútilmente de explicar, se hallaba demostrado con el espionaje porque el espía se presentaba en todas partes para ver y se escondía para referir lo que había visto. Con esta invencion quedaron aliviadas muchas cabezas, que por largo tiempo se habían cansado en querer adivinar cómo era posible que la vida de un hombre estuviese dividida en dos partes tan distintas, y que la una, cuyas operaciones eran siempre públicas, no explicase la otra que se verificaba entre el retiro y el secreto.

Ya hemos dicho que por parte de los maridos solo había suposiciones ultrajosas con respecto á Obetzell, así como solo había tiernas miradas por parte de las mujeres; pero él no oía las mas y muy rara vez reparaba en las otras. Los unos se detenían al pasar él para calumniarle, las otras para vengarle en cierto modo de sus calumniadores, y él, sin hacer caso de unos ni otras pasaba y repasaba galopando ó trotando por junto á las calles de árboles y pensando dentro de sí mismo: «Es preciso que me vean todos los dias y en todas partes, para que nadie pueda sospechar hacia qué punto me dirijo con preferencia.» Mas siempre cuando pensaba esto,

se dirigian sus miradas hácia la parte de la ciudad, y se fijaban en la glorieta que dominaba el palacio ducal, residencia de Soñá Margarita.

Mientras Oberzell cabalgaba á la vista de la multitud, sagaz hubiera sido el que viendo á donde se dirigian sus pasos hubiera podido decir: «yo sé á donde se encamina su corazón!» y además, ¿quién habia de sospechar un pensamiento grave y sério bajo aquel continente tan alegre, entre aquellas miradas tan distraídas, y aquella sonrisa que hacia tan agradable su fisonomía?

Pero al fin acababa siempre su caballo por llevarle mas allá de los límites que la costumbre habia fijado al paseo de las gentes á caballo: atravesaba el puente del Mulda y corría por la campiña silenciosa, en la cual, due-
ño de sí mismo, se abandonaba libremente á sus pensamientos. Eran estos tristes á la verdad, pero se mezclaba tanta ternura con su tristeza, que no los hubiera cambiado por una especie de felicidad, pues habria perdido en ello.

Una tarde que absorto en sus reflexiones seguia Oberzell sin objeto alguno el camino de Woerllitz, percibió tendido á la orilla de un foso, con la cara vuelta hácia el suelo, á un soldado, que sin duda alguna habia caído

alli estenuado por la fatiga. Tenia al lado la calabaza, pero destapada y por consiguiente vacia; llevaba atado á la cabeza un pañuelo ordinario de cuadros azules y blancos, y con el capote habia formado una especie de almohadon en que descansaban sus pies casi desnudos y lastimados por las piedras del camino: todo indicaba que aquel pobre hombre se habia decidido á pasar la noche en aquel sitio tan incómodo, por no tener fuerza bastante para seguir andando hasta encontrar otra cosa mejor. Dormia, es verdad, pero con un sueño tan penoso, que interrumpírselo era practicar un acto de caridad. Oberzell, como noble, tenia inclinacion á la carrera de las armas, y los soldados no podian dejar de excitar sus simpatias. Asi es que al ver al dormido se detuvo, echó pié á tierra y llevando al caballo de las riendas se acercó al soldado que parecia que estuviese agonizando segun lo penoso y agitado de su respiracion.

—Ola, amigo! le dijo; el relente de la noche es muy pernicioso en esta estacion, y has escogido mala cama para dormir.

Al oir estas palabras, levantó el soldado con trabajo la cabeza, y presentó al caballero un semblante tan descompuesto por la fatiga, que daba lástima verle.

—No duermo, respondió con voz apagada; me estoy muriendo.

—De verás? Estás malo?

Diciendo así el compasivo Oberzell, se inclinó hacia el soldado lleno de sudor y de polvo, y cogiéndole por debajo de los brazos, le ayudó á que se sentase á la orilla del foso.

—Acaso malo de necesidad? añadió el caballero, mirando ya hacia todas partes, para ver adonde podría ir á buscar algo que reanimase al soldado.

—No es necesidad, señor, replicó el veterano; es cansancio y además... tengo miedo.

Miró Oberzell con atención al soldado que revestido de un uniforme militar se atrevía á pronunciar aquella palabra, y á pesar del estado de debilidad del viajero pedestre, descubrió en su rostro una expresión de energía varonil que no sabía como conciliar con la sensación del miedo. El soldado adivinó el pensamiento del caballero, y arrugando el entrecejo añadió:

—Hace veinte y cuatro años que sirvo en las tropas de S. A. el elector de Brandeburgo, y no me han castigado ni una sola vez, monseñor: vuestra señoría puede preguntarlo á cuantos me conocen, y no habrá uno solo que le diga que Patricio Sultzsch, ha cometido ni una sola falta hasta

la hora presente, y cuidado que la disciplina es severa. Pero mi madre, añadió el soldado animado por la atención con que vió que le escuchaba Oberzell, mi madre, que el mes pasado cumplió ochenta y tres años, me escribió que estaba muy mala, y yo pedí y obtuve una licencia de quince días para ir á cerrarla los ojos. Llegué á mi país: la buena mujer, que decían que no podía vivir arriba de dos días, se puso mejor al verme y fué tirando algunos mas. Iba á terminar el tiempo de mi licencia y hablé de marchar al regimiento; pero el mismo día empezó á empeorar la pobre vieja, y tan rápidamente, monseñor, que de hora en hora se veía llegar su fin. Soy buen soldado y siempre he procurado cumplir con mi obligación, pero al fin, uno es hijo de su madre ante todo, y cuanto está tan próxima á morir no puede dejarla como si la hubiera de ver á los dos días; es preciso estar á su lado, pues lo menos que se puede hacer por ella es que la ha sufrido al venir nosotros al mundo nos vea sufrir cuando se vá de él.

—Y ha muerto al fin? preguntó Oberzell.

—Si no hubiera muerto, no estaría yo aquí: respondió el soldado.

--Y ha concluido el tiempo de la licencia?

—Todavía no, pero concluirá antes que yo pueda llegar á mi regimiento, sobre todo estando tan rendido del cantancón. Así, muerte por muerte, prefiero morir á la orilla de este foso, y no ir á que me quiten la vida á palos en Magdeburgo por desertor.

Oberzell, que había estado reflexionando en tanto que el soldado hablaba, exclamó:

— ¡En Magdeburgo! ¿Es á Magdeburgo mismo á donde tienes que ir?

—Seguramente, monseñor, replicó el militar admirado de que el nombre de una ciudad pudiera inspirar tanto interés como el que aquel señor manifestaba de repente.

—Pues viene perfectamente, continuó el jóven, y si quieres puedes hacerme un gran favor.

—El soldado levantó la cabeza y miró á Oberzell de una manera que quería decir: «¿qué favor puede hacer un pobre diablo como yo á un señor tan rico?»

El caballero, sin mostrar que había notado el movimiento de sorpresa del soldado, continuó diciendo:

—Cabalmente me hallaba apurado para cumplir un compromiso que tengo, y tú puedes perfectamente sacarme del apuro. ¿Ves este caballo? Pues es preciso que se halle en

Magdeburgo lo mas pronto posible; un hijo tan bueno como tú, no puede menos de ser hombre de bien, ¿querrias encargarte de llevar este caballo á su dueño?

Quedóse el veterano con la boca abierta, sin poder dar crédito á sus oídos. Confiarle aquel caballo era proporcionarle el medio de llegar á su regimiento antes que terminase la licencia, era salvarle la vida..... y la esperanza que acababa de brillar á sus ojos se reflejó en su semblante de tal manera que se borraron como por encanto todas las señales del cansancio. Sin embargo, á ese movimiento de alegría se siguió en el rostro del soldado una especie de turbacion y desconfianza, miró alternativamente al caballo y al caballero, y no pudo menos de dar un suspiro.

— Ya veo lo que te detiene, continuó Oberzell que habia penetrado el pensamiento del veterano; no tengas cuidado, amigo mio que yo pagaré el gasto que ocasione el caballo hasta llegar á su destino.

Al mismo tiempo puso su bolsillo en manos del soldado, que quiso echarse á los piés del generoso caballero, mas este le detuvo diciéndole:

— Estás loco, amigo; yo soy quien debo darte las gracias, puesto que me vas á ha-

eer ese favor. Todavía no es tarde; puedes ir á la posada que esté mas cerca, descansar en ella una hora ó dos, y en seguida emprender tu camino.

—No señor, no es necesario, replicó el otro; el tiempo urge y la felicidad sirve de descanso; marcharé inmediatamente.

—Pues en ese caso, á caballo y buen viaje.

Oberzell ayudó al soldado á montar, y volvió á despedirse de él; mas el soldado que tenía los ojos llenos de lágrimas al ver tanta bondad, exclamó.

—Pero antes que me vaya..... Vuestra señoría no me ha dicho á quien he de entregar el caballo.

—Has de él lo que quieras, porque es mío; te lo regalo yo.

Diciendo así dió una palmada en el anca del inteligente animal, que salió corriendo y llevándose al soldado, antes que este hubiera tenido tiempo para manifestar su gratitud.

Nuestro Oberzell, como si acabase de ejecutar la acción mas natural y vulgar, tomó pedestremente el camino de Dessau, entonando la música de Alberto el Oso, canto nacional de Bernburgo, su patria; y aquel hombre, cuya vida parecia una continua soz-

risa, entró mas alegre que nunca en su casa, que era la mas magnífica del barrio mas hermoso de la ciudad.

Por una singularidad que no causará admiración en un personaje semejante, porque es muy conforme á todas esa existencia de dos caras opuestas, habia elegido para si la habitación mas modesta de aquella elegante casa. La parte exterior era brillantísima, como sus vestidos; magnífica escalera con barandilla dorada, ricas alfombras en la antesala, suntuosos muebles, todo daba una grande idea de la magnificencia de la persona que allí habitaba; pero pasada la antesala, terminaba aquella especie de magia, el lujo cedía el puesto á una sencillez que casi tocaba en pobreza, y en una palabra, la verdadera habitación del caballero se reducía á una muy modesta alcoba. Así, pues, la antesala, prefacio magnífico de un libro que no existía, componia todos los aposentos del caballero Jorge Oberzell.

Su ayuda de cámara que, segun acostumbraba, dormia esperando la vuelta de su amo, se admiró al verle entrar, de que no le hubiese despertado el ruido de los pasos del caballo.

—Ya no tengo caballo; le dijo Oberzell con la mayor sencillez.

—Sin duda por eso no he oído sus pasos; respondió el criado sin manifestar ninguna sorpresa, pues estaba ya muy acostumbrada á las estravagancias de su amo, y no debía sentir mucho un suceso que le quitaba trabajo, sin disminuir por eso su salario. Retirose, pues, sin decir mas, luego que abrió á Oberzell la puerta de sus habitaciones, es decir, de su alcobita.

Una camita sin colgadura ocupaba casi toda la pieza, pero habia sin embargo junto á la cabecera, una mesita de madera fina, sobre la cual se hallaba colocado un cofrecillo de ébano con cantoneras y cerradura de plata.

Abriendo esta caja se veia, descansando en una almohadilla de seda, un marquito de oro perfectamente cincelado, cuyos arabescos, dirigiéndose hácia los cuatro ángulos abrazaban en ellos cuatro diamantitos de un brillo extraordinario; y como si no hubiese sido bastante la proteccion del cofrecillo para defender de todas las miradas un retrato contenido dentro del marco, se hallaba perfectamente tapado con una triple cubierta de gasa.

Luego que Oberzell se vió solo, antes de meterse en la cama, abrió el cofrecillo, levantó con trémula mano las cubiertas de

gasa que ocultaban la misteriosa imágen, y la contempló largo rato, brillando en sus ojos la emorion que sentia en su pecho. Veinte veces coloró el retrato en su almohadilla de seda y veinte veces le cogió de nuevo para volver á contemplarle; como sino pudiera decidirse á separarse de él. Al fin pronunció entre dientes algunas palabras como de despedida, dió muchos besos al medallón, cerró cuidadosamente la cajita, la colocó junto á su almohada y se durmió con el corazón contento y satisfecho.

Preciso es confesar que un hombre de tan brillante exterioridad como Jorge Oberzell, era difícil que tuviese una habitacion mas modesta; sin embargo, la mala suerte, bajo la forma de Jeremias Wullen, banquero de la calle de los Descalzos, le preparaba otra mas pobre todavia, en el palacio en que el honrado prestamista acostumbraba aposentar á sus deudores, esto es, en la cárcel para los presos por deudas.

Mientras maese Wullen conservó la esperanza de que las cantidades prestadas á Oberzell valverian á entrar en sus arcas en moneda de doble valor, se guardó de manifestar que conservase rencor alguno por el dicho santon que Jorge habia usado en público contra él; pero como al fin de cada

plazo, en vez de una deuda pagada se encontraba con otra nueva deuda mayor, se acabó la paciencia del judío y conoció que como no se valiese de medios fuertes, no le sería posible decidir á su deudor á que llamasen el hueco que iba dejando detras de sí.

Aconsejado, pues, á un mismo tiempo por la avaricia y por el resentimiento, se resolvió un día á mandar encerrar al lindo epigramista, y á petición suya se presentó á Oberzell un hombre para prenderle y llevarle á la cárcel. Poca cosa era un hombre solo para esta especie de expediciones, que por lo regular suelen tener algun peligro; pero el banquero habia prevenido que se hiciese así, porque no queria comprometer su dinero exasperando á su deudor con un aparato de fuerza que pudiera producir un escándalo público. Además, el enviado de justicia tenia muy cerca de allí su acompañamiento, dispuesto á socorrerlo en el caso que ocurriese alguna reyerta.

El caballero Oberzell, como hemos dicho, no acostumbraba poner mala cara á la fortuna adversa, y el pasar algun tiempo en una cárcel no le hubiera parecido cosa demasiado insostenible, con tal que le permitiesen llevar consigo su precioso cofrecillo. Mas para que pusiese buena cara á la mala suerte, era

preciso que esta no llegase demasiado fuera de tiempo, y debemos suponer que aquel suceso no habia elegido la hora mas á propósito, pues Oberzell, se mordió los labios, perdió el color, y se trastornó todo, cuando el delegado de la justicia le espuso el motivo de su visita.

—Es imposible que vaya con vd. amigo mio, le respondió Oberzell; vuelva vd. otro dia y nos entenderemos; pero hoy no tengo absolutamente tiempo para ir á la cárcel.

—Caballero, replicó el otro, es indispensable que uno de nosotros dos duerma hoy en ella, porque si no le prendo á vd. me prenderán á mi, y si hemos de ir vd. ó yo...

—Será vd. dijo Oberzell echando sobre la mesa las pocas monedas de oro que tenia en el bolsillo.

Miró el oro el hombre de justicia, arrugó el entrecejo y apretó los puños.

—Amigo mio, continuó el caballero; doy á vd. mi palabra de noble, que si me deja en libertad solamente por el dia de hoy, mañana iré yo mismo á presentarme en la cárcel.

—Si no le llevo á vd. conmigo, caballero, perderé mi destino y me castigarán ademas.

— ¡Vaya vd. al infierno!

—Posible es que vaya, pero no sin haber

Llevado á vd. antes á la cárcel. Si vd. no quiere venir solo conmigo, vendrá por fuerza. Mire vd. por esa ventana, y verá que en caso de resistencia, tengo ahí quien me prestará auxilio. con dar una voz no mas.

Oberzell miró por la vidriera y vió que con efecto el emisario de justicia estaba bien acompañado; sin embargo, no renunció á la esperanza de seducirle; observó al rededor para ver qué habría por allí que pudiera deslumbrar y corromper al inflexible, y no encontró otra cosa que el puño de su espada, que era de mucho valor. La tomó y le dijo.

—Ofrezco á vd. esta espada por unas cuantas horas de libertad.

El otro rechazó la espada, volviendo los ojos como si temiese caer en la tentacion, y preguntó:

—¿Tanta necesidad tiene vd. de estar hoy libre?

—Mucho mas de lo que vd. puede imaginar, hasta tal punto que si no logramos entendernos, va á suceder alguna desgracia. Piense vd. que le estoy rogando cuando pudiera rebelarme contra vd. ahogar sus gritos y escapar de los que le acompañan, pero quiero mejor apelar á la bondad de vd. ¡Qué diablo! Wulsen ha esperado ya mas de dos años, y no ha de ser un solo dia el que com-

prometa su dinero; al contrario, privarme de este día es imposibilitarme para que pueda pagar en toda mi vida una deuda mucho mas sagrada que la suya.

—Escuche vd. dijo el otro conmovido por los ruegos de Jorge; yo tomo sobre mi responsabilidad que esté vd. libre hasta la noche.

—Hasta la noche! Tendré tiempo, tendré tiempo!

—Pero con la condicion, añadió el de justicia, de que mi ronda nos ha de seguir de lejos todo el día, y que yo no me he de separar de vd. ni un instante.

Esta propuesta hizo estremecerse á Oberzell, pues lo que sobre todo deseaba era rodear con las sombras del misterio el uso que hacia de sus últimas horas de libertad.

—Éléveme vd. preso, exclamó furioso, lanzando una mirada de cólera á su inflexible Argos.

Tomó su cofrecillo, y señalando con la mano al hombre la puerta de salida, añadió con acento desesperado:

—Vamos.

Pero el hombre no se movia. Impasible delante de la puerta que Oberzell le mostraba, seguia su vista con una espresion singular de incertidumbre y alegría todos los movi-

mientos del caballero. En fin, como si una luz le hubiese iluminado de repente, mudó de aspecto, se conmovió en términos que apenas podía hablar, y dijo llorando y con voz apenas perceptible.

—Está vd. libre, monseñor, está vd. libre por hoy y para siempre, porque antes me cortaría las manos que ponerlas sobre vd.

Sorprendido de aquel cambio tan repentino en las intenciones del encargado de justicia, le pregunto la causa Oberzell y él respondió:

—La causa es muy sencilla; que yo ni puedo ni debo prender á vd. porque yo soy yo, y vd. es vd.

No era este un modo de explicarse muy claramente para que Oberzell pudiera comprenderle, mucho mas teniendo su imaginacion ocupada en otras cosas, y así volvió á preguntarle:

—Pero ¿quién es vd. buen hombre?

—Soy Patricio Sultzbach, respondió él tímidamente, como si se avergonzara de decir su nombre en aquella casa habiendo venido con la comision que traia. Y viendo que su nombre nada le recordaba á Oberzell, añadió: Soy yo, Patricio Sultzbach, un pobre soldado que debe á vd. el haber terminado honrosamente su último año de servicio; soy el desgraciado que á no haber sido por vd.

no tenía otra alternativa que la de morir de cansancio en un camino público ó de vergüenza y palos en su regimiento.

—Ah! Eres tú, camarada! Con que segun esto, llegaste á tiempo á Magdeburgo! Looado sea Dios!

—Y bendito sea vd. monseñor porque el caballo era excelente andador y pude llegar á tiempo. Vine á Dessau hace unos tres meses para decirselo á vd. y darle las gracias; pero como no sabia su nombre me ha sido imposible encontrarle. Un amigo que tengo aquí me ha proporcionado este empleo, que á la verdad, siempre me ha parecido desagradable, pero hoy me alegro de tenerle porque me permitirá poder servir á vd. Otro le hubiera llevado preso por fuerza, pero yo, monseñor, bien vé vd. que no puedo hacerlo.

Seguro de estar libre por lo menos todo aquel dia, aseguró Jorge á Patricio que no abusaria de la libertad que le proporcionaba, y renovó su promesa de volver para ir preso á la cárcel. En cuanto á salir de la casa sin caer en manos de los esbirros, no lo inquietaba de modo alguno porque la casa tenía mas de una puerta, y ademas ciertas precauciones que tomó le hubieran proporcionado pasar al lado del mismo maese Wul-

sen. Cuando estuvo ya á punto de salir, dijo á Patricio.

—Espérame aquí, que yo volveré antes de dos horas.

—Esperaré, contestó él, pero suceda lo que sucediere, me alegraré que no vuelva vd. monseñor.

Un momento despues se encontró solo Patricio Sultabach en la habitación del caballero: encendió su pipa, y satisfecho de si mismo se sentó en el sillal del dueño de la casa, sin acordarse de sus compañeros, que lo esperaban en la calle.

CAPÍTULO II.

¿Á DONDE VÁ? ¿QUÉ QUIERE?

Las exigencias de nuestra narracion nos llevan ahora al palacio de Dessau. Hemos dicho ya que á la parte de los jardines reservados de la princesa Sofia Margarita, un doble terrado unia por medio de una gale-

ría exterior el pabellon central con las dos alas laterales; ahora añadiremos que junto al terrado de la izquierda y tocando á él habia un castaño de Indias, cuyos blancos tirso y hojas verdes daban sombra á toda aquella parte, y el mismo castaño servia de apoyo por la parte interior á una especie de enrejado que venia á parar al mismo terrado.

Sucedió cierta tarde que un desconocido que esperaba que el día se acercase á su fin, trepó con ligereza á las ramas de aquel árbol, y pasando de una en otra consiguió llegar al borde del terrado. Llevaba un traje pobre de estudiante de la universidad de Kothén; caía el cabello sobre la frente, y el sombrero de alas anchas casi le tapaba los ojos; por lo demás, una especie de gaban que vestia y todo el resto de su traje era de color oscuro.

Necesario era que aquel buscador de aventuras tuviese tanta fuerza como temeridad, y tanta serenidad como destreza, para arriesgarse á una escalada tan peligrosa, porque el terrado de palacio estaba desierto en aquel momento, pero era una casualidad y de un minuto á otro podia presentarse en él y verle cualquiera persona de la servidumbre de la princesa, aun la misma Solia.

Margarita podia salir á distraerse, y sin duda hubiera sido una gran desgracia, pues el intruso antes de emprender la arriesgada subida habia dirigido al cielo esta fervorosa plegaria: «Dios mio, haced que esta vez no vea á nadie, ni nadie me vea á mí.

Llegó por fin á introducirse dentro de la balaustrada del terrado, y entonces, bajándose y casi caminando sobre manos y pies, fué avanzando oculto cuanto le era posible entre los grandes tiestos que adornaban el terrado. A cada paso se detenia, miraba, escuchaba y procuraba examinar si se movia algo á su rededor, y luego que se cercioraba de que no, continuaba su maniobra.

Caminando de este modo consiguió el intruso acercarse al pabellon de la princesa; limpióse entonces el sudor que le corria de la frente, y examinó bien su vestido para ver si en tan desigual camino se le habia perdido un objeto que llevaba en él, y seguro de que lo tenia consigo midió con la vista los dos escalones de mármol que le separaban de la habitacion de Sofia Margarita.

Después de haber llegado allí con tanta felicidad, tocaba ya el estudiante el momento decisivo; un paso mas y se encontraba en aquellos escalones y por consiguiente en el

apuesto de la princesa. Dió resueltamente este último paso, mas cuando se disponia á introducirse en el pabellon, se encontró frente á frente con una de las damas de honor de Sofia Margarita, que estaba sentada junto á la ventana y leyendo. Al verla retrocedió el estudiante y se quedó apoyado en la barandilla de piedra del terrado, pero de cara á la señora, que por un momento levantó los ojos hácia él, pero volvió á bajarlos sin hacer el mas ligero movimiento y continuó leyendo con atención la página que tenia empezada.

No podia comprender el atrevido escalador como aquella muger no habia notado su llegada clandeatina, y sospechó que hubiese algun lazo oculto en la inmovilidad que conservaba. Creyéndose, pues, perseguido por la mala suerte y apunto de ser preso, se acusó á sí mismo de torpeza y necedad, y no se atrevió á moverse. Sin embargo, la señora seguia leyendo y nadie venia á cogerle; así es que cuando un momento antes estuvo para implorar el silencio de la lectora, se felicitaba ya de no haber cedido á la inspiracion que tuvo de implorar perdón y aun auxilio. La tranquila serenidad que conservaba á tan corta distancia de un desconocido que habia entrado de

aquel modo, le daba á conocer de una manera indudible que no le habia visto, lo cual le tranquilizó hasta cierto punto. Pero ¿qué partido podia tomar en la situacion en que se hallaba?

La prudencia le aconsejaba que se retirase de allí al momento, pero ¿podria conseguir sin que le viese, cuando tanto trabajo le habia costado entrar? Ese pensamiento fué el que le retrajo de volverse atrás, porque habia sido necesaria tan buena suerte para llegar allí sin que nadie le viese que no se atrevia á esperar otra tanta fortuna para retirarse. Resuelto, pues, á esperar los sucesos y entregándose en manos de Dios, permaneció apoyando á la balaustrada, conteniendo el aliento, sin atrever á moverse y semejante en todo á las carátides que sostenian el terrado.

La luz iba disminuyendo por instantes, el cielo estaba pesado y se iban acumulando nubes tormentosas hácia el horizonte. La dama de honor cerró el libro, y dirigió una distraida mirada á todo el terrado; el intruso temió mas que nunca ser descubierto, y lo temió sobre todo cuando vió que la dama fijaba la vista hácia la parte donde él se hallaba; pero sea que con la poca luz del crepúsculo la forma del estudian-

te se confundiese con el color ceniciento de la piedra, ó que la señora en aquel momento tuviese la imaginacion en muy distinto parage que el que tenia los ojos, el hecho es que continuó mirando hacia el mismo sitio sin manifestar la mas ligera emocion ni sorpresa.

Mas de pronto brilló un relámpago en el cielo, y el estudiante no pudo impedir hacer un ligero movimiento que hizo estremecer á la dama de honor, la cual retrocedió tan espantada como si hubiese visto una estatua de piedra separarse viva de la pared. Perdido estaba el aventurero pues acababan de verle, y en vano trató con un humilde gesto de obtener el silencio de la dama, porque no hizo otra cosa que asustarla todavia mas, y obligarla á desaparecer de allí dando un grito.

No dudando ya de que estaba perdido, pero riéndose solo por un momento, volvió el estudiante la cabeza á derecha é izquierda como si hubiera querido adivinar de qué lado vendria el peligro, fijó particularmente la vista en el camino que habia seguido, como si tratase de volverle á emprender, pero ante todo, como nadie habia acudido todavia al grito de la señora, pensó que el primer instante de desorden que su espag-

to iba á causar en palacio, podia ser muy oportuno para llevar á cabo el fin que se habia propuesto al emprender tan arriesgada aventura.

Al momento, buscando ánimo en el sentimiento del deber, y decidido á arriesgarlo todo antes que faltar al cumplimiento de una mision sagrada, subió con ligereza y sin hacer ruido los dos escalones de piedra, y entró libremente en la sala á que daba aquella entrada del pabellon.

Habia á la derecha una puerta; hizo girar el boton dorado de su pestillo y la abrió; detrás de ella colgaba un rico repostero de terciopelo con franjas de oro, levantóle con una mano y se encontró en la alcoba de Sofia Margarita. Entonces sacó del pecho con la otra mano el objeto que llevaba escondido, y le arrojó sobre el lecho de la princesa, diciendo:

--Venga ya lo que viniere, he cumplido una vez mas el mensaje.

Hecho esto, trató el estudiante de emprender la fuga, soltó la cortina, cerró la puerta, salió de la sala al tetrado, salto del tetrado al árbol y del árbol al suelo en nada de tiempo.

Vióse, pues, en el parque nuevamente, pero ya se habia alarmado todo el palacio, y aunque el estudiante trató de escaparse

por la puerta mas inmediata le fué imposible, porque en el mismo punto que iba á verificarlo, vió pasar por cerca de él algunos criados con hachas encendidas, los cuales despues de decir algunas palabras al centinela de la puerta, siguieron adelante, y dejaron cerrado el paso con que habian contado. Dirigióse á otro punto, pero ya habian llegado á él los mismos hombres para impedir su retirada. Por donde quiera, oia rechinar sobre sus goznes las puertas de hierro, y cada ruido de aquellos que percibia mataba una de sus esperanzas, cerrándole una salida.

En fin, despues de haber dado muchas vueltas y de haberse dirigido á todos los puntos de salida hubo de reconocer que todos se hallaban ya guardados, y que estaba preso en el parque.

En tal situacion se dirigió al paraje mas espeso de los bosquetes, esperando poder neutralizarse allí á favor de la oscuridad; mas al llegar y dirigir sus miradas al rededor se aumentó su temor considerablemente. A donde quiera que volvia los ojos veia luces entre los árboles, lo cual no dejaba duda alguna de que estaba rodeado por un círculo de hombres con luces, sin duda con armas, y como si no fuese bastante para causarle

mortales angustias aquel círculo que le amenazaba de lejos, su circunferencia hostil se iba estrechando cada vez mas con un movimiento regular, progresivo y continuo. Cada minuto que pasaba, aquel anillo de hierro y de fuego iba llegándose mas al centro, y este centro no era otro que el triste fugitivo, que en medio de su atolondramiento se daba contra los troncos de los árboles que le rodeaban.

Entre tanto el ruido iba siendo cada vez mas inmediato, y tanto que á pocos pasos de distancia sintió una patrulla de soldados, que venia escudriñando todos los árboles y arbustos. El estudiante echó mano al costado como para buscar una arma, que se admiraba de no encontrar en su puesto.

La patrulla se iba acercando cada vez mas al punto en que el fugitivo se hallaba escondido, y ya se percibía la voz del que la mandaba que decía.

— No se nos ha de escapar, porque no puede haber salido del parque; ojo avizor, muchachos, que vivo ó muerto es preciso que le entreguemos al gobernador de palacio.

Estas palabras no eran ciertamente muy á propósito para tranquilizar al perseguido, que ya no tenía mas que un pensamiento, ó escaparse de los que le perseguían, á cual-

quier costa que fuese, ó hacer de manera que le matasen, pues ni debía ni quería permitir que le cogieran vivo.

La desesperacion le volvió las fuerzas que un momento antes le faltaban, y tomando una direccion opuesta a la de la voz, empezó á marchar tan de prisa como pudo, mirando siempre atrás, porque allí le parecía que se hallaba el mayor peligro; huía, pues, por decirlo así, de espaldas, alargando los brazos como para rechazar á los que le perseguían, lo cual fué causa de que viniese á chocar contra un obstáculo que no habia visto y que le cerraba completamente el paso. Ese obstáculo era una especie de cabaña rústica construida al extremo del parque.

Bien hubiera querido el estudiante volverse atrás; pero ya no era tiempo, porque los soldados ocupaban la calle de árboles por donde habia llegado allí. A la derecha y detras de la cabaña no habia otra cosa que las paredes del parque, y por la izquierda á cierta distancia percibia la luz de una linterna que alumbraba á otro grupo de soldados que por allí le perseguían.

Apoyado en la choza, con los ojos fijos en el peligro, y entregándose á la voluntad del cielo, creía ya que habia llegado su último hora, cuando de la cabaña que creía

causa de su perdicion, salió un hombre, y cogiéndole misteriosamente por el brazo le hizo entrar, diciendo en voz baja:

—Entre vd. camarada, pues me parece que ha de estar mejor aquí dentro que fuera.

Un momento despues de aquella aparicion, el fugitivo recobrado detrás de la puerta de la cabaña, se deshacia en dar las mas vivas gracias á su libertador.

El protector del imprudente que traia tras de sí toda la guarnicion de palacio, tenia una de esas fisonomías ordinarias pero agradables, en que se vé una sonrisa de bondad tal, que basta verlas para que recubre la confianza el que mas perdida la tenia, y se alegre el corazon mas dominado por la tristeza. Bastóle por tanto al autor de toda aquella conuncion nocturna examinar rápidamente al habitante de la cabaña para sentirse tranquilo, y aunque sus motivos de terror estaban muy lejos de haber cesado, se sintió tan animoso y con tanta esperanza al ver la cara afectuosa de su huesped, que creyó que podia esclamar, alargándole amistosamente la mano:

—Gracias, amigo mio, gracias; me ha salvado vd.

—Sí! dijo el otro dirigiendo la mirada hacia la puerta, y en voz muy baja, como

para dar ejemplo al estudiante; no hable vd. tan recio, comarada; las tablas de la cabaña no juntan muy bien, y así como vd. percibe por las rendijas las luces de afuera, los de fuera podrán muy bien oír las palabras de dentro. Así, hasta nueva orden vea vd. de callar.

El jardinero, pues ese era el hombre á quien el estudiante debía su seguridad en aquel momento crítico, señaló con la mano un asiento á su nuevo compañero, y en seguida se puso tranquilamente á arreglar una poderosa ocupación á que se hallaba entregado cuando oyó junto á su puerta la respiración y los suspiros del desdichado que no contaba ya con el auxilio de los hombres. Sentado al otro lado de una mesilla su protegido, con una mano puesta en la frente y otra en el corazón, consultaba las pulsaciones de sus arterias.

Por algun tiempo circularon todavía las luces por el parque, y se oyó en la cabaña el ruido de los pasos y de las voces de los soldados que registraban por todas partes. Cada vez que aquel ruido sonaba cerca, el fugitivo hacia un movimiento: pero al punto oía la voz de su protector que le decía:

—Éstese vd. quieto y no tenga miedo.

Cesaron al fin de correr por el parque las

hachas encendidas; el ruido de los pasos fué disminuyendo, y al cabo de cierto tiempo quedó todo sumergido en el silencio y la oscuridad.

—Ah! exclamaron á un mismo tiempo el estudiante y el jardinero, como si el temor que dominaba al primero hubiera pasado también al corazón del segundo.

—Vamos; ahora ya puedo decir que sé lo que es miedo; añadió el joven que acababa de salvarse de una manera tan milagrosa.

—No ha temblado vd. mas que yo, respondió el jardinero. No ha sido poca fortuna que no hayan tratado de buscarle á vd. aquí.

—Ay amigo! Qué favor me ha hecho vd! Pero no ha recaído sobre un ingrato, y recibirá vd. la recompensa.

—No hablemos de eso, compañero; replicó el otro con un tono de modesta hombría de bien.

—Es que los soldados querian cogermę muerto ó vivo; aunque creo que vivo no hubiera sido fácil que me cogieran.

—Ya lo creo que desearian echarle á vd. la mano, respondió el jardinero; como que esperarían que les diesen por ello un buen premio.

—Y ese premio, hubiera vd. podido partirle con los que me perseguían.

—Partirle! No me conoce vd. bien; replicó el hombre con una especie de indignación.

—Perdone vd. si le he ofendido; dijo el estudiante algo confuso.

—No hay de qué; contestó él alegremente.

Y despues de haber reflexionado un momento, añadió:

—Despues de tantos sustos, debe vd. tener necesidad de humedecerse la boca, y por lo que á mi hace, no me vendria mal un trago.

Diciendo así se dirigió hácia la puerta.

—¿A dónde vá vd.? preguntó el fugitivo, aunque sin tono de desconfianza.

—Voy á ver cómo preparo el que pueda vd. salir de aquí, porque no conviene que pase vd. toda la noche en mi cabaña, y de camino traeré algo que beber y brindaremos juntos.

—Con mil amores.

—Pues en tanto que yo estoy fuera, vaya vd. poniendo sobre la mesa algunos vasos que hallará encima de aquella tabla.

Tomó una jarra de barro, y encendiendo la luz de su linterna con la vela que ardía sobre la mesa colorada en un candelero de barro, iba ya á salir cuando volvió atrás y dijo al estudiante:

—Como pudiera venir alguien por aquí mientras vd. esté solo, apague la luz y si llaman no responda. Para mayor seguridad echaré la llave por fuera, vd. pasa el cerrojo por dentro, y de ese modo nadie podrá entrar en la cabaña sin permiso de vd. y mío.

Conmovidó por estas precauciones que demostraban el interés que por él tomaba su huésped, le apretó afectuosísimamente la mano y le dejó marchar.

Cuando se vió solo y encerrado como le habían prevenido, colocó dos vasos sobre la mesa, se sentó y apagó la luz.

Entonces el estudiante, ó sea Olerzell, pues el lector no habrá dejado de conocer ya quien era, se quitó el sombrero que hasta entonces había tenido puesto y echado sobre los ojos, separó los cabellos que le caían á la frente, y empezó á reflexionar sobre las consecuencias que hubiera podido tener la misión que desempeñaba, misión á que iba unido mas que su felicidad y su vida, pues se trataba con ella de pagar una deuda sagrada, como había dicho él mismo á Patriocio Sulzbach. «Mi estrella vá amortiguándose, se dijo á sí mismo, puesto que he hallado dos obstáculos tan grandes en un mismo día. Lo pasado había sido tan favorable para mí que ya me había figurado que no

debía haber peligros en el porvenir. ¿Habré de renunciar...?»

No terminó la frase porque acababa de presentársele una imagen desconsoladora. Colocó los codos sobre la mesa apoyando en las manos la cabeza, como para considerar mejor aquella idea, y después de pasar algunos minutos en esta triste contemplación, añadió:

—Renunciar?... Eso sería renunciar á vivir. Pero si persisto y me cogen un día, como ya han estado para cogerme hoy, sabrá Sofía Magarita que yo soy el que he osado introducirse en su cuarto.... No temo la cólera de su marido, ni el rigor de la justicia, sino el que llegue á oídos de esa noble señora.... Dios mío! Si supiese que era yo!

Largo tiempo permaneció el caballero entregado á un terrible combate interior. Sin embargo, dejando á un lado por un momento sus tristes reflexiones volvió á pensar en su libertador; había pasado mas de media hora desde que marchó el jardinero, y este no volvía. Admirado Oherzell de tan larga ausencia, empezaba á sentir de nuevo los tormentos de la inquietud, cuando oyó meter la llave en la cerradura y que el jardinero le decía desde fuera.

—Quite vd. el cerrojo, que soy yo.

Colocóse de nuevo los cabellos sobre la frente, se puso el sombrero y abrió; el otro entro trayendo el jarro lleno de vino. Al verle el fugitivo se tranquilizó nuevamente, pues parecía que en el cándido rostro de aquel hombre estaba escrito un certificado de buena fé.

—¿Cómo! dijo examinando la meza à la claridad de la linterna, en tanto que Oberzell encendia la vela que antes habia apagado, ¿No ha puesto vd. mas que dos vasos, camarada?

—No creo que se necesiten mas, siendo nosotros dos.

—Pues no es así; debia vd. haber puesto cuatro.

—¿Para qué cuatro? Se acostumbra en su casa de vd. beber con un vaso en cada mano?

—No por cierto, pero tampoco se acostumbra beber dos en un mismo vaso.

—Así lo entiendo, por eso he puesto uno para vd. y otro para mí.

—Es verdad, pero se necesitan otros dos para dos amigos que me acompañan.

—¿Cómo! ¿No viene vd. solo? esclamo Oberzell visiblemente turbado, y dirigiendo el rededor de sí una mirada llena de desconfianza.

—No tenga vd. cuidado, respondió el jar-

dinero; los camaradas de que se trata son buenos muchachos, y no le llevarán á vd. hasta despues de haber bebido.

—¡Llevarme! exclamó retrocediendo y asustado, pues un momento antes se creia en una completa seguridad.

Quiso parapetarse de tras de la mesa, pero detuvieron su movimiento dos robustos soldados que entraron en la cabaña, y le cogieron cada cual por su lado, con una mano del cuello del vestido y con la otra de la muñeca.

—¡Me has vendido, miserable! exclamó el preso lleno de rãbia.

—Toma! contestó el jardinero con el mismo tono de candor que habia usado hasta entonces. No soy mas que un jardinero supernumerario, necesitaba una ocasion para tener seguro en palacio un empleo, se me ha proporcionado y no la he querido desperdiciar.

En seguida, sin hacer caso de las terribles miradas que le lanzaba Oberzell, fué á buscar otros dos vasos, los puso sobre la mesa, llenó los cuatro de cerveza, y dió el ejemplo á sus convidados tomando uno de los vasos y diciéndoles:

—A vuestra salud, camaradas.

Bebió de un trago el vaso entero, y los dos

soldados, teniendo cogido al preso uno por el cuello y otro por la muñeca imitaron á su audicion.

Por lo que hace á Oberzell, victima de una traicion tan infame, cogió el vaso lleno con la mano que le quedaba libre, pero no fué para beberle sino para arrojar la cerveza á la cara del traidor.

—Ya esperaba yo alguna cosa así; dijeste y se limpió con mucha tranquilidad.

¡Fuése vds. en las buenas caras, en las miradas amistosas y en las sonrisas que acompañan á cada palabra!

Llevarónse á Oberzell hácia la prision de palacio, y renovándose en él con la mayor fuerza que nunca el temor de ser reconocido, á pesar de su disfraz, iba diciendo interiormente: «Wullen tenia razon en querer que me prendieran hoy. ¿Por qué no habrá cumplido con su obligacion Sulzbach?»



CAPÍTULO III.

LOS CONSEJEROS DEL PRINCIPE.

Durmos que se estienda por fuera la con-mocion causada por el atrevido escar-miento del caballero ya preso, é intro-ducamonos en la cámara régia, en que fa-tigado de sí mismo y siempre irritado con-tra los demas, Juan Casimiro reina misera-bilmente desde su sillón de enfermo.

Apesar de la benignidad de la estacion, la llama rodea y consume activamente en el hogar de la vasta chimenea, tres enormes troncos de encina. Las ventanas de la sala estan cubiertas con cortinages de brocado y terciopelo, de color tan oscuro y triste co-mo el caracte de su dueño, y de testigo

tan espeso que apenas puede penetrar la luz aquella doble muralla defiende contra la acción benéfica de la luz y del aire exterior al marido de Sofia Margarita, al raquítico retoño del árbol ducal de Anhalt Dessau. Allí, en medio de una atmósfera pasada á insostenible, se ahila y acaba de desecarse el que cuenta entre sus abuelos hombres que en sus tiempos y eran tiempos algo duros, merecieron que les llamasen Enrique el Fuerte, Alberto el Soberbio, y Juan Jorge el Leon. Todos se ahogaban á su rededor, pero él estaba casi tirando.

Sin embargo, hacia algunos instantes que sus tristes y lánguidos ojos se habían reanimado y parecía que echaban chispas; la sangre circulaba por sus venas con mas rapidéz y calor, notábase en su gesticulación alguna viveza, su voz era un poco mas firme, y en toda su fisonomía se notaba una espresion de poder no acostumbrada; en fin, parecia que en medio de su animacion se dijese á si mismo: «Yo tambien quiero ser el leon, el fuerte, el soberbio.»

¿Qué cordial ha sido bastante poderoso para traer de este modo á la vida á un hombre que á toda prisa se acercaba al sepulcro? para producir este milagro ha bastado que el hombre naturalmente regañon de

Juan Casimiro se le presente un justo motivo de cólera. A un hombre cuyas sospechas buscan por todas partes y al caso sospechosos, acaban de anunciarle que han cogido á un verdadero criminal; el muerto ha resucitado, y lanzado el sudario lejos de sí.

Apenas el conde de Barekfeld, gobernador de palacio, hubo dado cuenta á su amo del suceso que acababa de ocurrir, cuando el príncipe meneando la cabeza como un nadador que sale del agua y estregándole con las manos las rodillas, exclamó:

— ¡Al fin los he cogido! Ahora verán si soy hombre sin energía; yo les enseñaré si conviene burlarse de mí, del enfermo, como ellos me llaman. ¡El enfermo! continuó con un tono burlon y al mismo tiempo amenazador. Eñhorabuena; lo estoy, pero el mal no me ha postrado todavía tanto como se figuran mis lindos enemigos. Si no puedo sobrevivir á todos ellos, por lo menos no seré el primero que vaya á la otra vida. He cogido á uno de vosotros y á ese por lo menos he de tener el gusto de enterarle.

Para comprender estas amenazas y saber á quienes designaba con el nombre de enemigos, es preciso saber que hacia algun tiempo que circulaban por Dessau ciertos ru-

mores sordos acerca de miras políticas del elector de Sajonia; miras que acuerdo con los proyectos ambiciosos que atribuían al duque de Bernburgo, suegro de Juan Casimiro, se dirigían nada menos que á trasladar á otra frente la corona ducal de Abhalt Dessau, ya bien poco segura en la del príncipe reinante. Aun había mas, pues algunos murmuradores aseguraban que Solia Margarita ni estaba del todo desinteresada, ni dejaba de tomar parte en las tramas que se urdían en la oscuridad para destruir á su marido; sin embargo debe decirse en honor de la verdad, que la sospecha de complicidad de la joven princesa en aquellas tramas no había encontrado acogida sino en una sola cabeza, en la de Juan Casimiro.

Con esto queda explicado el arrebató de salvaje alegría á que se entregó cuando el gobernador de palacio le anunció la captura de un intruso.

—Doy á vd. gracias por esa prision señor Barckfeldt, dijo al gobernador, pero cuide vd. de que guarden bien á ese hombre que tiene relaciones secretas en palacio y con la duquesa, y que conoce tan perfectamente las entradas y salidas de la casa. Debe revelarnos cosas muy curiosas ¡oh!

y por muy lejos que tenia las palabras de la boca ya encontraremos medio para hacerlas salir. Si, si, sabremos su secreto, aunque para ello tuvieramos que arrancárselo con nuestra propia mano con las tenazas del verdugo. Quédese vd. aquí, estése vd. conmigo señor de Badkfeld; añadió Juan Casimiro, viendo que el gobernador se disponia á salir.

Por un momento pareció que el principe se entregaba á una profunda meditacion; se levantó, volvió á sentarse, cogió las tenazas de la chimenea y empezó á querer atizar el fuego, pero maquinalmente y no con objeto de avivar la llama, pues si en aquel momento temblaba no era seguramente de frio.

Barckfel, impasible é impenetrable, esperaba las órdenes de su soberano, sin dejar traslucir ni remotamente la compasion que le causaba el ver aquella febril impaciencia, enérgica faticia que solo demostraba una debilidad real y efectiva. Al fin, preguntó Juan Casimiro, como si de pronto se hubiese acordado:

—¿Por qué no se halla aqui mi señor hermano, general y coronel de mis guardias? Quiero verle, quiero hablarle; necesito tratar con el acerca de lo que pasa. Que le llamen al instante.

Trasmitida la orden por Berckfeld al gentil hombre de servicio, se ejecutó inmediatamente, y poco tiempo después anunciaron á monseñor Eric-Victor, hermano menor del príncipe.

El importante papel que desempeña el cuñado de Sofia Margarita en el curso de esta historia, hace indispensable que demos á conocer con alguna detencion este nuevo personaje.

Aunque no tenia sino unos diez años menos que Juan Casimiro, la naturaleza que tan avara de sus dones se habia mostrado con el príncipe, habia sido, por lo contrario, tan generosa con él, que, sin temor de verse desmentido, podia suponerse otros diez años mas joven de lo que realmente era; así es que Eric-Victor, que tendria unos cuarenta años, se colocaba sin afectacion alguna entre los caballeros mas elegantes del pais, que andaban al rededor de los treinta.

Cuando se halló por primera vez en presencia de su nueva cuñada, quedó tan prendado de su hermosura, que dijo á sí mismo: «Después de Hesse-Cassel ha muerto por no haber encontrado un hombre que la amase; pero no ha de morir del mismo mal Sofia Margarita.» Y al momento combinó su plan de ataque contra la mujer de su hermano.

Al principio fundó su esperanza del triunfo en la confianza, pues sabía que toda mujer, joven, después de haber confiado uno á uno sus secretos á un hombre en quien confía, con quien al fin algo más que la revelación de los misterios de lo pasado al hombre, á quien ha formado costumbre de contarle todo, de manera que en último resultado el amigo se convierte en amo y el confidente en cómplice. Pero Sofia Margarita era tan reservada en sus confidencias desde que había perdido la depositaria general de sus pensamientos y de sus votos, su hermana la princesa Clara, que fueron inútiles todos los esfuerzos de Eric-Victor para adquirir la confianza de aquella, en cuyo corazón trataba de introducirse.

Entonces pensó que el miedo sería acaso un auxiliar mejor para él. Había experimentado varias veces en más de una mujer rebelde al principio á sus deseos, el poder atemorizador de sus miradas, especie de fascinación peligrosa para la que la sufría, vértigo que pasaba tan pronto y tan fácilmente de la cabeza al corazón, que la víctima, después de haber caído no hubiera podido decir si había cedido al amor ó al miedo. Trató, pues, de ejercer con Sofia Margarita ese poder de la mirada; pero los ojos suaves

y castos de la princesa de Anhalt tenían en su candor una espresion tal de magestad, que ante ellos hubo de bajar los suyos Eric-Victor. Engañado así en todas sus esperanzas, alimentada su pasión por el odio, y apoyada en la necesidad de venganza, llegó á ser tan fuerte como el desprecio con que le miraba Sofia Margarita; es decir, vino á punto de no poder ser mayor. Tal era la posición recíproca de la princesa de Anhalt y su cuñado, en el momento en que Juan Casimiro mandó llamar á este último.

Ocupado en otras cosas que en el cuidado de velar por la seguridad de la persona del príncipe, el coronel de los guardias nada habia oído del tumulto causado por la aparición de Oherz-II en el terrado de la princesa, ni de la persecucion al mismo por la guarnicion del palacio; así es que se vió en presencia de Juan Casimiro sin estar preparado para la noticia que le esperaba, y le costó trabajo disimular el disgusto que esta vez, como todas, le causaba el encontrar al gobernador de palacio en el gabinete del príncipe.

Eric-Victor y el conde de Barckfeld vivían en la corte de Dessau bajo un pié de guerra declarada, y el gabinete del príncipe era el campo de batalla en que ordinaria-

mente combatian los dos adversarios, para ver quien podia desposeer al otro del favor del principe y quedarle él solo. El duque hacia mucho tiempo que habia percibido la lucha, y observado las peripetias de un antagonismo tan declarado; y se complacia por lo regular en dar la preferencia alternativamente al coronel de sus guardias y á su consejero mismo; manteniendo de esta manera siempre en pie la rivalidad de aquellos dos hombres. Con este artificio de politica vulgar obligaba á los enemigos á que se observasen mutuamente sin descanso, y creia estar á cubierto de toda traccion.

En esta ocasion, sin embargo, no tratò de divertirse á costa del despecho de su hermano, sino que levantándose y dirigiéndose inmediatamente á él, le cogió por una muñeca, y dijo acercandole á la chimenea:

—Ven acá, hermano, dame el parabien; al fin hemos cogido á uno de los conspiradores.

Estas palabras, arrojadas por decirlo así, sin otro preámbulo á la cara del recién llegado, le desconcertaron extraordinariamente, porque es preciso advertir que en la manera con que el principe solia hablar á los que le rodeaban, no era fácil conocer si dirigia una reconvencion ó hacia una confidencia.

Eric-Victor, cuya conciencia tenía algunos motivos para no estar completamente tranquila en todo lo relativo á su cónyuge como hermano y á su fidelidad como súbdito, bajo al principio los ojos, no atreviéndose á mirar al príncipe cara á cara. Si no hubiera tenido á este tan ciego el pensamiento de aquella conspiracion imaginaria, en que los malévolos pretendían en volver, como ya hemos dicho, á la misma Sofia Margarita; si sus sospechas se hubiesen dirigido al verdadero punto céntrico de las serbias maquinaciones que se fraguaban á su alrededor, Juan Casimiro hubiera debido conocer en la turbacion del coronel de sus guardas, que no tenía en él apoyo mas seguro, y que no podía contar mucho con la mano que en aquel momento temblaba en la suya.

Positivamente trastornado Eric-Victor, volvió la vista hácia Barckfeld, suponiendo que podría leer en el rostro del diplomático lo que debía esperar ó temer, pero no le salió como pensaba, pues la fisonomía del conde estaba tan muda como la mas ligera sonrisa, que hubiese percibido el apuro y turbacion de Eric.

—Pero ¿qué es eso? añadió el príncipe. ¿Nada te ocurre decirme acerca de un acontecimiento tan importante? Te repito que es-



tan descubiertos los conspiradores y que tengo á uno en mi mano.

Diciendo así, sacudió Juan Casimiro el brazo de su hermano de una manera poco amistosa, y con esto y sus palabras Eric-Victor no pudo menos de considerar la acusacion como directa y personal, sintiéndose cada vez mas turbado por la actitud que el principe acababa de tomar. Habiasse sentado este y con los brazos cruzados miraba á su hermano, que estaba en pie delante de él, y esperaba alguna respuesta. El enemigo de Sofia Margarita, en vista de aquellas miradas que parecia que quisiesen penetrar en lo intimo de su pensamiento, solo pudo tartamudear estas palabras.

—Pero ¿está V. A. seguro de que el hombre cogido sea un conspirador?

Poco faltó para que en medio de su perturbacion dijese «uno de mis conspiradores,» y si no fueron esas sus palabras, por lo menos ese fué su pensamiento.

—Cómo! exclamó el principe. ¿Me preguntas que si es un conspirador? Pues ¿qué otra cosa quieres que sea? A la verdad te encuentro hoy demasiado incrédulo, y sobre todo muy poco cuidadoso de mi persona. ¿En qué estabas tan ocupado esta noche, hermano mio, que soy yo el primero que tengo

que poner en tu noticia que se ha introducido un hombre en el cuarto de mi esposa?

—Un hombre en la habitación de la princesa! exclamó Eric Victor, de quien acababa de apoderarse otro temor muy distinto pero no menos violento que el primero.

—Si señor, un hombre! en un aposento tan inmediato á este, que el miserable podía llegar á mí con la mayor facilidad, pues como sabes, hay una puerta de comunicacion entre la alcoba de Sofia Margarita y la mia.

—Por fortuna, replicó Barckfeld, el malvado no hubiera podido introducirse por ese camino sin que V. A. hubiese advertido á tiempo el peligro.

Y para apoyar sus palabras en una prueba material, el conde con su flema acostumbrada, se dirigió hacia la pared, y no sin algun esfuerzo consiguió poner en movimiento una puerta secreta, que á pesar de todo solo pudo entreabrirse rechinando sobre sus goznes.

—No es ciertamente por aquí, continuó Barckfeld, por donde intentarían jamás llegar hasta V. A. con un fin siniestro. Por esta parte, señor, puede V. A. estar tranquilo.

Decir y hacer esto era á un mismo tiem-

po vengar á una joven inocente de sus calumniadores y tranquilizar al príncipe con respecto al peligro de una sorpresa. Era todavía mas; era recordar al marido que tan desusada estaba aquella puerta que no podia abrirse sin hacer mucho ruido. Triple lección, enteramente perdida.

—Eso es lo que ha pasado, hermano, prosiguió el príncipe dirigiendo la palabra á Eric-Victor; ¿aludas todavía de que el hombre de que se trata sea un conspirador?

—Es tan infundable, dijo Bockfeld con un acento muy burlon, que le han cogido después que había dejado sobre el lecho de la princesa la única arma que llevaba consigo, que era un ramillete de flores.

Hallábase pues, descubierto el secreto del animoso caballero, que había espuesto de tal manera su vida, que en el momento actual bastaba que Juan Casimiro dijese: *matadle*, para que le mataran. Había llevado á cabo aquel peligroso viaje desde la verja del parque hasta el aposento régio, únicamente para proporcionar un ramillete á Sofia Margarita; por un ramillete se había alarmado todo el palacio, se había perseguido al infeliz y se le había cogido tan traidoramente. ¡Tanto ruido, tanta colera, tanto movimiento, por una cosa tan inocente como unas cuantas

flores! ¿Por qué no? ¿No se dividió por mucho tiempo la Inglaterra entre las facciones de York y de Lancaster, por el color de una rosa blanca ó roja?

En política, el signo que no es nada por sí mismo, se convierte en el símbolo de una religion por el nombre y la aldea que á él se unen. ¿Qué son las banderas sino unas pedazos de tela de diversos colores? Pues sin embargo, cada una de las grandes familias de la raza humana que se llaman naciones, tiene uno de esos pedazos de tela que cree glorioso seguir, que considera vergonzoso abandonar, y por el cual mueren millares de hombres cuando es necesario. Donde quiera que el viento le hace ondear, y en cualquier parte que esté situado el techo que cubre, el que se coloca bajo su sombra dice: «Aquí no soy extranjero, estoy entre los míos, pues si no es este el suelo en que nací es siempre mi patria.» Pero volvamos á las flores.

Si se añade que ese ramillete que habia ocasionado tanto ruido no era el primero, sino acaso el vigésimo, que llegaba de una manera reservada y furtiva hasta lo mas interior del aposento de la princesa; si así se observa que todos se componian de las mismas flores, y que en los dos años que hacia

que Sofia Margarita habitaba en Dessau, los habia recibido siempre en una época fija, el día once de cada mes; si se mira todo esto con la disposicion enfermiza y el animo desconfiado de Juan Casimiro, se verá necesariamente una trama, una conspiracion en esa serie de ramilletes, y se comprenderá el grito de triunfo que lanzó el príncipe, cuando Barckfeld le dijo que acababan de coger un hombre que habia arrojado un ramillete sobre el lecho de la princesa.

Eric-Victor, que en aquel momento sentia únicamente el yugo de los celos, pues veia un rival en el hombre que de aquel modo se habia introducido en la habitacion de Sofia Margarita, dijo con viveza á su hermano:

—Perdone V. A. si en el primer momento no mostré alegrarme como debia con la noticia de semejante prision; temí que solo se tratase de una vana esperanza, pero ya veo que es una cosa positiva, y que el hombre preso debe ser con efecto un conspirador. Es preciso aterrar á los demas con un ejemplo saludable; nada de compasion, señor, no haya perdon para ese malvado.

—Al fin te veo tal como debes ser, exclamó el príncipe con una expresion de feroz alegría. Señor de Barckfeld, vd. que tampoco cree en la conspiracion, aunque abo-

ra está ya bien presente, va vd. á juzgar por sí mismo. Nadie ha tenido comunicacion con el preso, ¿no es verdad? Pues bien; dé vd. orden para que le traigan aqui; quiero que comparezca en mi presencia; le interrogaré yo mismo, y vds. verán si mis sospechas eran fundadas. Quiero que me revele el nombre de todos sus cómplices, y para que hable le prometeré perdonarle la vida! la vida es una cosa muy preciosa y que cada uno trata de conservar por todos los medios posibles ¿no es así?

—Y sin esperar la respuesta de aquellos á quienes parecía que queria consultar, añadió:—Sí, sí, aunque me ha ofendido mucho, le prometeré la vida con tal que hable.

Temeroso Eric-Victor de que su rival se librase de la justicia del principe, iba á decir algo para reclamar contra su clemencia; mas Juan Casimiro conoció la inquietud de su hermano, y sonriéndose malignamente le dijo:

—Sí, se la prometeré, pero.....

El ruido de sus dedos chisqueando unos contra otros acabo de explicar su infame pensamiento, y Eric-Victor no temió ya quedarse sin venganza.

Disponiase Barckfeld á salir para ir á traer al preso con arreglo á las órdenes de su amo,

cuando oyeron que un coche atravesaba el pátio principal de palacio y se detenía al pie de la escalera.

—Cabalmente llega de vuelta de su paseo. ¡Sofía Margarita! exclamó el príncipe. No podía elegir mejor el tiempo pues probablemente ella y su galán regalador de ramilletes se alegrarán de encontrarse cara á cara; podemos procurarles ese pícser y les voy á carear.

A pesar de la inveterada costumbre que Barckfeld habia adquirido de disimular y contenerse, no pudo al oír estas palabras ocultar completamente la indignacion generosa que se apoderó de su corazon.

—Si V. A. dijo, quiere llegar á saber la verdad, no me parece que sea el mejor medio para ello el de poner á la princesa y á ese hombre en presencia uno de otro. Dos personas aunque esten completamente inocentes y no se hayan visto en la vida, al encontrarse sujetas á una especie de careo, pueden muy bien experimentar una turbacion, que en tal caso no serian indicio seguro de criminalidad. Creo que seria mejor lo primero....

—Interrogar á la princesa; dijo el coronel de los guardias interpretando al consejo que Barckfeld queria dar.

—No es eso, monseñor, no es eso; replicó Barckfeld.

—Si tal, si tal, exclamó el príncipe que había empezado á poner mala cara al oír las primeras palabras de Barckfeld, eso es lo que conviene y eso es lo que vamos á hacer. Perfectamente hermano (añadió volviéndose hacia este) adopto tu idea, porque jamás has hablado con tanto juicio. Si, si, mi ninger antes que el otro; acaba de entrar en este momento, y nadie habrá tenido tiempo de informarla de lo que ha pasado. Sorprendida de improvviso, leeremos en su emocion lo que ella sin duda ha de querer ocultarnos: ¡le dejamos tiempo para prepararse.

Barckfeld hizo un movimiento como para salir, mas Eric-Victor adivinó el motivo de aquella viveza y con una mirada se lo reveló á su hermano.

—¿A donde vá vd. señor de Barckfeld? preguntó al momento Juan Casimiro. Quédese vd. le necesito. Además se trata de avisar á la princesa que deseo hablarla, y no es propio de vd. ese encargo.

Diciendo así, tocó la campanilla, dió la orden al gentil-hombre de servicio, y hasta el momento que Sofia Margarita se presentó delante de su marido, reinó el mas profundo silencio entre el príncipe y sus dos consejos.



CAPÍTULO IV.

SOR SANTA CLARA.

No se había engañado Juan Casimiro; la princesa volvía en aquel momento de paseo, acompañada por la señorita Javiera de Freising, su lectrora, y mejor su amiga y confidente. Javiera, joven amable de diez y siete años, había conservado en la corte cierta franqueza que debía á su educación de familia, de manera que los rígidos observadores de la etiqueta la despreciaban como una cabeza incorregible, al paso que Sofía Margarita la amaba, viendo en ella una naturaleza que no se dejaba corromper. Verda-

deramente era una bendición del cielo el haber unido aquellas dos encantadoras criaturas, y para Sofia Margarita fué un día feliz aquel en que la viva y alegre jóven vino á presentarse á su vista con su frente siempre pura, y sus ojos llenos de inocente malicia. La primera no sabia en quién colocar su confianza, y obedeciendo entonces á un instinto interior que la impelia con viveza hácia la señorita de Freising, no temió dejarla conocer todos sus secretos. Y nadie se admira de que los tuviese: ¿qué corazón de veinte años carece misterios? ¿Qué cabeza de muger no tiene á esa edad alguna novela dentro de sí?

El gentil-hombre encontró á Sofia Margarita en el momento en que subia el último escalon, y habiéndose acercado á ella con todo el ceremonial de costumbre, la comunicó la voluntad de su amo.

La princesa, que aun se sonreia en aquel momento de un dicho agudo de su amiga, sintió de pronto una emocion tan fuerte cuando la dijeron que el principe, que se hallaba en consejo con su cuñado y el gobernador deseaba hablarla, que perdió el color y le faltó muy poco para desmayarse; suponía alguna desgracia, pues no sería el principe llamándola á su lado para cecilarla expresiones católicas.

—No te separes de mí; dijo á Javiera asustada.

—No señora, nunca; contestó la amable joven, esparciéndose en su rostro una nube de tristeza. Sin embargo, la dirigió una mirada que parecía que quería decir, «¿Qué puedes temer tú que nada tienes que acusarte?»

Un poco repuesta Sofia Margarita de su primer movimiento de terror, rogó al gentil-hombre que digese al príncipe que inmediatamente iba á cumplir sus ordenes.

Pocos instantes despues, apoyada en el brazo de su inseparable compañera, entró en el gabinete en que la esperaban los dos únicos enemigos que tenia en el mundo; su marido, que era incapaz de amar á nadie, y su cuñado, que siempre deseaba vencerla.

Luego que se presentó á la puerta, Eric-Victor y Barckfeld, despues de mirarse uno á otro como para imponerse respeto, se adelantaron á recibirla, Juan Casimiro no se movió de su silla. Habian dispuesto una silla para Sofia Margarita, al lado de la chimenea y enfrente de su marido, y habiéndoselo este indicado con un gesto bastante brutal, se sentó en ella; los dos consejeros se sentaron en dos banquetas, y Javiera vino á apoyarse en el respaldo de la silla de su señora.

El aparato solemne con que se la recibia, el silencio sepulcral que reinaba en el gabinete, el semblante adusto de Juana Casimiro, y en fin, la actitud casi insolente del coronel de los guardias, cuyos ojos triunfantes pretendian indudablemente obligar á la princesa á que bajase los suyos, todo era muy propio para amar el corazon de Sofia Margarita, y todo justificaba muy bien el temor que la habia hecho vacilar un momento antes de responder el gentil hombre.

Sin poder sospechar de qué crimen trataban de acusarla, adivinó desde luego que la obligaban á comparecer ante un tribunal, y su terror se aumentó al considerar cuán poca indulgencia podia esperar de semejantes jueces. Solo uno de ellos, si no la manifestaba afecto, por lo menos no era enemigo declarado, y la noble acusada hubiera recobrado sin duda algun ánimo, si al dirigir los ojos hácia el conde de Barckfeld, hubiera hallado en una expresion de benevolencia un motivo de esperanza; pero el gobernador no pensaba en eso, pues estaba profundamente ocupado en contemplar el brillo de las hebillas de oro que llevaba en los zapatos.

Sofia Margarita volvió la vista hácia atrás y sus ojos se encontraron con los de su

amiga, con lo cual habiendo recobrado un poco de animo, trató de afirmar su voz y dijo á su marido.

—V. A. me ha mandado que venga á su presencia, he venido y estoy á sus ordenes. ¿Qué es lo que se me quiere?

Como si alguno hubiera sido capaz de tomar la palabra antes que él, Juan Casimiro alargó las dos manos en señal de que se reservaba esclusivamente el derecho de interrogar á la princesa; al mismo tiempo fijó en ella una severa mirada, y dejando manifestarse toda su cólera como un torrente que rompe el dique, exclamó:

—Hemos querido ver á vd. señora, para decirle que no es ni esposa sincera ni súbdita fiel; hemos querido verla para decirle lo que sabía antes que nos, esto es, que nuestro buen primo el de Sajonia, desea apoderarse de nuestra corona, que su padre de vd. coadyuva á sus criminales designios, y que vd. misma es cómplice de uno y otro. ¿Qué tiene vd. que responder á eso?

—Señor, contestó Sefia Margarita con dignidad; no es la primera vez que oigo hablar de esos rumores calumniosos; pero confieso que hasta hoy muy poco caso he hecho de ellos. Suponia que llegarían á oídos de V. A. y esta esperanza causaba mi se-

garidad, porque el marido es defensor natural de su mujer, y si debe protegerla en todo, mas que en nada debe ser contra la calumnia.

Esta respuesta sencilla pero activa perturbó de pronto al acusador de tal manera, que sintiéndose desarmado, aprovechó el primer pretesto para engañar á los demás acerca de su confusión. Sus ojos, que giraban hacia todas partes con ademán espantado, se encontraron con los de Javiera, y tomándola con ella, aunque sin dirigirla la palabra, replicó :

—Que la princesa de Anhalt haga que la acompañe á todas partes tal ó cual mujer de las de su servidumbre, me parece muy justo y natural, pero cuando viene á mi gabinete no veo la necesidad de que venga acompañada. No creo que la presencia de la señorita de Freising sea aquí indispensable.

—Perdone V. A. señor, respondió inmediatamente Sofia Margarita deteniendo á Javiera que iba á retirarse ; por lo que voy viendo se trata de que yo responda á una acusacion formal, y como esta jóven conoce todos mis secretos, deseo que se quede á mi lado, para atestiguar la verdad de mis palabras.

—Está bien, que se quede, dijo el prínci-

pe; pero en tal caso que nos diga de quien recibe vd. estas flores que se han hallado hoy en su alcoba, y sobre todo que nos explique sin difraz su misterioso sentido.

—Diriendo así, Juan Casimiro arrojó sobre las rodillas de la princesa el ramillete que habían encontrado en su cama, y que él tenía oculto debajo de su inmenso sillón.

—No me sorprende ese ramillete, dijo Sofia Margarita con el mayor candor, y debía esperar encontrarle hoy, porque estamos á once.... Oh! El mensajero es fiel.

—El mensajero! ¿Qué mensajero? preguntó furioso Juan Casimiro.

Los otros dos personajes que se hallaban presentes, por un movimiento espontáneo aplicaron el oído; uno esperando y otro temiendo escuchar un nombre que los dos tenían curiosidad de saber.

—Ignoro de quien y por medio de quien recibo estas flores, pero sé muy bien á quien las atribuyo.

Al decir esto Sofia Margarita, arregló algunas flores que se habian descompuesto al caer en su falda; asomó á sus labios una dulce sonrisa, y en sus ojos se mostró una encantadora espresion de melancolia. Entonces, mas irritado que nunca, la instó su marido para que inmediatamente se aplicara,

y Sofia Margarita poniéndose de pié como el acusado que vá á responder á su juez, pronunció suavemente estas palabras :

« No trataré de ocultar nada á V. A., dijo la princesa ; este ramillete me trae á la memoria un recuerdo tan tierno , que lejos de quejarme de que se me pregunte sobre ese punto, doy por ello las gracias á V. A. , pues para mí es una felicidad el poder hablar de eso. Sabeis, señor, que tuve una hermana mayor que yo que se llamaba Clara Rosalia, amiga mía por eleccion del alma aun mas que por los vinculos de la sangre, mi guía y protectora por la razon. Un día fué preciso que nos separásemos, y aunque hacia mucho tiempo que conocia yo el desígnio de mi hermana, recibí la noticia de nuestra próxima separacion como el anuncio de una desgracia imprevista ; ; la amaba tanto ! Su alma, demasiado pura y ardiente para las frágiles amistades de este mundo ; su alma, que aspiraba á todos los sacrificios, habia buscado fuera de la tierra un ser imperecedero á quien consagrar su amor infinito. Pidió á otro culto que el nuestro el derecho de martirio que nuestra iglesia le negaba , y resistiéndose á mis lágrimas , y arrostrando la cólera de nuestro padre, persuadida de que la voluntad de Dios no era

que viviese en medio de nosotros, la princesa de Bernburgo, hizo públicamente lo que llamaban su abjuracion, y con el nombre de Sor Santa Clara fué á encerrarse en un convento de Erfurth.

Mi padre hizo que mi familia se pusiese de luto como si mi hermana hubiese muerto; pero de los muertos se habla y se conserva cuidadosamente su imagen, mas no sucedió así con la que habíamos perdido, pues se quitó su retrato del lugar que ocupaba en la galeria de familia, se entregó al fuego, y mi padre prohibió severamente que jamás se pronunciase su nombre.

No pudiendo hablar de mi hermana con nadie me retiraba muchas veces á mi habitación para pensar en ella, y llorar su pérdida en secreto; mas ella, ¿me habria olvidado? Esta idea me sumergia, por decirlo así, en el vacío, y el frío de la muerte penetraba hasta el fondo de mi alma. Cada día que pasaba aumentaba mi desconsoladora incertidumbre, hasta que una noche me dormí mas afligida que nunca con la tristeza del tiempo que habia pasado y con la que me esperaba el día siguiente que era once y hacia justamente un mes que mi hermana se habia despedido de mí. Mas ¿cuál fué mi asombro cuando al levantarme encontré un ramillete

enteramente igual á este en la barandilla de mi balcón! Saludé á las flores como á unas amigas desconocidas, é iba ya á preguntar quien las había colocado allí, cuando reparé que estaban atadas con una cinta, en que habían escrito: «De parte de Sor Santa Clara.» Apliqué el ramillete á mis labios con el mayor enternecimiento pensando que era mi hermana la que las había cogido, mi hermana, que aunque consagrada á Dios me amaba todavía, y una parte del poderoso amor que dirigía hacia el cielo quedaba en la tierra para circundarme como una atmósfera de felicidad. Desde lo más retirado de su claustro, con el perfume de aquellas flores me venia la renovación de una amistad de que yo me creía privada para siempre. ¡Ah! Por mas que V. A. se enoja de hombros, y se sonríe como con desprecio, lloro y me envanezco de mis lágrimas. ¡Es un culto tan noble el que se tributa á los recuerdos! Es tan grato amar! Es tan glorioso merecer uno que le amen!

Desde aquel momento conocí que no estaba sola en el mundo. Todos los meses en igual día, recibí puntualmente el ramillete de mi hermana, sin que jamás supiese quien le traía á mi habitación. Una vez, esas flores que me decían que el corazón de Sor Santa

Clara era con respecto á mí el mismo que el de Clara Rosalia, y que nuestras dos almas seguian unidas como en el tiempo en que viviamos juntas, llegaron á mí tres dias antes de lo que las esperaba. Inquietóme ese cambio en la fecha inalterable de nuestra misteriosa correspondencia, y desesperada de poder penetrar la causa, porque no se permitia que llegasen noticias del convento de Erfurth al palacio del duque de Bernburgo, cuando aquella misma noche, en el momento en que me despedia de mi padre, me dijo este con voz trémula y corazon conmovido:

—Los locos, hija mia, no viven tanto tiempo como se dice ; tu hermana ha muerto esta mañana.

La miré acongojada, y él ocultó la cabeza entre las manos para que yo no percibiese su llanto.

Al llegar á este punto de su narracion brillaron dos lágrimas en los hermosos ojos de la princesa ; mas á pesar de que oscurecian algo su vista, pudo percibir el gesto de irónica indiferencia con que escuchaba su historia Juan Casimiro. Entrando entonces en sí mismo su lastimado corazon, buscó otro corazon simpático y se volvió hácia Javiera que tenia los ojos llenos de lágrimas. Enjugó las Sofia Margarita con su propio pañuelo ha-

ciendo un movimiento lleno de gracia y exclamando con voz de gratitud.

—Lloras, Javiera!

—Señora, dijo Juan Casimiro cansado ya de aquella escena y moviéndose en su sillón como fastidiado; la historia está muy bien inventada, no digo lo contrario, y acaso me enternecería si pudiera creerla; pero, gracias á Dios, todavía no estoy tan privado de razón como algunos quieren suponerme, y sobre todo, de memoria.

Al pronunciar estas palabras lanzó á la princesa una mirada amenazadora y continuó:

—Seguramente no ha perdido mi cabeza de tal suerte la idea de las fechas que haya podido olvidar que hace mas de dos años que murió Sor Santa Clara. Por consiguiente, se trata usted de justificarse con respecto á esas flores que con tanta razón son sospechosas para mí, será bueno que invente otra fábula menos absurda, y á que se pueda dar algun crédito.

—Señor, replicó Sofia Margarita; V. A. tiene toda libertad para dudar, yo no la tengo para mentir, y por increíble que parezca la verdad, la digo tal como es, ó por lo menos, tal como yo la sé.

—Y ese ramillete que tiene vd ahora mismo en la mano ¿de dónde ha venido?

—De mi hermana; siempre de mi hermana, respondió la princesa con una religiosa confianza. Desde la muerte de Sor Santa Clara, lo mismo que en el tiempo en que vivía, el día once de cada mes he seguido recibiendo, sin saber por dónde, las mismas flores. No trato de explicar el milagro de una amistad, cuyos testimonios sobreviven á la que los daba. ¿Será algún voto que hiciese mi hermana al morir, y cuya ejecución encargase á algún amigo fiel? Lo ignoro y no trato de averiguarlo.

El misterio con que se rodea para hacer llegar á mis manos esa deliciosa ofrenda, tiene para mí un encanto que ocupa mi pensamiento de una manera agradable. Los días que estoy contenta me complazco en figurarme que desde su trono, que está en el cielo, mi primera amiga se inclina hácia la tierra para dejar caer sobre mí este recuerdo de nuestra dulce fraternidad; los que estoy triste me represento una mano blanca que sale del sepulcro y se dirige hácia mí para ofrecermelas esas flores.

—Muy bien, muy bien, observó riéndose el brutal interrogador; pero nada nos dice vd. del emisario de la princesa Clara Rosalía.

—En cuanto á la persona que desempeña esa santa misión.

Antes que la princesa hubiese podido añadir: «no la conozco», se levantó furioso Juan Casimiro y replicó con acento burlón:

—La persona! La persona! Está bien elegida la palabra y se conoce que se ha estudiado el papel. La persona es un hombre, señora, y ahora se van vds. á ver cara á cara.

—Si, señora es un hombre; repitió Eric-Victor con una intencion tan dañada como la de su hermano, pero que no tenia la misma significacion, porque el príncipe queria decir: «es un conspirador», y el otro, «es un amante ó su emisario.»

Barckfeld era el único que no decia una palabra; inmóvil en su banqueta miraba con tanta indiferencia á los diversos personajes de aquella escena, que parecia que fuese completamente extraño á cuanto pasaba delante de él.

—Es un hombre! exclamó Javiera en voz baja y en un tono que indicaba á una gran dosis de asombros se unia un poco de miedo.

La esplosion casi simultánea de la revelacion hecha por los dos hermanos, causó de pronto una especie de espanto á Sofia Margarita, que en el primer momento bajó la cabeza, pero levantándola inmediatamente con altivez, replicó:

—Mis ilusiones me hacían dichosa porque me trasladaban á otro mundo mejor, pero no rechazó la realidad, y puesto que se sabe quién es el mensajero de mi hermana, venga enhorabuena, con eso podré darle las gracias por su celo.

—Ola! gritó con aspereza Juan Casimiro. Veremos con qué cara recibe la espresion de su gratitud de vd. Señora. —Y volviéndose al conde de Barckfeld: señor conde, vaya vd. á buscar al preso.

Apenas habia acabado de dar esta orden, cuando se oyó en las inmediaciones de la pario la detencion de una arma de fuego, y al ruido todas las miradas se dirigieron á las ventanas. Eric Victor separó el cortinaje de una de ellas y vió por las vidrieras que algunos soldados corrían tumultuosamente por la plaza principal.

Uno de los oficiales de guardia, habiéndose hecho anunciar, entró en el gabinete del principe, para poner en conocimiento de este que el preso acababa de escaparse, pero que le habia seguido un número tan grande de soldados que era imposible que no le cogieren muy pronto.

Furioso Juan Casimiro empezó á dar vueltas por su gabinete, profiriendo las mas terribles amenazas, y Eric-Victor salió inme-

diamente para dirigir la persecucion y traer de nuevo la victima al verdugo.

En cuanto á Sofia Margarita , cuyo corazon habia conmovido el tiro, dijo en voz baja á Javiera:

—Le han matado?

—Pobre jóven! exclamó suspirando la lectura.

—Jóven dices! ¿Pues tú le has visto?

—No señora, pero estoy segura de que es un jóven, porque solo en la juventud son los hombres generosos, emprendedores y amantes. Vea V. A., aquí nadie hay bueno mas que nosotras dos , porque solo nosotras somos juvenes. Si señora, si, es indudable que es un jóven.

—Loca! exclamó Sofia Margarita, apretándola la mano con una éspresion de simpático agradecimiento.

El regreso de Eric-Victor , que entró en el gabinete haciendo mucho ruido, interrumpió la conversacion.

—¿Qué hay? ¿Dónde está el preso? preguntó Juan Casimiro á su hermano.

—Señor, contestó él, acabo de saber que el tiro, cuyo estruendo ha llegado hasta nosotros, se ha disparado contra el fugitivo....

—Y le habra tirado algun torpe que no haya sabido acertarle.... dijo el príncipe.

—No señor, le han dado, continuó Eric-Victor; vaciló un momento y casi cayó al suelo, y los soldados corrieron hacia él.

Sofía Margarita sintiendo un movimiento de terror, buscó la mano de Javiera que por su parte buscaba la de la princesa; las dos jóvenes perdieron el color, pero procuraron sostenerse mutuamente. Barckfeld salió al momento, y el hermano del príncipe continuó:

—Si señor, iban ya á cogerle, cuando ese hombre, recobrando de pronto sus fuerzas, pudo salir á la plaza de palacio y continuar su carrera hacia las callejuelas de la ciudad, donde ha desaparecido, pero la sangre que vá derramando de la herida ha permitido que los soldados puedan seguirle la pista.

— Quiera Dios que le cojan! dijo el príncipe; ; y sobre todo que no muera antes de que haya hablado!

— Es de creer que está gravemente herido, replicó Eric-Victor, porque derramaba mucha sangre; no habrá podido ir muy lejos, y probablemente en este momento se batirá ya preso.

Desgraciadamente no es así, dijo Barckfeld volviendo á entrar en el gabinete. Los que le perseguían han tenido que renunciar á seguir adelante, porque al llegar a la plazuela

de los Herbolarios, han desaparecido completamente las manchas de sangre.

—Miserables! Que los castiguen á todos; exclamó Juan Casimiro, y salió del gabinete dirigiendo á los que se hallaban en él una fulminante mirada.

El gobernador de palacio y el coronel de los guardias siguieron al príncipe.

Quedáronse, pues, solas las dos mujeres, mas sin embargo permanecieron algun tiempo sin atreverse á dirigirse la palabra, porque tenían miedo de que algoien las oyese. Al fin, cediendo al movimiento que recíprocamente las atraía, se arrojaron una en brazos de otra.

—Está herido! exclamó Sofia Margarita llorando:

—Herido, pero libre; respondió Javiera.



CAPITULO V.

EL AGUA. — FIESTAS.

Cuando de mes y medio despues del suceso de que hemos hablado anteriormente, el palacio de Dessau, siempre tan triste y monótono, apareció una noche resplandeciente de luces, y esparciendo á su rededor torrentes de claridad y de armonia. Los grandes espejos, que por lo comun estaban tapados en medio de la oscuridad y el silencio, se hallaban esa noche adornados con flores y rosas, y multiplicaban las luces de mil bujías y el animado movimiento de una multitud de caballeros y de señoras elegantes, que gozaban del ruido y del perfume de las flores,

abandonándose alegremente á la locura del baile, porque aquella noche habia baile en los salones del príncipe de Anhalt-Desgau, y lo que es mas, baile de máscara. En toda la ciudad reinaba igualmente la alegría y la animación, porque se celebraba la fiesta del cumpleaños de Sofia Margarita.

Pero ¿cómo Juan Casimiro, después del escándalo del ramillete, habia permitido que se faltase de ese modo á los severos usos de su casa? ¿Habia adquirido sentimientos mejores, es decir, mas justos, con respecto á su esposa? ¿Habia podido penetrar la inocencia de esta como un suave rayo de luz por entre las densas nubes con el que el espíritu de desconfianza rodeaba el cerebro del príncipe? Nada de eso. Juan Casimiro continuaba siendo siempre el mismo, y á pesar de la sinceridad de sus esplicaciones y del cuidado con que Sofia Margarita procuraba arreglar todas sus acciones á la pureza de su alma, y á la rectitud de sus intenciones, no habia una sola de sus excelentes cualidades en que su marido no viese un crimen. Calificaba su sencillez de hipocresia, su gracia natural, de arte de seducir traidoramente estudiado, y hasta sus beneficios eran una propaganda culpable y un medio de corrupción.

Si solo hubiera escuchado la voz de su corazón, inspiración de una voluntad rencorosa, debida mas bien á sus precoces enfermedades que á una maldad natural; si el parecer de los consejeros de la corona no hubiera servido de contrapeso á la autoridad del soberano, seguramente no se hubiera renovado este año la fiesta de los aniversarios anteriores, y Juan Casimiro se hubiera vengado de una traición que siempre seguía suponiendo, con borrar del anuario de la corte el único día de regocijo que su casamiento con Sofia Margarita habia inscrito en él.

Pero suprimir la fiesta era revelar la falta de armonía que existía entre los dos esposos y obligar á las demás cortes de Alemania á que entrasen en la averiguación del origen de ella, siendo así que importaba á la seguridad del Estado, que la Sajonia y el ducado de Bernburgo ignorasen que Juan Casimiro ponía en duda su buena fé. Así, la mala voluntad de este último hubo de ceder á las consideraciones políticas que el prudente Barclfield supo presentar con energía y apoyaron otros individuos del consejo.

El príncipe vino al fin á declarar que toleraría la fiesta y la dejaría gozar de todas sus franquicias y privilegios, pero manifes-

tando al mismo tiempo que no asistiría á ella. Comunicada oficialmente la noticia de que Juan Casimiro, por el estado de su salud se veía obligada á privar de su presencia á los convidados al baile, todos la tomaron como una prueba de los desenos que el príncipe tenía de que se divirtiese su corte, y se dispusieron mas y mejor á pasar una noche alegre y divertida.

Era un gusto ver como se disponia cada cual á usar de toda la plenitud de sus privilegios, pues parecia que los cortesanos hubiesen economizado el chiste y la alegría de todo un año, para gastarlos de una vez en aquella brillante solemnidad. Era un asalto de adornos, un lucha de riquezas, un combate de elegancia; agotaba cada cual su imaginacion para conducir el difeaz mas singular á el mas magnifico. Permitianse en aquel baile toda libertad y alegría, lo cual en el palacio de Dessau tenía el atractivo de la manzana prohibida; pero si la etiqueta se quedaba aquel dia colgada en los clavos dorados de las antecillas, es porque se había tenido el mayor esmero en no convidar al baile de la corte sino las personas mas distinguidas y de mas esclarecida nobleza. El príncipe mismo había formado la lista, y ¿qué importaba la libertad y el misterio de

la máscara estando seguro de no tener al rededor sino personas muy conocidas? Eran ciertamente las mismas personas que se habían visto la vispera, y las mismas que se verían el día siguiente, pero no eran los mismos rostros, aquellos semblantes que se han estudiado tanto unos a otros que ya nada tienen que decirse.

Bajo la máscara se hallaba el placer de lo desconocido sin tropezar con sus inconvenientes, y cada cual se creía en medio de una sociedad nueva, solamente dos personas se habían exceptuado de llevar careta, la princesa en cuya honra se celebraba la fiesta, y Barchfeld que, como gobernador de palacio debía vigilar para que en ella se conservase el orden.

Fácil es figurarse que ninguna de las personas convidadas había querido dar motivo á otros para que la pudieran conocer, y así es que se habían pensado y ejecutado todos los trages con el mayor sigilo imaginable.

Entre los sujetos que se habían preparado con mas tiempo y cuidado para la fiesta, debe contarse al montero mayor de palacio Mr. de Rotteldorf, personage que á ese empleo oficial reunia otro no de oficio, pero conocido de todos, á saber, el de enamorado de la princesa.

Bastante ágil y ligero para su edad, era el montero mayor lo que se llama un viejo verde, y habiéndolo vivido siempre en la corte habia tomado de tal manera un language y modales que á contentarse con la superficie, Ruttedorf era todavía un cortesano que podia presentarse en cualquier parte, y que solo rayaba en lo ridículo lo necesario para que pudiera notarse, pero sin llegar á punto de que nadie quisiera manifestarlo, acción que además hubiera valido al que la ejecutase una estocada del viejo elegante. En todo lo relativo á buenos modales y á los pormenores del ceremonial de palacio, era hombre completamente instruido y practicaba unos y otros con la mayor naturalidad, efecto de la costumbre, pero debajo de esa agradable cubierta no habia que buscar nada sólido, Mr. de Ruttedorf estaba muy lejos de ser una gran cabeza, mas sin embargo, en cierta época en que hubo penuria de capacidades, le habian enviado á Francia con un mensaje que á la verdad no requeria instruccion ni destreza, razon por la cual habia podido salir bien de su comision, y desde su vuelta, el enviado de Anhalt no sabia hablar de otra cosa que del gran rey, de Versailles y de Paris: parecia que en Dessau nadie sino él tenia derecho para hablar de

aquel país de maravillas; y en una palabra; había confiscado la Francia en beneficio suyo.

Durante el primer casamiento del príncipe se había enamorado de Inés de Hesse-Cassel, y con mas razón despues de celebrado el segundo se había inflamado por Sofia Margarita; pero siempre de la misma manera inocente y desinteresada; Rutteldorf amaba el poder por ser poder, y había convenido en que la representacion femenil de él, graciosa ó severa, tendria siempre derecho á sus suspiros.

Era, pues, natural que Rutteldorf quisiera ser uno de los personajes mas notables de una fiesta que se daba en honor de la princesa, y natural tambien que tomase su disfraz del país y de la corte que tanto elogiaba de continuo. Durante su corta permanencia en el palacio de Versailles, le había llamado la atencion el uniforme de gala de los guardias de Luis XIV, y habiendo hecho un dibujo de él, encargó su ejecucion á Isaac Roth, sastre de la corte. Luego que llegó aquella noche, pero ante de la hora de la reunion, Rutteldorf, á fin de ocultarse mas, no quiso ir á palacio desde su casa y en su coche, sino que mandó que le llevaran en una silla de manos de

alquilar á casa del sastre, donde queria ponerse el traje é ir desde allí en la misma silla á palacio. Mas al llegar á casa de Isaac ¡cuál fué su sorpresa al ver que todavía estaban trabajando en su uniforme de guardia de Luis XIV!

—¿Cómo! exclamó furioso; ayer estaba concluido y vd. mismo me lo enseñó; ¿cómo es que ahora....?

El sastre se puso colorado, pero echó la culpa á la torpeza de uno de los oficiales, á quien acaso hubiera Ruteldorf dado de palos si no se hubiese visto trabajando con el mayor ahínco para reparar su falta, pues según decía el maestro, se había quedado dormido y había dejado quemar una parte del traje de tal manera, que había sido preciso hacerla de nuevo, pero estaría del todo concluido dentro de una hora.

Hubo de resignarse el monarca mayor y esperó aunque de mala gana. Ocurrele la idea de si la prenda que Roth suponía quemada la habría cedido á algun otro que á fuerza de oro hubiese acallado sus escrúpulos; pero esa sospecha no hizo más que atravesar su cabeza, sin detenerse en ella. Suponer que su traje, que se había guardado muy bien de descollar, pero que había anunciado de antemano como único, ha-

bia de tener un duplicado, era idea demasiado penosa para que no la desechase como falsa é inverosímil, sin embargo, era verdadera.

Pero dejemos á Rutefeld esperando el traje que le ha de dar tanta gloria y trasladémonos á la corte.

La fiesta ha llegado al momento de brillo y magnificencia que forma el apogeo del placer; el baile está en todo en ángel y se baila hasta en las salas reservadas, porque la concurrencia es tan numerosa, que de ningún modo puede caber en el salón principal. Los convidados hablan, ríen, se reúnen, se separan; las intriguillas van adelante, los epigramas y dichos agudos se multiplican, y por todas partes se vé una animación, una efervescencia, que tiene algo de vértigo y delirio. En medio de aquella atmósfera caliente y perfumada, todo vibra unisonamente, el corazón y los ojos, el sonido de la orquesta y la luz de las arañas; en aquella variedad de trages que encanta la vista y ocupa la atención, cada cual es á un mismo tiempo espectador y actor, público y representante.

Pero ¿quién es aquella graciosa pastora que con su cayado de marfil en la mano y una cestilla de tela de oro va introduciendo

dose en los grupos, y presentando en todas partes la mas graciosa sonrisa?

Es Sofia Margarita; es la reina del baile, que por espacio de algunas horas ha vuelto á encontrar su feliz libertad de otro tiempo; al verla correr con tanta ligereza por medio de la multitud, pudiera creerse que buye del gentil page que la persigue, y que no es otra persona que la joven lectora, Javiera de Freising. La traviesa muchacha habia elegido aquel traje no para burlar las conjeturas de los demas, sino para disfrutar mas que nunca del derecho de franqueza y alegría de que sabia usar tan perfectamente, aun cuando no hubiese baile en el palacio. En tanto que la princesa, afectuosa con todos, daba á cada cual las gracias por el placer que encontraba en su fiesta, en tanto que repartia igualmente á todos sus atenciones y sus sonrisas, sin cuidar de saber quien las recibia, pues estaba segura de que todas aquellas caretas ocultaban rostros que la querian bien, Javiera iba tambien de un grupo á otro, de una á otra persona, pero con el objeto de ver si podia sorprender un gesto, una palabra, cualquiera cosa que la revelase un nombre, y tan luego como desentrañaba alguna, corria á comunicársela al oido á la princesa. Esta táctica del

lindo page no tenía solo por objeto penetrar por entre el terciopelo esa intencion maliciosa bubiera bastado para que pusiese en ejercicio su penetracion habitual, pero en aquel momento no era lo conocido lo que buscaba.

Desde el dia de la alarma en palacio, el mensajero de Sur Santa Clara habia sido objeto de todas sus conversaciones con Sofia Margarita, pero en palacio, pues durante el paseo una y otra iban silenciosas temiendo que la conservacion les impidiese observar bien á la personas que se hallaban por donde pasaba el coche, porque una y otra habian pensado mas de una vez que acaso pensarían á su lado sin saberlo.

Cuando se hallaban de vuelta en palacio se comunicaban recíprocamente todas sus observaciones, pero como ninguno de los que habian visto correspondia á la idea que ellas habian formado del misterioso portador de ramilletes, venian siempre á parar á la triste conclusion de que llegarian á conocerle jamás.

En fin cuando el consejo de estado decidió que se diese el baile, puesto en duda por el mal humor de Juan Cosimiro, concibió Javiera una nueva esperanza é hizo participar de ella á Sofia Margarita que solo deseaba que le diesen algun motivo plausible para esperar.

—Temblemos baste, señora, la decía, y baste de máscara, y él no dejará de venir por nada en el mundo, yo lo aseguro. ¿Cómo se valdrá para ello? lo ignoro; pero no puede menos de venir.

—Y aun cuando así fuese, niña, ¿de qué nos serviría eso? ¿Cómo podríamos conocerle teniendo todos las caras tapadas?

—¡Pues no hemos de poder! Basta ir dando un nombre á cada careta, y cuando no nos quede mas que una á quien no podamos dársela, es bien seguro que es aquel. Fuese en mí V. A.

Con este objeto, determinado muy antemano, iba de un lado á otro la señorita. Esperaba para ver de sorprender á cada uno su secreto.

—Vámonos, señor page, dijo Sofia Margarita á Javiere llevándola hacia el terrado cuando le último acababa de pasar revista segunda vez á todo el baile, es vd. un falso profeta. Bien te lo decía yo que no vendría.

—Entonces, señora, es que le hicieron gravemente cuando la aventura de hace mes y medio, porque no veo mas disculpa en su favor que el estar mudo ó herido.

—¡O muerto acaso! exclamó la princesa. Ah! cuánto atribuyendo á Javiere el triste pensamiento que le había ocurrido. ¿Qué-

res proporcionarme un tormento mas! Sin duda olvidas que hoy no tengo derecho para estar triste.

—Perdon, señora, pero ¿me hubiera alegrado tanto de poder decir a V. A. «ahí está!»

—Dios mío! dijo la princesa, ¿No llegaré nunca á conocer la mano amiga é invisible que continua con respecto á mi las ofrendas de mi hermana? Cuando recuerdo á cuanto ha tenido que exponerse para traerme ese ramillete.... ramillete que conservo todavía y que llevo conmigo; mirele.

Diciendo así abrió Sofia Margarita su cestillo y sacó de él un ramillete marchito, en el cual fijó una tierna y amorosa mirada.

No faltó alguno á quien ese movimiento causó un gozo muy semejante al éstas: alguno que acababa de ver realizados todos sus ensueños y todas sus esperanzas; algunos que hubiera deseado tener á su lado un amigo con quien poder compartir el peso de aquella felicidad que le agobiaba. Sintió que apenas podría sostenerse, y para no caer, hubo de apoyarse en el marco de una puerta, y á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo ahogar un suspiro que llamo la atención del conde de Barckfeld, el cual estuvo considerando algun tiempo al tal hom

bre que ya antes le había chocado por la obstinación con que fijaba la vista en la princesa y su compañera.

El hombre del suspiro iba vestido con una cota de paño salpicado de motas de oro y plata, y debajo de ella llevaba un jubon de raso blanco, con las mangas acuchilladas y una camisa de lienzo finísimo que se veía por las aberturas. Unas medias de seda de color de perla, zapatos de terciopelo y toca de raso, completaban aquel brillante traje.

El gobernador de palacio conocía bastante los trages de corte para no saber que aquel era de origen francés y correspondía á los guardias de Luis XIV. Antes de la emoción producida por el ramillete Barckfeld se había dicho á sí mismo: «Este máscara es nuestro montero mayor ó el otro» después del suspiro no le quedó la menor duda.

Con efecto, era el caballero Jorge Oberzell en persona.

Después de la aventura del ramillete, herido, es verdad, pero no tan gravemente como habían juzgado algunos y temidos otros, no volvió á su casa Oberzell hasta muy tarde y por la puerta secreta, y ya no encontró en ella á Patricio Sulzbach. Luego que se quitó su traje de estudiante llamó á su ayuda de cámara que no le había sentido en-

trar. Infórmose de lo que había pasado durante su ausencia y supo que los de la ronda de Patricio, alarmados al ver el mucho tiempo que este permanecía en la casa, habían tomado el partido de invadirla y penetrar por fuerza en la habitación de Oherzell, en la cual había encontrado á su jefe durmiendo. Preguntando este sobre la desaparición del sujeto á quien debía llevar preso, y habiéndose negado absolutamente á responder, fué conducido á la cárcel y condenado á permanecer en ella hasta que pagase la deuda del fugitivo, es decir, que no pagando Oherzell la deuda ó presentándose en la prisión, el pobre diablo había de estar preso toda su vida. Solo le quedaba un recurso al pobre caballero; y era el de vender el hogar paterno, la antigua mansion de la familia, que sus abuelos se hubieran avergonzado ni de hipotecar siquiera. El día siguiente Jorge Oherzell cedía por medio de un documento hecho en debida forma y con todos los requisitos necesarios su casa patrimonial á maese Wulfen, que se había mostrado deseoso de ella hacia ya tiempo. Ocho días después el caballero estaba curado de su erida; Wulfen marchaba á Beroburgo para tomar posesión de su nueva hacienda, y Patricio Sulzabach recobraba la

libertad pero no el empleo.

—Te has quedado sin oficio, amigo mio, le dijo Oberzell cuando salió de la cárcel.

—No por cierto, respondió el, porque le pertenezco á vd. Acaso podré servirle todavía y no puede vd. dejarme en la calle.

—Enhorabuena, Patricio; replicó el caballero.

De esta manera se celebró entre los dos una especie de pacto de alianza.

Con la cesion de su patrimonio, no solamente habia pagado Oberzell al israelita todo lo que le debía, sino que habia recibido de él una cantidad bastante grande para continuar por algunos meses el género de vida que habia adoptado en Dessau; más la circunstancia del baile de palacio debía apresurar su ruina, pues tuvo que pagar muy caro el billete de entrada que no podia pedir personalmente porque se le hubiera negado, y ademas los escrúpulos de Isaac Keith eran tan grandes que para vencerlos habia tenido que apurar casi enteramente su caudal. Pero ¿por qué habia elegido el disfraz del montero mayor? Porque tres horas antes de emperarse el baile no tenia aun el deseado billete, y cuando llegó á tenerle no le quedó tiempo sino para ir al sastre de la corte y adquirir á toda costa el único tra-

ge que venia bien á su cuerpo.

El día siguiente le esperaba la pobreza, pero había mañana para Oberzell? Toda su vida se concentraba en aquel momento; veía á Sofia Margarita, notaba que esta hablaba en voz baja á su amiga, y sin duda la hablaba de él, puesto que su ramillete se hallaba todavía en manos de la princesa.

Esta por su parte no había observado ni la contemplacion perpétua de que era objeto, ni el movimiento que había hecho Oberzell para buscar un apoyo al sentir desfallecer. Acercóse aun mas al terrado, y mirando, así como Javiera, al parque, tanto mas oscuro á la vista cuanto que el salón estaba inundado de luz, la dijo .

—¿Sabes que se agusta una al pensar en los peligros á que se ha expuesto para verificar su escarmiento? ¿Por donde crees tú que podría haber subido?

—Acaso por el cenador que hay en la derecha cerca de la verja.

—No, no, replicó la princesa, porque le hubieran visto. Yo creo mas bien que subiría por ese castaño de Indias, y se escurriría por ahí... véis..., por detras de esos grandes tiestos.

Diciendo así, señalaba con la mano á Javiera el camino mismo que Oberzell había seguido.

Pero apenas habia acabado de hablar cuando una mano de hielo se apoyó sobre la suya. La princesa dió un grito y retrocedió horrorizada, pues se presentaba de repente a su vista una fantasma espantosa, un semblante pálido y suspicaz, que ya hemos visto en otras ocasiones. Al grito de Sofia Margarita habian acudido varias personas hacia el terrado, pero el temor y el respeto detuvieron á todos, y cada cual decia en voz baja al que tenia á su lado.

— El principe, el principe !

Era en efecto Juan Casimiro, cuyo rostro desencojado y pálido se veia á la luz del saloe, y cuyos ojos inquietos brillaban en la oscuridad.

— Te cause miedo, pastorcita, dijo con voz temblona ; lo siento mucho, á fé mia. Pero no debias tú con asomarte á este terrado, á peligro de resfriarte, llamar á tí al lobo que se retiraba ya á su cueva, despues de haber examinado un poco todo lo que se hace aqui. ¿Por qué no te alejabas de la ventana? Vive Dios que ya habia yo visto bastante.

La idea de Juan Casimiro estaba acaso allí hacia ya algun tiempo acechándola en medio de la oscuridad, y que tal vez habria podido oir las palabras que habia dirigido á su compañera, la hizo estremecer.

—A decir la verdad, me gusta mucho así, continuó el príncipe sin soltar la mano de su mujer; pero una pastora de ovejas tan lujosa, no debe tener un ramillete tan indecente, y marchito ya, hace lo menos mas y medio. Yo te enviaré otro mejor, pastorcita; yo tambien puedo enviar flores, porque gracias á Dios no me faltan. Arroja ese.

Al decir así, el príncipe que seguía sujetando con sus huesudos dedos la delicada mano de su esposa, la dió una sacudida tal, que se escapó el ramillete y fué á caer al parque al pié del terrado.

A pesar del dolor que aquella brutal presión la hacia experimentar, no pudo evitar la princesa el seguir con la vista y con una espresion de pesar aquellas flores que por un refinamiento de crueldad la obligaban á que arrojase ella misma, y cuando cesó de verlas bajó tristemente la cabeza, como agoviada por el sacrificio.

—Me parece, dijo el príncipe, que ningún interés tendria V. A. en ese ramo, porque seria manifestar muy mal gusto. Si eso no es cierto, apelo á la opinion de aquel caballero que hace un cuarto de hora que no separa los ojos de V. A.; estoy seguro de que la dirá que esas flores tan ajadas desfiguraban sus lindas manos.

Esta observacion del principe hizo que Soñá Margarita mirase al hombre vestido de guardia Luis XIV, en el cual no habia reparado hasta entonces.

—Ese mismo; continuó Juan Casimiro siguiendo la direccion de la mirada de su mujer.

Y bajando la voz y arrugando el entrecejo, preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—No le conozco, respondió la princesa con el acento suave pero firme que dá la sinceridad.

Miro entonces ella á Javiera, como preguntándola con la mirada, pero la joven con una señal de cabeza y con cierta emocion vino á decir tambien que no le conocia, lo cual era lo mismo que si dijese: «Ahí está el desconocido que buscábamos.» Al momento se puso mortalmente pálida la princesa y Oberzell estaba tambien tan turbado que el principe no hubiera podido menos de percibirlo, si no hubiese estado tan ocupado en aquel momento en observar los movimientos y commociones de su esposa.

Los cortesanos, que se habian detenido respetuosamente á cierta distancia del Soberano, no habian percibido nada de aquella conversacion; pero leían sus desastrosos

efectos en el rostro, tan alegre antes, de la princesa. Desde que habia llegado Juan Casimiro, se habian entristecido todos los corazones, y al zumbido alegre que resuena en un salon de mascarar se habia sustituido un triste silencio, que solo alteraba el ligero ruido que hacian para acercarse al terrado los que estaban mas distantes de él. Dirigió el príncipe una mirada burlona á todos los concurrentes, y creyendo natural aquella tristeza, que solo nacia de su presencia, dijo á su mujer con tono de lástima.

—Y á eso llaman vds. una fiesta? No le doy á vd. la enhorabuena, señora. Los convidados estan tan alegres como si fuesen presos ó anacoretas, no me parece que eso vale la pena de disfrazarse el cuerpo y cubrirse el rostro con una careta; me divierto yo mas estando solo. Así, señores, añadió dirigiéndose á los que estaban mas cerca, me voy á acostar.

En seguida, señalando una luz débil que se veia en una ventana, algo distante de palacio, dijo al guardia que estaba de centinela en el terrado.

—Que avisen al coronel de guardias, á quien he dejado en la sala del consejo, que puede venir á acompañarme.

Dada esta orden permaneció Juan Casimi-

ro algunos instantes, mirando al guardia de Luis XIV, y en seguida se dirigió resueltamente hacia él; pero á mitad del camino se detuvo como á consecuencia de una inspiración repentina. Sin embargo, no podia disimular bastante su rabia interior y volvía los ojos á todas partes, buscando sobre quién descargar la cólera que le sofocaba, en aquel momento se acercó el centinela á decirle que estaba cumplida la orden y que habían ido á dar aviso al coronel; mas al ir á retirarse á su puesto, le dijo el príncipe.

—Era vd. el que estaba de centinela hace poco cuando yo he entrado?

—Si señor, respondió el guardia.

—Pues mañana comparecerá ante un consejo de guerra por haber saltado á la consigna. Yo no estoy en traje de baile de máscara, y no debió vd. dejarme pasar.

—Es que conocí perfectamente á V. A., respondió el guardia temblando.

—Vd. no tiene obligación de conocerme, replicó el príncipe y le volvió la espalda.

Eric-Victor, que llegaba en aquel momento, y habia oído las últimas palabras, dijo al centinela al oído:

—No tenga vd. cuidado, que yo haré que le absuelvan.

—¡Oh monseñor! exclamó el guardia; V. E.

es el padre del pueblo; ; cuando llegará el día de que sea quien mande aquí!

—Silencio! replicò el conmet apretándole la mano. Puede oírnos el príncipe.

Aquel hombre astuto que no dejaba perder ocasion alguna que se le presentase para adquirir partidarios, principalmente entre la tropa, podia contar desde aquel momento con un auxiliar mas. El príncipe vio en esto á su hermano, y cogiéndole del brazo le llevó hácia donde estaba el guardia de Luis XIV, y apretándole el brazo de una manera significativa que queria decir: «ten cuidado con lo que hagas», dijo con voz áspera á Oberzell.

—Caballero, puede vd. lisonjearme de que ha elegido un traje sumamente lindo; no veo ningun otro tan elegante, y esté vd. seguro de que me acordaré de él.

No se escapaba á la princesa ninguno de los movimientos de Juan Casimiro, y si la señorita de Freising no hubiera estado á su lado para animarla, veinte veces se hubiera descubierto á si misma.

Despues de hablar de aquel modo Juan Casimiro al joven, llevó á sus labios la blanca mano de Sofia Margarita, y atravesó la sala del baile, respondiendo apenas á los saludos que le hacian. Al llegar á la puerta de

salida dejó el brazo de Eric-Victor y dijo en voz bastante alta:

—Dejo á vd. aquí hermano mio, porque deseo saber por vd. al levantarme mañana que el baile ha concluido mas alegremente que lo que empieza.—Y añadió en voz baja: Ya has visto ese máscara á quien he dirigido la palabra; me importa mucho saber su nombre, y espero que me lo dirás mañana.

Convenido esto entre los dos hermanos se alejó el príncipe definitivamente de la reunión, precediéndole en su vacilante marcha por las galerías dos empleados con hachas encendidas. Todas las miradas se habian fijado en él, y cada convidado al baile consideraba en silencio aquella marcha, que tenia algo de lúgubre. En fin, cuando Juan Casimiro entró en su habitación y se cerraron las puertas de ella, se oyó en la sala una especie de suspiro universal, como si ningún pecho hubiese podido respirar en tanto que habia pesado sobre él la vista de aquel siniestro personaje.



CAPITULO V.I

EL LAZO DE CINTA.

Como hemos dicho, luego que retiró el valetudinario soberano se disiparon la opresion que acababa de pesar sobre todos los corazones y la oscura noche que habia cubierto de luto al sol de aquella festa; pero aunque habian pasado algunos minutos desde que Juan Casimiro habia dirigido, con tono bastante acre su despedida á la reunion, no volvía la alegría primitiva á la sala del baile. En vano la orquesta, ingeniosamente oculta detrás de una paredilla de espinos de atbar en flor, trataba con su armonia de escitar á los concurren-

tes á que gozasen de los placeres del baile, pues la multitud, tan animada poco antes, se mantenía silenciosa, y no correspondía á los acentos de la música, como si esta hubiera sonado en un desierto.

Tal había sido el efecto del lúgubre incidente, que después de la marcha del príncipe, cada cual olvidándose completamente de los demás y no pensando sino en sí mismo, trataba de reponerse, como sucede al salir de un vértigo producido por un peligro inminente é imprevisto. Todos se felicitaban á sí mismo de haberse escapado de la tempestad que acababa de pasar, y en cuanto á la solemnidad que daba vida al palacio de Dessau, parecía que se hubiese olvidado completamente.

La que mas había sufrido con la terrible aparición de Juan Casimiro, fué, sin embargo, la primera que recordó que durante los días anteriores la expectacion de aquel baile había estado llena de encantadoras promesas que era preciso realizar, y triunfando al momento de la emoción que todavía la dominaba, se inclinó hacia su compañera y la dijo:

—Cuando estemos solas pensemos en nuestras penas; ocupémonos ahora del placer de nuestros amigos.

Esta palabra amigo tuvo en su boca una expresion de dulzura poco ordinaria, porque al hablar de todos pensaba esclusivamente en uno solo, y sus miradas se dirigian hácia el punto donde muy poco antes se hallaba el que su lectora la habia dado á entender que debia ser el mensajero desconocido de Sor Santa Clara.

Mas Oberzell no estaba ya alli; Sofia Margarita giró rápidamente la vista al rededor y no lo percibió en ninguno de los grupos que la rodeaban. Al pronto experimentó alguna inquietud, pero recordando despues la interpelcion directa que su marido habia hecho al misterioso guardia de Luis XIV, supuso que este viendo que la atencion general debia fijarse ya en él, habia creido prudente dejar su actitud contemplativa y perderse entre la multitud. Dióle gracias interiormente por el cuidado que ponía en no comprometerse mas, y persuadida de que volveria á verle, aunque no fuese mas, que una vez y de lejos, ó pasado á su lado con la rapidéz del relampago, recobró su fuerza el corazon de la princesa y la alegría su rostro, disipóse su palidéz y brilló de nuevo el dulce fuego de sus ojos. Entonces, olvidándose de sí misma para pensar en el regocijo comun, solo pensó en volver el movi-

miento y la alegría a los que celebraban la fiesta de su cumpleaños.

A la manera de un jefe de ejército que recorre las filas de sus soldados para reanimar el valor de algunos desalentados por una derrota, Sofia Margarita recorrió toda la asamblea, dirigiendo á unos y á otros sus amables palabras y su encantadora sonrisa. Con esto se reanimó todo, se formaron de nuevo las cuadrillas que se habian dispersado, se renovaron las intrigas interrumpidas y el baile recobró su primitiva animación.

Pero en vano buscó la princesa entre los que bailaban y entre los curiosos que veían bailar al guardia de Luis XIV, pues no le divisó en ninguna parte. «¿Se habrá marchado?» se preguntó á sí misma. Acaso Javier hubiera podido responder á su pregunta, mas cuando la princesa despues de despertar á su corte del letargo en que habia caído, se paró á fin de dirigir la palabra á su lindo page, halló que este tambien habia desaparecido.

La maliciosa joven no era de la misma opinión que su ama acerca de la prudencia de un hombre que poco antes habia sido capaz de arrostrar tantos peligros á fin de que en el dia fijo tuviese Sofia Margarita en

su habitacion un recuerdo del convento de Erfurth. Pensó con razon que no faltaba del baile con el objeto de librarse de la curiosidad de la muchedumbre ni de evitar las malas consecuencias que esa curiosidad pudiera traer para él, y habiéndole ocurrido una idea, aprovechó el momento en que se organizaban de nuevo los bailes y se dirigió hávia el terrado, teatro de la triste escena conyugal; acercóse á favor de la oscuridad hasta la misma balaustrada, y alargando el cuerpo por encima de ella, dirigió una mirada á la profundidad del parque.

Su instinto femenil no la habia engañado: apenas se acostumbraron un poco sus ojos á la oscuridad, cuando vio precisamente en el sitio en que debio haber caido el ramillete, una persona que se acercaba con mucha precaucion, como si temiese que la arena hiciese ruido bajo su ligero calzado. Detúvose un instante Oberzell como para orientarse en su investigacion, pero en el mismo punto vió Javiera al estremo de la calle de árboles, la luz rojiza del farol de uno de los guardas del parque y no dudó que hubieran percibido desde lejos el bullo del que andaba debajo del terrado; previendo entonces el peligro, colocó las dos manos al rededor de la boca para que sus palabras

llegaran mas directamente y dijo en voz bastante baja :

—Allí está el ramillete, junto á los pies de vd. cójale pronto y retírese, que vienen.

Aturdido por aquella advertencia que le venia como del cielo, y asustado con los pasos que sentia que se acercaban á él, dió media vuelta Oberzell, y volvió la vista hácia el terrado, donde no distinguió á nadie, porque Javiera se habia vuelto hácia el salon para cerciorarse de que nadie la acechaba. Cuando asomó de nuevo la cabeza á la balaustrada el guardia de Luis XIV no estaba ya solo en el parque, pues el hombre que le habia divisado, acababa de acercarse á él, y empezaba á preguntarle cuál era el motivo de que se hallase á aquella hora en aquel sitio.

—Bien venido, buen hombre, dijo el caballero sin responder á la pregunta que le hacian ; Dios bendiga la mano que me trae luz.

Diciendo así se apoderó del farol que el guarda tenia levantado para reconocer el traje de la persona á quien estaba hablando.

Pero ¿qué hace vd. aquí? volvió á preguntar el guarda con voz áspera.

—Ya lo vé vd. busco alguna cosa que se ha caído, respondió Oberzell, dirigiendo

al suelo la luz del farol.

—Y ¿qué es lo que vd. busca? Sin duda tendrá algún nombre, y es preciso que yo sepa lo que es.

El caballero continuaba mirando por el suelo y dudaba qué responder, cuando vio al lado de las flores tan deseadas unos cordones de seda azul con cabetes de oro.

—Vea vd. dijo Oberzell dejando en el suelo la linterna; esto era lo que buscaba.

Y con una mano le enseñaba los cordones afortunadamente encontrados, mientras con la otra ocultaba debajo de la cota el marchito ramillete de la princesa. El guarda dudó tanto menos de la sinceridad de la respuesta, cuanto que Oberzell tuvo cuidado de dejar en el suelo, donde daba la luz de la linterna una moneda de oro, como para recompensar al del farol del auxilio que le había prestado, aunque involuntariamente. Pídióle, pues, el hombre nul petidones, disculpándose de las preguntar que le había hecho con la severidad de las órdenes que les eran dadas, y acompañó hasta el pie de la escalera al generoso convidado.

Hubiera sido una suerte demasiado feliz el que por casualidad se hubiesen hallado los cordones del page al lado del ramillete para sacar al caballero del cruel apuro en

que se hallaba. Oberzell no tenia fé en el hado, pero creia que el cielo favorece á los que aman de veras, y confiaba sobre todo en el corazon de las mujeres, depositario inteligente de los designios de la Providencia que nos alumbra en las tinieblas y nos sirve de salvaguardia en los peligros. No recordaba haber oido jamas la voz que le habia hablado desde el terrado, pero no podia engañarse acerca de la mano que habia dejado caer los cordones de seda al lado de las flores; desde luego reconoció que aquellos cordones pertenecian al traje de la joven lectura, y no le quedó duda alguna de que la manotaban ingeniosamente carnativa era la del paje de la noble pastora.

Introducido en la senda de las suposiciones, no se detuvo en ella Oberzell; pensó que Sofia Margarita habia reparado en él, y que sin necesidad de que se la dijese, por una revelacion repentina del corazon, sabia que el hombre á quien Juan Casimiro habia dirigido tan maliciosamente la palabra era el mensajero de la religiosa de Rinsuth. Por fuerza Sofia Margarita habia adivinado eso, pues de otra manera no tenia motivo para interesarse por él, y no habia duda en que se interesaba puesto que habia cuidado de que su amiga velase para que no le sorpren-

dieran al tratar de reconquistar el ramillete.

Tal fué el razonamiento que se hizo á sí mismo, y como se vé no se habia estraviado demasiado su imaginacion, pues solo en un punto le llevaba mas allá de la realidad, que era en cuanto á suponer que la proteccion que Javieta acababa de concederle procedia de la princesa.

Oberzell no tuvo gran prisa de valverse á presentar en la sala de baile, y poco faltó para que cediese al deseo de retirarse inmediatamente á su casa para entregarse al placer de considerar aquellas flores cuyo contacto con su pecho le causaba un placer indecible. Pero alejarse en aquel momento de palacio era perder la única ocasion que tal vez se le presentaria de vivir todavía algunas horas al lado de Sofia Margarita, de seguir con la vista todos sus movimientos, y de disfrutar la felicidad de respirar el mismo aire que ella. Sin embargo, aunque sentia un gran deseo de ir á presentarse de nuevo entre los demas convidados, no se separaba del pié de la escalera á donde le habia llevado el guarda diciéndole que por alli llegaria mas pronto á la sala del baile.

Viéndose alli aislado, porque no era un parage de paso, se quitó la careta, sacó del pecho el ramillete que tan religiosamente

habia conservado Sofia Margarita, le contempló estasiado y le habló con la mayor ternura en estos términos:

—Flores que su mano ha tocado, y en quien se han fijado tantas veces su hermosos ojos, al fin os poseo, os puedo acercar á mis labios, y puedo respirar á mi vez el aire que se separa de vosotras. Parece que me traéis una suave emanacion de mi amada; busco en vosotras un perfume que ella haya dejado olvidado y me parece que le encuentro y me embriago. Oh! Gracias, príncipe de Anhalt! Muchas gracias por tu mala accion! La princesa jamas me hubiera dado estas flores, y gracias á tí, son mías, mías, y puedo guardarlas.

En medio de la ecsaltacion de amor, habia olvidado Oberzell de tal manera la prudencia, que estas últimas palabras no solamente las pensó sino que las pronunció en voz alta, y en el momento en que orgulloso de su conquista estrechaba convulsivamente el ramillete sobre su corazon como para defenderle contra cualquiera que hubiese venido á disputárselo, una persona que habia llegado hasta allí con tanta precaucion que Oberzell no la habia sentido, se acercó á él y le dijo:

—No, linda máscara, no te guardarás esas

hores porque se las espera la persona á quien pertenecen; es preciso que se las vuelvas y á mi mis cordones. Porque quien hablaba era la señora de Freising.

Desde las primeras palabras se habia vuelto Oberzell confiadamente hácia la persona que habia venido á sorprenderle en su arrebatado de delirio, porque habia reconocido la voz protectora del balcón, y con el apresuramiento de querer dar las gracias á la compaÑera de Sofia Margarita olvido que tenia quitada la careta. Este olvido, que notó casi en el mismo instante, le causó un disgusto tan grande que su rostro, que un momento antes se hallaba tan animado, se quedó extraordinariamente pálido. Al verse objeto de unas miradas que de cierto no se le mostraban desfavorables, se encontró tan confuso, tan cortado, que se turbó su vista y sus labios no supieron pronunciar ni una sola palabra inteligible.

—Dios mío! exclamó Javiera medio inquieta y medio sonriéndose, mucho miedo tiene vd. de que le vean, caballero, cuando tan pálido se pone porque un page indiscreto le ha sorprendido con el rostro descubierto. Póngase vd. la careta que yo nada he visto, y esté seguro de que no relevaré á nadie su secreto.

—Mi secreto! Pues ¿qué secreto sabe vd. de mí? preguntó Oberzell aun mas alterado.

—Ninguno, absolutamente ninguno, contestó Javiera; lo único que podría decir de vd. si hubiese de hablar con alguien de eso, es que nunca ha visto en la corte su semblante.

Esto tranquilizó bastante al caballero que se puso la careta, y devolvió al page los condones que tan á tiempo habia sabido arrojar al parque.

—Ahora se trata del ramillete; continuó la amiga de Sofia Margarita; vd. ha procedido muy finamente en recogerle y supongo que es demasiado caballero para no querer aprovechar la ocasion que le ofrecen para volver á ponerle vd. mismo en la mano que involuntariamente le ha dejado caer.

—Yo! exclamó Oberzell temiendo haber oido mal. ¿Podré yo entregar estas flores á la princesa? ¿Presentarcelas personalmente?

—Será la segunda vez que las recibirá de vd.; observó el page con una expresion de malicia y de ingenuidad que acabó de trastornar la cabeza del caballero.

—Es verdad, respondió orgullosamente; de mí las ha recibido... y las ha conservado.....

—Como un recuerdo de su hermana, respondió con toda seriedad Javiera, y por eso

mismo debe vd. volvérselas.

Combatido al principio por el deseo de conservar el ramillete, aquel tesoro que había pertenecido a la princesa, vaciló por un instante Oberzell, pero cediendo en seguida, no al sentimiento del deber que había invocado la jöven sino al pensamiento de aquella circunstancia le permitiría comunicar directamente con la persona á quien no podía acercarse sino en las ilusiones de sus sueños, el enamorado jöven, pensando repentinamente de una resolución á otra, iba á entrar precipitadamente en la sala de baile, y á comprometer con algun paso indiscreto á la princesa y á sí mismo. Adivinó Javiera y le detuvo diciéndole:

—¿Olvida vd. que el príncipe ha obidado á mi señora á que arroje esas flores? No es posible que las reciba de vd. de esa manera, porque todo el mundo lo sabría y sería un escándalo.

—¿Tiene vd. razón; pero ¿dónde ó cuándo me será permitido restituírselas? preguntó Oberzell asustándose él mismo de la atrevida esperanza que le había hecho concebir la observacion de Javiera.

—Espere vd..... Esta noche, y muy pronto

—¿Esta noche? ¿En secreto?..... exclamó Oberzell.

La señorita de Freising se mostró ofendida al oír estas palabras, y habiéndolo observado él continuó diciendo.

—Perdone vd. señorita, estoy loco. Pero saldré castigarme por el delito de haberla ofendido, tome vd. entréguela vd. misma esas flores.... Ya vé vd. que me privo del único momento de felicidad que podría esperar en mi vida; no le parece á vd. suficiente castigo?

Notábase tanto dolor en la espresion de su voz, y de tal manera temblaba su mano, que Javieta se conmovió y no tuvo ánimo para castigarle mas por su culpado pensamiento. Rechazó, pues, con amabilidad el ramillete que Oberzell la presentaba y le dijo.

—Lo echaremos á perder todo, caballero, si tiembla vd. de ese modo cuando dentro de un instante y en presencia de todo el mundo hable vd. á la princesa. Me parece que se debe tener mas ánimo, cuando tanto valor se muestra para un peligro mucho mas grande.

Prometió Oberzell que triunfaria de su emocion, y que seguiria exactamente los consejos de su protectura, y entonces Javieta le comunicó en pocas palabras lo que habia discurrido para que entregara públicamente el ramillete á la princesa, sin que

nadie supiese que se le habian devuelto. El plan era sumamente sencillo, y tanto que le habia ocurrido á Javiera sin hacer grandes reflexiones. A Sofia Margarita, ó mas bien á la pastorecita del baile, le faltaba un adorno indispensable, un tributo de su traje desde que el mal humor del príncipe la habia obligado á tirar el ramillete que tenia en la mano, y entre todas las mugeres jóvenes y elegantes que se reunian en el baile, las mas elegantes y hermosas de todas, era la única que carecia de ramillete. El maligno page imaginó con razon que en mas de una cabeza bulliria la idea de volver aquel adorno á la princesa, y que si ninguno se habia atrevido á ejecutarlo y añadir ese complemento al traje de Sofia Margarita, era porque á cada cual le contenia un poco el respeto y mucho el temor de atraerse una desgracia. Mas lo que pudiera haber de culpable ó arriesgado en un hecho aislado, se convertia en una cosa completamente inocente siendo la accion simultánea y general. Asi lo pensó Javiera, la cual manifestó al caballero que antes de ir á buscarle se habia puesto de acuerdo con algunos convidados para qu hablando estos á los demas y reuniéndose todos tratasen de reparar la perdida de las flores;

¿una seña que haria el paje debía cada cual presentar un ramillete a la princesa, la cual tendria que aceptarlos, todos, pero no podria quedarse mas que con uno, que seria el suyo.

Convenidos en esto volvió la joven á la sala del baile, á la cual no tardó en seguirla Oberzell. Hecha la seña por Javier, los cómplices de esta armados de flores rodearon á la princesa, y cada cual á su vez vinieron á presentarla un ramillete, poniendo una rodilla en tierra. Sorprendida y encantada la hermosa pastora admitió con una gracia singular aquel galan homenaje, que continuó tanto tiempo que Sofia Margarita, rodeada de ramilletes parecia colocada en un canastillo de flores.

Llegó á Oberzell su turno, y se acercó á la princesa con paso trémulo. En aquel momento debió considerar como una gran felicidad el llevar una careta que pudiese disimular la tempestad de su corazon que se presentaba en su alterado semblante. Pero si los testimonios que daba el rostro de su emocion interior no eran visibles para nadie, ¿podia disimular igualmente el estremecimiento de su cuerpo? ¿Podia impedir, á pesar de la oferta que habia hecho á Javier, que temblase su mano al ofrecer el

ramillete á Soñá Margarita?

Con respecto á cada uno de los que sucesivamente habian venido á ofrecerle sus ramilletes, la princesa habia encontrado en su ingenioso talento una nueva frase para darle las gracias, en términos que refiriéndose unos á otros sus amables palabras, todos se creian con motivo de estar contentos, y sin tener nada que envidiar á los demas. Pero cuando se presentó delante de ella Oherzell, cuando volvió á ver al guardia de Luis XIV á quien sus ojos buscaban por todas partes desde que se retiró Juan Casimiro, cuando reconoció en medio de otras flores nuevas el marchito ramillete, recuerdo de Sor Santa Clara, sintió que las palabras espiraban en sus labios y antes de tomar las flores miró mucho tiempo al caballero que se las ofrecia, lo cual no era lo mas á propósito para disminuir su turbacion. En seguida alargó una mano tambien trémula, y tal era su agitacion, que un lazo de cinta que llevaba en un puño de encaje y que el príncipe habia casi arrancado al cogerla por el brazo, se separó de pronto y apareció como un regalo, que vino á caer sobre la alfombra. Oherzell, fuera de si, no pudo contenerse, se arrojó al punto á coger el lazo, le llevó inmediatamente á sus

labios y le ocultó en su pecho.

Fácil es juzgar la conmoción que todo esto debió causar en la sala. La princesa, turbada hasta lo sumo, se alejó algunos pasos, siguiéndola Javiera, y en toda la asamblea resonó un rumor de sorpresa y de indignación contra la acción poco premeditada del caballero.

Oberzell nada vio ni oyó, porque entregado ciegamente á su amor no comprendía sino una sola cosa; que le pagaban la restitución del ramillete con el regalo del lazo. Mas Eric Victor, á quien no se había ocultado ninguno de los incidentes de aquella escena, se había acercado á las puertas de la sala; había dado órdenes á los uñeres de servicio, y comunicadas misteriosamente por estos á otros criados, se habían estendido á todas las salidas de palacio.

Era evidente que se trataba de Oberzell; todos habían visto el movimiento del coronel de los guardias, y unos á otros se decían al oído:

—Sea quien quiera, no saldrá de la sala sin haberse quitado la careta.

El caballero, como acabamos de decir, embriagado con su felicidad se creía completamente seguro, pues obedeciendo á la mas imprudente inspiración creía haber ejecutado la acción mas sencilla. Continuaba, pues, á la vista de todo el mundo buscando

una nueva ocasion de presentarse á los ojos de la princesa, cuando el conde de Barckfeld pasó dos veces á su lado y le dió con el codo, pero solo la segunda, que fué mas significativa que la primera, volvió la cabeza Oberzell hácia el agresor, y en el mismo instante, una pisada y un singular movimiento de cabeza revelaron al caballero que el gobernador de palacio deseaba hablarle en secreto. ¿Era un lazo que le tendian, ó queria Barckfeld decirle algunas palabras de parte de la princesa con quien poco antes habia estado hablando? Las dos suposiciones se presentaron á la imaginacion de Oberzell, pero como los enamorados lo convierten todo en sustancia, se decidió por la segunda, y á peligro de ser victima de su confianza respondió con una inclinacion de cabeza al gobernador que estaba pronto á seguirle á donde le quisiera llevar.

Barckfeld se dirigió, sin intencion aparente, hácia la parte del terrado, y el guardia de Luis XIV siguió el mismo camino; llegaron así á un parage oscuro por el cual guió al caballero una tosecilla seca y repetida del consejero de la corona; encontraron una escalera por la que subió Barckfeld y Oberzell le siguió; en fin, vinieron a parar á una meseta alumbrada por la débil

claridad de una lámpara. Tomóla en la mano el gobernador de palacio, y abriendo la puerta de una salita pequeña dijo á Oberzell que entrase. Tantas precauciones le confirmaron en la idea de que tenía delante de sí á otro confidente de Sofia Margarita, y que le habían hecho venir allí con tanto secreto por orden de la misma.

Luego que estuvieron solos en aquella salita, á donde no llegaba nada del ruido exterior, Barckfeld echó la llave por dentro á la puerta, se la metió en el bolsillo y dijo con voz grave al caballero.

—Señor baton Jorge de Lannitz, está vd. preso en mi poder.

Al oír estas palabras el guardia de Luis XIV se quitó la careta y preguntó consternado y lleno de asombro al gobernador:

—¿Me conocia vd.?

—Sí señor, respondió Barckfeld, porque estaba hace tres años en Bernburgo, señor de Lannitz.

El sujeto á quien hasta ahora hemos llamado Jorge Oberzell, se sintió tan desanimado cuando por segunda vez le arrojó Barckfeld á la cara su nombre como una injuria, que se dejó caer sobre una silla, ocultando el rostro entre las manos y diciendo:

—No hay esperanza!



CAPITULO VII.

EL OTRO.

A PEXAS habria transeurrido un cuarto de hora desde que Oberzell, guiado por el gobernador de palacio, habia desaparecido del baile, cuando volvió Barckfeld, pero solo y por la escalera principal. Caminaba lentamente con la cabeza baja y como ocupado en buscar algun arbitrio feliz para salir con honor de un paso difícil en que se hallase metido. Habíase detenido en el primer salon, y miraba maquinalmente hacia la puerta de entrada, por la cual apareció un nuevo convidado con tanta precipitacion que vino a tropezar contra el pensativo gober-

nador que hasta cierto punto se le oponia al paso.

Levantó el conde de Barckfeld la cabeza, y viendo delante de si á un hombre con traje de guardia de Luis XIV, exactamente igual al de Ohérzell, no pudo menos de asomar á sus lábios una sonrisa de satisfacción, y se dijo á si mismo: «Perfectamente; no tengo necesidad de buscar mas, porque ya tengo lo que buscaba.»

—Buenas noches, dijo al entrar en voz bastante alta; felices noches, señor montero mayor.

—Seguramente, en aquel momento no podia hacerse cosa que mas disgustara á Mr. de Rutteldorf que publica su nombre ó su empleo; así es que el jefe de la montería se detuvo atolondrado, y con gesto de mal humor, y voz que estaba en perfecta armonia con el gesto respondió:

—¿Le parece á vd. regular, señor conde, nombrar á las personas en voz alta, en un baile de máscaras, en que nadie quiere que le conozcan? Ya sabia yo que era vd. muy capaz de conocer á las gentes enmascaradas, pero no hubiera creido que se complaciese vd. en incomodar mas á un hombre que demasiado incomodado está ya con venir tan tarde. Y ¿quiere vd. decirme en qué me ha conocido?

Barekfeld, haciendo un movimiento de cabeza burlon, y un guiño de ojos, respondió.

—Vamos, amigo mío, es buclarse de mí el hacerme esa pregunta.

—¿Segun eso me han vendido! exclamó Ruteldorf furioso, y sin poder comprender cómo era posible que la primera persona que encontraba en el baile le designase por el nombre de su empleo, cuando su traje y su careta le distraaban tan perfectamente.

Al momento echó la mano á la empuñadura de la espada, y sacándola de la vaina hasta la mitad, con actitud amenazadora, añadió:

—¿Vive Dios que el traidor me ha de dar satisfaccion? Es preciso que vd. me diga su nombre, su ser conde; vamos quién le ha dicho á vd. que era yo?

—Quién? respondió Barekfeld con ingenuidad aparente. La princesa misma.

Volvió Ruteldorf la espada á la vaina, y repitió mirando á su interlocutor con el mayor asombro:

—La princesa!

—Para qué quiere vd. hacer el disimulado conmigo, Mr. de Ruteldorf? continuó el gobernador de palacio. Bastante tiempo nos ha engañado vd. esta noche para que pueda estar contento de su dolo; pero en-

tre nosotros ya no puede ir mas allá el misterio, porque hace lo menos un cuarto de hora que ando detras de vd. por esos corredores, y le habia perdido de vista; pero en fin, le vuelvo á encontrar aqui y ya no se me ha de escapar.

El montero mayor escuchaba atentamente sin comprender nada de lo que oia y mostrándose cada vez mas admirado, lo cual era muy natural; sin embargo, Bockfeld manifestaba en su semblante que le parecia muy extraña aquella admiracion.

—Como exclamó por fin Ruttedorf. ¿Dice vd. que me ha seguido un cuarto de hora por esos corredores?

El conde hizo una señal afirmativa con la cabeza, y el otro continuó:

—Eso es ya demasiado, señor conde. Acabo de llegar, y llego bastante tarde,* es verdad; pero no es culpa mia, sino de estúpido de sastre á quien lleve el diablo. Despues es cierto que me he detenido un poco á la puerta para escuchar á los guardias que estaban hablando de una tonteria inaudita ocurrida en el baile.

—¿Y llama vd. á eso tonteria, amigo mío? dijo el conde. La palabra está bien escogida, y sobre todo en boca de vd. le doy la enhorabuena por lo bien que representa la comedia.

—Digo á vd. señor conde, que no sé como se espresa así; se trata de una enormidad escandalosa....

Cada vez mejor; lo hace vd. perfectamente, pero debo confesarle que la princesa no es de la opinion de vd. con respecto á esa accion que califica con tanta severidad. Por el bien parecer ha tenido que mostrarse un poco ofendida, pero en el fondo del corazon ha quedado S. A. muy satisfecha, porque ha visto en eso el arrebato de una pasion que nada es capaz de moderar, y aun me parece que ha sido mas sensible que lo que yo hubiera creido. Francamente, es un golpe maestro y no era posible proceder mejor para conquistar su cariño.

—Me está vd. hablando en hebreo, señor Barckfeld. Como! ¿Supone vd. que soy yo....?

Barckfeld, para llevar mejor adelante el plan que habia formado al encontrarse con Ruttedorf, aparentó que se desdecia en cierto modo de lo que acababa de manifestar, y tomando un tono mas serio, dijo:

—En fin, es posible que no sea vd. y que yo me haya engañado.... pero será difícil persuadir á los demas que no ha sido vd. solo el que ha elegido ese traje francés que le sienta tan perfectamente y que tanto ha

gustado á S. A.... La princesa tendrá un disgusto en saber que no fué á vd. á quien se dirigió su mirada que indicaba perd6n y aun parecía que diese las gracias al atrevido por su tenacidad....

Yo me alegraba de ver á vd. en tanto favor con la princesa, pero puesto que niega tan resueltamente que sea el culpado, no es justo atribuirle por mas tiempo un hecho que siendo suyo, le hubiera acreditado mucho en la corte. Agárrese vd. de mi brazo, querido Ruttedorf, y vamos juntos á declarar á la reunion que su traje de vd. no es el único del baile.

Estas últimas palabras hicieron bullir una multitud de ideas en la cabeza del montero mayor, que no se dió gran prisa á tomar el brazo de Barckfeld. Segun lo que me han dicho y lo que ahora me atribuyen, pensó interiormente, es indudable que ese picarotazo de Isaac Reith ha hecho para otro un vestido como el que yo habia ideado.... Alguno me ha robado mi traje y se ha pavoneado con él en el baile... ese es abominable, y yo sabré quien es ese listo ladr6n y le mataré.... Pero ¿no pudiera entretanto robarle su triunfo? Nada mas facil, puesto que el tunante se parece á un de tal manera, que todos, y hasta el mismo Barck-

feld, han creído que era yo. Si á la princesa la ha hecho gracia esa extravagancia, es indudable que debe acreditarme en la corte.... Pues bien, me la apropio, y si el verdadero autor de ella reclama, le probare con una estocada que no tiene razon.

Todos estos pensamientos atravesaron la cabeza de Rutefeldorff con tanta rapidez como un relámpago, y dijo al conde:

—¿Con que segun vd. me dice, S. A. no se ha escandalizado demasiado de ese imprudente arrebato?

El montero mayor no se atrevia aun á emplear un pronombre posesivo.

—No por cierto, respondió el conde; pero no habiendo sido vd., segun asegura, nada debe importarle.

—Yo aseguro.... yo no aseguro nada, dijo el montero como con duda.

—¿Entonces conviene vd. en que ha sido? replicó Rutefeldorff con viveza, queriendo obligar al otro á que confesase cuanto antes una imprudencia que no había cometido.

—Pero convengo.... segun.... repuso Rutefeldorff en tono medio de confianza y medio de reserva.... Acaso hago mal en convenir en nada, porque segun yo estaba turbado no sé con demasiada exactitud lo que he podido hacer.... pero si es verdad que la

princesa no está absolutamente irritada contra mí....

—Bien sabe vd. lo contrario.... S. A. solo se ha admirado de la desaparicion de vd.

— ¡He desaparecido! se dijo Ruteldorf á sí mismo. Tanto mejor.

—Yo apostaría, continuó el gobernador, á que la princesa hubiera acogido mejor una confesion completa de la falta... Una peticion de perdon hubiera sido de muy buen gusto.

—A la verdad, querido conde, suscita vd. en mí una idea.... Es decir, esa idea ya la tenia yo, añadió Ruteldorf con la mayor fatuidad; pero la emocion, el respeto, el temor.... Ya vd. me comprende ... en fin, no he podido llevarla á cabo. ¿Cree vd. que será ya demasiado tarde?

—Al contrario, exclamó el conde satisfecho de que el otro caía en el lazo que le habia tendido; su vuelta de vd. hará tanto mas electo, cuanto que ya no le esperan.

—Pues vamos á buscar el perdon de mi falta; replicó resueltamente Ruteldorf.

Algunos segundos despues el gobernador de palacio y el montero mayor entraban en la sala de baile.

Aquella entrada simultánea, y mas que nada el trage de Ruteldorf, engañaron á todo el mundo, y por todas partes decian de-

jando pasar al guardia de Luis XIV : Es él; es él.

Bolvió un relámpago de alegría en los ojos de Eric-Victor, al paso que Sofia Margarita y su lectora sintieron de pronto un movimiento de terror; pero apenas habia dado Ruttedorf algunos pasos por la sala indicó Javieta á su señora que era el montero mayor.

Este, orgulloso de ver el efecto que producía su presencia, trató de apatentar el aspecto de un criminal que tiene que solicitar su perdón. El conde de Barckfeld, que le seguía de cerca, dijo á Eric-Victor:

—Moññor, debo declarar que no he tenido que ejercer la menor violencia contra el culpado, pues ha querido volver á la sala por sí mismo.

El supuesto temerario, hácia el cual se dirigian todas las miradas, puso una rodilla en el suelo cuando llegó á estar delante de Sofia Margarita, y dijo con voz que trataba de aparentar conmovida:

—Señora, he sido muy imprudente, muy atrevido; mi crimen es imperdonable; la única gracia que pido á V. A. es que me permita morir a sus piés.

Diciendo así se quitó la careta. Javieta apenas pudo contener la risa que la causó.

ba el ver la cara grotesca del montero mayor. Eric Victor apretaba los puños con rabia, y Barckfeld á corta distancia se tocaba la barbilla con la mano derecha, movimiento que acostumbraba hacer cuando se bailaba contento. En cuanto á la princesa, dijo al montero mayor con una sonrisa en que se dejaba traducir un poco de maliciosa ironía.

—Si no necesita vd. mas que mi perdón para animarse á vivir, no se muera vd. señor de Rutchedorf, porque eso sería privar á nuestra corte de su mejor adorno.

Sonó la hora determinada de antemano para la conclusion de la fiesta, y todos se retiraron de aquellos vastos salones, y con la multitud el ruido, el movimiento y la luz, quedó en breve el palacio entregado á su triste soledad. A la parte exterior algunos faroles que disputaban al viento sus últimos resplandores, eran los únicos que daban testimonio del brillo de aquella noche, y no se oía ya mas ruido que el de los centinelas que guardaban el palacio.

Mas para Javiera y su señora, la velada debia prolongarse todavía.

Hallámonos en la mismas cámaras en que algunas semanas antes se introdujo una tarde el caballero Jorge Oberzell, despues de

levantar un suntuoso repostero de terciopelo, galoneado de oro. Otra puerta conduce á la entrada secreta en la habitación del príncipe que Barcliff había abierto un día; la tercera sale á un corredor que va á lo interior de palacio, y enfrente se halla la que comunica con la habitación de la jóven lectora. Las cuatro puertas están cubiertas con cortinas de terciopelo, que no permiten atravesar ni las miradas ni el ruido, porque ¿cómo pudiera oírse ruido alguno cuando la voz se apaga en los pliegues, de los cortinages, y el pie no pisa sino suaves alfombras?

Un lecho á que se sube por tres escalones como á un trono, indica el destino de aquel cuarto y el rango de la persona que le ocupa. Resplandeciente de blancura y pureza se oculta como un altar del pudor detras de dos cortinas de raso con coronaduras de oro, y por todas partes encima de ricos y elegantes muebles se ven diferentes objetos, de esos que sin ser nada son tan preciosos para el alma, cuadros, ramilletes, libros; aquí una flor marchita, mas allá una hoja seca, al otro lado el retrato de una jóven; recuerdos, prendas ó reliquias que no deben su valor sino á la mano de donde han venido ó al recuerdo que repre-

sentan, especie de geroglíficos cuya significación se oculta á los profanos, pero que al mismo tiempo comprenden con tanto placer los iniciados. En este sitio todo es elegante como la persona que en él reside; parece que su gracia se comunicó á todo cuanto le rodea, y que la materia, dotada de inteligencia, se haya complacido en modificarse una manera que la haga digna de servirle de santuario.

En un reclinatorio se vé una Biblia que demuestra que una princesa de tierra, después de haberse despedido de su corte, no trata de entregar al reposo su cuerpo, tan delicado y casto, sin haber antes dirigido su alma á Dios. Espárese por la habitación tímida, indecisa, y por decirlo así nublada, la luz de una lámpara de alabastro colgada del techo, y en fin, todo respira un perfume de candor, de intimidad, de misterio, que dispone al alma para las dulces emociones, y la convida á gozar de los encantos de la esperanza y de las dulzuras de la oración.

Sin embargo, la princesa no obedece en este momento á las inspiraciones de esta seria impresion, sino á la comunicativa alegría de Javiera, que se entrega sin reserva á todo el placer que le causa el recuerdo

de la satisfacción que ha querido dar el montero mayor. Pero Sofia Margarita, entregándose muy pronto á pensamientos mas graves, se reconviene á sí misma por aquel acceso de alegría, como si hubiese sido voluntario, y como si fuese un delito.

—Calla, loca, calla, dijo á su amiga. ¿Estamos en el caso de reírnos, cuando acaso debemos temblar todavía por la suerte de ese joven?

—Señora, ya se lo he dicho á V. A. Barckfeld le protege y nada tenemos que temer.

—Y ¿quién nos asegura eso? replicó Sofia Margarita. Debemos tener cualquier cosa mientras no haya salido de palacio, y ninguna certeza tenemos de que no se halle en él en este momento, porque tú no sabes sino una cosa, que Barckfeld salió del baile con él por la parte del terrado, y después volvió solo.

—Eso prueba que el gobernador le ha sacado de palacio.

—Amiga mia, yo me alegraría de poderlo creer como tú, pero ¿qué interés podría tener Barckfeld en salvarle? Algun interés ha de tener para hacer cualquier cosa un hombre de quien todos dicen que no quiero á nadie.

—Es verdad, respondió Javiera; pero aborrece tanto al hermano del príncipe, que ama á V. A. con todo el odio que tiene á Eric-Victor. ¿Qué interés tiene? pregunta V. A. El de contratar al coronel de los guardias; este tema grande interés en apoderarse de ese jóven, ¿pueda haber causa mas fuerte para que el conde de Barckfeld tratase de librarle?

—Hasta cierto punto tienes razon; dijo la princesa, todo eso es posible; pero si por desgracia no fuese mas que una ilusion.. si todavia estuviese dentro de palacio..... Oh! ¡Dios le libre! ¡No podría escapar de las manos de Eric-Victor! Y ¿crees tu que el coronel de guardias haya quedado engañado con esa milagrosa sustitucion?

—¡Pues ha he de creerlo! contestó en tono resuelto Javiera. ¿Quién hubiera pensado que el guardia de Luis XIV. era doble? Yo mismo no hubiera podido imaginarlo si no los hubiese visto separadamente. Ese es un juego de manos maravilloso de Barckfeld. Oh! Una corte seria muy divertida si hubiera en ella muchos diplomáticos de su talento. ¡Qué mágico! Esperan todos á un desconocido y se encuentran con Rutefeldt. Créame V. A. monseñor Eric habrá tomado al pié de la letra la contesion del mon-

tero mayor, y una vez conocido el guardia de Luis XIV, no podía tener ya objeto la consigna dada á los centinelas; la habrá revocado con respecto á todos los convidados sin exceptuar ningún trage, y el atrevido admirador de V. A. confundido entre la multitud habrá salido como todos los demas.

Javiera decia todas estas cosas con un tono tan alegre y una manera tan convencida, sus razones ademas parecian tan profundas, que la princesa sentia renacer en su interior cierta confianza.

Durante esta conversacion, la señorita de Fraising no habia permanecido ociosa; habia quitado á su señora las flores, los encajes, las joyas y demas adornos que suelen encontrarse en el trage de las pastoras, porque tampoco las pastoras suelen llevar en la cabeza una diadema de perlas y piedras preciosas, cutona de gracia y de hermosura que Sofia Margarita habia llevado tan gloriosamente toda la noche. Despojada la princesa de todo aquel aparato con que cargan á sus victimas la etiqueta y la moda, y quedando su trage mucho mas sencillo, parecia que la adornaba mas y que se armonizaba mejor con el carácter infantil que constituia el atractivo irresistible de Sofia Margarita.

—Esté V. A. persuadida, decía Javiera de que nuestro atrevido está ya lejos de aquí.

—Dios te oiga; respondió la princesa levantando los ojos al cielo.

—¿Quién vive? gritó un centinela exterior.

—¿Qué es eso? preguntó la princesa con inquietud. Es hacia el parque; mira si se ve algo, Javiera.

La joven corrió hacia la ventana, sin abrir la vidriera examinó que novedad era aquella.

—Dios mío! exclamó de pronto asustada. ¿Qué es lo que he visto?... Ese hombre... ese trage... es él!

—Desdichada, ¿qué dices? exclamó Sofia Margarita, dirigiendo á su amiga una mirada llena de angustia.

—Aun no ha salido, señora, dijo Javiera apoyándose en la falda para no caer y mirando hacia el parque con la mayor ansiedad.

—¿Dios mío! Está perdido! murmuró con voz ahogada la princesa.

—¿Quién sabe! contestó Javiera. Se acerca al centinela.

—Me estremezco..... ¿Qué ves? Responde-me.

La lectora hizo una señal con la mano, que quería decir: «Espera!» mas la princesa

no pudiendo sufrir aquel intolerable retardo, corrió hacia la ventana. No se atrevió, sin embargo, á mirar á la parte exterior, y se contestó con agarrar con las dos manos el brazo de la joven y fijar los ojos en su rostro para percibir en aquel espresivo espejo lo que fuera pasaba.

—¿Qué haces? preguntó con voz desfallecida. ¿Le han cogido? Oigo la puerta de hierro..

—Si señora; abren la puerta... Le dejan pasar... Ha marchado!

—Ha marchado! replicó Sofia Margarita. ¡Gracias á Dios!

Victima á su vez de la duplicacion de trage, se volvieron contra ella en este momento las apariencias. ¿No era Oberzell el que acababa de salir de palacio?



CAPITULO VIII.

EL BILLETE.

DEJANDO entonces exhalar en un arrebato de contento y gratitud la emoción que tan difícilmente había contenido hasta entonces, se volvió Sofia Margarita hacia Javiera, y exclamó como si esta hubiese sido la causa de la supuesta libertad de Oherzell, como si hubiera querido pagarla con sus caricias la protección que había dispensado al mensajero de sor Santa Clara.

—¡Oh Javiera mía! Ven á mis brazos; deja que te estreche sobre mi corazón.

Unia á estas dos mugeres la amistad mas noble y mas tierna, y hacia ya mucho tiempo que en el alma de Javiera no habian mas alegrías que las que provenian de su señora, ni encontraban lágrimas sus ojos sino para los pesares de la misma; pero en aquel momento se manifestaba mucho mejor su mútua simpatía, viéndolas confundirse tan completamente en el mismo sentimiento de felicidad, en términos que cualquiera hubiera creído que la alegría de cada una nacia de una causa personal suya, siendo imposible adivinar á cual afectaba mas directamente.

—*Siéntate, Javiera,* continuó la princesa llevando á su amiga de la mano á un sofá; *no me dejes todavía, tú que eres mi fiel compañera. Ya ves si tenía motivo para temblar hace poco; el peligro no había pasado para él.... Ahora puedes hablarme de él cuanto quieras, que yo no estaré distraída ni impaciente; ahora te escucho; repíteme que le has visto que le has hablado; dime que su voz es suave, su semblante leal, que lleva en las facciones el sello de su noble alma, y que su mirada es tan taliva como animosa su conducta. Es un caballero joven y hermoso ¿no es verdad? Pero habla maligna; ya ves, que te pregunto y te escucho.*

De esta manera la princesa, entregada al movimiento expansivo de su alegría, no advertía que al mismo tiempo que insistía á Javiera para que hablase, no le dejaba ni tiempo ni posibilidad de obedecer.

—Es una locura, continuó Sofia Margarita, que en medio de su contento dejaba escapar las ideas de una manera inconexa, y segun se la presentaban; es una locura la mia. Hace un instante que no me atrevia ni aun á decirte nada de él, pues me hubiera parecido una indiscrecion y aun una falta.... Pero es porque tenia un vago presentimiento de que estaba todavía en palacio, y ya has visto que no me engañaba; mas ahora que se ha ido, ahora que le hemos visto salir, puedo esperar sin temor todo lo que siento en el alma con respecto á él; él no lo sabrá nunca, pero es preciso que lo sepas tú, que me amas tanto y que me comprendes tan perfectamente.

Diciendo así alargó las dos manos á Javiera, como diciéndola, «animame á que te hable.» La joven tomó las manos de su noble amiga, las llevó á sus labios, y fijó en la princesa una mirada cuya expresión atraía de tal manera la confianza, que Sofia Margarita no pudo detenerse en la senda de las confidencias.

—¿Quieres que te diga completamente mi pensamiento? la preguntó la princesa de Anhalt. Pues estoy persuadida de que no ha sido tu aparición en el terrado, no ha sido la protección del conde de Barchfeld, y mucho menos una feliz combinación casual, la que esta noche ha salvado dos veces á ese joven, y á mis pobres flores; no, amiga mía, su apoyo está mas elevado y es mas fuerte, y tanto, que contra él no puede prevalecer ningún poder humano, si ha podido triunfar de todos los peligros, si tengo todavía en mis manos su ramillete, es que está muy bien protegido, porque lo protege mi hermana desde el cielo. Estoy bien convencida de ello.

Abandonándose entonces gradualmente á la exaltación que le causaba esa santa confianza, añadió:

—Todo lo que nos ha sucedido hoy estaba escrito allá arriba..... Estaba escrito que habia de venir, escrito que habia de verme, escrito que habia de postrarse á mis pies..... ¡escrito, en fin, que yo habia de amarlo!

Esta confesion se confundió con un suspiro, pero aun cuando no la hubiese formulado de una manera tan terminante, hubiera sido fácil leerla en el subido color que

cubrió en un momento las mejillas de la princesa. Su voz en aquel instante se había debilitado tanto que apenas se había percibido, además de que pronunció las últimas palabras con una estremada rapidéz, como si hubieran debido abrasar los labios por donde pasaban.

Al oír *Jaxiera* aquellas palabras miró á *Sofia Margatita* con una sorpresa mezclada de duda, porque era la primera vez que en su vida recibia la confidencia de un amor, y hasta aquel momento su alma sencilla, no había tratado de comprender un afecto que aun no se había despertado en aquella. Necesitó reflexionar algunos minutos antes de tomar la palabra: responder sería quizá perturbar á la princesa, pero callar era seguramente manifestar que censuraba una cosa que, á decir verdad, no comprendia bien. Al fin, rompió el silencio, y repitió pero en voz también muy baja.

—¿V. A. le ama?

La princesa de Anhalt estuvo inquieta un momento, porque en la expresion de la mirada y en el acento de las palabras de su amiga creyó que podía leerse una recuven-cion, pero tranquila con la pureza de su conciencia respondió:

—Sí; no temo decírtelo á ti que se que no

me has de descubrir, á ti, cuyo corazón es tan inocente que purifica los secretos que en él se depositan. Conoces ya el mío; sí, á ese noble joven, á quien sin duda no volveré á ver a ese ser misterioso que hace mucho tiempo ocupa mis sueños, y mi pensamiento, le amo? Conservaré este ajado ramillete como la preciosa reliquia de una santa creencia; ese testimonio visible de un casto afecto, es mas apreciable para mí, porque viene de él. Cuando se acercó á mí para devolverme mis queridas flores, se estremeció todo mi cuerpo, percibi una sensación desconocida y oí una voz interior que me decía que no me había dado Dios para que se consumiesen en la inacción dos fuerzas importantes del alma, la necesidad á ser amada y la facultad de amar, que mis sueños no me habían engañado, que mi existencia sería feliz, y que nada tendría que envidiar á las más dichosas, pues el que veía á mis piés, me había consagrado su amor á su vida. A ti, pues, cuyas facciones y voz me son desconocidas, á ti que serás siempre para mí un ser misterioso, respecto al cual no podré tener sino inocentes pensamientos, á ti noble desconocido confío el cuidado de mi felicidad futura. Sé mi refugio y mi consuelo en la tierra, co-

mo es mi guía mi hermana desde el cielo, y lojale mi gratitud atraiga sobre tu cabeza una parte de la felicidad que me has proporcionado. Si, será feliz, Dios te protegerá, porque hay una mujer que te ama y dos corazones que rogarán por ti.

La princesa de Anhalt no había presumido demasiado de la ternura de Javiera, que al mismo tiempo que su señora, cruzó las manos y se puso de rodillas. Conmovida de la espontaneidad de aquel movimiento, contempló Sofia Margarita á su amiga por entre las dulces lágrimas que cubrían sus ojos, y terminada la oracion volvieron á sentarse en el sofá como antes. La princesa apoyó su abrasada frente en los blancos hombros de su lectora y dijo:

— Qué pesada es la carga de la felicidad. ¿Qué sería de mí si no hubiese encontrado en tu seno una fuerza fraternal que me ayuda á soportarla? No es verdad, Javiera, que hacian mal en quejarme esta mañana de mi suerte? ¿No he sido injusta ó ingrata con la Providencia? Mi marido es suspicaz, violento, pero es porque sufre; su hermano no produce bien conmigo, pero sufre tambien, y todos los desgraciados tienen derecho á nuestra compasion. No he tenido bastante paciencia con Juan Casimiro, ni he sido

bastante indulgente con Eric-Victor, lo conozco desde que siento que soy mejor. Fuera de esas dos personas ¿no me miman y me quieren todos en palacio? Veo que tenias razon para decir que es muy grato y muy hermoso ser princesa; se dan fiestas, se preside en ellas, y se esparce al rededor, casi sin pensarlo, la felicidad y la alegria, como el sol difunde sus benéficos rayos. Es una el objeto de tantas esperanzas, el recurso de tantos infortunios? Ah? Me siento ya orgullosa con mi suerte, no tengo enemigos, nadie puede abortecerme, y Dios me ha dado una compañera como tú y un amigo como él; ¿qué mas pudiera yo perderle despues de haberme dado tanto?

— Pero escucha, continuó como si se acordase de pronto de alguna cosa. Desde que nuestro buen pueblo bendice mi nombre, he hecho algun bien, pero no basta, porque todavia quedan afligidos en el principado de Anhalt. Quiero que de aquí en adelante me reveles tú todas las necesidades de mis súbditos; observa, pregunta, adivina.... quiero saberlo todo. Guía tu mi mano, dime á donde debo llevar el consuelo, descubre la indigencia que se oculta, busca á los que no pueden venir hasta mi, y haz que lleguen á mi trono todos los lamentos, 19-

das las necesidades. Hasta hoy no habia conocido mi poder, mi reinado comienza ahora, Javiera, y destierro la desgracia de mis estados.

Muda de admiracion Javiera escuchaba esas tiernas palabras en que se revelaba la exaltacion generosa que el amor es capaz de inspirar a las almas elevadas.

—¿No es verdad, Javiera, prosiguió, que será agradable para ti el tener parte en mis beneficios? El no sabrá que yo le asocio á mis buenas obras, pero por todas partes oirá pronunciar mi nombre con el acento de la gratitud y de afecto esa será la única comunicacion que tendré con él, pero sabrá que soy digna de su afecto, y yo me estimaré mas á mi misma... Oh! Soy feliz!

—Y yo, señora, exclamó Javiera, ¿no lo soy tambien? Lo soy doblemente, pues soy feliz para la confianza que V. A. pone en mí, y feliz por la dicha que veo goza.

—Pero, qué ingrata somos! replicó Sofia Margarita, despues de apretar afectuosamente la mano de su amiga. Olvidamos, Javiera mia, dar las gracias al verdadero autor de nuestra alegria, al dispensador de los buenos pensamientos que rejuvenecen el alma y vigorizan el corazon.

Comprendió la lectora la piadosa inten-

cion de su ama, y en tanto que esta recogia su espiritu religiosamente, ella tomó la Biblia y se dispuso á leer en voz alta las oraciones de la noche. Abrió el libro santo por el parage que habia marcado la noche anterior, mas de pronto, como si se hubiera desprendido una oja, salio del libro un papel y fué á caer sobre la alfombra. Admirada é inquieta Javiera, cogió al momento lo que habia caido, y la princesa, á quien distrajo de su meditacion el movimiento de su amiga, preguntó:

—¿Qué papel es ese?

—Es un billete sin firma, respondió la lectora.

—Un billete dirigido á mí y en ese libro! exclamó la princesa alarmada al mismo tiempo que curiosa. Quién puede escribirme? Y quién se habrá atrevido á valerse de ese medio para hacer llegar á mis manos una carta?

—Acaso él.... dijo Javiera.

—Y cómo habia de estar en mi habitacion una carta suya?

—Las flores han llegado sin saber cómo, replicó Javiera, y V. A. no se ha ofendido.

—Es verdad, hija mía; y ademas, si él me escribe, será porque tenga que hacerme

alguna advertencia importante, avisarme tal vez algun peligro.

—O bien dirigir á V. A. algun ruego. Hace pocos instantes que me ha prometido acogernos todos... y no habia de ser el suyo el primero que desoyese.

La princesa, con impaciencia y emocion, iba á tomar el billete de manos de Javierra, mas se detuvo y dijo:

—No; léerle tú; mis secretos no me pertenecen á mi sola; cualesquiera que sean, debes tener parte en ellos.... Pero no sé por qué, temo alguna desgracia.

Y con mano trémula rechazó el papel que le alargaba su amiga, la cual le abrió y leyó lo que sigue.

«Señora; el mas afectísimo de vuestro súbditos ha tratado de librar de un peligro inminente al imprudente jóven, cuyo único crimen es haber caído á los piés de V. A. en el baile de esta noche.»

—Esa carta es de Barckfeld, dijo la princesa interrumpiendo la lectura; porque tú misma le has visto guiar á nuestro desconocido hacia el terrado.

—Sin embargo, no es la letra del gobernador.

Sofia Margarita dirigió con ansiedad la vista hácia el papel, como si hubiera temi-

do que la amarrasen algun lazo; pero habiéndose tranquilizado, dijo á Javiera:

—Continúa leyendo, amiga mia, estoy segura de que esa carta es Barckfeld.

La señora de Freising continuó leyendo:

«Un pobre caballero, cuya culpa consiste en haber ofrecido á V. A. publicamente un homenaje que todos los corazones la pagan en secreto, merecia que se tuviese lástima de su triste situacion. Por desgracia habian dado sus señas á todos los centinelas y las salidas de palacio estaban tan rigurosamente guardadas que era imposible hacerlo salir; dentro de palacio se hallaba en peligro en todas partes, excepto en un asilo inviolable, á saber, la alcoba de V. A.

«En mi atrevimiento ó en mi debilidad estaba el poder obedecer á la inspiracion que habia tenido, podia colocar en el canastillo de flores que se hallaba debajo del retrato de sor Santa Clara una llave que es la de la puertecita reservada del parque, cuyo uso hubiera adivinado fácilmente la ingeniosa penetracion y afecto de la señorita de Freising.

«No pudiendo saltar por mi mismo al fugitivo, y no queriendo entregarle poria de esta manera á V. A. en el caso de hacer uno ú otro, segun fuese su voluntad. ¿Debia

vacilar, señora? No por cierto. Así todo lo que acabo de decir lo he hecho, y ese hombre está oculto en la alcoba de V. A.»

Un rayo no hubiera producido mas efecto en Sofia Margarita, que esta revelacion. Una confesion sincera que se habia escapado de los labios de la princesa, en el concepto de estar sola con la intima amiga á quien hacia esa confidencia; una confesion que Sofia Margarita dudaba depositar en el seno de su amiga, tan afectuosa, tan discreta, que era casi como si fuese ella misma, y por consiguiente confiársela era lo mismo que tenerla reservada. ¡la habia escuchado un extraño! ¡Habianse encontrado en su mismo cuarto ojos y oidos profanos para conocer uno á uno los secretos de su alma, y enterarse de su importante y preciosa confesion! ¡Un hombre, y el mas interesado de todos en sorprender y penetrar los sentimientos de la princesa, habia cogido en fragante delito la sencillez de aquel corazon de mujer, que para entregarse sin reserva habia contado con tener las puertas cerradas y hallarse rodeada de la inviolabilidad del misterio!

Todo esto era cierto, pero no lo era menos que no se podia acusar de perfidia al que habia cometido ese abuso de confianza,

pues las circunstancias mas propicias ó las mas fatales, como se quiera, le habian cogido como por la mano y le habian introducido en aquel santuario. Una vez colocado allí, reconoció la cámara de la princesa, y quedó tan aturrido con lo extraño de su situación, se sintió tan espantado de su felicidad, que el asombro, el respeto, y una inesplicable sensacion de temor, le clavaron, por decirlo así, en el escondrijo á donde Barckfeld le habia llevado. Condenado á la inmovilidad y al silencio por el mismo pensamiento desconsolador que le hizo exclamar: «no hay esperanza!» cuando el gobernador de palacio le llamó por su verdadero nombre de Jorge de Launitz, nuestro Oberzell sintió aumentarse sus escrúpulos y sus remordimientos, al paso que salian de boca de Sofia Margarita unas palabras que le llenaban de orgullo, pero que se avergonzaba de sorprender de aquel modo. Veinte veces se habian ya movido sus labios para decir: «aquí estoy,» pero siempre habia llevado convulsivamente la mano á la boca para contener los sonidos próximos á salir de ella. «Si añade una palabra mas, se decia á sí mismo, las fuerzas me abandonan y declaro mi presencia aquí.»

Sin embargo, Sofia Margarita continuó .

hablando, y Oberzell siguió imponiéndose el deber del silencio. Atento, inquieto, y casi sin poder respirar, se dejaba embriagar por aquel amor que le sorprendia con la novedad de una felicidad que no se hubiera atrevido siquiera á soñar. Además, aun cuando no hubiera tenido otro motivo que le obligase imperiosamente á no descubrirse á los ojos de la princesa, hubiera permanecido mudo é inmóvil de la misma manera, temiendo que se percibiesen hasta las palpitaciones de su corazón.

Hablar era obligar á la princesa á que volviese á la reserva que era propia de ella, y verdaderamente no tenia fuerza para querer agotar en su manantial aquellos placeres de otra alma que tan dulcemente embriagaban la suya; no se sentia con ánimo para detener en medio de su corriente aquellos sentimientos tiernos, aquellas nobles inspiraciones, aquellos generosos pensamientos que Sofia Margarita se complacia en manifestar libremente. En fin, hubiera sido tambien una ingratitud, porque ¿debía cubrir de confusion á la mujer que le colmaba de felicidad?

Así, de minuto, en minuto, su silencio, que no era mas que una falta, se habia ido convirtiendo en crimen, y su indiscrecion en

un sacrilegio. Si hubiese hablado algo antes, la revelacion de su presencia alli; no hubierá escitado sino un grito de desesperacion, mas ahora que se sabe ya que está alli y que lo ha oido todo, teme un torrente de indignacion. En la turbacion en que le ponen tantas cosas imprevistas, no sabe ni lo que debe decir, ni el partido que ha de tomar: su ánimo vacila entre resoluciones contrarias y busca mil medios, sin acabar de adoptar ninguno. La lectura de aquella carta le ha declarado bien francamente su posicion, pero no es solo Sofia Margarita la que mira la tal carta como una terrible desgracia, pues él también la considera como tal, porque vá à ponerle en presencia de la princesa, y lo que mas tiene en el mundo desde que sabe que es amado, es que esta le vea.



CAPÍTULO IX.

LOS ASOCIADOS DE BERNBURGO.

Cielos! exclamó la princesa afligida, cuando Javiera con voz trémula acabó de leer el billete de Barckfeld. Es posible! Un hombre en mi alcoba.

Ocultó su rostro con las dos manos llena de confusion, y en seguida con la prontitud que comunica el terror, se puso de pié y quiso huir, mas al llegar á la mitad del cuarto, se detuvo de nuevo. Ya hemos dicho á la simétrica elegancia de las cuatro cortinas de terciopelo que ocultaban las cuatro puertas de la alcoba de Señá Margarita: pues de esa circunstancia nació la vacilacion de la princesa. Quería huir, pero ¿hacia qué la-

do habia de buscar su salvacion, ignorando en qué punto existia el peligro que la amenazaba? Acaso por huir de aquel hombre corria á echarse en sus brazos. Dirigió al rededor una triste mirada, pero nada respondió á su muda interrogacion, y como el miedo aumenta extraordinariamente todas las cosas, se le figuraba que por todas partes habia ojos indiscretos, y que de cada punto iba á salir su confusion y su vergüenza.

—¿Dónde estará? preguntó dirigiéndose á Javiere con voz alterada y acechando si algun movimiento la daria á conocer dónde se hallaba el atrevido refugiado. ¿Por dónde saldré sin encontrarme con él?

La joven lectora, que poco antes habia visto el rostro agradable del escondido, que lo habia visto temblar, que habia oido su voz, no tranquila sino tranquilizadora, se repuso muy pronto de su primera emocion de espanto, y acercándose á su señora indecisa y desesperada, la cogió la mano y la dijo:

—¿Por qué se alarma de ese modo V. A. señora? Si realmente está aquí él responderá, porque hasta ahora habrá contenido el respeto su voz, pero ahora vé los temores de V. A. y no puede menos de conocer que su deber es tranquilizarla.

En seguida, dirigiendo al acaso su inter-

pelacion, porque no sabia á qué parte encaminarla, añadió:

—Por piedad, caballero, responda vd.

—Por piedad, no salga vd. de donde está; esclamó la princesa.

Siguióse un momento de silencio, durante el cual el movimiento de una de las cortinas dió á conocer la turbacion del que se hallaba oculto detras de ella. Las dos mujeres observaron aquel movimiento y se acercaron una á otra; Sofia Margarita porque sentia que le faltaban las fuerzas, y Javiera para sostener á su ama. En seguida, del parage cuya cortina se había movido, descubriendo el punto en que Oberzeil se hallaba escondido, salieron las siguientes palabras, que conmovieron á las dos amigas:

—Nada tema V. A. de mí, señora, porque no me presentaré á su vista. Si no la he tranquilizado más pronto, es porque no encontraba palabras con que hacerlo, porque mi corazon estaba oprimido por el remordimiento, por el temor, &c.... ¿me atreveré á decirlo?... por la felicidad. Pero repito que nada tema V. A.; no había esperado su orden para condenarme á no verla, y solo le pido que me perdone el haberla oído.

—Dios mio, Dios mio! exclamó Sofia Margarita arrojándose abatida en el sofá. ¡Me-

habeis abandonado! No me queda mas recurso que morir de vergüenza!

Diciendo así ocultó el rostro entre los brazos de Javiera, que para tranquilizarla la decía al oído estas palabras consoladoras.

—Pero ¿qué tiene V. A. que temer de él? Es sumiso, leal, hombre de honor; no tiembla V. A. de ese modo cuando él está temblando por habetla ofendido.

Con efecto, para una persona que no podía sospechar el interés que Oberzell tenia en permanecer escondido, ¿no habia algo interesante en la actitud respetuosa de aquel hombre que, seguro de que le amaban, inmolaba sin embargo su pasión á la obediencia? Pero acaso á fuerza de indicar nosotros que tenia un motivo la discrecion del jóven escondido, hagamos creer á nuestros lectores que si no hubiera temido tanto mostrar su rostro, habria hecho menos caso del ruego de Sofia Margarita con respecto á permanecer oculto, y no es así. Jamás hubiera sufrido la atrevida apasion que tanto temia la afligida señora: Oberzell habria mirado siempre la débil barrera de la cortina como insuperable, porque no era ella la que le detenia sino otra cosa muy sagrada para él, la voluntad de la princesa.

—Caballero, dijo esta algun tanto tranquil-

lizada por las palabras de Javiera; rugió á vd. encarecidamente, en nombre de todo lo mas santo y sagrado que hay en el mundo, que no crea nada de lo que ha oido. Los sucesos de hoy me habían trastornado la cabeza.... deliraba.... estaba loca.... Ovídelo usted todo.

—Señora, respondió el escondido; eso es mandarme que renuncie á mi única felicidad en el mundo. Me consideraba dichoso tan solo con mis visiones, y cuando se me presentó la realidad, ¿quiere V. A. que le desche y la diga: eres una mentira! Eso no es posible. Es preciso que V. A. me mande morir si quiere que lo olvide, y aun así.... morir no es perder la memoria de lo pasado, porque las almas se acuerdan. Y ¿qué le importa á V. A. que yo crea ó que dude? añadió en voz todavía mas humilde. ¿Por qué privarme de un recuerdo que será mi única alegría en este mundo y en el otro!

—Pero ¿no comprende vd. repuso la princesa, el tormento que ha de ser para una mujer, el no poder dirigir la vista á ningún hombre, sin temer de encontrarse con aquel en cuya presencia no puede menos de avergonzarse?

—Avergonzarse! ¿V. A. la mas pura, la mas augusta de todas las mujeres! ¿Por qué y delante de quién?

¿No continuaré yo siendo siempre el misterioso mensajero de Sor Santa Clara?

—No señor, respondió con viveza Sofia Margarita, eso es imposible. Ya he sufrido demasiado; la imprudencia de vd. ha estado á punto de perderlos á entrambos. Para mi reposo, y por mi honor, es indispensable que me prometa que renunciará á esa santa misión, de cualquiera parte que le venga; es preciso aun mas, que se aleje vd. de Dessau, y que nunca, jamás, trate de presentarse en la corte.

—Asentarme! exclamó el oculto con voz dolurida. Eso es pedirme mas que mi vida... Fermitame V. A. señora, que la contemple de lejos, que sin que sus divinas miradas se encuentren con las mías, pueda yo gozar de la única dicha á que aspiro, y decirme á mi mismo por la noche: «Todavía ha sido hermoso para mí este día, porque la he visto.»

—Exijo ese sacrificio, y si tiene vd. un corazón noble habrá de resignarse á él, porque se lo pido en nombre de su honor y del mío.

Y como para atemperar el rigor de estas palabras, añadió Sofia Margarita:

—Salga vd. de Dessau, y con esa condicion le permitiré que se acuerde.

—Marcharé! respondió con voz apenas perceptible.

Estremeci6se la princesa, pues una seña que la hizo Javi6ra apret6ndola la mano, la record6 que tenia raz6n cuando la dijo que podia contar con la lealtad del desconocido. Entonces Sofia Margarita se levant6, y 6 fin de saber lo que debia pensar de la sumisi6n del desconocido, volvi6 los ojos hacia la cortina y penetr6 hasta el coraz6n de Oberzell una mirada en que claramente se leia la gratitud.

— Gracias, se6ora, gracias, dijo 6l sin mostrarse. Llevar6 lejos de aqu6 esa suave mirada que ser6 mi sol, esa benevolencia que ha sido siempre el objeto de mi ambici6n y ser6 el orgullo de mi vida; y cuando en 6l destierro me abandone mi valor, ir6 al convento de Erfurth 6 visitar 6 mi hermana, que fu6 compa6era, amiga y confidente de la de V. A. y la que me transmiti6 su deseo fraternal; me arroj6 6 los pi6s de aquella piadosa amiga, confundiremos nuestra desesperaci6n, y lloraremos juntos 6 las dos hermanas, 6 la que ha muerto para todo el mundo, y 6 la que solo habr6 muerto para m6.

Aunque no se veia 6 Oberzell, se conocia que tenia los ojos llenos de l6grimas, y habia en su voz tanto dolor, que no podia menos de conmover. La princesa pronunci6 en-

tre dientes el último adiós, y volviéndose á Javieta la dijo.

—Amiga mía, sus palabras me hacen mal... Lévatete y que salga de palacio, pero cuida de que no le suceda nada malo.

Quedóse la lectora mirando á su ama, y como dudosa de ejecutar el mandato; mas la princesa repitió con tono de autoridad, pero tal que se conocía que provenía de la última energía de una voluntad pronta á ceder:

—Que se vaya al momento.

—Señora, insinuó Javieta al oído de la princesa, concédale V. A. una sola mirada; ¡la merece tanto su obediencia y le hará tan feliz!

—Haz lo que quieras, porque yo no sé lo que hago ni lo que digo; respondió la princesa, pero en voz tan baja que Oberzell no podía percibirlo.

Dichas estas últimas palabras, Sofia Margarita, que había agotado todos sus esfuerzos, sintió que se debilitaban sus piernas, y cayó aniquilada en un sillón.

La señorna de Freising al tomar la llave en el sitio que indicaba el bullete de Barckfeld, hecho lo cual, la maliciosa joven, felicitándose de antemano del éxito de su ruego, y de la felicidad que iba á proporcionar

al desconocido, se dirigió en silencio hacia la cortina, la cual descorrió con tanta viveza, que Oberzell, que estaba muy distante de pensar en la ausencia con que la linda lectora quería ponerle otra vez en presencia de la princesa, quedó sin careta espuesto á las miradas de esta.

Apenas le percibió Sofia Margarita, se escapó de sus labios un grito de horror y pronunció el nombre del baron Jorge de Launitz.

—Es vd. ! exclamó con indignacion y alargando el brazo como para alejarte de sí.

Cayó de rodillas y mas pálido que en el momento en que le sorprendió el paje cuando dirigia la palabra á las flores reconquistadas, mas trémulo que habia estado nunca, murmuró en voz baja:

—Perdon, señora, perdon!

—Levántese vd. contestó la princesa, y salga inmediatamente de aquí. Nada tengo que perdonarle; sus faltas de vd. no pueden ofenderme, pues nacen de un punto demasiado bajo para que puedan llegar hasta mí.

La joven lectora, admirada de lo que veía y oía, dirigia alternativamente los ojos á Oberzell y á la princesa, como buscando la explicacion de aquel enigma. Sofia Margarita,

á quien daba una fuerza invencible el desprecio con que miraba á aquel hombre que sinceramente imploraba su compasion, comprendió la mirada de Javiera y la dijo con calma:

—A ese hombre que ves ahí, ya no lo temo. Puede alejarse de la ciudad ó quedarse en ella, me es indiferente; ya no es modo alguno temible para mí; ha desaparecido el interés que yo tomaba por el mensajero de mi hermana, porque esa mision que se atreve á atribuirse....

—La he recibido, señora; replicó Oberzell levantando la cabeza....

—Sin duda para distraer en mí una santa creencia, porque bien sabe vd. que no puede tocar á cosa alguna sin infamarla.

—Pero ¿qué quiero decir todo esto? preguntó á Javiera.

—Esto quiere decir, respondió Oberzell con un suspiro, que para S. A. no hay expiacion posible de lo pasado.

—Lo pasado! respondió Sofia Margarita, Déjame, Javiera, que se lo recuerde, porque para haber osado introducirse fraudulentamente en mi habitacion, para no haber temido esponerse á mis miradas, es preciso que haya perdido enteramente la memoria. Escúcha, Javiera, escúchame bien,

para que en adelante separes con horror sus ojos si alguna vez encuentras á ese hombre; no le conoces sino por lo que él deseaba parecer, y yo quiero que le conozcas por lo que es en realidad.

—Hace tres años, continuó la princesa conteniendo la voz, por miedo de que se elevase á la altura de su indignacion, se formó en Bernburgo no sé qué abominable compaña con el nombre de *asociados* y todos los que formaban parte de ellas, era como este hombre que ves aquí, jóvenes pertenecientes á las familias mas nobles y distinguidas, la mayor parte ricos, pero que habian jurado echar sobre sus escudos tantas manchas como blasones habian sabido reunir sus antepasados y como acciones gloriosas habian ejecutado; no es verdad, baron de Launitz?

El desdichado que un momento antes estaba como aniquilado á los piés de la princesa, y trataba de implorar su perdón sin poder pronunciar una sola palabra, habia vencido con una resolucion enérgica los efectos de su desesperacion, siempre de rodillas, pero con la vista fija en la princesa mientras esta hablaba, sufría con una increíble y espantosa inmovilidad el doble tormento de la palabra que ultraja y de la mi-

rada que desprecia, como si hubiese querido conocer hasta donde puede llegar el valor del hombre para soportar el desprecio; y cuando la pregunta de la princesa pareció que exigía que se acusase á sí misma, respondió:

—Es verdad; la reunión de los *Asociados* de Bernburgo fué una obra de impudicia, y la sentencia que la disolvió pudo haber sido mucho mas severa sin que dejase de ser justa.

Ya le oyes, Javieta; una sentencia ha infamado con justicia á ese hombre, que acaso se lisonjea de ser amado porque una es "loca, joven, y dá entrada á su corazón á todo lo que tiene apariencia de generosidad y de afecto. Pero aun no lo sabes todo; este hombre, no perteneció por debilidad ó por engaño á la tal sociedad, que se proponía por objeto deshonrar á todas las familias, era el jefe y el alma de la asociación. Temían todos tanto en Bernburgo, á los infames, que ni aun se atrevían á levantar la voz contra ellos; pero llevaron el escándalo hasta el palacio mismo del soberano, y entorces un tribunal decretó su destierro. Salieron de la ciudad, en número de doce, y tal era la indignación general, que sus madres, sus pobres madres

tuvieron que ocultarse para llorar. Una de ellas estuvo para morir de la desesperación; necesité nombrarla, señor de Lamoitz?

Cruzó él las manos delante del pecho y dijo:

—No señora, esa madre era la mía. Pero ha sobrevivido á su dolor, porque Dios ha permitido que crea en el arrepentimiento del culpado.

—Cuando salieron los doce sentenciados, continuó la princesa, se alegraron todas las personas honradas, las calles de Bernburgo estaban adornadas como si se celebrase una gran fiesta; por todas partes por donde pasaban, manifestaba el pueblo su júbilo al verse libre de un azote tan terrible, y cuando al salir por las puertas de la ciudad, el pueblo entero descargó sobre ellos su terrible maldición, uno solo, el más desvergonzado de todos, se atrevió á levantar la cabeza para dirigir una mirada de desafío á los que les maldecían. Pero el imponente espectáculo que se ofreció á su vista, le hizo temblar y perder el color, pues vió una larga fila de coches de la corte, porque el duque mi padre y toda su familia y servidumbre, habíamos venido á presenciar la marcha de los culpados, y dar con nuestra presencia una nueva sancion á ese grande

acto de justicia. A ese hombre le hubiera yo reconocido en todas partes, porque aquel día se fijaron sus ojos bastante tiempo en los míos; y estaba tan arrepentido, añadió la princesa con ironía, que no contando sin duda con la felicidad de mi memoria, pensaba ya presentarse algún día como una víctima.

—Se engaña V. A. señora, respondió Oberzell con humildad; trataba de adquirir en su mirada la fuerza necesaria para oír con resignación lo que V. A. me dice hoy.

—Ahora, aléjese vd. de aquí, caballero, dijo con dignidad la princesa; que le vean a vd. ó no salir de mi habitación, nada importa: no quedará comprometida, su odiosa reputación me defenderá contra la calumnia, pues para hacer creer que no soy su cómplice me bastará decir su nombre.

Oberzell se levantó y dijo:

—Había prometido alejarme á Sofia Margarita, que sin duda hubiera conservado un grato recuerdo del desconocido; igual promesa hago á la princesa de Anhalt, que no me deja mas que la desesperación. Pero el juez que nos condena, el Dios que nos castiga, no nos dice: «Para siempre, y sin misericordia.» Después de haberme humi-

Hecho tanto, ¿no me concederá V. A. una sola palabra de compasion? Piense que será la última.

La emocion de la voz de Oberzell penetró hasta el corazon de Sofia Margarita, y sin concederle la palabra que pedia como un bálsamo para sus heridas, se dirigió á Jaxiera y la dijo:

—Conducete y nada temas por mí; pero ten presente que si le encontrasen era hombre perdido.

Diciendo así, volvió la cabeza para no ver al hombre indigno á quien habia consagrado su amor. La lectora se acercó á Oberzell con cierto temor, y le dijo.

Sigame vd. caballero.

Y sin hablar una sola palabra mas llegaron á la puerta de salida.

Cuando Sofia Margarita se vió sola, sintió que se despedazaba su corazon, y se llenaron de lágrimas sus ojos; lloraba sus hermosas ilusiones perdidas.



CAPITULO X.

DURANTE EL AGUACERO.

OBERZELL, ó si se quiere mejor el haron Jorge de Launitz, consiguió salir de paglacio, gracias al cuidado con que Javiera le siguió por la mano y paso á paso por corredores secretos y oscuros. ¿Diremos los terrores de la pobre jóven en el tiempo que duró aquel viaje casi en tinieblas, viéndose sola con el temible gefe de los Asociados de Bernburgo? Asi como pocas horas antes experimentaba una alegría inocente en proteger al decreto mensajero de sor Santa Clara, asi ahora se asustaba su conciencia con pensar que la simpatia que la habia ius-

pirado; sin embargo, como favorecer á ese gran criminal para que pudiese salir de palacio sin que le vieran era servir á la princesa á quien podía comprometer su presencia en aquel sitio, encontró Jaxiera en su afecto á su señora el ánimo necesario para cumplir su peligrosa misión, y no tardó en volver para anunciar á la desengañada princesa que el guardia de Luis XIV, nada tenía que temer ya en el palacio del príncipe de Anhalt.

Apenas salió Oberzell por una puertecita que daba á la plaza de palacio, y el aire frío de la noche refrescó su frente abrasada por la tormenta que había pasado, se separó una sombra de la pared del mismo palacio y se puso en movimiento.

Demasiado absorto en tristes meditaciones para fijar la atención en tan poca cosa, el protegido del conde de Barckfeld dio algunos pasos sin pensar en ello; sin embargo, había visto que se movía algo cerca de él, y á pesar del tumulto de las ideas que se agolpaban en su cabeza, no pudo menos de pensar en ello, porque como su situación reclamaba todavía misterio, á lo menos por el interés de la princesa, sintió alguna inquietud al suponer que podía observarse y denunciarse después de su misteriosa y

tardía salida del palacio.

Volvióse, pues, de pronto, para reconocer al compañero de camino que le habían proporcionado el acaso ó la indiscrecion, pero era tanta la oscuridad de la noche, que nada podia distinguir á diez pasos, y el otro tenía buen cuidado de mantenerse á mucha mayor distancia. Se detuvo y notó que tambien se detenian detrás de él, siguió andando hasta salir de la plaza del palacio, y el que le seguia hizo otro tanto; entró en una calle de las inmediatas, empezó á caminar ya mas de prisa, ya mas despacio, y el incógnito repitió todos sus movimientos con una precision que hubiera honrado la disciplina militar.

Era ya imposible que se hiciese ilusion; aquel hombre le seguia de proposito. Pero ¿qué objeto se proponia en seguirle? Si lo que pretendia era atacar á Oberzell, este lo temia poco, porque el ataque requiere defensa, y nuestro caballero no temia á ninguno otro cuando este otro estaba solo; pero ¿y si en lugar de un enemigo ó de un ladron, de quien hubiera podido librarse con la espada ó con el bolsillo, le seguia un espía del principe de Anhalt, encargado de saber su nombre y conocer su habitacion? Entonces el peligro era mucho mayor, y lo que

peor es, no era peligro para él solo; podía alcanzar á la princesa, y demasiado era ya soportar el odio y el desprecio de Sofia Margarita, sin tener que añadir el que tuviera que acusarle de haber hecho peor su suerte.

Persuadido, pues, de que el hombre que le seguía era enviado por el duque de Anhalt, trató de abusarle y hacerle perder la pista; pero fué trabajo perdido, pues ya corriese ó se parase, ya tomase á derecha ó izquierda, todos sus movimientos, todas sus vueltas, hasta sus mas singulares caprichos eran imitados con el mayor servilismo. Cansado ya de aquella obscurada persecucion, resolvió al fin conocer al indiscreto personaje que por tanto tiempo le obligaba á que aceptase su desagradable compañía; mas para llegar á verle cara á cara eran indispensables dos cosas, la primera poderse acercar á él, y la segunda tener luz. En aquel tiempo las luces eran cosas mas que raras de noche en las calles de Dessau, y ademas el paseante nocturno se asustaba al momento que Oherzell manifestaba querer volver atrás; parecia que en todas partes encontraba un relegio abierto segun lo pronto que desaparecia al menor movimiento retrogrado de aquel á quien seguia. ¿Cómo harlo, pues; para conseguir verle? No parecia cosa fácil

mas sin embargo era indispensable que el espiado conociese á su espiá, y al fin se valió del estratagema siguiente.

A fuerza de marchas y contramarchas, despues de haber trazado una red de líneas cruzadas y haber dado vueltas y mas vueltas, habian venido á pasar otra vez á las inmediaciones de palacio, donde todavia lucian algunos que otros faroles, que no querian volver á la oscuridad, hasta que hubiesen concluido con la última gota del aceite que servia de alimento á su llama. Oberzell tratò de aprovecharse de aquella favorable claridad, única que alumbraba la ciudad de Dessau, y fingiendo que cada vez tenia mas miedo empezó á caminar muy de prisa, y de pronto se parò; el que le seguia habia echado á correr tambien, y no pudiendo detenerse tan momentáneamente, su inconsiderato movimiento le hizo perder la distancia que tenia tan bien calculada para evitar que el joven perseguido pudiera reconocerle. Entonces Oberzell reconoció á su duplicado, al otro guardia de Luis XIV.

Era, en efecto, Ruteldorf, el mismo que Javiera habia visto salir del parque y creído que era Oberzell; era el enamorado de la princesa, cualquiera que esta fuese, el que habia temido la honra de causar á Sofía Mar-

garita y á su amiga la ansiedad que habían manifestado, cuando engañadas por la distancia, el traje y la poca luz, vieron á un guardia de Luis XIV hablar con el centinela y salir de palacio. Habia salido Ruttedorf, pero no tenía intencion de alejarse de la residencia del príncipe sin averiguar el nombre y clase del que le habia robado su traje.

Después de tomar algunas noticias dentro y fuera, y convencido de que el otro se hallaba todavía dentro de palacio, no dudando el montero mayor de que al fin habria de salir tambien y no por la puerta principal, se escondió para esperarle y tuvo la paciencia de estar una porción de tiempo diciéndose á sí mismo. «Al fin veré á mi rival, le seguiré y le conoceré, pues por mas que haga, por ultimo habrá de entrar en alguna casa, y su habitacion me revelará su nombre.»

Desde el momento en que Oberzell empezó á caminar por las calles, escoltado por el montero mayor, habia repetido este interiormente muchas veces: «en alguna parte entrará, sin que el otro se mostrase muy dispuesto á cumplir su deseo, que á la verdad nada tenía de extraordinario.

Pasado el momento de detencion junto á los faroles de palacio, los dos guardias de Luis XIV volvieron á emprender la cami-

hata á oscuras. Oberzell había vivido bastante tiempo en Dessau y conocía demasiado bien á Rutteldorf por fama, para no saber que no le perseguía como espía de otro, sino por su propia cuenta, mas eso no disminuía su deseo de desorientarle, porque los necios son tan temibles como los malvados, y un necio enamorado y celoso es mucho más peligroso que otro cualquiera.

En fin, el que tenía la facultad de dirigir aquella expedicion á oscuras, tomó una direccion mas seguida, y su itinerario tan singularmente retorcido hasta entonces, adoptó la linea recta, de lo cual se alegró sobremanera Rutteldorf; mas la marcha del que le precedía les condujo de la ciudad á un arrabal y del arrabal al campo raso. No se trataba, pues, ya de un paseo sino de un viaje, y el montero mayor no podia prever cual seria el término de su peregrinacion. Viendo delante de sí un horizonte á que no se llega jamás, se creyó amenazado con tener que dar la vuelta al mundo, y asustado con tan colosal empresa, corrió á su rival y le dijo á voces estas palabras.

—Puede vd. alabarse, caballero, de que es un andarín á toda prueba. ¿Podria vd. hacerme el favor de decirme si llegaremos pronto?

—¿A dónde? preguntó Oberzell.

--A su casa de vd. respondió Rutteldorf.

--A mi casa? replicó el otro. Ya hemos llegado; estamos en ella.

-- ¡Vive vd. aquí! exclamó el montero mayor.

La admiracion de este no dejaba de ser justa, porque esto pasaba en medio del campo y hacia rato que estaba lloviendo á cántaros.

Rutteldorf, bastante fácil de irritar, tuvo el capricho de no juzgar de buen gusto aquella chanza, y en el primer momento echó la mano á la guarnicion de la espada, pero al momento pensó que para incomodarse es preciso tener algun derecho, y que él ninguno tenia, ni aun el del mas fuerte, derecho que aunque le hubiese tenido hubiera sido difícil que hiciese valer en medio de aquella noche oscura y lluviosa; hubo, pues, de tomarlo con paciencia, y replicó en tono algo burlon.

--Sea enhorabuena, caballero, si vive vd. aquí no se le envidio por cierto; la habitacion no es muy cómoda ni abrigada, pero á lo menos tiene vd. la ventaja de que no le pueden poner á la puerta.

--Con efecto, contestó Oberzell en el mismo tono, y luego, afectando gran cortesia, añadió: Tenga vd. la bondad de sentarse.

—Despues que vd. caballero, dijo Ruttedorf medio riéndose y medio enfadado.

Oberzell, como si en efecto hubiera estado en su casa, empezó á pasearse maquinalmente con los brazos cruzados, y el montero mayor le imitó murmurando contra la lluvia que cada vez iba en aumento. Al fin se cansó, y deteniendo á su contrario por el brazo, le dijo:

—Hablemos claro, señor guardia de Luis XIV, vd. se ha propuesto cansar mi paciencia, pero yo le declaro que no cederá á su obstinación. Me encuentro muy bien aqui, y estoy decidido á permanecer todo el tiempo que vd. lo haga.

—Será una compañía muy grata para mí, respondió Oberzell.

—Vd. se burla, pero no importa, eso no alterará mi resolucion. Nada arriesgo mas que vd., ni puedo perder mas que lo que vd. pierda, puesto que lleva mi mismo traje,

—Y eso es lo que vd. siente, añadió Oberzell.

—Ya veo que mi preseencia le incomoda á vd., replicó el otro tititando.

—No necesitaba yo de esa juiciosa observacion, para estar convencido de la penetracion de vuestra señoría.

—Si señor, le incomodo, repitió Ruttedorf.

dorf con algun tanto de fatuidad ; sin embargo, prosiguió despues de haber pasado un golpecillo de tos producida por la humedad del vestido si vd. conviniese en ello, creo que habria medio de entendernos. Entre caballeros, aunque sean rivales, hay siempre modos de tratar las cosas decorosamente, y yo le propongo á vd. un convenio.

—¿Con el cuál no me conocerá vd.? pregunto Oberzell con viveza.

—Cabalmente, respondió Rutteldorf despues de toser otra vez, pues el constipado se iba graduando; respetaré el interrogito de vd. y le perdonaré su trage, es decir el mio, si vd. me quiere ceder completamente su aventura del baile.... Yo la adopto como mia, de mi cuenta y riesgo, ¿le conviene á vd.?

—Perfectamente. ¿Por qué no lo ha dicho vd. antes y se hubiera ahorrado esa tos que ha cogido y que siento mucho haberle causado?

Eso no es nada; un resfriado se cura pronto, pero si uno se pone en ridiculo no se repone jamás; y como una equivocacion algo rara ha hecho que yo me atribuya la barrabasada que vd. cometeo, necesito alguna garantia para lo sucesivo.

—No le comprendo á vd. dijo Oberzell.

—No es que yo dude de su palabra de vd. continuó Rutteldorf; pero existe en poder de vd. una prueba de aquel suceso contra la cual nada valdria todo lo que yo pudiera decir. Todos dicen que el guardia de Luis XIV, tomó un lazo de cinta carmesí de S. A. la princesa Margarita.

—Y dicen la verdad, caballero.

—Y conserva vd. todavia ese lazo?

—Le conservo y le conservaré.

—Eso es imposible, amigo mío; vd. no puede conservarle. Yo quedaria entonces en una posicion muy falsa, y necesito ese lazo para demostrar la verdad de mis palabras, en caso de que alguien dudase de ellas. Ademas, se le pide á vd. tambien como prenda de nuestro convenio.

Repitióse la tos del montero mayor, y Oberzell que iba á responder ya de una manera negativa, tuvo algun tiempo para reflexionar. Rutteldorf luego que pasó la tos repitió:

—Piénselo vd. bien, amigo mío: solo con esa condicion, faltaré á la promesa que me habia hecho á mi mismo de seguirle á vd. á todas partes y conocerle, de grado ó por fuerza; la condicion es algo dura, pero no hay mas aceptarla ó negarla.

Cuando el caballero oyó propuesto de

de esa manera el *ultimatum*, hizo como que reflexionaba un momento y respondió:

—Hace una hora, caballero, que no me hubiera separado de esta cinta sino perdiendo la vida; pero supuesto que es vd. realmente mi rival, es un deber mio el restituirle una prenda que sin duda ha venido á mi poder por una equivocacion de la princesa.

—Es claro que le ha equivocado á vd. conmigo, dijo el montero dando familiarmente una palmada en el hombro de Oberzell. Con que ¿se conviene vd. á entregarme el lazo cetrino?

—Siendo á vd. á quien iba destinado, no debo hacer otra cosa. Aquí está.

Admirado de tanta generosidad, tomó Ruteldorf el lazo, y apretando la mano que se le daba, exclamó con toda la energia que permitia el estado de su garganta:

—Esceleute caballero! Agradezco esa conducta mucho mas de lo que vd. puede imaginar, y quisiera probárselo. Descaria saber su nombre de vd. no con el mismo objeto que hace poco, ni con ningun fin de celos ni curiosidad, sino para poder manifestar á vd. completamente mi gratitud.

—Yo por mi parte estoy muy recono-

cido á la amistad de vd., replicó Oberzell inmediatamente; pero prefiero dispensarle de su proteccion y guardar mi secreto.

—Es decir que teme vd. alguna falsedad, contestó Rutteldorf. Eso se gana con haber sido embajador en Francia en la corte de Versailles; que ya se supone siempre que un obra como diplomática.... Yo confieso que cuando trato de atrapar á alguno, ha de ser el diablo para desentredarse de mis lazos, pero respecto á vd. precedo con la mayor sinceridad y sin el menor artificio.

En fin, para probar á vd. que mi objeto era desinteresado, me conformo con su silencio, pero no quiero dejar de servirle, si alguna vez puedo hacerlo; conmigo tengo una carta que le demostrará á vd. la posicion en que me encuentro en la corte; se la voy á dar á vd. y si algun dia necesita de mi favor para sí ó para otro, no tiene mas que hacer que presentármela, y sea lo que quiera lo que desee, le prometo desde ahora que haré cuanto esté de mi parte para que lo consiga.

En medio del arrebufo de su felicidad olvidaba Rutteldorf la noche, el chaparron y su refriado. En cuanto al otro guardia de Luis XIV, la singularidad de la escena lo habia distraido por un momento del profun-

do dolor que habia sacado del palacio de Dessau; pero desde que no se veia precisado á defenderse de la curiosa insistencia del montero mayor, habia vuelto á entregarse al pensamiento de la ruina de la gloria, esperanza que habia concebido de rehabilitarse de lo pasado por medio del amor. Tomó, por efecto de un movimiento maquinal y sin darle importancia alguna, la carta que Ruteldorf le ofrecia, y oíjo á este:

—Ahora, caballero, me toca á mi seguir á vd.

—Ya comprendo, respondió el montero, cambiamos de papel, y por mas que vd. haya dicho al llegar aqui, desea ahora ponerme á la puerta..... de mi casa, ¿no es así?

Rióse él mismo de su chiste, y como la risa produjo la tos, creyó que el otro se habia reído tambien, y quedó contentísimo del triunfo de su gracia.

Tomaron de nuevo el camino de la ciudad, y llegaron por fin á la puerta de la casa de Ruteldorf; allí se saludaron cortesmente los dos guardias de Luis XIV. y habiendo entrado el montero mayor en su casa se sentó en un sillón, contentísimo de su persecucion al desconocido; pero su alegría no fué de grande duracion.

Apenas se vió á cubierto del mal tiempo y al lado de su chimenea, reanimado por la llama, con los piés en sus chubeneas bien secas y abrigadas, envuelto en su buena bata, con el gorro de dormir calado, y á su lado en un veladorcito su juego de té que exhalaba un agradable perfume, quiso festejar la feliz conquista del lazo carmesí de que con tanta facilidad y buen talante se habia desprendido su rival. Despidió á su ayuda de cámara, le mando que cerrase la puerta, y cuando se vió solo como deseaba, suspiró con delicias.

—Oh princesa mía! exclamó. Mucho he corrido, me he mojado bien, he cogido un buen catarro, pero ¿qué importa si al fin tengo el premio de mis trabajos.

Diciendo así sacó del bolsillo el lazo y le llevó precipitadamente á sus labios mas.... que horror! qué traición.... El lazo carmesí se habia convertido en un lazo verde de.

Ruttedorf le arrojó con rabia, arrugó el entrecejo al ver el lazo fatal en el suelo, y ya iba á pisotearte, cuando se contuvo. —¿Si le habrá destendido la lluvia? pensó en interior, acordándose del aguacero que le habia caído encima, y suponiendo que en la combinación de los colores, el

verde podria ser la base del carmesi, Rut-
teldorf no era tintorero ni quimico, pero
estaba enamorado, y como dice el poeta ve-
neciano, el que ama procura engañarse á sí
mismo.

Se bajó á coger el lazo, le levantó y to-
có; mas estaba perfectamente seco, y para
colmo de humillacion, advirtió entonces el
montero mayor, que en su jubon de guar-
dia de Luis XIV, llevaba hasta una docena
de lazos semejantes á aquel.

Tres dias habian pasado desde la terrible
noche que acabamos de describir, y los tres
lo habia pasa Sofia Margarita en soledad,
retirada en su oposito. Los cortesanos
habian atribuido su obstinacion en perma-
necer sola, á la necesidad de reponerse del
casancio del baile, pero no era el movimien-
to de la fiesta sino una terrible y disgus-
tosa humillacion la que habia agotado las
fuerzas, y aun comprometido la salud de So-
fia Margarita. Herida en el respeto que se
tenia á sí misma, no pensaba en otra cosa
sino en que un hombre podia lisonjearse
de que ella le habia amado, y en que preci-
samente el que habia sorprendido el se-
creto de aquel amor, era el mas indig-
no de todos los hombres en quienes su pen-
samiento hubiera podido fijarse.

Sin embargo, á pesar de que suponía Sofia Margarita que en adelante no podía ser á sus ojos aquel hombre sino un objeto de desprecio y de horror, se sentia encadenada á él por la potencia del afecto fraternal, y no podia presentarse á su espíritu el recuerdo de sor Santa Clara, sin que le acompañase inmediatamente el del jefe de los Asociados de Bernburgo.

Por lo menos, decia Javiera, no se atreverá á presentarse otra vez delante de mí.

—No hay duda que habrá marchado, señora, contestaba su amiga para tranquilizarla. Yo responderia de que ha sido de Dessau. Bien sabe V. A. que tenia miedo de presentarse á su vista, porque se avergüenza de si mismo; habrá marchado y no le volveremos á ver mas.

Entretanto los enemigos de la princesa empezaba á interpretar muy desfavorablemente aquel retiro tan prolongado, y era indispensable que Sofia Margarita volviese á su vida acostumbrada y á sus diarios paseos, para que cesasen las conjeturas y no pudiese llegar la calumnia á la noble señora, doblemente amenazada por las sospechas de su marido y por el amor irritado de Eric-Victor.

Dejose, pues, guiar por los consejos de

Javiera, y componiendo su amable semblante para que no advirtiese en él la tristeza que la afligía, dió orden, pasados los tres días, para que dispusieran su coche.

Mas en el momento en que Sofia Margarita, acompañada de su amiga, bajaba los últimos escalones del peristilo, sintió que la daba en el brazo de la señorita de Freising. No pudiendo la princesa adivinar la causa de aquella muda advertencia, se estremeció, sin embargo, preguntó á Javiera con los ojos, y esta sin responderla, la señaló con la vista en el otro estierro del patio principal á Eric-Victor que se acercaba á palacio, hablando de un modo muy familiar con un elegante caballero, á cuyo brazo venia agarrado. «Es él!» vino á decir la palidez de Javiera, y el temblor febril de la princesa vino á decir del mismo modo:

Es él! Oterzell! No, no habia salido de Dessau, y venia descaradamente á presentarse á las miradas de la princesa, como compañero de Eric-Victor, y acaso como su cómplice!

Luego que cerraron la puertecilla del coche, dijo Sofia Margarita á su amiga:

—Y suponias que estaba arrepentido! Mira que amigos están los dos, y dime cuál es

mas digno de mi desprecio.

La joven lectora dirigió una mirada al tiempo que el coche pasaba á la altura de los dos amigos, y contestó:

—Ay señora! Si le hubiese visto V. A. como temblaba al percibirnos! No ha perdido la vergüenza, no señora, ni tiene por objeto insultar á V. A. Es, sin duda, muy criminal, pero estoy segura de que no es enemigo.

CAPITULO XL

EL PABELLON DE LOS FRESNOS

En las inmediaciones de Dessau, siguiendo el camino que va desde dicha ciudad á Woerlitz, había á mano derecha una senda que llena de polvos al mirarse con dicho camino, iba cubriéndose de yerba al paso que se separaba de él, de manera que viniendo á confundirse con las praderas que atravesaba, se hacia muy di-

fácil distinguirlo, aun cuando no se hubiese ocultado muchas veces detrás de las sinuosidades del valle. Esta serda conducía a una casita enteramente invisible para los que pasaban por el camino principal, pues aun si, cuando la serda se resquebrachaba su existencia a cincuenta pasos de distancia, oculta como estaba en una hondonada del valle, y cubierta por los árboles que le rodeaban.

El que habia mandado construir en aquel sitio al este tan discretamente, habia buscado á un mismo tiempo los placeres de un hermoso sitio y las ventajas que podia sacarse de su inmediacion á una ciudad populosa, pues con efecto, si hubiera estado situada mas lejos de Dessau, el ir á ella hubiera causado la fatiga de un viaje y no el recreo de un paseo. Si hubiera carecido de lo mejor de la vida, de pedir á una casita en el campo, de la libertad, la soledad y el silencio. Cualquiera que deseara gozar de estas comodidades, no podia menos de ir á vivir perfectamente en aquella hermosa casita, y el camino era tan corto y agradable, que se pagaba casi el placer de ir á vivir en semejante loca, la ida y el regreso al valle.

En meses de mucha lluvia, la serda era

las últimas cosas de los atrabales de Dessau se llegaba al *Pabellon de los fresnos*, nombre que daban á la casita, sin duda por causa de un pabellon comprendido dentro de su recinto pero separado de la parte principal por la longitud de una calle de fresnos. En aquel sitio, al lado mismo de la ciudad ducal podia cualquiera figurarse que estaba á cien leguas de ella, pues parecia que hubiese variado completamente de pais cuando apenas se habia alterado el horizonte. Nada hace parecer mayores las distancias que los accidentes del terreno, en una llanura parece que todos los objetos estan proximos á nosotros, porque los ojos los distinguen, y por decirlo así los tocan; pero con que se interpongan una simple colina, la distancia parece infinitamente mayor y precisamente entre la casita y Dessau habia diferentes objetos que hacia imposible que desde la ciudad se viese la habitacion campestre, ni desde esta se percibiese la ciudad.

¿Era algun filósofo el que habia mandado construir aquella habitacion, para meditar en ella con sosiego sobre los destinos del hombre y de la fragilidad de este mundo, que no existe sino desde ayer y dejará de existir mañana? Era acaso un amante

feliz ó desdichado, que habia querido ocultar en aquel sítio solitario su contento ó su desesperacion? El pabellon de los fresnos se presentaba perfectamente á cualquiera de estas suposiciones; mas sin embargo, su situacion aislada, aun con respecto á la cascata que ya estaba escondida para las miradas de los profanos, podia hacer inclinar mas hacia la pasion amorosa que hacia la aficion al estudio, pues esta no necesita tanto misterio que no hubiera podido contentarse con el que le proporcionaba la habitacion principal. ¿Qué necesidad hubiera tenido un filósofo de aquel pabellon separado, soledad en la soledad, especie de platonismo arquitectonico, ó como hubiera dicho un sabio, aislamiento elevado á la segunda potencia? Indudablemente aquel pabellon parecia colocado allí para proteger la conferencia de una pareja enamorada, y quizá para animar en caso necesario la audacia de un amor que se resuelve á obtener casi por la violencia lo que ni los ruegos ni las suplicas han podido conseguir.

¿Desde cuando existia el pabellon de los fresnos? ¿Que misterios agradables ó criminales habian presenciado sus paredes? Cosas son esas que no nos es posible decir, pero ¿qué nos importa el nombre de los que

le han ocupado; ni se ha sembrado en otro terreno de flores ó de manchas de sangre? Para nosotros la historia del palacón de los frescos no debe ir mas allá de ocho dias, porque solo desde ese tiempo ha venido á ser dueño de él el caballero Jorge Oberzell. Mas para saber en qué circunstancia y con qué objeto lo ha, ó mas bien lo ha comprado el derecho de habitar en aquella casa, es preciso que volvamos un poco atrás y demos cuenta detenida de algunos hechos.

Figurémonos lo que en la noche del baile del palacón, noche que á un mismo tiempo de placeres y de tormentos para nuestro héroe, noche de felicidad para el caballero Jorge Oberzell, noche de vergüenza y dolor para el barón Jorge de Lamutz. Por desgracia estos dos nombres no componen sino una sola persona, y tienen de ella en dos direcciones opuestas, por lo cual doblamente infeliz por el amor que ha inspirado, y por el desprecio que inspira y merece. Los dos nombres de Oberzell y Lamutz convierten en una misma infelicidad su persona y sus faltas, y le desprecian entre los desórdenes y libertinaje pasado y la pureza actual.

Ha caído la máscara, y el animoso negociante de san Santa Clara, el generoso caballero de Dessau, se vé ajado, oprimido,

aniquilado bajo el peso de la odiosa celebridad del jefe de los *asociados de Bernburgo*. Habiendo empezado su carrera por el camino del mal, le parece que los senderos del bien están cerrados absolutamente para él, pues la mujer á quien en sus delirios pedian auxilio para llevar á cabo la obra de su transfiguracion, tan perfectamente comenzada, no ha creído que el arrepenimiento del hombre puede estenderse lo bastante para cubrir semejantes medidas.

Por primera vez Sofia Margarita, cuyo corazón está siempre tan inclinado á la clemencia, no ha alargado la mano al infeliz á quien hubiera podido salvar; cualquiera otro que Lanzarz la hubiera encontrado clemente y compasiva, pero ella le ha amado, y á pesar suyo todavía no le mira con bastante indiferencia para no ver en él sino un criminal común; compadecerse de él seria tal vez escuchar mas bien el amor que á la clemencia, y se avergüenza de tal manera de ese amor, que solo exagerándose á sí misma el horror que le causa el baron de Lanzarz, ha podido la pobre señora acallar los murmullos de su conciencia. Su severidad ha sido una expiacion; si se hubiera mostrado mejor para con él, se hubiera degradado á sus propios ojos; si le hubiese perdonado,

habría creído hacerse su cómplice.

¡Hallase, pues, condenado para siempre á lo que ha sido! Cuando se había burlado de poder volver del fango oscuro del vicio á la cima luminosa de la virtud, cuando había buscado su rehabilitacion en el amor mas verdadero y mas puro, porque sabia que la pasion que consume purifica a manera del fuego; se encuentra reducido á ese estado! ¿De qué le sirve haber mudado de existencia, de pais y de nombre? El tiempo de su destierro ha cumplido ya, nada le impide volver á su patria; pero ningún interés tiene en regresar á ella, pues no ha de encontrar á su madre, que ha muerto, aunque perdonándole sus extravíos; ni un asilo en que recogerse, pues á ese amor que le pierde sin dejarle siquiera una vislumbre de esperanza, ha sacrificado hasta su dominio paternal.

No, Oberzell no quiere volver á Bernburgo, donde sufrirá demasiado y casi tanto como en Dessau, de donde vá á salir; necesita huir igualmente del teatro de su antigua ignominia, y de la nueva patria en que pretendia regenerarse, y en que se han estrellado todas sus fuerzas contra una palabra y ha matado una mirada todas sus ilusiones. Quisiera poder huir de si mismo, pues ho-

ga á dudar de la potencia reparadora del arrepentimiento, puesto que Sofia Margarita no ha querido creer que fuese mejor que algunos años antes. Lejos de apelar contra esa sentencia, Oberzell la respeta y por decirlo así, la rinde; la princesa se ha mostrado inexorable para con él, y él se juzga indigno de misericordia; al verle ha lanzado ella un grito de espanto, se examina á sí mismo y se contempla con horror. La princesa ha dicho que su reputacion no puede padecer ora se ausente él, ora se quede en la ciudad; pero la ha prometido marchar y marchará. Ignota todavía á donde podrá ir, pero le importa poco, con tal que se aleje igualmente de Dessau donde quería hacerse digno de ser amado, y de Bernburgo de donde le han arrojado justamente.

Así, pues, cuando entró en su casa, de vuelta del baile y del paseo nocturno por el campo con el montero mayor, el pobre Jorge estaba decidido á salir de la ciudad el dia siguiente por la mañana, y no volverse á presentar en ella jamás.

Patricio Sulzbach, á quien constantemente hallaremos cuando amenaza algun mal á Oberzell, velaba esperando la vuelta de su protector de otro tiempo y su amo actual, y velaba sin ninguna inquietud, ¡le había vis-

to marchar tan contento hacia palacio! Al volver se advertía bien el pesar en el rostro de Oberzell y Patricio se puso triste también sin preguntar la causa.

—¿Sólos que mañana nos separamos? lo dijo su amo después de quitarse silenciosamente su traje de baile.

—Ah! exclamó el criado. ¿Y es eso lo que le aflige á vd.? Pues no debía vd. atormentarse por tan poca cosa; á mí eso me tiene sin ningún cuidado.

—¿De verás? Tanto mejor... Yo temía...

—Nada señor, nada; eso no me inquieta á mí porque en cualquier parte donde vd. se halle estoy seguro de poder ir yo, aunque sea á la puerta misma del interior. Vd. se marcha, yo voy detrás y se acabó la historia.

—Es que quiero salir de Dessau mañana al rayar el día.

—En tal caso es menester no perder tiempo para hacer el equipaje.

Y sin preguntar nada más, sin saber si la ausencia sería larga ó corta, ni á qué distancia tendría que acompañar á su amo, empezó á disponerlo todo para el segundo destierro del baron de Launitz.

Abismado este en las mas tristes reflexiones ocultó la cabeza entre los brazos que

habia cruzado y apoyado en una mesa; suspiraba sin cesar, y el corazón del buen Patriño correspondia en secreto á sus suspiros. De cuando en cuando, levantaba Oberzell la cabeza y observando por la vidriera la luz del día que iba viniendo activaba los preparativos de Sulzbach.

Una de estas veces que levantó la cabeza, pasó rápidamente la vista por encima de la mesa, y vió en ella una carta medio ajada, que habia estado allí al quitarse el traje de guardia de Luis XIV: era la carta que Ruttedorf le habia entregado algunas horas antes, como un testimonio de su proteccion. Asumió una triste sonrisa á los labios del desgraciado jóven, pensó en el enamorado de la princesa, á quien pocos minutos antes habiera mirado con lastima, y empezó á tenerle verdaderamente envidia.

«¡Por lo menos se queda! pensó interiormente; ¡no te han echado de aquí! Podrá verla todos los días, y todas las veces las miradas de Sofia Margarita llegarán hasta él! Es á la verdad bien ridículo el tal Ruttedorf, pero la ridiculez no me da mientras que el desprecio...; Hombre feo! No amando te la habia de que es objeto, al paso que yo habré de sucumbir bajo el peso del honor que inspiro. ¡Ah! ¡Si yo no tuviese que

veurér mas que la horta!

Interrumpieron esta reflexion otros pensamientos mas tristes todavia, que casi le ahogaban, como hace el mar con el naufrago infeliz á quien envuelve en sus olas y le arroja de una en otra hasta que choca contra una roca en qué viene á estrellarse. Un grito de dolor arrancado por la angustia que le causaba el conocimiento de su desgracia, hizo que se acercase á él el buen Patricio, y lo digese:

—Pero por el alma de mi madre, señor, ¿qué es lo que tenemos para que suframos tanto?

—Tú también sufres ¿preguntó Oberzell sorprendido.

—¿Le parece á vd. que no he de sufrir viéndole así? Cuando mi amo está afligido es un derecho y un deber mio estarlo también. cuando vd. llora yo no puedo dejarle que lllore solo: pero para llorar con vd. es necesario que tenga alguna idea de por qué lloro.

Las lágrimas que en aquel momento asomaban á los ojos de Patricio, probaban que no era necesaria la confianza para que tomase gran parte en el dolor de su amo, y este, que sentia imperiosamente la necesidad de hablar de Sofia Margarita, y quo

no temia ponerse colorado delante de aquel hombre que tantas pruebas de afecto y fidelidad le habia dado, trató de responder á las preguntas de Patricio mucho mas latamente que lo que este esperaba, y acaso mas de lo que hubiera deseado pues le contó toda su vida.

—Diablo! diablo! murmuraba el veterano á medida que el baron le contaba los desgracias que habian causado su destierro de Bernburgo, y cuando el joven acabó de referirle la primera parte de su vida, le dijo con la mayor sencillez:

—Vd. le dice, señor, y es preciso que yo lo crea; pero si otro me hubiera dicho eso de vd. vive Dios hace tiempo que le hubiera interrumpido con un buen mentis.

Casi se avergonzó Patricio de haber manifestado con tanta energia su opinion sobre la conducta de Oberzell, y con un gesto y una mirada pidió perdon á su amo.

—No tienes que disculparte con migo da tener una alma franca y un corazon honrado, le dijo este, si eso no fuese así, Patricio, no merecerias oir lo que me resta que referirte.

En seguida con la misma franqueza que el calavera de otro tiempo habia referido

los terribles escándalos cometidos por los Asociados de Bernburgo, el atreptido le contó su amor, su plan de escape y la catástrofe que acababa de acominar todas sus esperanzas. Así como al principio había manifestado Percio su desagrado, así ahora expresaba su semblante la alegría, el orgullo y la admiración.

—Bien, bien; decía al oír cada uno de los esfuerzos hechos por Oberzell para borrar sus faltas y conquistar el aprecio de sí mismo y el amor de Santa Margarita.

En fin, cuando su amo acabó de referirle todos sus tormentos, todas las buenas inspiraciones que había tenido, todas las acciones generosas de su vida expiatoria, exclamó el buen hombre:

—Y ¿qué le detiene al salir de Dessau donde tiene tan buena reputación? La señora princesa de Anhalt quiere ir de aquí al baron de Lamm, al conde de los Asociados de Bernburgo, pero vd. nada tiene que ver con ese hombre, vd. es un joven noble, de estirpe alta, de fama de generosidad, que se llama el caballero Oberzell. Fuera el diablo! Eso es ¡es santo! pero á vd. señor, solo se le debe honra y respeto.

Oberzell le hubiera dado las gracias por

estas palabras, tan propias para reconciliarle con su conciencia, pero hacía un momento que se había apoderado una idea dominante de la cabeza del joven. Había reparado de nuevo en aquella carta arrojada casualmente sobre la mesa, y con la mayor curiosidad y sorpresa recorrían su ojos las peticiones del sobre.

—Dios mío! exclamó al fin estregándose los ojos como para ver mejor. De dónde nace que estoy conmovido? Esa letra me parece que la conozco..... ya la he visto en alguna parte, pero dónde la he visto? En qué circunstancia? Ah! Ahora caigo, continuó dirigiéndose al veterano, que le escuchaba con la boca abierta; esa carta, Petición, la ha escrito él; Dios no me abandona enteramente; y acaso quiere lo que tú has indicado. No, amigo mío, no; no debo marchar de aquí.



CAPÍTULO XII.

LA MISMA MANO.

Asi como al principio no había comprendido Patricio el motivo de la profunda tristeza de Oberzeil, de la misma manera ahora no adivinaba la causa de su arrebatado de alegría. Preguntó á su amo, mas este último sin responderle cogió la carta, la estiró un poco, la abrió con la mano impaciente, y sin detenerse á leer el contenido, se dirigieron sus ojos á buscar la firma; pero sea que el correspondiente del monasterio mayor juzgase inútil poner su nombre al pié de aquellas pocas líneas, sea que la prudencia le aconsejase esa omisión, la car-

ta no decía quien la había escrito. Oberzell, que no buscaba sino un nombre en la tal carta, desesperado de no encontrar lo que quería, volvió á arrugar entre las manos el inocente papel y le tiró al otro extremo del cuarto, diciendo:

—Qué desgracia! Qué desgracia! No ha firmado.

Patricio, á quien las primeras confidencias de su señor autorizaban para ser curioso, aun á riesgo de ser indiscreto, se atrevió á dirigirle una nueva pregunta, que esta vez no quedó sin respuesta como la anterior.

—Escúchame, le dijo Oberzell, y tú mismo juzgarás si no es muy fundado este movimiento de desesperacion que á ti te parece sin duda un rasgo de locura. Voví conmigo hasta el momento en que el conde de Barckfeld conociendo el peligro que me amenazaba, me condujo por mil corredores á la salita reservada, de donde pocas momentos despues hube de salir para buscar un refugio mas seguro en la habitacion de la princesa. Cuando el señor de Barckfeld me llamó por mi verdadero nombre, me juzmé perdido sin remedio y me despedí de todas mis esperanzas.

Sin embargo, despues que recordándome los errores de mis primeros años me oblig

á mirarme en el espejo de lo pasado, pues del mismo modo que Sofia Margarita no ignoraba ninguno de mis vergonzosos desórdenes; despues que me hizo padecer el suplicio de considerarme á mi mismo, no me rechazó absolutamente y me lanzó de nuevo en el abismo de que procuraba salir, antes, sabiendo igualmente los perseverantes esfuerzos que yo hacía por conseguir una rehabilitacion que me negan, exclamó como tú ahora poco: «Bien, muy bien.»

—Qué lástima, me dijo el gobernador de palacio meneando la cabeza, que el Oberzell de ahora sea el baten de Launitz de otros tiempos!

Calló sin decir mas, y yo me atreví á preguntarle por qué sus últimas palabras me habían inspirado confianza, no figurándome que tan en breve me había de ver la princesa con el rostro descubierto.

—Y si yo no fuese mas que Oberzell ¿qué debería hacer, señor conde? le pregunté.

Titubeó un poco antes de responderme, y en seguida bajando la voz me dijo de una manera misteriosa.

—A un caballero joven que no tuviese que luchar, como tú, con recuerdos que siempre se le presentarán como obstáculos, acaso se le podían proporcionar ocasiones de hacer

se digno, pero noblemente digno, del amor que ambiciona. Por desgracia, con respecto á vd. es imposible.

Al escuchar estas palabras, hice un movimiento como para implorar su favor, mas él me detuvo, añadiendo:

—Para qué le he de decir á vd., cuando nada puede hacer para impedirlo, que tal vez amenaza una desgracia á la princesa de Anhalt? No dudo de su afecto de vd. ni de su valor, pero conozco tambien su imprudencia, y acaso queriendo proteger á Sola Margarita no haria otra cosa que comprometerla; así, cualquiera que sea el peligro que la amenace, no es vd. caballero, quien puede tratar de librarla de él.

Ya puedes juzgar, Patricio, con qué ánsia acogeria yo las palabras del conde, y cuánto se manifestaria en mi semblante la emocion de mi alma. El gobernador, con una calma que me desesperaba, continuó:

—Vd. menos que nadie puede velar por su seguridad, porque para conseguir prevenia de los peligros de que hablo, seria preciso que se condenase á permanecer desconocida, y yo sé por experiencia que el corazón del hombre no es bastante generoso para contentarse con el mérito de una buena accion, sin querer honrarse con ella.

El que hace algo bueno, quiere que lo conozcan, quiere recibir el premio de sus cuidados; la vanidad es indiscreta, como vd. mismo ha probado esta noche, y á falta de otra recompensa mas sólida ó mas agradable, se paga de sus buenas acciones haciendo ruido con ellas.

Si yo hubiese cedido á la fiebre que me dominaba, me hubiera abierto una vena con la espada, á cuya empuñadura habia llevado la mano, y hubiera firmado con mi sangre la promesa de proteger en silencio á la mujer á quien amo, y que presentaban á mi vista como ocultamente amenazada. Iba á decir alguna cosa, cuando el señor de Barkfeld me aniquiló de nuevo diciendome:

—Digo á vd. joven, que no sería dueño de su secreto, que le divulgaría, aun contra su propia voluntad, y en tal caso, ¿para quién sería mas fatal que para el baron de Lannitz?

Aquel hombre cruel, cuando por segunda vez me abatió con ese título, continuó diciendo, como si hablase consigo mismo.

—Sin embargo, hubiera sido una misión gloriosa, y la sombra de su padre, del valiente general que fué amigo mio, se hubiera alegrado de ver á su hijo consagrarse á una obra santa, generosa y grande.

—Pero manifiésteme vd. que es lo que hay que hacer, escutame yo, y verá si mi prudencia no es tan grande como mi valor.

—Pues voy á hacer á vd. una media confidencia, contesto; pero no olvide vd. que no le doy ningún consejo, ni le ofrezco mi apoyo; sea lo que quiera lo que vd. haga, ninguna parte tengo yo en ello; jamás reclame vd. mi protección ni me ponga por testigo, porque todo cuanto vd. haya hecho lo he de desaprobary lo desaprueto desde ahora.

—Indíqueme vd. la senda por donde debo caminar, repóngame yo, y sea que me pierda ó que llegue al fin, jamás se salvará quien me ha impelido por ella, le doy á vd. mi palabra de honor..., mi palabra de Oberzell.

—Tanto vale para mí la otra, dijo con una espresion de confianza que á sus ojos era una rehabilitacion, y continuo: Amigo mío: haga vd. cuenta que no soy yo quien habla, ni vd. quien escucha, y sepa que lo que va á oír es lo que pudiera decir una persona que se interesa verdaderamente por S. A. y tuviese de ante de sí otra persona que estuviese en mejor posicion que vd. para mirar por la seguridad de la princesa. «En la corte, le dirá, no puede una mujer ser impunemente joven, linda y virtuosa; la princesa de Anhalt posee esas cualidades y natural-

mente ha de tener algunos enemigos. Sin embargo, yo no conozco mas que uno que lo sea, pero es enemigo terrible, poderoso y encarnizado; la acedra, la persigue, y la perderá, ya sea con su odio o ya con su amor. Seria una accion hermosa defenderla contra ese enemigo, preservarla de ese amor, é inutilizar ese odio contra ella; seria un papel digno de un corazon noble, pero papel peligroso, porque en caso de derrota, el que le desempeñara no encontraría una mano amiga que le socorriese, ni aun la del conde Barckfeld, porque este [añadió sonriéndose] es un egoísta que no quiere perder ni salvar á nadie, y que tiene bastante que hacer con sostenerse á sí mismo. De manera que el que se atreviese á intentar esa aventurada empresa, encontraría, por decirlo así, el peligro en todas partes y la salvación en ninguna, y nada tendría de raro que al fin de todo hallase la muerte por premio de su afecto.»

—¿Y le parece á vd. nada, dije yo interrumpiéndole, morir uno satisfecho de sí mismo? ¿No es nada sucumbir en una gran lucha por una noble causa? ¿Nada vale, en fin, esdrasar á la vista de la mujer á quien se deseaba salvar? ¿A lo menos podria ella llorarle!

—Pero vd. olvida, replicó mi protector, que el mérito consistiría en combatir como vd. ha amado, en secreto y con la rateta en el rostro, en morir sin poderla decir que moría por ella. Su sacrificio de vd. no llegaría hasta ese punto, con que supongamos que vd. nada sabe, y ¡quiera Dios que otro se encargue de una misión que vd. no podría desempeñar de una manera conveniente!

Si el gobernador de palacio se había propuesto, como yo creo, escitar mi ardor aparentando que quería desanimarme, consiguió perfectamente su objeto, porque cuanto más trataba de probarme, mi insuficiencia más me sentía yo con la fuerza necesaria para desempeñar aquella misión.

—Todo lo acepto, exclamé; el combate con la visera echada, el silencio, la muerte; no quiero su agradecimiento, lo que necesito es asegurar su tranquilidad. Ignore en lo futuro el nombre de quien la ha salvado, ¿qué importa, con tal que ella se salve? Y yo respondo de que se salvará.

—Oh! Si, se salvará; respondió el buen Sulzbach, arrebatado por la emoción de su amo.

—Apenas acabé de expresarme así, continuó Oberzell, me lanzó el diplomático á manera de desalio, estas desconsoladoras palabras:

—Y contra quien va vd. á pelear, amigo mio? Para acudir al auxilio de la princesa de Anhalt, seria preciso ante todas cosas conocer su enemigo ... Yo le conozco, pero seguramente no seré quien diga á vd. su nombre, porque eso seria una denuncia. ... ¿Le admira á vd. ese escrupulo despues de lo que le he dicho? Pors no hay para qué, siendo como es sumamente natural, porque lo que le he dicho á vd. puede aplicarse igualmente á uno que á otro, vd. puede buscar al acaso un blanco para la punta de su espada ó la bala de su pistola pero nombrarle yo ese enemigo, seria lo mismo que marcarle el punto en que habia de herir, y eso no seria ni prudente, ni caritativo; así, vuelvo á decir que por mí no sabrá vd. su nombre.

—¿Eve el diablo al tal cortesano? exclamó celérico Patrieno.

—Caballero, le dije, esa reticencia es tan extraña, que podría hacerme dudar de lo que vd. me dice. Si vd. no me nombra ese enemigo, es que no existe, y que vd. ha querido burlarse de mí. Con efecto, hoy es día de fiesta en palacio, un baile de máscaras permite toda especie de libertades, y vd. sin duda ha querido darme una prueba de su singular talento para poner en confusion á los demas.

Iba á levantarme, pero el conde me dijo con seriedad:

—Esté vd. quieto, pues le vuelvo á decir, señor baron de Launitz, que le tengo preso. No hago de la ofensiva exposición que acaba vd. de manifestar, pero comprendo perfectamente su duda, vd. se dice á sí mismo: «La princesa de Anhalt, una joven tan amable, tan buena, tan generosa, tener un enemigo! Eso es imposible.» vd. la ama demasiado para comprender que otro pueda aborrecerla, y esa es la razón principal por la que vd. no me cree. Afortunadamente yo jamás hablo sin poder probar lo que digo.

Saco del bolsillo el conde de Borek una carta, que cuido de doblar convenientemente después de abrirla, de manera que yo no pudiese leer sino algunas líneas, hasta donde á él le convenia enseñarme. Aquel enemigo de la princesa, que se obstinaba en no querer nombrarme, escribía á no sé qué amigo suyo la esperanza que tenía de lograr muy pronto sus deseos; hablaba de la abdicacion probable de Juan Casimiro, ó en caso contrario de su separacion del gobierno por causa de incapacidad, de la regencia que haria necesaria semejante suceso; y en fin, indicaba que cualquiera cosa que sucediese, la princesa sucumbiria.

Figúrate, Patricio, lo que pasaria dentro de mí en tanto que leía aquellas abominables líneas, estaba casi tan furioso contra el hombre que me las daba á leer con aquella calma, como contra el malvado que las habia escrito.

—Pero señor conde, le dije, ese hombre es traidor al Estado al mismo tiempo que un infame con respecto á la princesa; vd. no conoce su doble crimen, tiene en su mano pruebas que bastan para hacerle condenar, á que espera vd. para acusarle?

—Acusarle! me respondió con flemá el gobernador. Eso seria ir demasiado de prisa; y aun suponiendo que yo quisiera ser autor de su ruina, cree vd. que trataria de valirme de una carta interceptada? Eso seria muy vulgar y de mal gusto, y ademas me privaria de una multitud de noticias curiosísimas, porque cegaria el conducto por donde llegan á mí. ¿Qué daria vd. de un leñador que despues de haber dado un hachazo al árbol que piensa echar al suelo, arrojase el hacha como cosa inútil? Es preciso que el árbol esté del todo derribado antes de arrojar la herramienta con que se corta; así que, señor denunciador fogoso, vd. me permitira que no haga uso alguno de esta carta.

—Pero yo podria valeirme de ella, repliqué, sino para revelar el crimen á los tribunales, á lo menos para hacer temblar el culpado, é impedirle que en adelante tratara de perseguir á la princesa.

Alargué la mano para coger la carta, mas el conde me la separó suavemente, y me dijo:

—Por su propio interés de vd. me guardaré bien de entregarle estas líneas acusadoras. Ha de saber vd. que hay armas que no tienen puño y acaban siempre por herir á los que las manejan; por consiguiente, lo mejor que se puede hacer es destruirlas.

Acabando de decir esto, lo creerias Patricio? cogió el conde aquella carta que podia perder al enemigo de la princesa, aquella carta que hubiera puesto á mi disposicion un hombre cuya caída medita Barckfeld, sin duda alguna la arrolló tranquilamente entre los dedos, y la acercó á la llama de la lámpara, que la devoró en un momento.

—A fé de cristiano, exclamó Suizbach, que no entiendo una palabra de semejante politica, vd. tenia ya el hilo, podia devanarle divinamente, y él entreda la madeja sin necesidad.

—A pesar de esta precancion, continuó Oberzell, habia grabado perfectamente en

mi memoria la letra de la carta, y por eso mostré tanta alegría al ver el papel que el monarca mayor me ha obligado á recibir como un testimonio de su gratitud, porque la misma mano que escribía las líneas antiquiladas por la fatal prudencia del gobernador de palacio es la que ha escrito ese billete á Rutteldorf. Mi memoria no me engaña, la letra es la misma, pero la carta no tiene firma; quién me da ese nombre que no he podido arrancar al señor de Backfeld? Cómo podré llegar á conocerle?

Mientras él decía esto, Patricia había ido á recoger el papel que su amo había arrojado, y después de colocarle encima de la rodilla y pasar por él la palma de la mano para quitarle las arrugas, se le presentó á Oberzell, diciéndole:

—Vea vd. si ya que no está el nombre no habrá en la carta alguna cosa que pueda ponernos en camino para saberle.

Oberzell la tomó y leyó lo que sigue:

«Querido Rutteldorf: mañana haré de suerte que los deberes de mi empleo no me obliguen á estar en palacio después de medio día; creo que es la hora á que vd. come, y aprovecho la ocasión para convidarme yo misma, pues tengo una cosa importante que comunicar á vd. á los postres.»

—Es sin duda un alto funcionario de palacio; dijo Patricio.

—Oh, si, el conde de Bockfeld no me ha engañado, es algun personaje poderoso, replicó Oberzell, mirando con ansia al papel, como si de las letras hubiese de salir alguna luz repentina; pero quién es ese hombre poderoso?

—Si no hubiese vd. hecho al montero mayor la burla de darle un lazo suyo por uno de la princesa, dijo Patricio, todavia podria vd. saberlo.

—Y que importa! lo sabré hoy mismo; contestó Oberzell, combinando de pronto su plan.

Ya no era el mismo hombre abatido y aniquilado que pocos momentos antes; habian renacido en él el ardor de la juventud y la savia de la virilidad; continuaba con orgullo, levantaba la cabeza y dejaba escapar palabras sueltas, destellos de sus proyectos y chispas de su imaginacion.

—No, murmuraba en voz baja, no se dirá que habiéndome puesto en camino de saber un secreto importante, he abandonado cobardamente el campo, cuando de ese secreto dependen su felicidad y su existencia. He prometido alejarme de Dessau, señora, y cumpliré mi palabra; pero será cuando la

rea fuera del alcance de todo peligro. .. Oh! venga la lucha, la lucha, y sea enhorabuena mortal para mí, con tal que la liberte de su enemigo. .

Volviéndose entonces á Sulzbach que maquinamente habia continuado los preparativos para el viaje, le dijo:

—Deja todo eso, Patricio; ya ves que no me puedo marchar de aquí.

A las once de la misma mañana, el caballero Oberzell se anunciaba á la puerta de la habitacion del baron de Rutteldorf.

CAPÍTULO XIII.

LA VISITA.

Quero era Oberzell una persona enteramente desconocida para el montero mayor, pues además de haberse encontrado muchas veces en el patio de la torre en las calles de árboles de la isla del Mulda, no dia habia jugado Rutteldorf una partida

con él al tiro de ballesta; pero no habiendo pasado de aquí sus relaciones, no constituían estas una intimidad suficiente para que la visita de uno á otro no pudiera mirarse como un suceso extraño é inesperado por aquel que la recibía. Así es que cuando el ayuda de cámara de Rutteldorf anunció á su amo que el caballero Jorge Oberzell deseaba verle y hablarle, Rutteldorf levantó la cabeza sorprendido, se rascó la frente como para buscar algún recuerdo que justificase aquella visita, y no hablando ninguno se dijo á sí mismo: «¿Qué diablos vendrá á buscar en mi casa el elegante extranjero?» Sin embargo, dio orden para que le dejaran entrar, después de haberse desembarazado de las numerosas corbatas, gorros y demás aditamentos con que había abrigado su catarro, pues el enamorado de la princesa no quería presentarse con demasiada desventaja á los ojos del favorito de todas las señoras de Dessau.

—Señor baron, dijo este luego que se quedó solo con Rutteldorf, desde el día que tuve la honra de ganar á vd. cincuenta thalers al tiro de ballesta, le tomé una verdadera afición, y así no debe sorprender á vd. de que me interese por todo lo que le complace.

El montero mayor respondió á este pream-



bulo con algunos sonidos ruidos que con dificultad salió de su garganta, dando con ellos una prueba de que á la tos se habia unido una touquera terrible, en términos que Oberzell, á pesar de los serios pensamientos que le ocupaban, tuvo que hacer un esfuerzo para comprimir la risa, al acordarse del paseo por el campo y lloviendo, que habia causado la indisposicion de su duplicado.

—¿Está vd. malo, señor baron? le preguntó. Nada tiene de extraño, porque el cansancio de una larga velada, el calor sofocante de un baile....

—Y que el aire estaba muy húmedo: dijo lo mas claro que pudo el pobre Rutefeld.

Tan húmedo estaba con efecto, que todavía se hallaban llenas de agua las calles de Dessau, é intransitables los caminos inmediatos. Oberzell continuó diciendo:

—Anoche ocurrió un gran suceso en el baile de la corte, y todos por la ciudad le supone á vd. el héroe de él.

Rutefeld hizo un gesto de necia satisfaccion, y entre tos y tos dijo:

—Es verdad; no dejé anoche de tener alguna satisfaccion.

—No se habla hoy de otra cosa en Dessau, y advierto á vd. señor baron, que van

¿lloverle las felicitaciones por todas partes; en cuanto á mí he deseado tener la honra de ser el primero que le presente la mia.

—Doy á vd. mil gracias, murmuró el montero; pero por mas agradable que me sea su visita, ya vé vd. que no puedo sostener una conversacion; perdone vd. mi franqueza, pero..... iré á cumplir con vd. como debo, la primera vez que salga de casa.

Esto era despedir al visitador; mas este no se movió del sitio en que se habia colocado al entrar, dijo:

—Valgame Dios, señor baron! Qué ronquera tan inoportuna! ¿Cómo se vá vd. á componer para recibir al convidado á quien espera?

—Un convidado! respondió Rutteldorf como sorprendido.

El caballero se inclinó cortesmente y respondió:

—Yo bien sé que espera vd. á alguien á comer.

El montero mayor echó atrás la cabeza, y cruzó los brazos sobre el pecho, porque le costaba demasiado trabajo el pronunciar las palabras para que no las economizase, lo cual podia hacer con toda seguridad porque su gesticulacion espresaba perfectamente su pensamiento, en términos de no poder equi-

voca el significado de aquella pantomima. Los brazos cruzados querian decir: «¿Sabe vd. que estoy esperando á alguno, y á riesgo de estorbar una conversacion importuna se presenta en mi casa!» Y el movimiento de cabeza decia: «¿Y de dónde sabe vd. eso?»

Oberzell por toda respuesta presentó á Ruttkeldorf la carta sin firma, y al verla el montero mayor dió un salto en el sillón en que estaba sentado, tomó el papel, le examinó bien, y mas mudo con el asombro que con la conqnera, se puso á mirar alternativamente á la carta y á la persona que se la presentaba. Consiguiendo, al fin, pronunciar algunas palabras, dijo al caballero:

—Conozco esta carta, señor de Oberzell... ayer se la di á... á no sé quién.... Pero vd. ¿de quién la ha recibido?

—Del mismo á quien vd. se la dió, respondia Jorge sin alterarse. Me consta que ofrecio vd. su proteccion al que le presentase este papel, y no vengo yo por cierto á pedir á vd. ninguna cosa extraordinaria. No quiero mas sino saber el nombre del que ha escrito esa carta.

Ese era con efecto el objeto del paso que Oberzell habia dado, y aunque pensó al principio averiguarlo de otra manera, se conven-

ció de que esta era la mas pronta y segura. Antes de presentarse en casa de Rutteidorf se habia propuesto accechar desde fuera quién entraba á comer con él, pero habia desechado tal idea porque la persona de que se trataba podia no ir, ó no ser la sola, y el odio que Oberzell sentia en su corazon con respecto al perseguidor de Sofia Margarita, era demasiado impaciente y tenia demasiado interés en acertar para que quisiera esponerse á colocarse indebidamente ó á distribuirse entre varias personas.

No habia pensado siquiera Rutteidorf en responder á la pregunta que el otro le habia hecho acerca del nombre de quien habia escrito la carta; su ánimo agitado desde el momento que entró Oberzell, habia pasado de la inquietud acerca del motivo de aquella visita, á la alegría del orgullo, al saber que la aventura del baile circulaba por la ciudad y que todos se la atribuian, y en seguida, al recibir la carta, se habia deshinchado su vanidad y no veia sino un atrevido burlon en el que acababa de ofrécerle sus felicitaciones. Entregado, pues, al furor que le causaba el recuerdo del paseo nocturno de la víspera, dijo esforzando lo que pudo su ronca voz:

—Caballero: me alegro mucho de poder

decir á vd. que el *quidam* de quien ha recibido esa carta, es un fatuo, un necio y un insolente.

—No digo lo contrario, señor baron; contestó Oberzell, apoyando las injurias, que sin saberlo, le dirigia á él mismo Ruteldorf.

—Me faltan palabras, continuó este, para espresar á vd. la indignacion que siento contra él. Tenga vd. la bondad de decítle de mi parte, que tendré el mayor gusto en conocerle; que pido á Dios que nos ponga frente á frente de dia, y si ignoro su nombre, por lo menos le escribiré el mio en la cara con la punta de la espada.

Ya esperaba Oberzell ese movimiento de cólera y tenia preparada la respuesta.

—Será preciso, dijo, que la hoja sea de una longitud desmesurada, porque el que me envia á su casa de vd. está ya muy lejos de aquí.

—Ah! Se ha marchado! exclamó el montero mayor. Ha sido el mejor partido que podia tomar, porque yo habia hecho juramento de buscarle por todos los rincones de Dessau á fin de que me diese satisfaccion de su conducta para conmigo, y solo esperaba ponerme bueno para matarle.

Ruteldorf se detuvo despues de decir estas palabras, pues se imaginó que viniendo

el supuesto enviado á cumplimentarle con motivo de la aventura del baile, era porque su rival desconocido habia guardado el secreto, y aun sintió interiormente haberse expresado tan duramente contra él.

—En fin, añadió, acaso no sea tan criminal como yo me habia figurado, pero estoy hablando á vd. de cosas que nada le interesan; volvamos á vd. Con efecto, espero á la persona que ha escrito este papel, la cual, como vd. vé por el mismo, desea estar sola conmigo; sírvase vd. pues, decirme por qué ha elegido este momento para presentarme tal papel.

—Ya se lo he dicho á vd. señor baron; solo deseo saber el nombre de quien le ha escrito.

—Y ¿con qué objeto?

—Soy joven y no rico: y vd. ha prometido su protección á cualquiera que le presente ese escrito. Vd. tiene amigos poderosos en la corte; y entre ellos parece que este convalido debe ocupar un lugar distinguido, permitame vd. que me presente á él en su nombre y....

Pensando el muñeco mayor que trataba con un pretendiente vulgar, dijo interrumpiéndole:

—Está bien, caballero, me acordaré, y hablaré de vd.

—Pero, señor baron, vd. olvida que su indisposicion se lo prohíbe; yo no puedo esperar á que se cure el resfriado y sentiria infinito que se agravase con los esfuerzos que vd. hiciera en mi favor.

—Pero á la verdad, es preciso que me dé vd. tiempo para aprovechar una ocasion....

—Si no le pido á vd. mas que un nombre,

—Es vd. exigente.

—Es que tengo prisa.

—Tengo que atender tambien á otros....

—Pero no tiene vd. el mismo interés en complacerles que á mí.

—Hace un siglo que les tengo dada mi palabra.

—Y yo poseo desde ayer su secreto de vd. señor baron.

Al oirlo se quedó atónito Rutteldorf. Las cosas habian llegado al punto que Oberzell deseaba, á saber, á que el montero mayor no pudiese pensar que él era el otro guardia de Luis XIV, objeto de su inquietud y de su cólera, pero que no le quedase duda de que el que venia á implorar su favor estaba perfectamente informado de todo. El caballero habia pensado que podría muy bien suceder que en lo sucesivo le conviniere tener sujeto á Rutteldorf, y nada sujeta tanto á un hombre como el conocimiento de que

otro posee el secreto que mas interesa á su vanidad.

—Quisiera probar á vd., continuó, que mi amigo era tan excusable como vd. quiere suponer, pero es imposible, porque no ha sido menos indiscreto para conmigo que culpado para con vd. Me ha contado la astucia de que se valió para robar á vd. el traje, sé que es el verdadero autor del lance que á vd. le atribuyen, y en fin, conozco el tratado que hizo vd. con él en medio del campo y lleviéndolo á cántaros.

—Tratado! exclamó dolorosamente el baron. E invooca vd. ese tratado para que yo le proteja! ¿Sabe vd. lo que me ha dado por prenda de su buena fé? Mire vd. caballero, mire vd.

Estas últimas palabras, arrancadas por el furor al lastimado órgano de Rutefeldt se asemejaban al graznido de un cuervo; echaba chispas por los ojos, movia la pierna derecha como si estuviese en presencia de un enemigo, y con la mano derecha señalaba á Oberzell un lazo de cinta verde arrojado ignominiosamente en la ceniza de la chimenea.

—También sabia eso; contestó Oberzell, que aparentaba tan perfectamente la calma que era imposible tenerla por parte interesada en el asunto.

—Un lazo verde en lugar de un lazo carmesí! esclamaba el montero. ¡Habrá tal insolencia!

—¡Gracias á mí, replicó el caballero, no tiene mi amigo que reconvenirse de esa falta, por que lo que debía haber dado á vd. lo traigo yo conmigo!

Deciendo así, sacó un lazo de cinta carmesí, muy parecido á los que llevaba la princesa la noche anterior y uno de los cuales se le habia caído; alargósele á Ruttedorf y continuó diciendo:

—Vuelvo á repetir á vd. señor baron que le aprecio infinito, y sentiria que se atribuyese á su verdadero autor la accion que tan ingeniosamente ha hecho vd. pasar por suya; pero juro á vd. que solo yo sé en Dessau lo que ha pasado entre vd. y su rival, y de vd. depende que el secreto no salga jamás de mis labios.

El viejo enamorado se sofocaba. mas no ya de rabia sino de enternecimiento, y como ayudaba tambien el resfriado, y estaba materialmente sin voz para espresar lo que pasaba en él, palpitábale el corazon, tenia los ojos llenos de lágrimas y la sonrisa le hacia poner un gesto, lo mas cómico del mundo.

—Pero si sabia vd. que me habian engañado, dijo al fin, ¿cómo es que ha venido á complimentarme?

—Si no es por el hecho en sí, á lo menos por su habilidad de vd. para apropiarse la fortuna de otro. Solo vd. señor baron, era capaz de mostrar tanto talento y presencia de ánimo.

El movimiento de cabeza que hizo Ruteldorf, queria decir claramente: «á la verdad, soy bastante diestro,» y Oberzell añadió:

—Ahora señor Ruteldorf, creo que podré contar con la proteccion de vd.

Llevándose el lazo carmesí al corazon, á los labios, y haciendo con él mil contorsiones y movimientos, respondió el montero mayor:

—Siempre, amigo mio, siempre.

—En tal caso me presentará á vd. al poderoso personaje á quien espera á comer.

—Sin duda alguna.. pero no quisiera que fuese hoy. Viene de incógnito á mi casa, y sin duda no quiere que se sepa cuando no ha firmado el billete; pero prometo á vd. que á la primera ocasion...

—Como será difícil que se presente otra mejor para mí, replicó Oberzell, esperaré á que venga si vd. me lo permite.

—No puedo permitirselo á vd. porque seria una indiscrecion. Ya vé vd. que tie-

ne que hablarme de negocios.

—En tal caso, repuso Oerzell tomando el sombrero, le esperaré á la puerta. Debe ser tan amigo de vd. que no podrá menos de agradecerme el servicio que le he hecho, y confiándosele estoy seguro de obtener su favor.

Iba á salir, pero Ruttehdorf se le puso delante, y exclamó con voz casi ahogada:

—No, no, quédese vd., yo se lo ruego.

Esta forzada invitacion acabó de dejarle mudo, y casi en el mismo instante un criado abrió la puerta de la sala diciendo.

—Monseñor Eric-Victor.

Al ver la actitud y la abatida espresion del pobre viejo cuando oyó pronunciar el nombre del príncipe Eric-Victor, cualquiera habría creído que acababa de oír su sentencia de muerte. Con el rostro pálido, los brazos caídos, y los ojos fijos en el suelo, parecía su propia estatua; solo movía los labios, y seguramente no era para hablar, sino que le hacia estremecer la amenaza indirecta de Oerzell. Si este hombre habla, pensaba interiormente, si se divulga mi secreto, será el hazme reír de toda la corte, me señalarán con el dedo, y me pierdo completamente en el animo de la princesa."

La presencia de Eric-Victor produjo un

efecto enteramente diverso en su visita, pues iluminó su rostro un rayo de alegría. «Es el hermano del príncipe reinante, se dijo á sí mismo. En alto puesto se halla mi enemigo, pero qué importa? No necesita crecer mi odio para alcanzarle.»

Eric atribuyó la sensación de placer que Oberzell había manifestado, á la satisfacción que causa siempre, la presencia de un príncipe, sea verdadera o afectada. Su sonrisa contenida por el respeto, creyó el príncipe que era el homenaje que le tributaban, y tan rápida fué la mirada amenazadora que le dirigió su rival, que ni siquiera pudo reparar en ella. Si durante el primer saludo una de las manos de Oberzell había apretado el galon de su sombrero, y la otra la guardación de la espada, Eric Victor solo había visto en aquella doble acción la turbación de un simple caballero que por primera vez se encuentra en presencia de un gran señor. El caballero miró á Ruteldorf con ademán que quería decir: «Presénteme vd. ,» en tanto que Eric por su parte le dirigía otra mirada, en que se leía claramente: «¿Por qué no está vd. solo? Qué hace aquí este hombre?»

Apremiado por ambas partes, con el temor de desagradar al príncipe, el susto de

lo que Oberzell pudiera decir, y para colmo de males, casi sin poder hablar, puso á contribucion su garganta y articuló penosamente:

—Monseñor... acatarrado.... no puedo..... hablar....

Y acabada esta lastimosa oracion volvió los ojos hácia Oberzell, pidiéndole que se compadeciese de su desgracia, y no quisiera que hiciese nada en su favor cuando no podia decir una palabra. Hubiera sido una crueldad gratuita del jóven prolongar el suplicio del montero mayor, puesto que ya sabia el nombre que habia venido á buscar; así es que se disculpò inmediatamente de su visita, que entonces dijo habia tenido por motivo el haber sabido que Rutteldorf estaba indispuerto, saludó con mucha urbanidad á este y al príncipe, y se dirigió hácia la puerta á la cual le veía Rutteldorf llegar con el mayor placer.

Mas el príncipe, á quien la voz ronca de su amigo habia puesto de buen humor, se echó á reir pensando en la divertida conversacion que aquel resfriado le prometia, y dando un paso hácia el jóven que se retiraba, le dijo con tono amistoso.

—Si no me engaño, es vd. el sugeto á quien llaman en Dessau el caballero Oberzell.

—El mismo, monseñor; respondió haciendo una cortesía.

Pero al mismo tiempo que hablaba sentía en todo su cuerpo un secreto estremecimiento, y era natural que fuese así. No era Eric-Victor el que acompañaba á Juan Casimiro cuando la noche anterior, en el baile, habló el príncipe de Anhalt al guardia de Luis XIV? No era el mismo Eric el que en otra ocasión había dado la orden para que le persiguiesen, le cogiesen, y le llevasen á palacio vivo ó muerto? Pues ese hombre, dirigiéndole ahora la palabra y viéndole de cerca, podría por una revelación interior adivinar que estaba en presencia de su enemigo, y esta reflexion obligó á Olerzell á salir cuanto antes de allí. Así es que apenas había respondido se disponia de nuevo á retirarse, cuando el príncipe le detuvo diciendo:

—Hace mucho tiempo que deseaba encontrarme en alguna parte con vd. caballero, porque, gracias á las señoras, goza vd. en Dessau de una celebridad que yo me complazco en suponer que merece; por consiguiente es una fortuna para mí el haber encontrado á vd. en esta casa.

Olerzell respondió cortemente á este cumplimiento que le abría el camino que

tanto deseaba seguir, pero consideró que era bastante adelantar en el primer día, y para retirarse supuso que tenía que hacer algunos negocios.

—Cómo! exclamó el príncipe. ¿Tan poca compasion tendrá vd. de mí, que me deje aquí á soliloquear con un mudo?

El montero mayor que veía con terror el punto á qué pretendía venir á parar su convidado, trató de protestar contra la imputacion de mutismo, pero su protesta se volvió contra él, pues acreditó que no estaba en el caso de sostener una conversacion, é hizo reir de nuevo á Eric-Victor.

—Hoy no hay que pensar en negocios, dijo este á Oberzell: comeremos juntos los tres, el baron hará gestos y vd. y yo hablaremos.

Ruttedorf para disimular su disgusto, se tomó una tras otra dos tazas de una poción calmante, y el príncipe siguió diciendo á Oberzell con una afable familiaridad:

—Caballero, puede vd. considerarse como invitado con la misma regularidad que yo. Yo me he convidado á mí mismo, y ahora le convido á vd. Además, añadió en tono confidencial. ¿Quién sabe si tendré que decirle á vd. algo?

No habia ya medio de resistirse, y las

últimas palabras del príncipe hubieran bastado por sí solas para detener á Oberzell. «Si ese algo fuese relativo á la princesa! se dijo á sí mismo. No debo desechas estas relaciones que se me vienen á la mano, y que yo hubiera solicitado de muy buena gana si la suerte no me las hubiese deparado.» Inclínose, pues, en señal de asentimiento, y manifestó que se consideraba muy honrado con el favor que el príncipe se dignaba hacerle. Rutteldorf llamó á sus criados y mandó que sirviesen la comida.

Devorado Oberzell por mil nuevos pensamientos, y fatigado ya del papel de hipócrita que estaba representando y que tan mal se avenía con su natural franqueza, sentía aumentarse cada vez mas el odio en su corazón. Cada palabra del príncipe, cada gesto de aquel hombre á quien se veía obligado á sonreír, redoblaba su furor, y necesitaba estar con mucho cuidado para reprimir la indignación interior que sentía. Que suplicio para él, experimentar aquellas sensaciones interiores y no dejar que apareciese nada exteriormente! Empezaba Rutteldorf á tranquilizarse un poco, cuando el príncipe, después de haber recorrido el círculo de las generalidades, vino á hablar del

baile de palacio, y naturalmente de la aventura que se atribuía al montero mayor, el cual volvió de nuevo á sus agonías. Eric-Victor felicitaba de buena lé á Rutenborg que recibía sus cumplimientos con una modestia que en aquella ocasion no era afectada, y Oberzell, á pesar de lo crítico de su situacion, contenía apenas la risa, al ver el aspecto humilde del enamorado de la princesa que por su parte le pedia perdon con una mirada, de aceptar elogios que no se le debían. El hermano de Juan Casimiro, poco acostumbrado á encontrar tanta modestia en el petulante viejo creía al verlo con la cabeza baja que no eran bastante hiperbólicas las felicitaciones que le dirigía y las exageraba mas y mas. El amor propio del montero mayor nunca había asistido á una fiesta semejante, pero tampoco había sufrido tanto jamás su vanidad; hallabase satisfecho y contrariado á un mismo tiempo, satisfecho de los elogios que oía, pero terriblemente contrariado de recibirlos en presencia de un hombre que con una sola palabra podía destruir todo el edificio de su usurpada gloria. Esto hacía que alternativamente se encendiese su rostro y perdiese el color, segun dirigia los ojos á la derecha ó á la izquierda. Al fin cesó el doloroso triunfo de Rutenborg, y el príncipe, como si no

hubiese hablado del acontecimiento de la víspera mas que para traer por medio de una transición natural la conversacion á un objeto que parecia que le ocupase mucho en aquel momento habló de repente del diverso modo con que se entendia y practicaba la pison del amor en la célebre escuela de los *Asociados* de Betnburgo.

Toco entonces á Oberzell encontrarse sobre asenas. Eric-Victor parecia que estaba muy al corriente de los hechos y hazañas de los tales *asociados*, y al mismo tiempo que hablaba miraba á Oberzell de una manera muy particular escitándole á que respondiese; mas el caballero contestaba apenas, y por mas esfuerzos que hizo Eric-Victor para forzarle en sus atrincheramientos, no consiguió sacarle de una reserva que no debe admirar sabiendo el nombre verdadero de nuestro héroe. «Bien me parecia á mi, pensaba el principe en su interior: mi policia se habrá engañado porque no puede ser él.» De pronto, aventurando la última prueba, fijo los ojos en Oberzell y dijo:

—Pues ya que hablamos de los *asociados*, confesaré á vds. señores, que hay muchos puntos en que yo defendiera á por lo menos disculpar al jefe de esa famosa so-

ciudad; solo hay uno en que no podría menos de condenarle, pues supone que el baron de Launitz tan atrevido con las mugeres, no ha sido capaz de mirar jamas á un hombre enemigo cara á cara.

Al oir estas palabras Oberzell se puso de pié, arrugó el entrecejo, cubrió su rostro el color propuso de la indignacion y acercándose á Eric y mirandole con ojos firmes, exclamó:

—Pues le han engañado á V. A monseñor.

Mas apenas habia cedido á este irreflexivo movimiento, que podia comprometer su porvenir de que no era dueño, se arrepintió de lo que habia hecho. Hubiera deseado contradecirlo, pero esa retractacion le pareció deshonrosa, pues á sus ojos confirmaba la ofensiva idea que habia manifestado el príncipe acerca de su valor; conoció que no le quedaba mas que una manera atrevida y leal de justificar su atrebato, y no titubeó.

—No se admiren vds. señores, le dijo de que me haya conmovido tanto la acusacion de cobardía que se ha querido hacer al jefe de los asociados de Beraburgo, porque yo soy el baron Launitz.

Al oir este nombre el montero mayor, se

quedó como si le hubiera herido una bomba, pues creyó mas comprometido que nunca su secreto, hallándose en poder de aquel hombre. Por lo que hace el príncipe, mostró que el efecto que había hecho en él el hombre del barón de Lauritz era muy diverso, que cogió afectuosamente la mano del joven y sonriéndose le dijo:

—Así me gusta. Al fin he conseguido lo que quería; dudaba si era vd. y tenía empeño en cerciorarme de su nombre. Espero que me perdonará vd. el medio de que me he valido para arrancarle á vd. su secreto.

Nuestro Oberzell experimentaba un cruel sentimiento de disgusto al sentir su mano estrechada por la del perseguidor de la princesa. Hizo un movimiento como para sustraerse de aquella presión sin poder disimular su odio, pero atortunadamente el príncipe se engañó al interpretarle.

—Me tiene vd. rencor?, le dijo. Verdaderamente el ataque ha sido un poco aspero, pero tampoco la respuesta de vd. fué muy cortés, sin embargo, si vd. necesita que le dé mas satisfacción....

—No, monseñor, no; respondió Oberzell, concociendo que debía ser muy prudente para desempeñar su papel de protector de Sofia Margrita.

Imolado, pues, el horror que le causaba el príncipe al interés de la muger á quien amaba, apretó con muestras de amistad la mano de Eric Victor.

—A sus triunfos de yd. pasados y futuros! dijo el hermano de Juan Casimiro, dirigiendo á Oberzell un brindis á que se asoció Rutteidorf con la accion ya que no con la palabra.

El jefe de los *Asociados de Bernburgo*, que se avergonzaba de aquella existencia, pues la miraba como una ignominia, tuvo sin embargo que dar las gracias al que ahora se la presentaba como un triunfo. Se dice que nobleza obliga; celebridad en el crimen hace lo mismo, y en aquella ocasion conoció Oberzell que necesitaba tener tanta imprudencia como infamia habia tenido en otro tiempo, para grangearse la amistad de un hombre, de quien se iba á constituir en espía, hasta que llegase el momento de que pudiera levantarse tal como le habia hecho un amor puro, y tal como debia conservarle el poder de un pensamiento generoso y la necesidad de conseguir su noble objeto. Trajo, pues, á cuento las hazañas de aquella cuadrilla famosa, y con una increíble viveza y una amable desvergüenza, se relató los desórdenes de su ju-

ventud y aun lo exageró; se burló de sus víctimas, hizo llover los epigramas sobre sus jueces, se embriagó con su vida pasada y se revolvó en el fango, encandando y entusiasmando á Eric Victor al mismo tiempo que escandalizaba y aterraba al pobre Ruttedorf, que mirando de soslayo el lazo carmesí colocado sobre la chimenea, decía en su interior: «Oh princesa mía! No te amo yo de esa manera».

Preciso era que el joven perdiese la cabeza y la hiciese perder á los demás, para sostener aun aquel personaje odioso y despreciable de que había renegado hacia tantos años. A sangre fría hubiese anatematizado á quien le elegía, pero el porvenir para él dependía de aquel atrevido regreso á su escandalosa juventud, y no lo dejó sino cuando le faltó la memoria y no supo ya nada que decir que pudiera envidarle mas á fin de realzarle en el aprecio de Eric-Victor.

Cuando acabó Okerzell, agotado por las escitaciones que se había impuesto así mismo, para no pecchar la tormenta de su conciencia, temiendo que la reaccion le fuese tan fatal como favorable le había sido la primera embriaguez á que se había abandonado, dió por pretexto la comunicacion que

el príncipe tenía que hacer á Rutteidorf para que le permitieran retirarse, mas el príncipe le detuvo de nuevo diciendo:

—Que negocio quiere vd. que trate con un hombre tan acatarrado? Se puede hacer nada en el estado en que vé vd. á nuestro anfitrión? Además, he mudado de idea y formando un nuevo proyecto; la salud de mi querido Rutteidorf exige muchos cuidados y probablemente confiaré á otro el encargo que quería hacerle.

El montero mayor creyó que se le escapaba el favor del príncipe, porque al acabar de hablar miró este á Oberzell de una manera muy significativa; hubiera querido reclamar, pero una mirada del terrible barón de Lammitz le hizo permanecer en silencio, y para que todavía se acrecentase su tormento, añadió el príncipe señalando con los ojos el lazo de cinta:

—¡Huí! tiene vd. un favor que pudiera consolarle de todas las pérdidas que tuviera Es preciso que se conserve vd. amigo mío, para merecer otros tan gloriosos como ese.

Y volviéndose hácia el otro convidado, le dijo:

—Caballero Oberzell, pues no quiero llamar á vd. sino por el nombre que ha ele-

gido, acaso necesitare alguna vez de su favor de vd. y espero que nos veremos, pues ya sabe que recibo todos los miércoles.

Una hora despues renovaba Eric Victor esta invitacion á Oberzell; al repararse á la puerta de la casa de Ratteldorf.

CAPÍTULO XIV.

FRENTE Á FRENTE.

Desde aquel momento, el baron de Lauenitz no pensó en salir de Dessau, y se ocupó en el deber de tratar con frecuencia al príncipe Eric Victor. El jefe de los *Asociados* de Bernburgo era hombre de tal travesura y de tantos recursos que Eric Victor le recibió con la mayor amistad, y jamás conoció que se había condenado á tratar con él para cumplir un deber y no por gusto que encontrase en su compañía. Entretanto él iba obteniendo cada dia mas la intimidad del príncipe, hasta el punto de lle-

gar á ser casi indispensable para este, y ya hemos tenido un ejemplo de sus familiares relaciones el día en que la princesa de Anhalt vió á su cuñado en el pátio de palacio agarrado del brazo de Oberzell. Aquel mismo día dijo Eric Victor á su nuevo amigo:

— Querido Oberzell: es necesario que arriende vd. en su nombre el pabellon de los fresnos, que está situado en un vallecito, cerca del camino de Woerlitz. El lunes que viene no esté vd. en él, pero que le tenga abierto su ayuda de cámara, á quién dirá vd. que la persona que venga de su parte le despedirá inmediatamente, y que obedezca sin replicar. ¿Me ha entendido vd.?

Llegó el día señalado; el hermano de Juan Casimiro se dirigió misteriosamente hácia el pabellon y vino á llamar á su puerta; pero no se presentó al abrirla un criado sino el mismo Oberzell en persona. Esta circunstancia no debio convenir sin duda á los planes de Eric Victor, porque apenas vió aquella sustitucion que estaba muy lejos de esperar, no pudo menos de manifestar su descontento, el cual era muy natural, pues al criado le hubiera despedido al momento, mientras que con el caballero necesitaba tener otras consideraciones. Mas la reflexion disipó muy pronto la desagradable impresion

que había sentido, pues imaginó que había ocurrido alguna dificultad que hubiera hecho imposible que Oberzell se conformase con sus instrucciones, ó bien que para conservar mejor el misterio que Eric Victor deseaba, había creído conveniente hacer algunas variaciones en el plan que le habían trazado. Siendo esto así como lo suponía, hubiera sido la grosería mas grande del mundo mostrarse entadado de aquel contratiempo, tanto mas que debe exigirse una rigorosa puntualidad de un criado de poca inteligencia, pero un anago que nos complace debe tener alguna mas libertad. El primero recibe la orden y debe conformarse á ella á la letra, el segundo penetra su espíritu y debe reservarse el cuidado de poderla modificar segun las circunstancias. Asi es que Eric-Victor, que en aquella ocasion hubiera preferido una máquina á un ser capaz de pensar, reprimió su primer movimiento de mal humor, por no creer que había razon para manifestarle. Por otra parte no tenia motivo para desconfiar del afecto, ó por lo menos de la buena fé de Oberzell, y suponiendo que su presencia en aquella casita podía tener algun objeto que fuese favorable á sus miras, recibió al caballero con las mayores señales de amistad.

Pero contra lo que Eric esperaba, el otro no trató de justificar su inoportuna presencia, ni de explicar la conducta que había observado. Admiróse un poco de esto el coronel de guardias, y á fin de salir del paso dijo al caballero:

—No esperaba á la verdad encontrar á vd. aquí con arreglo á lo que le había dicho, pero me parece que ha procedido muy bien separándose de mis instrucciones, porque hubiera sido dar á entender algo á una persona mas; eso podia ser peligroso, y puesto que vd. ha evitado el peligro yo no puedo menos de darle las gracias.

Hablar de este modo era dar al baron de Laumitz recibo de su celo, y el príncipe había creído que el otro no esperaba á otra cosa para cederle el puesto. Penetrado de esta idea le alargó la mano, y le hizo una afectuosa cortesía con la cabeza, que equivalía á una despedida; mas Oberzell no dió á entender que comprendía la intencion de aquellas señales, y continuó en la sala baja á que habia conducido á Eric Victor. Sorprendido estrañamente de esta falta de inteligencia en un hombre que tanta tenía, buscó todavía el príncipe en los recursos de la urbanidad algun medio para conseguir que se alejara de allí aquel indiscreto.

—Querido mío, le digo; no trato de abusar por más tiempo de la bondad de vd. Sin duda tendrá vd. que hacer otras cosas y ya que hasta ahora las ha dejado por complacerme, yo le relevo de su servicio.

Por poco capaz de comprender qué fuese un hombre, era imposible teniendo algo de buena voluntad no ver en esta frase la traducción de esta otra. «Su compañía de vd. me incomoda, con que hágame el gusto de marcharse de aquí.»

Si Oberzell lo entendió así, como no puede menos de creerse, no trató de conformarse con las intenciones del príncipe, porque en vez de tomar el sombrero y dirigirse á la puerta, se sentó tranquilamente en la misma silla de que poco antes se había levantado para abrir á Eric Victor. Cada vez mas sorprendido este se sentó también, y colocados uno en frente de otro parecía que tratasen de tener una larga conversacion. Miráronse en silencio, Eric Victor pensando qué podría decir al obstinado Oberzell para obligarle á marcharse de allí, y este á turno esperando para hablar á que el príncipe le preguntase.

—Ya veo lo que es, dijo al fin el coronel de guardias con una sonrisa que disimulaba mal su rabia interior; me esta vd. diri-

gicndo en silencio una reconvenccion, porque esperaba una completa coincidencia de mí.

Oberzell hizo un ligero movimiento de cabeza que podía pasar por una afirmacion y su interlocutor soltó una exclamacion que manifestaba que a sus ojos la exigencia del caballero era tan desmesurada como imprevista.

Tenia Oberzell aquel dia un aspecto grave que el principe no estaba acostumbrado á ver en él; la palidez de su rostro, la distraccion de sus miradas, y toda su actitud manifestaban claramente que su ánimo estaba muy inquieto. Acaso Eric Victor no hubiera reparado en eso, si no le hubiese llamado la atencion el gesto severo y la mirada casi feroz que le dirigió Oberzell, al ver que vacilaba para explicarle el misterio que le conducia al pabellon de los fresnos. Miróle atentamente el coronel de guardias, é interpretando mal el gesto de Oberzell le dijo:

Vamos claros, caballero. ¿Qué mala yerba ha pisado vd. hoy? Se trata de una aventura galante, no puede vd. dudarle y eso está en sus elementos; con que deje vd. ese ademán triste y acongojado, porque verdaderamente parece vd. un mercader devoto, cuyo pudor se asusta á la primera sospecha de una cita amorosa.

Estas últimas palabras produjeron una impresion tan viva en Oberzell, que se contrajeron todos los músculos de su rostro; pero al pensar qué mujer era la que deseaba el príncipe, se tranquilizó su corazón y sus ojos le dirigieron una mirada de desprecio.

—Mas ya comprendo que no es la virtud la que le hace obrar así, sino que me mira con compasion, y eso se entiende mejor. La mirada que vd. me ha dirigido es la señal de descontento que lanza un profesor contra su discípulo poco aprovechado, y en ese caso penetra todo el pensamiento de vd. Si vd. quiere ser tan franco como humilde soy yo, confesará que esa mirada quiere decir: «¿Cómo, pobre hombre! Has tomado el nombre de un amigo para arrendar una habitacion tan favorablemente solitaria, tan retirada que ninguna voz que se dé en ella puede oírse fuera, y este sitio que convida á las mas encantadoras infamias, este aislamiento que asegura la impunidad, todas estas precauciones, todo este misterio en fin, es para venir á parar en esa cosa tan pastoral y tan ridicula que se llama una cita de amor! Deben aprovecharse así los ejemplos del gefe de los asociados de Bernburgo? Vd. cree que empleándole en complacerme en tales circunstancias, he deshonrado al ba-

ron de Launitz. Perdóne vd. maestro mío, pero á su reprimenda responderé humildemente que es verdad, que solo se trata de una cita amorosa, pero que si algo puede realizarse á los ojos de vd. son las dificultades que he tenido que vencer para proporcionármela. El asunto no era sencillo y he tenido que usar de artificio y emplear la astucia; vd. que es tan hábil en estas materias hubiera hecho alguna cosa mejor, pero cada cual procede según sus fuerzas, y no debe exigirse que despliegue los recursos de un maestro el que está todavía en el caso de usar de las estratagemas de un aprendiz.

Impaciente Oberzell por saber cuál era el proyecto de Eric Victor y qué medidas había adoptado para asegurar su triunfo, le preguntó atrevidamente acerca de todos estos puntos.

—Mis medios van á parecerle á vd. muy mezquinos, respondió el príncipe, y á la verdad mi amor propio se resiente tanto comparándose con un maestro consumado como vd. que apenas me atrevo á responder.

Con efecto, Eric Victor vacilaba en presencia de Oberzell, como un hombre que conoce su inferioridad y trata de hacer que se la perdonen á fuerza de modestia.

—Seguramente, amigo, no era cosa fácil traer á la persona de que se trata al punto que yo quería. Desde luego era preciso que esa señora viese sola, porque es una señora.... Arruga vd. el entrecejo porque le hubiera parecido mas interesante la conquista de una señorita.... ¿Qué quiere vd.? No es mas que una señora, y lo mas casada posible.... no puedo decir mas. ¡Menea vd. la cabeza! ¡Le parece una victoria fácil y por consiguiente poco gloriosa! Pues desengáñese vd. que es muy difícil porque es una virtud intachable. Es vd. mi cómplice, caballero, pero no creo que su honra pueda perder en ello, pues jamás habrá coadyuvado á una empresa tan atrevida como esta.

Fácil es conocer cuánto debía sufrir Oberzell y qué tormentos le causaba el cuidado que aquel hombre ponía en realzar la criminalidad de sus maniobras para hacerlas tanto mas dignas del que habia elegido para su confidente. Nada puede compararse al atroz suplicio que le causaba su espantosa vida pasada, que le recordaban á todos los momentos y bajo todas las formas, semejante al martirio del orgulloso enriquecido á quien presentan los harapos que vestia en otro tiempo, con la diferencia de que en este caso solo sufre su vanidad, y en el nuestro pade-

cia el hombre entero, pues le afligian el alma y le despedazaban el corazon.

Encendido el rostro por la vergüenza y la indignacion, contenia dificilmente Oberzell la cólera que bullia en su seno; mas Eric Victor, que estaba muy distante de adivinar los pensamientos que agitaban el ánimo del caballero, no vió en su actitud y en la movable espresion de sus facciones, sino el esfuerzo que hace un actor para poner su rostro en armonia con el papel que representá, y continuó así:

—Ya he dicho á vd. que se trata de una señora, cuya incorruptible virtud dá á la aventura un atractivo que la hace verdaderamente digna de que se la cite al lado de las mas famosas hazañas de vds. Ha de saber vd. que la tal señora es escesivamente caritativa, el amor á los pobres es su única debilidad, y yo me doy el parabien de que por lo menos tenga esa, porque de otro modo no hubiera sabido como componerme. Conociendo la sensibilidad de su alma me he valido de ese espejuelo para atraer á mi atondra, es un buen chasco ¿no es verdad? He dispuesto las cosas de manera que haya concebido la esperanza de añadir un beneficio á sus muchas buenas acciones, y es tal la pasion que tiene por hacer bien, que por

no perder una ocasión de aumentar el número de los que disfrutan de sus beneficios; vendrá aquí mismo dentro de poco a buscar el supuesto desgraciado que no puede llegar a ella. En fin, añadió Eric Victor con una gruesa risa, yo no la he engañado, ni quiero alterar en nada sus costumbres; esa señora pasa la vida en hacer felices; quiere decir, que hoy me toca mi turno a mí y aquí la espero.

Cuando se llega a alguna parte con una copiosa provision de buen humor, se forma al rededor de la persona que le tiene una especie de atmósfera que ciega, un ruido que atolondra y un vapor que embriaga, de suerte que antes que llegue a sentirse la frialdad de alrededor es preciso que straviése toda aquella cubierta de entusiasmo. Antes que el buen humor se agote, es indispensable que luche por mucho tiempo contra todos estos objetos refractarios; pero poco a poco todo aquello se disipa, la sensitiva se repliega sobre si misma, y el movimiento de retirada es tanto mas sensible cuanto mas vigorosa fué la expansion. Esto fué lo que sucedió al fin al coronel de los guardias. Sorprendido de ver que en vano se esforzaba por hacer reir a Oberzell, y conseguir que respondiese á sus chanzonetas, examinó con

mas atencion al pensativo caballero, y viendo que conservaba imperturbable su ademán sério, y su aspecto de juez dispuesto á condenar, le preguntó con tono de reconvenccion y mal humor.

—En qué piensa Vd., señor de Oberzell?

—Pienso, monseñor, respondió este con voz un poco trémula, en lo que V. A. acaba de decirme, y por su propio honor no quiero creerlo.

No supo Eric Victor de pronto si debía incomodarse con esta respuesta ó tomarla á risa, pero suponiendo que ocultaba alguna intencion maliciosa, porque no podia esperar un sermón de boca del baron de Lauritz, se decidió á tomar como chanza las primeras palabras de Oberzell y replicó:

—Esceleute principio, hermano predicador, el exordio promete y la conclusion será curiosa.

—V. A. se equivoca mucho si toma por broma mis palabritas, añadió el baron, porque me habla muy seriamente. Vuelvo á decir que no creo que V. A. haya hecho lo que acaba de decirme, pues no es posible que se haya degradado hasta el punto de tender ese lazo á ninguna señora. ¿Para deshonrar á una mujer valerse de su propia virtud? Porque es buena, generosa, sensible

¡querer que su hermosa inclinación se convierta en instrumento de su deshonra! ¡Prepararla una desesperación eterna en el mismo sitio en que piensa que va á enjugar las lágrimas de un infeliz! Eso es imposible, y si la cabeza de V. A. hubiese podido formar un proyecto semejante, su corazón es demasiado generoso para llevarla á cabo.

Al paso que Oberzell hablaba le miraba el príncipe con ojos mas admirados; todavía asomaba á sus labios una sonrisa de incredulidad, y persistiendo en creer que aquella reprimenda debería tener una conclusión, añadió con una especie de solemnidad:

—Amen. Tiene vd. razón, padre, me retracto de lo que he dicho. Verdaderamente Oberzell, predica vd. de una manera admirable.

—No predico, monseñor, contestó firmemente Launitz.

Hay en el acento que la honradez dá á nuestras palabras una fuerza y un perfume de candor que el artificio no puede imitar jamás. Eric Victor hubo de sufrir este ascendente irresistible de la verdad, y atacado en su esceptismo respondió:

Confieso á vd. que no entiendo lo que me dice, porque habla vd. seriamente de moral.

seria una cosa demasiado ridicula. ; Hablar de moral el baron de Launitz, tan célebre por su libertinaje! Mostrar escrúpulos un hombre cuya vida ha sido un escándalo perpétuo? El baron de Launitz moralista! Di el acto de contrición, tribunal de Bernburgo, pues has condenado á otro Escipion, é llamado á un émulo del casto José.

Al oir esta burla, de que á la verdad no tenia motivo para ofenderse, se subió á la cabeza toda la sangre de Oberzell, y empezó su corazon á latir con la mayor violencia.

Cuando Eric Victor acabó de hablar, se levantó el baron de Launitz y con voz alterada, cabeza erguida, una mano puesta en el corazon y otra sobre la guarnicion de la espada, dijo:

—Repito que no predico, monseñor; hablo lo que mi corazon siente, sin disfrazar mi pensamiento, ni medir mis espresiones. Seria indigno, seria odioso, seria vil hacer que cuando una noble señora viene á ejercer un acto de beneficencia, encontrase en su lugar una asechanza. V. A. no puede quererla, y si á pesar de todo lo quiere, yo, Oberzell o Launitz me opongo á ello.

Al oir este arrogante desafio que le hacia el joven se puso de pie el principe, y mirando con ademan de desprecio al insolente

que se atrevia á expresarse con aquella osadía, exclamó con vehemencia.

—Si no se chamea vd. caballero, ¿qué es lo que pretende y á qué se dirigen sus palabras? Yo no necesito recibir de vd. ni censuras ni reconvenciones; no le he elegido para confidente ni para cómplice; aquí no es otra casa que un testa de ferro; yo estoy en mi casa y lo pruebo mandándole á vd. que salga de ella al momento. ¿Lo oye vd.? Se lo mando.

Oberzell miraba con ojos serenos al hermano de Juan Casimiro, y cuando este lanzó de entre sus labios las palabras *se lo mando*, respondió volviéndose á sentar.

—V. A. vé cómo obedezco.

Estaba Eric Victor tan poco acostumbrado á encontrar en nadie, no digo resistencia, sino simple duda cuando había mandado una cosa, que no hubiera podido creer la desobediencia de Oberzell, si este se hubiese expresado únicamente con palabras. La irreverencia del baron de Lamitz era una cosa tan insólita para el príncipe que se quedó como aturdido de tanta audacia. Sus ojos expresaban á un mismo tiempo el asombro y la cólera, las arrugas de la frente manifestaban su furor, y arrebatado al último grado de exasperacion, exclamó:

--No me ha oído vd. caballero?

—He oído, contestó él; pero sin embargo me quedo.

—Preciso es que haya vd. contado demasiado con mi paciencia.

—No tanto como V. A. con mi ignominia.

—Yo solo había contado con su memoria de vd. baron de Launiz.

Y arrojó este nombre de Launiz, repetido ya tantas veces, con un tono victorioso, como si en él encontrase la disculpa del desprecio con que trataba al que le tenía, y la justificación de su conducta. Oberzell, que conocía demasiado su indignidad, bajó la cabeza á la vista de aquella vileza del príncipe y quedó un momento como aniquilado. Sin embargo, movido por un estímulo invisible, el pensamiento de su amor y la necesidad de una noble expiación, se levantó y como el príncipe se había acercado á él, le dió, por decirlo así, con las palabras en la cara.

—Monseñor, le dijo, el baron de Launiz es quien habla; escúchele V. A. En mi vida pasada que yo procuro ocultar como una llaga vergonzosa, y que V. A. descubre sin cesar, é irrita con recordarla, sin duda para que no se cicatrice; en mi vida pasada, roca de Sísifo que V. A. hace caer continuamente sobre mí; en esa vida pasada, tan espantosa

por su escándalo, tan rica en oprobio; que no puedo horrorar de mi existencia, y que solo me harán olvidar la locura ó la muerte, en esa vida pasada, monseñor, encuentro yo muchos crímenes, pero no veo el que los envilece á todos cuando los cubre, la hipocresía.

Hizo el príncipe un movimiento y Oberzell continuó:

—Sí, monseñor, hemos sido muy culpados, sin duda, pero á lo menos teníamos valor para gloriamos de nuestras maldades; éramos malos, pero no viles. Todas nuestras infamias las hemos cometido atrevidamente, á la vista de todos, de nuestra cuenta y riesgo; hemos ido á buscar nuestras víctimas, como hombres que no conocen el miedo, entre el ruido y los peligros, no las hemos esperado como el salteador que escondido entre los árboles de un bosque acecha la llegada del viajero para despojarle al pasar; no buscábamos quien nos prestase su nombre para que sobre él recayese la odiosidad de nuestros crímenes; y por último, si he de decirlo todo, entre las que han sucumbido á nuestros ataques, no había una sola que fuese tan digna de respeto, tan pura, tan santa como....

—Señor de Launitz, dijo el príncipe in-

terrompiéndole con viveza; mire vd. lo que vá á decir, vd. no sabe de quien he querido hablar, porque yo nada le he confiado, ni le nombrado á nadie.

—La ha nombrado V. A. con sus elogios, replicó Oherzell. Esa caridad siempre en accion, esa misericordia dispuesta siempre á concurrir donde la llama la desgracia esas virtudes tienen un nombre; monseñor; si esas virtudes llaman Sofia Margarita, princesa de Anhalt.

Cuando se ama con todas las fuerzas del alma, como le sucedia á Oherzell, se ha invocado tantas veces en sus soliloquios á la persona amada, se ha pronunciado tantas veces su nombre en medio de las éxtasis, de los delirios y de los encantamientos del amor, que ese nombre ha venido á introducirse en todos los pensamientos, y yo no es una palabra, es un sentimiento que vibra cuando el nombre se pronuncia, y no son los labios los que le dicen sino el corazon el que se entreabre para dejarle pasar. Entonces es muy facil adivinar la emocion que agita al que le ha pronunciado, y si es un rival el que escucha, si los celos han iluminado su mente y aguzado su inteligencia, lo que en otro caso podria ser duda se convierte en certidumbre.

Par esa razon el hermano de Juan Casimiro descubrió repentinamente el amor de Oherzell á la princesa; nombró este último á Sofia Margarita y eso fué bastante para que Eric Victor se explicase la conducta del baron de Lammiz. Deslumbrado por aquel rayo de luz, dirigió á su rival una mirada de odio y desprecio, y con una altanera ironia le dijo:

—Ya no me admira, caballero de su arrebatado de virtud; conozco ahora quien lo ha inspirado esos escrúpulos tan mal colocados en su alma, y quién le ha comunicado esa devoción, que debe admirar mucho de verse en su boca; está vd. enamorado de la princesa de Anhalt Dessau. Es admirable como le corrige á vds. el castigo! Con qué vd. hombre infamado por un tribunal de justicia, se ha atrevido á dirigir su amor á Sofia Margarita? su amor! Es profanar esta palabra el designar con ella esa pasión con que ha perseguido y perdido á tantas mugeres. Es vd. mi rival! Y me parece que no es de hoy, sino de hace mucho tiempo, con lo cual todo se explica; y vd. era el que traía los ramilletes y se ocultaba para entregarlos; y hacia bien á fé mia en no mostrarse, porque su mirada es un insulto, como su nombre es una

vergüenza. Con que ha procurado vd. introducirse conmigo para espiarme y conocer mis secretos. Traidor, infame, y todavía se atreve á echarme en cara mi hipocresía! Atrevimiento es, sin duda pero aun es mas atrevimiento en vd. hablar de moralidad. Y yo que le escuchaba con la boca abierta y me he dejado engañar por él! Y yo que no me he dicho inmediatamente: «el baron de Launiz moralizando es el demonio tratando de hacer algun nuevo mal! Falta un nombre á la lista de sus conquistas, una hazaña brillante que corone sus infamias; hay una virtud que todavia no ha podido empeñar, y quiere acabar su carrera por un escándalo, mayor por sí solo que todos los demas porque le condenaron; Bernburg no ha visto mas que sus ensayos y ha resuelto establecer sólidamente en Dessau su espantosa celebridad. La duquesa de Anhalt es la mujer mas hermosa y mas pura? á las demas no ha hecho mas que comprometerlas, mas á esta la quiere perder completamente.

—Quiero salvarla! exclamó Oberzell con voz formidable; y V. A. ha dicho muy bien, para eso le he espiado, para eso he procurado adquirir su favor, para eso, en fin, estoy aqui.

Esto era declararse ya francamente. Oberzell arrojaba con alegría la máscara de amistad que se había visto precisado á llevar por algunos días, y en tanto que hablaba sin mesura ni reserva, y sin reparar en los términos que le hacía, su corazón se dilataba y le parecía respirar con mas facilidad. Eric Victor, acaso por primera vez en su vida, veía presenciarse con esa arrogancia un enemigo, y corresponder á su mirada con otra mirada aun mas insultante. Volvió los ojos á todas partes como para dar órden de que prendieran al insolente que se atrevia á insultarle cara á cara, y Oberzell, conociendo la intencion de aquella mirada, se encogió de hombros sonriéndose, y dijo:

—No hay que mirar, monseñor, porque estamos en el pabellon de los fresnos y no en el palacio de Dessau. Aquí no hay guardias ni criados que ejecuten las órdenes de V. A.; obligándole el crimen á buscar el misterio le ha separado de su poder, y aquí la soledad nos hace iguales. Inútil es buscar con la vista, porque á nadie verá inútil que llame, porque nadie ha de responder; V. A. lo ha querido así, y aquí estamos solos V. A. y yo.

—Todavía sobra, exclamó Eric arreba-

tado por la cólera; yo no necesito á nadie para castigar á quien me ofende, y aniquilar á quien me resiste. Ha querido quedarse aquí, harto de Launitz, pues se quedará pero será tendido en el suelo.

Diciendo así, retrocedió el príncipe tres pasos y sacó la espada.

«Dios mío! Quién la salvará si yo muero?» pensó interiormente Oertzel; y mas atormentado con esta idea que con el cuidado de su propia defensa, no trató siquiera de ponerse en guardia.

—Insensato! No quieres defenderte? exclamó el príncipe furioso. Defiéndete miserable, ó me obligaras á que te asesine. Me estás tentando imprudente! Si mis palabras vacilan en la boca, la mano está firme y la vista segura... No ves que tengo sed de tu sangre, que te miro al corazón y te voy á matar?

Verdaderamente habia algo de demencia en esas palabras, y alguna debilidad en la fiebre que hacia temblar la mano como la voz y la espada como la mano, porque puede decirse que toda el alma, toda la vida, todo el frenesí de aquel hombre habían pasado al hierro que no manejaba ya sino que le manejaba á él. Aquel hierro atraía á Eric Victor, como el precipicio atrae al que se

atreve á mirar á su profundidad, como la culebra atrae al pajarillo; el hermano de Juan Cosimiro pertenecía en ese momento á su espada, tanto como Mazeppa al caballo que le arrebataba por los fúsqes.

Oberzell permaneció un instante aturdido por aquellos gritos y confuso de aquella petulancia; mas la espada que le amenazaba tan de cerca llegó á tocarle; Eric Victor, dando un reves con la punta, arrancó un pedazo del vestido de su rival. Al sentirlo Oberzell volvió á ser lo que siempre habia sido; el peligro que le indicaban de una manera tan brutal le hizo recobrar á un mismo tiempo su serenidad y su valor; sacó la espada de la vaina, se puso ligeramente en guardia al frente de su enemigo, y gritando: «desfúndete» se cruzaron las espadas.

Nada hay mas terriblemente solemne que el momento casi de inmovilidad, en que dos adversarios se preparan al combate. Clavada la mirada del uno en la del otro para fascinarse, ó para adivinarse, y para ir á buscar en el fondo de la voluntad el gesto y el movimiento que ha de seguirse, no se oye otra cosa que un ligero sonido de las espadas que parece que se alitan para abrirse paso con mas facilidad y penetrar

mas seguramente en el pecho enemigo.

Al ver Oberzell y Eric Victor conservando siempre la distancia, ya se adelantase ya retrocediese cualquiera de ellos, se hubiera podido creer que aquellos dos hombre magnetizados por las puntas de sus espadas se confundían en uno solo individuo, por que sus piés se movían á no mismo tiempo, respiraban á la par y se sentía en aliento tan igual como si un solo movimiento hubiese llevado la sangre á los dos corazones. Nada turbaba aquellos siniestros preparativos, hasta que de pronto las espadas se separaron, los dos contrarios se arrojaron uno á otro con igual rabia, y se oyeron á un mismo tiempo dos gritos, uno de triunfo y otro de dolor.

Oberzell era el que habia lanzado este grito. Herido en la region del corazon el infeliz joven llevó la mano al punto en que acababa de entrar en la espada de Eric Victor, y dejó caer la suya; perdió el color, vaciló un momento, cubrió sus ojos un espeso velo, y cayó á tierra su cuerpo casi sin sentido.

El vencedor cruzó los brazos y se acercó á la víctima para gozar completamente de su triunfo. Considero un rato á Oberzell tendido en el suelo, y luego dijo la

vista á la punta de su espada, complaciéndose en ver que habia entrado bastante; sacó el pañuelo, limpió la sangre que manchaba la hoja, la envainó, se sento, volviéndose hácia el caído, le dijo:

—Ahora esperaré á que venga. Esta casa está tomada en nombre del baron Launitz por consiguiente vá, á su casa de vd. Si me resiste probaré su adulterio con vd. y diré que yo solo he venido aquí para castigarle.

Así, lejos de compadecerse del pobre herido, que yacia tendado en un lago de sangre, á venir en vez de socorrerle, contemplaba con gusto aquella agonía é insultaba todavía á Oberzell morimundo.

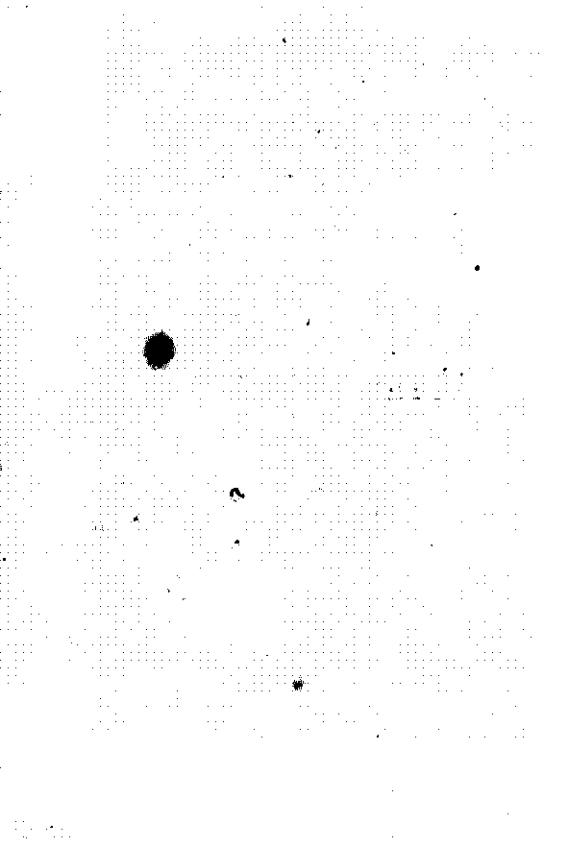
Vea vd. como yo me vengo, baron, añadió. Vd. creyó que se me podia ofender é insultar impunemente, y no le ha asustado el atrevido pensamiento de entrar en lucha conmigo sin ensayo! Ya ha recibido vd. el premio de su orgullo. Vamos, cortés caballero, levántese vd. porque la señora de sus pensamientos está en gran peligro, yo se lo digo. Y acercándose mas al infeliz herido, añadió: Querías salvarla, baron de Launitz y has acabado de perderla.

Diciendo así, separó un poco con el pié el cuerpo que le incomodaba para pasar, y se puso á la ventana á esperar la llegada de Sofia Margenta.

Se halla en prensa y verá la luz pública á la mayor brevedad posible, la famosa novela inglesa, escrita por Eduardo Lytton Bulwer : ZANONI.

LA

DOVE REGENTE.



LA JOVEN

REGENTE.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

por los señores

MIGUEL MARCHEN Y FERNANDO TOMAS

TOMO II.

SEVILLA:

Imprenta de Gomez, calle de las Sierpes n. 13,
junto al café del Turco.

—
1846.

1910-1911

1910-1911

1910-1911

1910-1911

1910-1911

1910-1911

1910-1911

1910-1911

1910-1911

1910-1911

1910-1911

1910-1911



CAPÍTULO I.

LA ASECHANZA.

Enic-Victor no había explicado sino muy ligeramente á Oberzell cuando todavía le creía su cómplice, el medio de que se había valido para atraer á su cuñada al pabellon de los fresnos; por consiguiente debemos presentar algunos pormenores mas para dar á conocer al lector como se habían combinado las cosas de manera que el hermano de Juan Casimiro estuviese cierto de que la princesa vendría al pabellon, y sobre todo que vendría sola.

Entre las muchas miserias que Sofia Margarita procuraba aliviar, las que mas excitaban su ingeniosa compasion eran la desgracia discreta, la pobreza avergonzada de si mis-

ma, la infelicidad que no tiene voz para quejarse y que muestra un doble orgullo en sufrir en silencio, hasta tal punto que es necesario violentarla para descubrir su secreto. La princesa consideraba como una victoria el descubrimiento de una de esas miserias que solo hablan á Dios en su dolor, y al momento que llegaba á su noticia la remediaba. Inútil es decir que Sofia Margarita contaba muchos de esos triunfos con respecto á pobres que parece que desafian á la caridad mas activa á que los descubra, pero una habia que hacia mucho tiempo conseguia sustraerse de los testimonios del interés que inspiraba á la princesa. El infeliz interesado de quien hablamos, era un noble ya viejo que se habia arruinado en servicio de su pais, y á quien Juan Casimiro habia rechazado de una manera inhumana cierto dia que envaneciéndose con una miseria tambien adquirida, habia venido á esponer francamente al soberano sus necesidades y sus esperanzas. Sofia Margarita habia visto arrojar como un mendigo, cuyas importunidades molestan, al noble viejo que reclamaba una justa deuda, y al volver este á su casa encontró en ella los auxilios que en palacio le negaban. El corazon del antiguo guerrero estaba herido, y suponiendo que una limosna no podia reparar una injusticia, y que ademas era comprar demasiado caro aquel socorro á precio de la verguenza que

habia sufrido, se los devolvió inmediatamente á Sofia Margarita, con un billete que solo contenia estas palabras:

«Señora: V. A. nada me debe, y yo no recibo sino de aquellos á quienes he dado. Puesto que mi sangre vertida y mis bienes destruidos en servicio del pais no constituyen una deuda del soberano al súbdito, no solamente doy por libre á S. A. de la deuda que niega, sino que me reconozco deudor suyo. Mueras yo de hambre y habré pagado al esposo de V. A. la afrenta que de él he recibido. Bueno es, señora, que se sepa que hay principes ingratos.»

Este billete, interceptado por la policia de palacio, encargada de impedir que llegase nada á la princesa sin que Juan Casimiro, ó en su lugar Eric-Victor, lo examinasen, arrebató de cólera al principe de Anhalt, que juró hacer castigar al insolente que habia osado escribir aquello, y prohibió á su muger que en lo sucesivo protegiese á los mendigos á quien él hubiese despedido. La princesa no hizo caso alguno de esta prohibicion, pero desde aquel dia ni las persecuciones de Juan Casimiro, ni los beneficios de su esposa pudieron descubrir el paradero del ofendido veterano. Hacia mucho tiempo que el coronel de los guardias habia olvidado ese suceso, cuando instigado por su pasion á tender alguna asechanza á su cuñada, recordó la carta del noble pretendiente,

y las inútiles tentativas hechas por la princesa para socorrer á aquel ilustre desgraciado. Despues de haber pensado y rechazado otros mil expedientes, se decidió por uno que debía ser infalible, puesto que parecia que abriese el camino tanto tiempo buscado al manantial de beneficencia de Sofia Margarita. Hizo que dirigiesen á la princesa una instancia en nombre de un supuesto amigo de aquel anciano; en esta pintaba con los colores mas vivos la horrible miseria del escrupuloso caballero, y daba á entender que los mismos socorros que desecharia siempre si se le enviaban, los recibiria con agradecimiento de mano de Sofia Margarita, con tal que esta viniese sola á entregárselos, porque tal era el orgullo del desgraciado, que miraria como una afrenta el admitirlos delante de otra persona, aun cuando esta fuese tan discreta como la princesa era generosa. Indicaba la carta el dia y el sitio de la cita, y añadia que á cierta distancia encontraría Sofia Margarita una muchachuela del campo que la enseñaria la casa del viejo, pero que de ninguna manera debía saber quien era la señora á quien servia de guia, ni el objeto con que esta venia al pabellon de los fresnos.

Cuando Sofia Margarita recibió este mensaje, de que no tuvo noticia alguna su marido, porque la potencia de palacio mas bien que al soberano obedecia á Eric-Victor, no vaciló

acerca de lo que debía hacer.

—Acompañaré á V. A., señora, la dijo Javiera.

—No por cierto, contestó la princesa, iré sola, porque deben despettarse hasta los escrupulos de la desgracia.

—El día y á la hora que la habían indicado salió secretamente de palacio; mas á pesar de las ordenes de su señora, no pudo Javiera resolverse á dejarla marchar sola, y que acompañarle hasta el punto en que encontrase á la muchacha que debía llevarla á casa del anciano, y que efectivamente se hallaba en su puesto.

—Vete; repitió entonces la princesa á Javiera. Y por primera vez la joven lectora obedeció murmurando á su régia amiga.

La muchacha caminó por espacio de algunos minutos delante de Sofia Margarita, mas luego que llegó á un punto desde el cual se percibia el tejado del pabellon de los fresnos, dijo señalándole con la mano:

—Siga vd. esta senda, señora, que allí está.

Y obedeciendo sin duda alguna á las ordenes que la habian dado, se fue corriendo y desapareció bien pronto entre la sinuosidades del valle. Sofia Margarita, turbada al pronto por aquella repentina desaparicion, titubeó un momento antes de continuar marchando en la direccion de la casa; mas recordando en seguida el estremado misterio con que era

preciso rodear su socorro para hacer que le aceptase el viejo, no vió en la fuga de la chiquela sino una precaucion mas tomada por el oficioso amigo para no escitar la delicadeza exagerada del caballero.

Dejémosla que camine sola por la senda que conduce al pabellon y volvamos á la sala en que el coronel de los guardias, vencedor de Oberzell, esperaba con impaciencia el momento ó de vengarse públicamente de los desprecios de Sofia Margarita ó de hacerla comprar caro el silencio acerca de un crimen que estaba dispuesto á inventar.

Seguia asomado á la ventana de aquella sala, teatro de combate en que el baron de Launitz habia sucumbido, y en que sentia que se le iba la vida con la sangre que perdía, y viendo que tardaba se decia á sí mismo: «La hora se pasa.... y sería capaz de no venir?...

=«¡Ojalá no pueda venir!» decia interiormente Oberzell, que en medio de su debilidad se acordaba todavia del peligro que corría la princesa.

Así pasaron algunos* minutos durante los cuales los ojos inquietos de Eric-Victor interrogaban á la senda, así como las miradas casi moribundas de Oberzell escudriñaban á Eric-Victor. Al fin este dando un salto de alegría exclamó:

=No me engaña, ya viene, ya está aquí.

Estas palabras hicieron estremecer al infeliz que estaba tendido en tierra, y sus ojos tristes y casi apagados vagaron desesperadamente por el espacio que le separaba de la puerta de salida. Midió instintivamente sus fuerzas y conoció que estaban agotadas, pero una vivia todavía en él cuando le abandonaron las demas, y esta fuerza era su amor, que no podia invocar en vano. Eric-Victor continuaba contando con placer los pasos que faltaban á Sofia Margarita para llegar á la fatal casa, y cada segundo que pasaba la ponía mas en poder de su enemigo. Un suspiro de satisfaccion que se escapó del pecho del principe, dió á conocer á Oberzell que la infeliz princesa llegaba al punto marcado para su perdicion. Entonces el valeroso caballero, tapando con una mano su herida y apoyándose con la otra en el suelo, al mismo tiempo que fijaba sus miradas en el principe temiendo que le observarse, trató de llegar arrastrando á la puerta que tanto distaba de él y al fin pudo conseguirlo. Al llegar allí se sintió desfallecer de nuevo, Eric-Victor aunque ocupado en otra cosa habia percibido algun ruido y vuelto la cabeza. Oberzell conoció que Sofia Margarita estaba perdida, si no la salvaba por medio de un esfuerzo sublime; pronunció su nombre adorado, como si fuese un talisman capaz de volverle á la vida, y sintiendo una escitacion repentina al

ver que Eric-Victor se dirigia hacia él, por una especie de milagro saltó á la parte de afuera, se incorporó sobre las rodillas y antes que el príncipe pudiese impedirle, cerró la puerta, hecho la llave por fuerza y dejó preso al hermano de Juan Casimiro.

Terminado este acto de supremo vigor, brilló un relámpago de satisfacción que se apagó en el momento en el rostro livido del moribundo, y cayó al pie de los escalones que habia delante de la puerta. Eric-Victor encerrado, golpeaba la puerta furiosamente por dentro, y acaso podría ceder á sus esfuerzos; la princesa entre tanto se acercaba, y aunque Oberzell no la veía, sentia que iba á llegar y descalaba impedirlo.

—Dios mío! exclamó con voz moribunda; concededme todavía una espesa de vida; númera en segunda, pero consiga antes que se aleje de aquí.

Oyó la Providencia su plegaria, pues abrió sus pesados párpados, y pudo incorporarse y arrastrarse de nuevo hacia donde venia la princesa, que se detuvo espantada al ver cubierto de sangre y caído á sus pies aquel hombre á quien todavía no habia conocido.

El esfuerzo que acababa de hacer Oberzell habia sido tan violento, que conoció que debia ser el último; pensó que no podría oponer á la princesa para pedir que se acercase mas á la casa, sino el obstáculo que

opone un cadáver, y que iba á ser inútil su sacrificio si no conseguía libertar á Sofia Margarita de manos de aquel hombre, que podía de un momento á otro romper ó abrir la puerta. Entretanto la princesa contemplaba al moribundo hacia algunos segundos con tanta mas admiracion cuanto que ya le habia conocido y sabia que era el jefe de los asociados de Bernburgo; este quisiera hablar pero su lengua helada no articula ninguna sonido; trata de darse á entender por señas, pero sus gestos no bastan para expresar su pensamiento. Sofia Margarita, volviendo con horror la cabeza, dice con voz casi inteligible estas palabras:

— ¡Infeliz! Déjeme vd.... en esa casa.... alguien podrá socorrerle....

Oberzell la detiene, agarrándola del vestido, y con sus ojos expresa el ruego de que no vaya á la casa. Apelando á un nuevo milagro de energia, trata de pronunciar algunas palabras, aunque con ella exhale lo poco que le queda de vida; pero ¿como ha de explicar á la princesa en pocas palabras el peligro que la amenaza? ¿Como conseguirá que se liberte de él por medio de una pronta fuga? Si se acerca al pabellon abrirá ella misma la puerta que tiene cautivo á su enemigo. Levantando con muchísimo trabajo un brazo indicó á Sofia Margarita con él que se alejase de allí, y aprovechando el horror

que la inspiraba, no pudiendo elegir entre muchos medios, apeló al mas generoso y al que creyó mas eficaz para salvarla, asustándola con su propio nombre.

—Huya V. A. señora.... exclamó con voz moribunda; á donde iba era á mi casa, á casa del baron de Launitz.

Jamas una joven, aun en el tiempo de los mayores desórdenes de la banda infernal, habia pronunciado aquel nombre con el acento de terror que tenían las palabras del mismo Oberzell. Mas acabadas de decir estas, perdió la fuerza completamente y no pudiendo sostenerse apoyado en el brazo, todo su cuerpo y su cabeza vinieron á tierra.

Aterrada con lo que acababa de oir, enternecida por el padecimiento que presenciaba, y no sabiendo si debía acusar ó dar las gracias al infeliz que se le habia presentado de aquel modo para venir á espirar á sus ojos, fuese de remordimiento, ó por efecto de un generoso sacrificio, la pobre princesa juntó las manos y dirigia á todas partes la vista para ver á quien pediria socorro, cuando oyó la suave voz de Javiera que decia:

—Huya V. A. señora; el mismo lo ha dicho.

Estremecióse Sofia Margarita, pues en la turbacion en que su ánimo se encontraba apenas se reconocia á sí misma, y no conocia de pronto la voz de su amiga.

—¿Qué bien he hecho en desobedecer á V. A.!

esclamó esta tan conmovida que tuvo que apoyarse en un árbol.

—Y ¿qué he de hacer? la preguntó Sofia Margarita, señalando con la mano á Oberzell, cuyo cuerpo respiraba con movimientos apenas perceptibles.

—Huya V. A.; vuelva cuanto antes á palacio, y que nadie sepa que ha estado aquí. En este punto la amenaza algun gran peligro; yo lo he leído en su mirada, y estoy segura de que esa sangre ha corrido V. A. Bien decía yo que no podía ser enemigo.... Pero, por Dios, señora, váyase V. A.

—Y él! exclamó la princesa mirando al herido ¿Podemos abandonarle en ese estado?

—Abandonarle! repitió la jóven. De ninguna manera, señora, yo me quedo para socorrerle como pueda.

La princesa dió las gracias á su amiga con una triste mirada, y habiendo percibido un ligero ruido entre las hojas, instada con mas viveza por Javiera, se marchó por la senda que daba al camino real, no sin haber vuelto muchas veces la cabeza.

Luego que se vió sola con el herido que oponia ya los últimos esfuerzos interiores, contra los ataques de la muerte, sintió Javiera haber aconsejado; y aun abligado á su señora á que se alejase de allí. «Si se hubiera quedado, se decía á á sí misma, me sostendria, me animaria y entre las dos ten-

driamos mas fuerzas, y ademas, en tanto que ella cuidaba del herido, hubiera podido yo ir á buscar socorros..... y que ahora es preciso que me esté aqui, y no sé que debo hacer con él.

La generosa jóven perdía verdaderamente la cabeza, y un pensamiento único paralizaba todas sus ideas, el pensamiento de su inutilidad. En medio de su ignorancia, temia aumentar los dolores de Oberzell y acaso acelerar su muerte, tratando de aliviarle; con mano trémula le aplico su pañuelo para detener la sangre de la herida, pero en breve se empapó de ella aquel fino tejido, y no opuso sino una impotente barrera á la sangre que continuaba corriendo. Preciso era que se familiarizase con la idea de ver espirar á aquel hombre, porque ella sola nada podia hacer para salvarle; y ¿á donde, á quien se dirigia en medio de aquella soledad? No se atrevia á dar voces por miedo de perjudicar al moribundo, y ademas, nadie las hubiera oido. El ruido de las hojas que habia acelerado la marcha de la princesa, volvió á repelerse, y ella miró como una felicidad lo que poco antes le habia causado terror; pero no habia motivo para uno ni otro, pues era el viento que sonaba entre los árboles. Al pañuelo que no habia servido para cerrar la herida, se siguió el velo de Javiera, y á este su chal de seda, regalo de Sofia Margarita,

bordado por la princesa misma y adornado con una cruz; al fin se detuvo un poco la sangre bajo todos aquellos tejidos, y para impedir que volviese á empezar, se colocó de rodillas al lado de Oberzell con animosa paciencia, y no se cansó de tener oprimado todo aquello con la mano sobre la herida.

Javierra misma no hubiera podido decir cuanto tiempo duró aquella escena de una joven afligida al lado de un casi cadáver; lo cierto es que aun era muy de día cuando su señora se separó de ella, y el sol se acercaba al horizonte cuando Javierra, manteniéndose en su inmovilidad, de que no se atrevia á salir, esperaba á que la Providencia la deparase un salvador. Reconveníase á sí misma de que perdía en lamentarse de su impotencia el tiempo y la energía que hubiera debido emplear en hacer algo; «pero hay ruegos tan fervientes, se decía á sí misma, que valen tanto como las acciones, porque nos ponen sin comunicacion con la Omnipotencia divina.» Con efecto, conociendo que aunque no el ánimo, iba á faltarle la fuerza para conservar por mucho tiempo la penosa posición á que se había condenado á fin de contener la salida de la sangre, invocó á Dios con tanta confianza que casi se tranquilizó completamente, y le pareció que Oberzell iba á ser socorrido. Poco después miró hacia la casa de los fresnos, que iluminaba el sol con sus

últimos rayos, y como si su mirada hubiera hecho salir de la tierra un libertador, vio á un hombre que sin esperar que le llamase corrió á ella con la celeridad de la desesperación.

Apenas reconoció al herido se inclinó hácia él, le cogió las manos, procuró calentarlas en su seno, y las cubrió de lágrimas exclamando desolado:

=Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Por qué no ha querido vd. hoy que esté á su lado, buen amo mío?... Un desafío sin testigos.... Yo hubiera debido advertirle y desobedecer.... Y el otro! ¿Y el otro á quien he abierto, á quien he dejado marchar! ¿Si yo lo hubiera sabido, señor, si lo hubiese sabido!

En medio de sus suspiros, de sus quejas, de sus reconvenciones, Patricio llamaba á su amo, le tocaba, le estrechaba en sus brazos, pero no encontraba en él correspondencia, pues el rostro de Oberzell no se animaba ni perdía la livida palidez que le cubría, y su cuerpo conservaba una espantosa inmovilidad.

=Señor, decía el pobre veterano: soy yo, soy su criado de vd. Patricio. Aquí estoy, viéva vd. en sí... Nada.... ¡no da señal alguna de vida!

Viendo al fin que todos sus esfuerzos eran inútiles, se dirigió Patricio á Javiera, diciéndola:

—Estas son sus obras de vés., señoras hermosas, porque seguramente le habrán muer-

lo por alguna de vds., acuso por vd. misma. Y viendo que se llenaban de lágrimas los ojos de la señorita, añadió: ¡Ahora llora vd.! ¡A tiempo por cierto!

—Se engaña vd., respondió Javiera, no soy yo á quien este caballero ama. Y para no comprometer á la princesa á los ojos de Patricio, añadió: Pasaba yo por aquí, he visto á ese hombre moribundo y no me he separado de él.

—Perdone vd. señora, replicó Patricio, y volvió á ocuparse de su amo.

—Señor, volvió á decirle con voz ahogada por la emoción; señor, vd. no puede morirse aquí, después de haberme salvado la vida y librado del deshonor. Si, señora, añadió poniéndose de pie y dirigiéndose á la señorita de Freising; es necesario que entre los dos le salvemos, ó me mato aquí mismo, porque para vivir yo necesito que él viva. Y ¿como lo he de hacer yo solo? Pero antes dígame vd. que no está muerto, dígame vd. que hay esperanza... si no, me mato aquí á su lado y en presencia de vd.

Javiera estaba asustada al ver á Patricio loco de dolor y entregado á su espantosa resolución; mas trató de calmarle con algunas palabras de esperanza.

—Oh! no me engañará vd., posguó el soldado; yo veré por mí mismo si está muerto.

Diciendo así, cubrió la mano trémula en

el pecho de aquel cuerpo que acaso no era mas que un cadáver, y despues de un momento de triste espectativa, exclamó en voz baja: —Todavía respira.

Al momento se echó en tierra boca abajo al lado del herido y con una multitud de cuidados y precauciones de que no se hubiera creído capaz aquel hombre grosero, consiguió colocar sobre sus espaldas el cuerpo de su amo.

—Ayúdeme vd., decía á Javiera, mantenga vd. firme todo eso sobre la herida y cuide vd. de que no le dé contra algun árbol al levantarme.

La pobre jóven hizo cuanto estuvo de su parte, pero estaba tan turbada y tan aniquilada con todo lo que la habia sucedido, que su auxilio sirvió de muy poco á Patricio, el cual luego que tuvo colocada su preciosa carga, trató de levantarse con ella con el mayor cuidado, por temor de que cualquiera movimiento acabase con el soplo de vida que restaba á su amo. Levantó poco á poco el cuerpo, y logró ponerse de rodillas; en seguida levantó una de las piernas, y apoyándose en Javiera, consiguió por fin ponerse de pie y se dirigió muy poco á poco hacia la casa de los fresnos, diciendo á la jóven:

—A Dios, señorita, y muchas gracias.

—No le dejo á vd. contestó esta, todavía no le hemos salvado.

Y siguió á Patricio hácia la casa.



CAPITULO II.

LA MADRE.

DESPUES del doloroso espectáculo que se había presentado á su vista en la senda que conducia al pabellon de los fresnos, es fácil figurarse la situacion de espíritu con que Sofia Margarita había emprendido el camino hacia palacio. Veinte veces se detuvo y quiso volver atras, pues si la señorita de Freising al verse sola había sentido haber apresurado la marcha de la princesa, esta por su parte se reconvenia como una vileza el haber cedido á las instancias de su amigo. Sin embargo, en medio de sus reconvenciones contra si misma, no dejaba de conocer la noble señora que Javiera debía á una inspiracion del cielo el haberla desobedecido y seguido ca-

si hasta el pabellon de los fresnos, y lá la misma instigacion debia atribuir el que la hubiese metido para que se marchara, evitando que quedase solo aquel pobre caballero tan cruelmente herido, pues de otra manera jamas se hubiera resuelto la princesa, ni aun por el interes de su seguridad y de su honor, á dejar abandonado y sin auxilio alguno á quien moria por ella ó por su causa: era, pues, preciso que volviese á palacio.

Durante el camino, que recorrió entregada á la suerte, pues no estaba acostumbrada á caminar á pie y sin tener quien la guiase por el campo, la pobre princesa, pensando mas en sus emociones que en el camino, trataba de explicarse á si misma de quien podria provenir el lazo en que tan próxima habia estado á caer, y qué funesto suceso habria abierto la herida de que acababa de ver correr tanta sangre. Todavia la ocupaban estas tristes y para ella insolubles cuestiones, cuando vió que intuitivamente y sin saber como, habia llegado á una de las puertas pequeñas del parque, y en el momento en que atravesó el umbral de aquella puerta vino á aumentar los tormentos de su alma una nueva inquietud: asustóse de volver á palacio sin Javiera, y la idea de las conjeturas á que esto daria lugar, y de las preguntas que pudieran hacerla, la tuvo indecisa por un momento.

A fin de no tener que sufrir los efectos de una curiosidad, que aunque no se atreviese á preguntar directamente no dejaría de ser indiscreta, trató de llegar hasta su aposento, sin que nadie observase su salida, pero eso no era cosa fácil. Entre las muchas cosas que los príncipes y potentados pueden envidiar aun á los mas pobres del pueblo, es una la libertad de entrar en su casa y salir de ella sin que nadie lo note, lo cual no pueden ellos hacer jamás. Hay tantas gentes interesadas en presentárseles, que no pueden dar dos pasos sin encontrar una mano que les pide, ó una mirada que solicita. En fin, Sofia Margarita pedia á Dios, que si alguien la veía pudiera por lo menos disimular su agitacion, pues el mostrarse turbada seria decir demasiado. ¿De qué sirve callar si la tormenta del ánimo se manifiesta en la frente y si el dolor trastorna las facciones? El silencio en tal caso, lejos de ser una salvaguardia, compromete cien veces mas que comprometeria una confesion, porque dá lugar á que se suponga todo.

=;Dios mio! decía interiormente la princesa; si quereis hacer que me vean entrar, concededme por lo menos que mi rostro no revele los tormentos de mi corazón.

Al mismo tiempo que dirigía al cielo esta invocacion mental, se metía por las calles del parque, por lo comun poco frecuentado, pero en aquel instante completamente desierto,

pues dentro de poco veremos por qué razón aun los que acostumbraban venir á pasearse por él, que no eran muchos, habían desertado aquel día de sus oscuras calles.

Un poco mas tranquila Sofia Margarita, se dirigió, acercándose lo mas posible á los setos, hacia su jardin reservado, pues luego que hubiese llegado á este se hallaba fuera del alcance de las miradas de los curiosos, y podría pasar á la galeria interior y de esta á su aposento, sin que los criados de servicio notasen que habia salido. Llego sin algun contratiempo hasta una espaldera en que sabia la princesa que habia una puerta de comunicacion con lo interior, tan perfectamente disimulada, que no se creia necesario guardarla; pero al llegar encontró que estaba cerrada y que no podia abrirla por la parte de afuera. Desesperose Sofia Margarita al encontrar este obstáculo que hubiera debido prever, si en el estado en que se hallaba hubiese sido capaz de reflexionar, y en tanto que se esforzaba inútilmente por ver si encontraría algun medio para abrir la tal puerta, una vieja muy mal vestida que la seguia misteriosamente hacia algunos segundos, se acercó á ella y con voz trémula ahogada, la dijo:

—Espere vd., yo conozco el secreto de esta puerta, y hace poco que la he abierto.

Asustada, como era natural, la princesa al oir estas palabras, se asustó aun mucho mas

cuan­do miró á la mu­ger que la ha­blaba. Los ojos de aque­lla vieja te­nían una fi­jeza ater­ra­do­ra y su ros­tro una mo­vilidad con­vulsi­va que no cesaba un mo­men­to; su mo­do de ves­tirse era tal que po­día dar lu­gar á creer que sor­pren­di­da por un in­cen­dio du­ran­te su sue­ño, la in­fluencia del pe­ligro no la ha­bia da­do tie­mpo para ves­tirse me­jor, ó acaba­ba de bur­lar la vi­gilan­cia de sus en­car­ga­dos y se ha­bia es­ca­pa­do de una casa de locos. Esta úl­ti­ma su­po­si­ción fué la que hi­zo So­fia Mar­ga­rita enan­do la mu­ger des­co­no­ci­da que se pre­pa­ra­ba á fa­ci­li­tar el pa­so que in­útíl­men­te bus­ca­ba la prin­ce­sa, se vol­vió de prou­to y di­jo:

—Pe­ro ¡ah! Ya co­no­zo á vd. se­ño­ra, vd. es quien ha per­di­do á mi hi­jo, á mi buen Na­ta­niel.

—Yo! No com­pren­do lo que vd. me di­ce, bu­ena mu­jer; res­pon­dió la prin­ce­sa. No co­no­zo á su hi­jo de vd.; pe­ro por amor de Dios, ábra­me esa puer­ta.

La mu­ger que un mo­men­to an­tes pro­cu­ra­ba al­tré la puer­ta de la espal­de­ra, se cru­zó de bra­zos, y di­ri­gién­do­le á So­fia Mar­ga­rita una ter­ri­ble mi­ra­da, es­e­lan­ció:

—Ah! ¿No nos co­no­ce vd.! Ah­ora me cer­cio­ro mas de que es vd. se­ño­ra mar­que­sa, por­que eso ju­sta­men­te fué lo que di­jo á mi po­bre Na­ta­niel, enan­do se le an­to­jó á vd. otro amor que el su­yo. Esas mis­mas fue­ron sus pa­la­bras: «Váyase vd. de aquí; yo no le co­

nozcó. Y el desdichado joven que la quería tanto, que me olvidaba á mí, á su madre, sentó plaza de soldado por desesperacion! Y ahora, por no sé que falta, alguna lagitela sin duda, le han tenido encerrado un mes y ni siquiera me han permitido verle. Hoy le sacan de su calabozo, pero es para que muera á fuerza de golpes delante de toda esa gente que se halla reunida en la plaza de palacio. Venga vd. á verlo, señora, venga vd.

Luchando la princesa con aquella madre en delirio, no se atrevia á dar voces, é inútilmente trataba de darla á conocer su error sin nombrarse; pues sea que una fatal semejanza engañase á la pobre mujer, ó bien que en su desesperacion creyese ver en todas partes á la señora á quien había amado su hijo, continuaba dando á la soberana de Anhalt el título de baronesa y trataba de llevársela hácia la plaza de palacio, para que presenciase el horrible espectáculo de un castigo militar.

De repente la desolada madre cesó de dirigirse á Sofia Margarita, pero continuó hablando con una extrema volubilidad y diciendo:

—Ah! Ya caigo! No le ha olvidado vd. á mi pobre Nataniel, y ahora que está en tanto peligro va vd. á interesarse por él... Eso será muy bien hecho, señora.... todavía es tiempo de obtener su perdon y vd. viene á

conseguirle.... Por eso la encuentro á vd. á este lado, porque la habrán arrojado del otro como á mí.... aunque no con tanta brutalidad.... No vaya vd. al príncipe, señora, no permiten verie... pero la princesa estará en su habitación.... Oh! Si yo supiese por dónde se vá! Pero vd. que es baronesa debe saberlo. Es por aquí, (anadió señalando la puerta que había abierto al fin; ya he querido ir antes, pero dió el reloj, creí que era la hora fatal y corri á la plaza... ¡Cuanta gente, Dios mío, para ver sufrir á un infeliz!... Pero no era la hora; todavía tenemos tiempo... Nos recibirá porque la princesa recibe á todo el mundo.... vd. hablará bien.... y yo rogaré tanto que no podrá desearchar nuestras súplicas, porque al fin, yo soy la madre...

—Y yo soy la princesa de Anhalt, dijo Sofia Margarita, y no es otra persona á quien acusa vd. de haber sido causa de la muerte de su hijo.

Al oír el nombre de la princesa, la madre del soldado dió un grito de alegría, se puso de rodillas y exclamó:

—Ah! ¡No es vd. la que yo creía! Pero nada tiene de raro que me haya engañado. ¡es tan hermosa!... vd. también es hermosa y buena, y ya no temo por mi hijo; vd. me le salvará.

—Pero es que mi poder en esa parte no es mayor que el de vd. replicó la princesa,

porque no puedo hacer otra cosa que pedir y llorar.

—Pues, bien, señora, pediremos juntas. Lévenme V. A. á donde está el príncipe, porque de esa manera no me echará de su presencia.

—Nos echarían á las dos, respondió Sofia Margarita, y es mejor que vaya yo sola á la habitación de S. A. Espere vd. junto á la puerta principal del parque, y dentro de un cuarto de hora pregunte al portero de ella, si han dado orden para dejar subir á la madre del soldado condenado, y si la respuesta del príncipe es favorable, la dejarán á vd. entrar inmediatamente.

—Esperaré, señora; pero el tiempo se pasa; exclamó desesperada la pobre madre.

—Sofia Margarita cerró por dentro la puerta por donde había entrado, y como el pensamiento de aquella terrible desgracia casi la hacia olvidar su propio dolor, se introdujo en palacio, y sin tomar tiempo para recomponerse de tantas emociones, se dirigió á la habitación de su marido y mandó que le pasasen recado. Poco duró la audiencia, porque Juan Casimiro se disponia á salir de palacio, y bien pronto despachó á su mujer, sin haberse dignado siquiera escucharla hasta el fin.

Desesperada del mas éxito de su intercesion con el príncipe, prueba dolorosa añadió-

da á otras muchas muy amargas, se volvió Sofia Margarita á su habitacion, y cuando se vió sola y segura dió un libre curso á sus pensamientos y á las lágrimas que la sofocaban, pues desde el terrible sacudimiento que habia sentido en el camino del pabellon de los fresnos, era el primer momento en que con libertad pudiera recogerse y pensar en lo que pasaba.

Entregada entonces completamente al recuerdo de Oberzeil, se preguntaba á sí misma, en medio de la exaltacion de su ánimo y de las angustias de su corazon, qué es lo que podia suponer con mas probabilidad, y como podia penetrar el funesto secreto que se habia opuesto á que llegase al término de su viaje, quando tan cerca se hallaba de él. Llamada á socorrer un infortunio, la habia cerrado el paso una agonía, pero la agonía del hombre que mas poder ejercia sobre su alma, ya cuando antes de conocerle excitaba su amor, ya cuando despues de haberle conocido despertaba en ella la lástima ó la indignacion. Presentábasele siempre tal como le acababa de ver, lívido, cubierto de sangre, sin fuerzas ni aun para poderse arrastrar, y caído resacaído en el polvo. Escuchaba todavía las palabras «duya V. A.» pronunciadas con una expresion tan extraña que no era fácil distinguir si era una orden, un ruego ó una amenaza. ¿Qué significaban tales palabras

en la boca de aquel hombre? ¿Por qué había mezclado su nombre como un objeto de terror? En fin, ¿había exhalado el infeliz su último aliento al pronunciar aquel nombre? ¿Existía todavía en este momento, ó había recogido Javiera su último suspiro?

En medio del desarreglo de su imaginación no sabía Sofia Margarita como llamar á un hombre que era al mismo tiempo el discreto mensajero de Sor. Santa Clara y el terrible jefe de los asociados de Bernabego. ¿Le amaba lo bastante para llamarle Oberzell cuando de él hablase? No. Pero para insultarle con el nombre de Launitz era preciso aborrecerle claramente, y si la princesa no estaba segura de que le amaba, no podía tener la menor duda de que no le aborrecía.

Cualesquiera que fuesen las conjeturas que formase, al cabo de ellas encontraba siempre una invencible contradicción, que la surgía en las tinieblas de lo desconocido. ¿Sería el mismo Oberzell quien la había tendido aquella peschianza? En tal caso ¿cómo era que él mismo la había impedido caer en ella? ¿Había sentido remordimientos de su acción? Posible era, pero entonces se hubiera presentado á ella con el encendido color de la vergüenza, y no era así, pues su rostro estaba pálido de terror. Y aquella herida, aquella terrible herida que no sabía como es-

plicar, ¿se la había hecho él mismo, ó la había recibido de mano de otro?

Esperaba Sofia Margarita que la vuelta de Javiera la sacaría de aquella horrible incertidumbre, pero estaba condenada á pasar así muchas horas, antes que su fiel compañera viniese á tranquilizarla un poco ó poner el colmo á su desesperación.

Durante estas horas, que á la princesa parecían siglos, otra parte del palacio de Dessau era teatro de un incidente terrible que con su imprevista catástrofe debía cambiar muy en breve la suerte de los actores de este drama, tanto perseguidores como perseguidos.

La accion heroica de Oberzell había destruido la obra de perfidia de Eric-Victor, y á los ojos de este hacia imposible para lo futuro el buen éxito de una nueva empresa contra Sofia Margarita. Ademas, ignorando que el animoso caballero, al revelar á la princesa que la tenían un lazo, no había tenido tiempo ni fuerza bastante para declararla su autor, suponía que Sofia Margarita no dejaría de informar de ello á su marido, y en tal caso, á pesar de ser príncipe de la sangre, sabía que no podía obtener piedad de su hermano. Si solo hubiese tenido que temer una brillante desgracia, un destierro ciego, muy poco le habia importado, pues el estado que siempre había tenido de aumentar cada día mas el número de sus partidarios le tranquilizaba so-

bre la corta duracion del destierro y aun esa misma desgracia; llamando hacia él el interés público, hubiera tal vez favorecido sus proyectos ambiciosos. Pero Juan Casimiro no tenía suficiente valor para buscar únicamente en sus derechos de soberano los medios de deshacerse de un enemigo poderoso; la sospecha introducida en el ánimo del monarca decidía infaliblemente la pérdida del criminal; pero el príncipe con su baja prudencia, en vez de atacarle de frente hubiera hecho todos los esfuerzos posibles para inspirarle seguridad. Eric-Victor sabía por la experiencia de lo pasado el modo de proceder del príncipe su hermano, y estaba seguro de que este le conservaría aparentemente en su gracia y le colmaría cada vez mas de títulos, y honores, hasta el día en que cediendo á un mal repentino bajase en gran pompa el honrado coronel de los guardias al panteón en que descansaban sus antepasados. Previendo, pues, que esta lúgubre solemnidad no tardaría en llegar si no buscaba medios para evitarla, trató de anticipar mucho la época en que por medio de un vigoroso alzamiento, sus partidarios habían de obligar al príncipe reinante á que abandonase el poder, abdicando á favor de su legítimo heredero.



CAPITULO III.

EL HIJO.

DEPUES que se vió libre Eric-Victor por la llegada de Patricio al pabellon de los fresnos, salió de é; y profiriendo palabras amenazadoras contra Ouerzell vencido, pero vivo todavía y contra la princesa que se había librado de su trama se dirigió á Dessau, mas en vez de encaminarse á palacio fué á casa del mas influyente de sus partidarios, á la cual concurren tambien otros varios á quienes se avisó secretamente. Allí celebraron consejo y en tanto que desde un balcón que daba á la plaza de palacio se recreaba Juan Casimiro en presenciar el castigo del soldado Nataniel, en la asamblea de que hablamos, despues de un

debate algo largo, se resolvía lo siguiente. Aquella misma noche debía ir el príncipe de Anhalt á su residencia de Woeritz; se disponían las cosas de manera que el cochero estuviese solivado y la escolta fuese escogida; los particulares del coronel de los guardias se apoderaban de la persona y del coche de Juan Casimiro, y llevándolo á un sitio seguro, le tenían bien custodiado en él hasta que entregase el cetro y los selos del estado, en manos de monseñor Eric-Victor.

El plan estaba combinado hábilmente, los papeles bien distribuidos y señalado á cada uno su puesto. Una luz colocada en el balcón de Eric-Victor debía ser la señal de la salida del príncipe, que inmediatamente se comunicaría de uno en otro á todos los suyos, y al momento se cubriría el camino de hombres decididos á hacer que el coche fuese á donde se quería; si la escolta y el cochero no cumplían lo ofrecido.

Cuando el pobre soldado contó su último golpe, y desmayado le llevaron al hospital para curarle sus heridas, se retiró la gente, y Juan Casimiro entró en su aposento con el rostro menos serio que de costumbre, porque el contento del corazón dispone á la benevolencia, y el príncipe estaba satisfecho con haber presenciado el castigo del soldado.

El reclutamiento que hizo al coronel de sus guardias cuando se presentó, fué tan cortes

y amable, que Eric-Victor no dudó que estaba instruido de todo, y que había tomado ya sus medidas para vengarse la ofensa que había recibido de él, como soberano y como marido. Aun llegó á temer que repeliella revélase en líriese refugio á Juan Casimiro el proyecto que tenía de ir aquella noche misma á Wurtitz, pero pronto se dissipó este temor, pues el príncipe le habló de su viaje, y burlólo:

—No quiero que vengas conmigo, hermano, porque tus servicios pueden serme mas útiles aquí que á mi lado; pero de cuando en cuando irás á verme á mi residencia porque no quiero pasar mucho tiempo privado del placer que me causa tu conversacion.

En estas palabras creyó Eric-Victor que oia su sentencia. «Le repugna que maten á su hermano casi á su vista, pensó entre sí; pero habrá dado ya sus ordenes á algun Barchfeld, y al decirme que vaya á verle, está persuadido de que me será imposible hacerlo.»

Tomando por contesto una despedicion que le obligaba á retirarse á su apartamento, se despidió Eric-Victor del príncipe á la caída de la tarde, y fué á esparirse en su habitación el momento de hacer la señal acostumbrada, para que sus partidarios le avisaran á cuando el plan acordado.

Acababa de entrar en su apartmento cuando

el criado en quien tenía mas confianza, vino á darle con gran misterio que un hombre embrazado en una gran capa, de suerte que apenas se le podía ver la cara, habia venido ya dos veces diciendo que tenía que hablarle en secreto, y que se habia mostrado tan contrariado de no encontrar á S. A. que debía suponerse que era cosa de gran importancia lo que tenía que revelarle. Eric-Victor imaginó que en las anteriores circunstancias en que se hallaba y en el momento de dar un golpe decisivo, aquel hombre tendría que comunicarle algun aviso de los conspiradores, y en su consecuencia mandó al criado que si volvía á presentarse el desconocido le despidiese públicamente, pero procurase seguir sus pasos, y aprovechando cualquier momento en que no le viese ninguna otra de las personas del cuarto, le introdujese por el corredor secreto. Poco tiempo habia pasado desde que se habia dado esta orden, cuando el criado, conformándose con ella, introdujo al hombre, tan cuidadosamente tapado con efecto, que no se le veía ni aun el rostro.

Cuando se quedó solo con el coronel de los guardias descubrió su cara, y Eric-Victor recordó confusamente haberle visto alguna vez, pero sin que pudiera decir ni donde ni cuando.

—Me llamo Nataniel: dijo el hombre con voz sorda.

Y desabrochando la capa se mostró desnudo hasta la cintura al príncipe, que reconoció en él al soldado á quien habían castigado pocas horas antes. El azote habia marcado en sus espaldas serenos morados y verdosos, y causado algunas heridas, y el soldado, mostrándole señas al príncipe arrojó:

—Monsieur, como Dios me oye, me vengaré antes que mis heridas cuenten veinte y cuatro horas.

—Y en quien te has de vengar, infeliz, le dijo Eric-Victor, siendo la justicia la que te ha castigado?

—La justicia no dice mas que lo que quieren que diga, monsieur; algún u hoy que la hace hablar, porque en su nombre se ejerce. Pues bien, ese alguien pagará la vergüenza que he sufrido y el tormento que me ha hecho padecer.

—¿Calla desdichado! ¿Puedes tener siquiera el pensamiento de vengarte de tu soberano?

—Mi soberano es el que estrena al soldado, el que atorrece los injusticias, en fin, el que quisiera conceder el perdón, y no pudiendo hacerlo por sí, le pide y se le niegan, V. A. monsieur. Yo no reconozco otro soberano de Aulart que el príncipe Eric-Victor.

—Estás loco, respondió este; y si no me compadeciese de ti por los dolores que hoy has sufrido, haria que te prendiesen los guardias.

—Y qué! Lograra escaparme de la prision como me he escapado del hospital, y sin que V. A. consintiese en ello, hasta por un solo lo que me dá de indicar á V. A. que haré por su gloria y por mi venganza.

—¿Y has resuelto que yo pudiera aceptarlo?

—Por qué no, monseñor? V. A. desea la corona y nosotros desearnos que la tenga; V. A. necesita quien le sirva, yo vengo á ofrecerle mi vida en servicio de su justa ambicion.

Yo no regalo, sino que ofrezco toda mi sangre, y en lugar de tantas horas que no saben más que pasear acerca del peligro, vengo á ofrecer á V. A. un corazón que no le teme, y un brazo dispuesto á todo. Monseñor, el suplicio que me han hecho sufrir me deshonra á los ojos de una mujer á quien amo, y nada puede rehabilitarme sino lo grande de mi atentado. No pido á V. A. ni su auxilio para cometer la acción, ni su clemencia cuando se halle en el trono; no quiero sino un asilo en palacio hasta que llegue el momento de morir... un asilo por unas cuantas horas no me parece mucho para quien va á coronar á V. A.

La seguridad de que sus amigos le abritarian en breve e cambio del trono por un medio mas suave y menos comprometido, hizo que Eric-Victor fuese un sentimiento de horror al oír las palabras del soldado Nataniel;

le habló con severidad, trató de hacerle desistir de su criminal desegno, y al ver la firmeza que mostraba en él, se preguntó á sí mismo si no convenia hacer que le previniese la guardia de palacio; pero podia Nataniel escaparse de nuevo, tratar de cometer el crimen, sucumbir en su desesperada precipitación, y hacer abortar todo el plan formado. Para evitar esa desgracia, le dijo en tono serio:

—Comprendo la ira que ha debido amenazar en tu corazon un injusto castigo, pero te veo en tal estado de exasperacion, que tan incapaz te hallas de hacer el mal como de escuchar un buen consejo. No quiero perderte y por eso no te arrojé de mi habitacion; ni acepto ni rechazo tus propuestas, porque para mí es como si no existesen; no veo en ti mas que un infeliz castigado injustamente y para evitarte un nuevo castigo te doy asilo en ese cuarto.

Deciendo así, abrió una puertecita, y señaló á Nataniel una pieza inmediata á la sala en que se hallaban.

—Monseñor, dijo Nataniel. ¿V. A. no quiere la corona? Pues yo se la ofrezco, sin embargo.

—Quiero que te calmes y descanses un poco, replicó el principe; mañana hablaremos de eso.

—Mañana me encontrará V. A. lo mismo que en este momento, porque mañana no se

habrán borrado estas señales del látigo, y aun cuando lo estuvieran, no lo estaría la vergüenza que me han causado.

Oyeron pasos y Eric-Victor obligó á Nataniel á entrar en la pieza que había abierto, diciéndole al mismo tiempo estas palabras:

—Quiero salvarle, pero para eso es preciso que no te vean, porque me vería obligado á entregarle si conociesen quien eres. Yo no tengo derecho alguno á oponerme ni aun á la crueldad de Juan Casimiro, tu señor y mío.

—No lo será mucho tiempo: respondió el soldado retirándose al cuarto que le indicaba Eric-Victor.

El que venia á interrumpir aquella conversacion era el mismo criado que había introducido á Nataniel, el cual venia á decir á su amo que el príncipe de Anhalt se disponia á salir para Woerlitz; y conforme á lo que se había convenido, el coronel de los guardias le mandó que colocase una luz encendida en el balcón; hecho lo cual le despidió.

Cuando se vió solo, pues Nataniel continuaba en el cuarto inmediato, empezó á inquietarse Eric-Victor del resultado de la empresa de sus amigos, y en algunos instantes sentia haber tomado aquella resolucion teniendo á la mano un expediente mucho mas seguro para evitar cuáquiera peligro que pudiese venir de su hermano. Sin embargo la ho-

ra se pasaba y suponiendo que el coche del príncipe estaría ya cerca del parage en que debian separarse de camino, se dispusieron sus temores, desaparecieron su pesar, y en medio de la inquietud que tenia de recibir se imaginaba ya vestido con el tanto rigor. A fin de persuadirse de que haria buena figura con aquel traje, vino á colocarse junto á una chimenea en cuya piedra colocó el codo, fijando sus miradas en un espejo que habia encima de ella. Admirábase con entusiasmo, y para lisonjear mas su vanidad, se complacía en figurarse al lado de su rostro lleno y de un hermoso color, el semblante pálido, enjuto y de mal humor de su hermano, y nada es comparable á la lisonjera sonrisa con que se consideraba á si mismo, sino el gesto de lástima que hacia al recordar la triste fisonomía del enfermo. Mas de pronto el orgullo cesó de sonreírse y se pintó en sus ojos el mas vivo terror, perdiendo el color sus mejillas y desvaneciéndose su vista. La imagen que habia llamado su fantasia acababa de volverse real y verdaderamente en el espejo y con un gesto terrible. Por espacio de algunos segundos continuaron mirándose así, el uno perdiendo mas y mas el color y el otro poniéndose cada vez mas serio.

—¿Qué tienes, hermano? preguntó al fin Juan Casimiro. Estás aun mas pálido que yo.

Erie completamente turbado apelo al pre-

testo de la indisposicion de que ya habia hablado para explicar la pidez de su rostro y el temblor de todo su cuerpo.

—Con cierto, dijo Juan Casimiro; muy indispuesto debes estar para no haber percibido nada del increíble suceso que se ha opuesto á mi partida.

Entonces volvió á su hermano, que apenas escuchaba lo que le decía, qu'en el momento de ir á subir al coche, se habian introducido una muger del pueblo entre él y los guardias, y que en vano habian tratado de rechazarla, pues agarrándose á la puertecilla del coche, habia dicho al principio entre otras mil palabras amenazadoras, que tenia contados sus dias, que no le perdonarian á él, ya que él no perdonaba á nadie, y que pagaria con su sangre la del soldado Nataniel, porque le rodeaba por todas partes la tración, y el primero de sus enemigos era su propio hermano.

—Señor! exclamó Eric-Victor fuera de sí con el espanto. V. A. no puede creer eso.

—Si lo creyera, respondió Juan Casimiro, ¿hubiera venido á buscar un refugio á tu lado?

—¿Y V. A. vá á marchar á Woerlitz? Espero que me permitirá le acompañe.

—¡Oh, no, no! Es preciso que me quede, á fin de que esa muger, á quien he mandado prender, nos diga en medio del tor-

mento, á quien ha sido tales calumnias.

—Pero ¿quién es esa mujer? preguntó Eric-Victor, apenas podía sostenerse.

—Es la madre del miserable soldado que ha sufrido su castigo hace algunas horas.

Al acabar de pronunciar estas palabras, se abrió con estrépito la puerta del cuarto en que se hallaba refugiado Nataniel, y este, medio desnudo y con un puñal en la mano se arrojó á Juan Casimiro, gritando:

—Ah! ¿Quieres dar tormento á mi madre? Vive Dios que no se lo darás, porque no existirán bastante tiempo para eso.

Asustado al ver al asesino, dió un grito el mozaeta, se refugió en los brazos de su hermano y se desmayó.

Sosteniendo con una mano al príncipe y apartando con la otra el puñal que Nataniel tenía levantado, el coronel de los guardias dijo al soldado.

—Si te mueves, llamo y te entrego á la guardia.

—Pero, monseñor, V. A. lo ve, su vida está en nuestras manos.

—Pues si intentas quitársela, replicó Eric-Victor, asustado con la idea del fratricidio, no te perderás tu solo, sino que perderás á tu madre, que será castigada como cómplice tuya.

Estas palabras detuvieron la mano del soldado, á quien no hubiera contenido ninguna

otra consideracion. Y no era que Eric-Victor tuviese compasion de su hermano, sino que no podia soportar la idea de que le matasen en sus brazos.

Nataniel, fijando una mirada feroz y desesperada en la victima que le disputaban, dijo en voz baja á Eric-Victor.

—Pues si reina por mas tiempo, monseñor, nos matará á todos, porque no se le olvidará ciertamente que ha visto brillar sobre su cabeza el puñal al lado de V. A. y en su mismo cuarto.

—Así como la amenaza del coronel de guardias había hecho retroceder al soldado, así la de este hizo titubear á Eric-Victor, y aun estuvo por deshacerse del que le tenía siempre abrazado y abandonar la victima al asesino. Pero en aquel momento se aflojaron por sí mismo los brazos de Juan Casimiro, levantó la cabeza, y sus ojos con una expresion de duda y de vaguedad se encaminaron á buscar los de su hermano; dirigió una sonrisa muy extraña pero tranquila á Nataniel, á quien dio un nombre desconocido, habló de fiestas y de guerras, se sentó y como si estuviese en su trono y rodeado de su corte para recibir á un embajador, dijo al soldado: «Asegura á vuestro soberano de nuestra fraternal amistad, y para probaros nuestra satisfaccion personal, os hacemos comendador de todas nuestras ordenes.» Y co-

giéndose en seguida la cabeza con las dos manos; esclamo con desconsuelo: «Oh! El campo! el campo! ¿Quién me dará el cielo bermoso y el aire puro del campo? Aquí me sofoco».

De las estas últimas palabras, volvió á quedarse en una completa inmovilidad.

—Vete, dijo Eric-Victor á Nataniel; el crimen es inútil: estas vengado, tu madre nada tiene que temer, y yo reino porque está loco.

CAPITULO IV.

LA VUELTA.

Después de todo lo que hemos referido, nada sabía Sofia Margarita. Había terminado la noche y venido el día, y nada sabía aun. Desolada hasta el extremo, sin poder encontrar sosiego alguno, corría de su sillón á la ventana y de la ventana al sillón, escuchan-

do cualquiera que senta, y pasando en una angustia mortal largas horas esperando á Javiera que la tarde anterior habia quedado al lado del moribundo, y al ser de dia no habia vuelto al palacio de Dessau. Aunque rendida por la fatiga, se mantuvo desde que se hizo de dia constantemente atenta á la vidriera para ver si venia su lectora, cuando al fin se abrió la puerta que desde el cuarto de esta comunicaba al de su señora, movióse la cortina de terciopelo que la cubría y la señora de Frösing, quebrantada por las emociones y el cansancio se acercó á Sofia Margarita. Recibióla esta en sus brazos, y las dos amigas se mantuvieron abrazadas en silencio algunos instantes, hasta que observando la princesa que Javiera no podía sostenerse de pie, la llevó al sofá, la hizo sentar en él y se volvió á su lado.

No se atrevió la princesa á preguntarle nada, pero sus miradas llenas de cuidado é impaciencia decían mas que todas las expresiones de que hubiera podido valerse. Reconociendo en Javiera con aquel tinte de cansancio iba á principiar su narración, mas Sofia Margarita temióle la revelación que un momento antes deseaba con tanta ansia, se cubrió los ojos con una mano, y poniendo la otra delante de la boca de Javiera como para detener las palabras que iban á salir de ella, exclamó:

—Calla, amiga mía, calla; si ha muerto, no me lo digas.

La señora de Preising separó respetuosamente la mano de su boca, la cual era señal de que podía hablar y de que Olerzell vivía, y dijo:

—Por lo menos no había muerto cuando yo me le separé de él.

Esta noticia, tristemente consoladora, hizo estremecer á la princesa; mas sin embargo, se atrevió á levantar los ojos y fijarlos en la joven, diciendo:

—Gracias; te doy las gracias de que no me ocultes nada. Tendré valor, pero quiero que me lo digas todo.

Entonces Javiera refirió á su señora todo lo que ya sabemos de los temores que había pasado al lado de aquel hombre moribundo, de la desesperación de Patricio Zutzbach al ver el cuerpo inanimado de su amo, y de los cuidados del buen veterano para volver á su amo la vida; y lo hizo con tanta energía y en términos tan fuertes, que cuando dijo que Patricio cargaba con su señor, se había dirigido hacia la casa, á donde ella le había seguido temblando de ver respirar acerbado á cada movimiento y á cada paso, exclamó:

—¡Por Dios, Javiera mía, con compasión de mí! Si quisiera que te escuches hasta el fin, no me repásas tanto, que á cada instante podía morir.

Pero al momento continuó con la misma vivacidad.

—Perdóname; he creído a un movimiento de debilidad de que me averguenza. Cuéntame toda esa terrible agonia, rehéneme todas tus emociones de letargo, todas las vislumbres de esperanza, no me ocutes nada, nada, ¿lo oyes? yo te lo exijo. ¿Por qué no te he de poder oír lo que tu has podido ver? ¿Tengo acaso menos ánimo que tú?

—Seguramente que no, señora, respondió Javiera; pero V. A. le ama.

Bajó los ojos la princesa, y la señorita de Freising continuó diciendo:

—A fuerzas de cuidados de Patricio tuvimos en breve al herido tendido en una cama, y ninguna indaga exterior hasta entonces anunciaba que hubiese dejado de existir. Sin embargo, tenía los ojos cerrados y su cuerpo cedía pasivamente á todos los movimientos que se le comunicaban, insensibilidad que nos heló de terror. Volvió Patricio á colocar de nuevo la mano sobre el pecho de su amo, y después de un momento levantó al cielo los ojos tristemente y me dió á entender con la cabeza que aquel corazón no palpitaba ya. Al cirio sentí que me faltaban las fuerzas, pero la persuacion de que tal vez podia ser útil todavía me sostuvo. El cirio me enseñó con la mano un espejo que estaba colgado en la pared; yo corrí á cozerle y le entregué temblando en manos de aquel hombre; él temblaba tambien, acaso mas que yo... co-

mo V. A. en este momento.... ¡Válgame Dios!
¡Cuánto la aflijo!

—Continúa, dijo la princesa suspirando y con voz tan conmovida que no pudo articular más palabras.

—Tomó Patricio el espejo, prosiguió Javierra, y le colocó junto á los descoloridos labios de la víctima, quedándonos los dos como suspensos con la vista fija en el espejo, deteniendo nuestro aliento y observando si el mensajero de Ser Santa Clara producía algún efecto sobre el cristal. Pasó cerca de un minuto en esta dolorosa expectacion, pero al fin, señora, se enjamó la limpia superficie del espejo; el criado y yo lanzamos á en mismo tiempo un grito de alegría, y entrambos nos pusimos de rodillas á los lados de la cama para dar gracias á Dios por aquel favor inesperado. ¿Creeré V. A. señora, que Patricio me cogió las manos, me alzó, y casi estuve por darle las gracias?

Pues, si señora, porque en tales momentos no hay clase, ni sexo, ni edad, todo desaparece; aquel hombre no era un criado á mis ojos, ni yo á los suyos era una señorita noble; éramos dos compañeros, dos acorralados, dos amigos; sufríamos la misma pena, la misma esperanza y consueña nuestra común alegría; el dolor nos hacía iguales y la caridad hermanos.

—Oh señora! me dijo aquel buen hombre;

no conozco á vd., ni sé quien es; pero la bendigo, porque ha sido nuestra salvacion; sin vd. mi amo hubiera muerto ahí en el camino.

Y sin pensar que su deseo pudiera realizarse tan pronto, añadió:

—Dios mío! vos que lo veis todo y todo lo podéis, haced que aquella á quien tanto ama y que le ha hecho tan infeliz, sepa cuanto ha sufrido y cuán noble es su corazón; que sufra y ruegue por él; haced, Dios mío, que al fin le ame; ¡lo merece tanto!

Si me hubiese atrevido le hubiera dicho de ser un gusano: todo sabrá todo y le amará; y si se lo hubiese dicho, V. A. me lo habría perdonado, señora, porque el buen veterano lloraba á lágrima viva, mientras dirigía á Dios aquel ruego, y era imposible no dejarse arrastrar por su enternecimiento.

El pobre criado conoció que se me comunicaba su emocion, y al momento cerrando sus ojos, levantando la cabeza y recorriendo el ánimo añadió:

—Pero no son lágrimas lo que necesita, sino socorros. Cuida vd. de él, señora, en tanto que yo voy á buscar un médico.

Y sin esperar mi respuesta salió con tanta rapidez, que apenas había tenido yo tiempo para notar que se había ido y ya estaba bien lejos de allí.

Me quedé, pues, por segunda vez sola al

lado de un moribundo, en una casa desconocida, y casa de donde él había hecho todo lo posible para alejar á V. A. Mientras el honrado Patricio había estado burlado, no había yo pensado en nada, ni en lo extraordinario de mi situación, ni á los peligros á que podía exponerme, porque al fin alguien había llevado al mensajero de San Santa Clara, y Patricio había indicado bien el camino que aquel desdichado había sacado en un desafío sin testigos. Su enemigo, y acusador asesino, podía no estar lejos de la casa, percibir la salida del criado y querer venir á cerciorarse de la suerte de su víctima; yo temblaba de miedo de verle aparecer de un momento á otro, y preguntaba con terror al espantoso silencio que me rodeaba. Hubiera podido, sin duda, huir de allí, pero no me ocurrió siquiera tan villano pensamiento, que á mis propios ojos me hubiera hecho indigna de la asistencia que esperaba que Dios hacia de dar á mi ánimo. No es posible que yo espese cuánto deseaba que volviere á la vida aquel joven, ni que ardientes votos dirija por él al Cielo. Oh! no me mire V. A. con gratitud, no me agite la mano; ni me enseñe de ese modo su reconocimiento, porque en mis deseos y ruegos entraba un poco de egoísmo y mucho de miedo.

El que se estaba muriendo había sido capaz de arrastrarse hasta los pies de V. A.

darla una orden, y salvarla de un peligro, y yo me figuraba que si pudiese abrir los ojos, comprender y hablar, velaría también por mí y me protegería en caso necesario. En aquel momento me parecía que mi existencia se confundía con la suya, que yo viviría si él podía resistir, ó que de lo contrario moriríamos juntos. Me incliné hacia él, acechando en su rostro la más ligera señal de animación, cualquiera signo perceptible de vida, y permaneci bastante tiempo en aquella postura sin que nada me diese la esperanza que con tanta ansia buscaba, hasta que al fin salió de entre sus labios como un apagado suspiro; muy poca cosa era, pero para mí era suficiente: al momento se alejaron de mí todos los temores y no pensé sino en el dolor.

Un ruido que oí á la parte de fuera, volvió á excitar de pronto mi espanto; me acerqué á la ventana y me tranquilicé inmediatamente, pues reconocí á Patricio que estaba ya de vuelta; pero no veía solo, sino que lo acompañaba un médico, á quien yo conocí porque le había visto hace pocos días á la cabecera de una pobre mujer del arrabal, á cuya casa me había enviado V. A. á llevar una limosna. Presentarme á él era descubrir á mi señora, y para que el médico no me viese busqué de pronto un sitio en que ocultarme, y solo tuve tiempo para esconderme en un gabinete inmediato.

—No hay nadie, dijo el doctor al entrar; dirigiendo la vista á todas partes. Y volviéndose á Patricio, añadió: ¿No me habías vd. dicho que quedaba una persona cuidando de su amo.

—Con efecto, alguien quedaba aquí cuando salí yo, respondió Patricio, pero segun te ve la compasion se desvanece pronto.

Dijo estas palabras meneando la cabeza de una manera que no dejaba duda alguna de que queria decir: «Me habia figurado que era mas generosa, y no la suponía capaz de dejarle abandonado de ese modo.» Esta reconvención mental confieso que me penetró hasta el alma, y como en realidad no la merecia, y no queria que se creyese por mas tiempo con derecho á acusarme, resolví justificarme al momento, y aprovechando un instante en que el facultativo volvía la espalda al sitio en que yo estaba y se dedicaba á examinar con atencion al herido, entreabrí la puerta, saqué la cabeza y me mostré á Patricio. No tuve que arrepentirme de mi aparicion, porque en la alegría que mostró el buen criado conoció el placer que le causaba mi presencia con que no contaba ya. La sorpresa y el gozo fueron tales en él, que faltó muy poco para que me descubriese; pero habiéndole hecho una seña conocio por qué me habia refugiado en aquel gabinete, y su inteligente mirada me aseguró de su

discreción, con la cual retiré la calceza y junté la puerta, sin acabar de cerrarla del todo.

Reflexo todas estas permenores, señora, porque V. A. me ha mandado que nada le oculte, y aunque no se trata de mí sino de él como he de hablarle él á V. A. sin mezclarle yo nada en la narración?

—Sí, continúa de ese modo animosa y fiel ánimo, respecto Santa Margarita, porque sus emociones, sus temores, sus esperanzas, están íntimamente relacionados con él.

—Estando de nuevo en la escondite, proseguí la sencilla de Fróbelo, traté de ver y oír lo que pasaba en la pieza inmediata en que se hallaba el herido. Estaba agitada en extremo, y V. A. puede figurarse la inquietud con que trataba de ver en la lisonjía del doctor la sentencia que iba á pronunciar mas este se mantenía imposible. Incorporo silenciosamente al herido, y mandando á Patricia que le sostuviese en aquella postura, estuvo tocando en varios puntos el pecho del desahogado y examinando cuidadosamente la herida. Al sondearla hizo un ligero movimiento el colapso, siendo el primero que hacia desde que cayó en el camino á los pies de V. A., sin duda era el dolor el que se le arrancaba, y no obstante, hendió aquel dolor porque prohibía la vida. El facultativo formó un aposito, le colocó sobre la herida, y

cundo acabó fijó sus ojos en los de Patri-
cio, que solo con ellos se atrevia á pregun-
tar al médico; este le dijo algunas palabras,
pero las pronunció en voz tan baja que yo
no pude percibirlos, y en seguida se retiró.
Apenas hubo estado cerri hacia Patricio, cu-
yo semblante triste me revelaba de antema-
no lo que yo deseaba saber; sin embargo, ro-
gué al buen hombre que me dicese la respues-
ta del médico con toda la fidelidad que le per-
mitiese su memoria, y él me dijo:

—Sobora, estas han sido sus palabras: «Es-
to va mal, pero todo depende de la colectu-
ra que le va entrando y de la crisis que es-
ta determine. Mañana muy temprano volve-
ré; hasta entonces no hay que hacer nada, y
si el paciente ha resistido, veremos lo que
convenga».

En todas estas cosas habían transcurrido mu-
chas horas, era ya muy de noche, y aunque
hubo un momento en que pensé venirme, cómo
me había de aventurar á dirigirme á des-
sah en medio de la oscuridad y sola? Yo bien
me figuraba la inquietud en que estaría V. A.
y eso me obligaba al deseo de verme, pe-
ro otro pensamiento no menos poderoso me
retenia en aquella casa. Mi misión no estaba
completa, y había hecho ya demasiado para
no querer llevarla á cabo. Dejar al herido,
sin saber el resultado de aquella crisis que po-
día serle fatal, era quedarnos en el mismo es-

tado que si le hubiésemos dejado desmayado y herido en medio del camino, era acaso peor; pues las palabras del facultativo me causaban una espantosa duda, que me incertidumbre alejaba de mí algunas horas antes. No podía venir al lado de V. A. á responder con aquellas palabras á sus preguntas y temores; seguramente V. A. me hubiera mandado que volviese allá, y aun cuando no lo hubiese hecho, yo lo hubiera hecho, yo lo hubiera pensado y habría vuelto al palacio de los fresnos. Por consiguiente me quedé sentándome á la cabecera de la cama, en tanto que Patricio se mantenía de pie al otro lado.

—Lo que me dá alguna esperanza, me dijo Patricio, es que el doctor ha bajado mucho la voz para respondernos, lo cual prueba que mi amo podía oírlo.

Esto no era una razon suficiente, porque hay otras muchísimas por las cuales no se quiere hacer ruido al lado de un enfermo, pero no tuve valor para desvanecer su ilusión y aun hubiera deseado participar de ella. En tanto que yo buscaba en mi imaginacion algun motivo que pudiera justificar el pensamiento consolador del buen criado, el herido hizo un ligero movimiento, se llevó la mano al pecho, y abrió sus ojos tímidos y por decirlo así, indecisos; nos miró á entrambos, pero aquella mirada nada quería decir. Poco á poco fueron animándose sus ojos, los fijó en

un punto y señaló con la mano un parage del cuarto en que se hallaba, conociéndose que su pensamiento, que yo no podía comprender iba mucho mas allá que su gesto.

—Ya sé lo que pregunta, me dijo Patricio; quiere hablar del hombre á quien había encerrado en el pabellon.

Y volviéndose hacia su amo añadió:

—Señor, ese hombre no está ya aquí, porque yo le he abierto la puerta. Ah! Si yo hubiera sabido lo que habia pasado entre vd. y él, no habria sido vivo de la casa...

No quiso decir mas á su amo por no afligirlo, y acercándose á mí todo me dijo en voz baja sin figurarse el interés que yo podía tener en todo aquello:

—Si señora se ha escapado el asesino, y yo hubiera debido pensar que solo habia venido aquí á alguna cosa mala, porque al salir iba murmurando palabras de rabia, y diciendo: «Traidor! Vive y me la robas! Esta vez la ha salvado, pero ya llegará la mía, y entonces, desdichados uno y otro!»

—Ah! Ya comprendo ahora por qué está herido; exclamó Sofia Margarita. Esas terribles palabras se dirigan sin duda á mí, Javier; pero ¿no has podido saber quién era ese hombre de cuyas manos me ha libertado su sacrificio, ese hombre de cuyas manos me ha libertado su sacrificio, ese hombre cu-

yo furor, impotente en aquel momento, nos amenazaba á entrambos?

—No, señora, respondió la joven lectora nada he podido averiguar. Sea porque efectivamente lo ignorase, ó porque quisiera ser discreto, Patricio, á quien pregunté, como V. A. puede imaginar, me aseguró que nada sabía mas que lo que acababa de decirme, y por otra parte el herido llamaba nuestra atención y cuidados. La crisis que el doctor había anunciado parecía que quisiese declararse; movía su pecho una respiración algo mas agitada, tenía la frente húmeda, la piel ardorosa, y sin embargo, en las contracciones de su rostro y en los estremecimientos de su cuerpo se conocía que interiormente estaba helado. Al principio hizo algunos movimientos violentos, aunque pocos, se agitaron sus labios y salió de entre ellos una respiración rotca y sorda como la de la agonía; estábamos considerándole con espanto, mas al fin, tomó su rostro un poco de color, pareció que se reanimaba, lanzó un suspiro, y pronunció debilmente una palabra... Esa palabra era el nombre de V. A.

—Mi nombre! exclamó la princesa con un arrebató de alegría y gratitud. ¡Fué mi nombre lo primero que pronunció cuando tanto padecía que apenas podía hablar! Hallándose tan próximo á la muerte se dirigió á mi su primer pensamiento! Tu me lo dices, y yo

apenas me atrevo á creerlo, y temo haber oído mal, repátemelo, Javiere, vuélvemelo á decir para que esté segura de que no me engañó.

Pero al momento, arrebatada por una idea contraria, perdió el color, se apagó en su rostro y en sus ojos el relámpago de alegría que había brillado en ellos, y como desengañada por la reflexión, añadió tristemente:

—Estaba loca para alegrarme así. Habrá pronunciado mi nombre, pero habrá sido para acusarme de insensibilidad y aun de burla, porque tu misma me has echado en cara que he sido implacable con ese infeliz joven que se está muriendo por mi causa. Tú habías juzgado bien de su arrepentimiento; tu conociste su corazón, Javiere... ¡Cuanto debe aborrecerme! Me habrá maldecido ¿no es verdad?

—Al contrario: bendice á V. A. y la defiende; respóndale la señorita de Freising.

—Me lo permite! Me disculpa! exclamó la princesa. ¡Oh! si fuese cierto sería demasiada felicidad.

Deciendo así, juntó las manos detras del hermoso cuello de Javiere, manteniendo cautiva la linda cabeza de su lectora. En esta posición, la devoraba con la vista, aspiraba con deleites todas las palabras que ella pronunciaba, y que saliendo de aquella boca tan

cándida y pura, á Sofia Margarita le parecia que venian del cielo.

Javiere continuó diciendo:

—A la calentura se agregó bien pronto el delirio, y este fué tal que el pobre herido se figura que era V. A. la que veia á su lado, y al hablarle creia que era la princesa de Anhalt á quien dirigia la palabra. Lo mas raro es, señora (añadió Javiere con una adorable sencillez) que yo estaba tan conmovida como si el infeliz no hablase por efecto de un error; no sabia yo que era tan agradable oír una decir que la amon.

Fijó en mí una mirada llena de ternura y veneracion, y habiendo indicado con la mano á su criado que se desviara un poco, me dijo:

—Señora: mucho daño me habeis hecho aqui (y señaló al corazon), mucho he sufrido por vos, pero lo olvido todo y soy feliz puesto que os veo. Me lo habeis prohibido, me disponia á marchar y alejarme para siempre, es decir, iba á morir lejos de vos.... Pero os perseguia un vil enemigo, y me quedé para protegeros.... ¡Qué felicidad! ¡Estais aqui.... á mi lado.... no me rechazais con indignacion! ¡Qué generosa sois, señora! ¡tan generosa como bella! No merecia yo tanta felicidad. Voy á morir, sí, á morir, pero á morir por vos y á vuestra vista.... y no podreis dudar de la verdad de mi amor.

—Diciendo así, muy despacio, y en frases sueltas y cortadas había procurado incorporarse sobre la cama, me contemplaba con una especie de éxtasis, y alargaba una mano hacia mí, como pidiéndome la mía. Patricio, que se había separado discretamente á cierta distancia, y que, á lo que yo veía, dudaba ya que fuese tan absolutamente estraña para su amor como había querido suponer, se acercó por detrás á la silla en que estaba sentada, y con voz conmovida me dijo al oído:

—Señora, aun cuando no sea vd. la que cree, dele la mano por piedad; se figurará que es la que busca y eso siempre le hará algún bien.

Cedió al ruego de aquel buen hombre, y alargué mi mano al herido; la del desdichado estaba áspera, seca y abrasada, y el contacto con la mía le hizo estremecer.

—Qué generosa sois! volvió á decir. Os amo, señora, sí, os amo mas que á mi madre y tanto como á Dios.

Aquella excitacion extraordinaria habia animado su rostro, y parecia que hubiese recobrado la vida. Mas de pronto se desconpuso su semblante, contragéronse sus facciones y tomaron un color livido, rechinó los dientes, apretó de nuevo la mano que yo le habia dado, fijó en ella dolorosamente la vista, y soltándola en seguida exclamó:

—¡Yo tocaros! ¡Qué profanacion! ¡Conta-

minar con mi mano la vuestra... Había olvidado quien soy... un infame... un embustero.... Creeis que quien os habla es el caballero Oberzell... pues tengo otro nombre, un nombre infamado... Oh! no le pronunciéis, no le digáis á nadie. Pero cuando estéis aquí, es que no le sabéis que ignoras ese odioso nombre... No, no, bien le sabéis; me le habéis dicho con espanto y horror.... Estoy perdido; perdido para siempre. No hay rehabilitacion.... vuestra boca pronunció esa sentencia; no hay rehabilitacion.

Y tomado de repente aquella voz que tanto conmovió á V. A. al encontrarle en la senda, añadió:

—Huid, huid, señora; estáis en mi casa en casa del barón de Launz.

Agotado con tan terrible agitación se cerraron de nuevo sus párpados, dejaron de moverse sus labios, sus manos y brazos se aflojaron, y cayó su cabeza sobre la almohada, con el rostro tan blanco como ella. Siguióse un silencio largo y pensó á ese arrebatado de delirio, y todavía duraba el sueño del herido cuando penetraron en la alcoba los primeros rayos del día. Pensó de nuevo en V. A., señora, en su ansiedad, en su impaciencia, pero el médico debía venir muy pronto, yo quería antes de volver á pelear saber su opinión definitiva, á fin de comunicársela á V. A. y esperé todavía.

Con efecto no tardo en llegar, y mientras Patriño abría la puerta, yo me oculté en el gacinelito en que había estado la noche antes.

El médico se admiró de encontrar al enfermo todavía vivo; le examinó con la atención mas escrupulosa, alzó las vendas que sostenían el apósito, puso otro nuevo, y después de observar por un rato las palpitaciones del corazón del herido, pronunció estas palabras, que conservé religiosamente en mi memoria:

—La crisis ha sido feliz; la curación será larga, pero me parece que pueda responder de ella, con tal que se le eviten toda clase de emociones, y no haya ni el mas ligero movimiento; de otra manera es hombre perdido.

Con semejante pronóstico, ya no tenía yo nada que hacer en aquella casa, y así, en cuanto se marchó el doctor y vi que el enfermo continuaba amodorrado, me despedí del buen Patrón, cuyos ojos me indicaban que desearía que me quedase todavía.

—Buen fin, mi hijo, no siendo vd. *ella* no importa para cosa que yo la vea cuando vuelva en su pero ¿qué le dará si se acuerda de su dilecto?

Entonces, arriesguéme á desagradar á V. A. pero no quise á que aquel hombre destruyese una luz en que tan feliz había á su amo, le respondí:

—Dígame vd. que era ella; pero no le prometa que volverá.

—Tal fué la narracion de la señorita de Freising, y no es difícil figurarse las caricias que la hizo Sofia Margarita, los gracias que la dió por su celo, y los testimonios de amistad que la prodigó. Quiso que Javiera la volviese á contar sus impresiones, su ansiedad, sus esperanzas; no se cansaba de hablar del cariño de Patricio, y exclamaba:

—¡Cómo le ama! Ya se vé, todos le quieren! Y añadía en voz baja: ¡vivirá y me ha disculpado!

En estas pocas palabras, en esos dos sentimientos, se recopilaban todas las angustias y toda la felicidad de aquella mujer.

La princesa tenía completamente el pensamiento donde estaba su corazón, fuera del palacio ducal; así es que apenas hizo caso de un suceso que sin embargo la interesaba muy de cerca, es decir, del estado completo de demencia en que se hallaba su marido Juan Casimiro.

Las estranas y trágicas circunstancias que habian causado la demencia del soberano, y aun esta misma demencia, hubieran podido mantenerse ocultas, gracias al aislamiento en que desde algun tiempo antes vivía Juan Casimiro. Ese secreto le reclamaba el prudente conde de Barakfeld como conveniente y aun preciso, para la tranquilidad del Esta-

do, pero de ningún modo convenia á las miras de Eric-Victor, que deseaba que un accidente tan favorable para él se desarrollase lo mas pronto que fuese posible. Así es que desde la mañana siguiente, contra la opinion de los mas prudentes consejeros de la corona, el coronel de los guardas fué el primero que reveló el estado en que su hermano se hallaba, y llamó acerca de él la atención de los políticos, y las luces mas bien que los auxilios en la ciencia.

Al saberlo, se reunieron los hombres de estado en consejo y los facultativos en consulta; pero en una y otra parte se pasaron en debates las primeras sesiones, sin que llegara á decidirse nada. Sin embargo, circulaba una voz por el campo de los médicos, que se traducía por otra en el campo político: en el que decían *incapacidad*, y en el otro *troubañ regencia*; y un observador atento hubiera podido reparar que los primeros que pronunciaron esta última palabra, fueron los partidarios de Eric-Victor.

La divergencia era evidente, pero todavía no habia sido llamado el arcángelo médico, y ya crecía cada vez mas y mas se pedían en juego algunas de las grandes dignidades de Juan Casimiro. Por fin, por un suceso, en noticia de Santa Mónica, y en rumores y estos indicios, por las dos sesiones de que se valió para esto el director gobernador de palacio:

pero la princesa de Anhalt no se hallaba en estado de tomar ni interés ni parte en la lucha que iba á empezar. Las recomendaciones que la hacían varias veces al día y por diversos caminos, la parecían impertinentes, las evitaba cuanto podía y se quería ligar la atención en ellas; ¿qué le importaba que Juan Casimiro estuviese ó no capaz de gobernar? La locura no rompía los vínculos que la unían á su marido, y recibió sin gran sentimiento la noticia de que este se hallaba privado de razón; no fue porque no se compadeciese de él, sino porque aquel hombre que á los ojos de los demás parecía como loco y tan árido hacia pocos días, hacia otros que para ella era un insensato y un furioso. En vano la daban á entender todos los días que hasta por el interés de su marido era necesario buscar medios para combatir el influjo de Eric-Victor, en vano la decían que este hombre era emprendedor, ambicioso, que con sus riquezas y su popularidad entre los soldados había llegado á formar un partido que quería darle la regencia; la princesa trataba de exagrar aquellos temores, y de quimbrizas aquellas intrigas, no podía el peligro por no tener el trabajo de evitarle ó hacerle frente.

A los que la indicaban que el príncipe de Anhalt acaso no volvería á recobrar jamás la razón, respondía que aquel caso no era

mas que un accidente pasajero de los que siempre había sufrido su esposo, y que no leman motivo para alarmarse ni su pueblo, ni las naciones extranjeras, puesto que sano ó enfermo, siempre había gobernado, si no para la felicidad, por lo menos para la quietud de todos.

Los verdaderos amigos de Sofia Margarita se affligian de aquella aparente seguridad, y se admiraban de su indiferencia á la vista de tan importantes intereses. Intereses! En aquellos momentos no conocia otros Sofia Margarita que los que tuviesen relacion con el noble caballero que tan generosamente habia sacrificado por ella su vida, en pago del desprecio con que le habia tratado. ¿Qué le importaba su partida, su título, ni la probabilidad de ocupar la realeza? ¿Qué le importaba todo eso á la princesa Arduet, cuyo pensamiento se fijaba únicamente en un objeto, fuera del cual nada habia para ella? ¿Existia todavía Jorge de Lamitz? Si alguien hubiera respondido á esta pregunta, la princesa le hubiera escuchado con atención.

Pero pasaban dias y dias y nada venia á tranquilizar la triste inquietud que devoraba su corazón. Nada sabia del herido, y ¿cómo podría tener noticia de él? ¿Enviando á buscar? Este paso, descubierto, no habiératenido licencia alguna, y podría comprometer á no tiempo á la que le daba, á la que le habia man-

dado dar, y al mismo á quien se manifestaba aquel interés.

Alguna persona sabía que Jorge de Lannitz estaba herido, y esa persona era enemiga de Jorge y de la princesa; acaso los había espíado á entrambos y no esperaba para acabar con sus víctimas sino el testimonio de interés que Sofia Margarita manifestase con respecto á su libertador.

Sin embargo, á pesar de todas las razones que la princesa trataba de dar á su amiga para justificarle á sus propios ojos de la conducta que observaba con respecto á Oberzell, á pesar de los prudentes motivos que la obligaban á no enviar á saber noticias suyas, Javiera no hubiera dejado de volver á saber del herido; pero como temía las consecuencias que esto pudiera tener para su querida señora, no se atrevía á ofrecerla formalmente su servicio, y se contentaba con mirar muchas veces de una manera melancólica á la princesa de Anhalt, dirigiéndola al mismo tiempo una sonrisa provocadora que ella aparentaba que no entendía.

Habían pasado á todo esto doce días, de-
se largos días, durante los cuales Sofia Margarita se había mantenido casi constantemente encerrada en su habitación con su amiga, durando, esperando y llorando juntas. En fin, una mañana, impelida por una inquietud que ya no podía dominar, la señorita de Freising

miró á la princesa con una espresion aun mas triste que otras veces, y su ama apretándole la mano la dijo afectuosamente:

— ¡Adiós, mi niña!

Mas en tanto que Javiera encuella en su manto sale directamente de palacio y se dirige al pabellon de los frescos, oigámos algo de lo que pasaba en la residencia del príncipe y en toda la ciudad de Dessau.

CAPITULO V.

LA VOZ DEL PUEBLO.

Los días que la princesa de Anhalt habia consumido en la inquietud y la inaccion, los habia aprovechado muy bien sus enemigos. Las ideas y verdades de los médicos, de los consejeros y de los diplomáticos extranjeros, no podian menos de conducir á un pronto resultado, porque todo marchaba de

concierto y en armonía en aquel misterio. En este caso debía suceder lo que sucede casi siempre en semejantes circunstancias, que los mas emprendedores y atrevidos intimidasen á los mas débiles; y como los partidarios de la princesa se veían abandonados por la que naturalmente hubiera debido guiarlos, animarlos, sostenerlos, estaban indecisos, y pensaban en todos los partidos, sin tomar ninguno.

Entre tanto los médicos declararon oficialmente que á consecuencia de la alteración ocurrida en las facultades mentales de Juan Casimiro, había peligro en dejar por mas tiempo en su mano las riendas del gobierno, y por consiguiente era preciso proveer de tutela al demente y al príncipe. Era necesario nombrar regente, pero ¿quién había de serlo? Esa era la gran cuestion. Los plenipotenciarios de otras naciones no quisieron tomar parte en un negocio tan delicado, y dejaron su resolución al Senado de Dessau. Esto era lo que deseaba Erle-Vector, y previendo lo que casi debía suceder, es fácil figurarse lo que había intrigado con los individuos de aquella asamblea. El Senado de Dessau se parecia en miniatura á los Estados generales de Francia; por desgracia la nobleza, es decir, el ejército, porque en aquel tiempo noble y oficial eran dos palabras que rara vez dejaban de ir juntas, dominaba en el Senado, y

ya sabemos que el ejército era partidario de Eric-Victor.

El pueblo, decidido sostenedor de la princesa, no tenía, en él ni un solo representante y en cuanto á la clase media, que sostenía también los intereses de Sofia Margarita, no constituía sino una multitud muy débil, y compuesta de hombres que no estaban acostumbrados á los debates; en fin, hallábanse en el Senado algunos magistrados adictos también á la esposa de Juan Casimiro. Pero á los pocos defensores que la princesa tenía en aquel cuerpo, oponían sus adversarios una de esas palabras que desconciertan porque sustituyen la pasión al razonamiento, una de esas palabras que tienen la virtud de concentrar en sí toda una gran preocupación, una terrible en una asamblea, porque está al alcance de todos y es difícil defenderse de ella. Esta palabra terrible la aplicaban á Sofia Margarita sus enemigos, calificándola de *extranjera*.

En tales disposiciones se hallaba el Senado de Dessau cuando se reunió para decidir la cuestión general de la regencia. Habiase dispuesto con gran solemnidad la sala destinada á esta sesión, cubriéndola toda de terciopelo, y colocando de trecho en trecho varios trofeos de armas. Enfrente de los bancos en que habían de sentarse los individuos del Senado había un estrado cubierto con una alfombra

bra magnífica: en los escalones superiores se habían colocado las sillas de los ministros, entre los cuales estaba el conde de Burekfeld, y en el punto mas alto un magnifico trono en que acostumbraba sentarse el príncipe á quien ahora querian reemplazar.

Ya estaban todos en sus puestos, aunque no había llegado la hora señalada para la sesión, y el héroe de la fiesta, el príncipe Eric-Victor miraba de soslayo al trono á que aspiraba.

Mezclado con sus partidarios, iba de uno á otro, dando la mano á todos y dándole al oído á cada uno algunas palabras ligeras, en tanto que ellos escuchados por la presencia de su jefe, rean, levantaban la voz y hablaban entre si con muestras de alegría. Los que favorecían á la princesa por lo contrario, se juntaban al oído, comunicándose sus inquietudes y tambien con oyes de desaliento y tristeza al pobre destituido á la princesa, que permanecía vacío.

Soio uno de todos los antagonistas de Eric-Victor no miraba hacia ese palco, y era el conde de Burekfeld, que tenia fija la vista hacia algunos minutos en una puerta-cita por donde entraban los funcionarios de palacio. «No viene, pensaba entre si, y dentro de poco no será ya tiempo. Ah! Por fin, está ahí.»

El que entraba en aquel momento era el portero mayor, Ruttehdorf, pero su fisono-

ma no respiraba el aire de contento que había en una sala al conde de Barckheim, aunque bien le iba la cabeza baja y en el alma consternado.

—¿Qué hay? le preguntó el diplomático luego que se acercó a él.

—Que no vendré, respondió Ratteldorf en voz baja.

—Pues ¿qué tiene? volvió á preguntar el conde con una vena que hubiera podido hacer que se le mirara, si los concurrentes hubieran estado en silencio.

—Me ha dicho: «Dó vd. las gracias á todos mis buenos amigos y muy particularmente al conde de Barckheim; pero dídeles que se abstengan de hacer ninguna manifestacion peligrosa. Mi enemigo es mas fuerte que yo, y no quiero luchar contra él».

—Explíve el dictado su filosofía! exclamó el conde sin poder contener la indignacion: ¡Vaya vd. á tratar de política con una princesa enajenada!

Oyó Ratteldorf la imprecacion y se aplicó parte de ella; miró entusiasmado al ministro y le dijo en tono contrito:

—¿Cómo? ¿Cree vd. que sea el amor...?

—Pues ¿qué otra cosa ha de ser? interrumpió el conde. Si no tuviese ocupada la cabeza con ese devaneo, ¿se dejaba arrancar el poder con tanta indiferencia?

—¡Ah señor conde! exclamó el montero.

¡Es una cosa tan agradable el amor! El amor basta á todo y consuela de todo. ¡Adorable princesa! Sin embargo, si yo hubiera sabido que inspirándola esa pasión comprometía su corona, habría hecho el sacrificio de desterrarme voluntariamente.

Miró el conde á Ruttedorf con aquel ademán de listina que causa un loco á quien, por olvido se está hablando razonablemente, y sin responderle nada, se encoga de hombros y volvió la espalda á su interlocutor.

«Ahora me quiere mal este, como si fueramía la culpa, pensó entre sí el montero mayor. ¿Puedo yo impedir que me adore la princesa?

En aquel momento acababa de abrirse la sesion, pero sin reparar en nada de lo que á su rededor pasaba, ni distraerse con la importancia y solemnidad del debate que iba á entablarse, el enamorado de Sofia Margarita se felicitaba interiormente de ser tan dichoso seductor. «Con que soy yo, se decía á sí mismo con la mayor fatuidad, quién hace olvidar todo á esa mujer? Pervenir, mando, gloria... ¿qué vale todo eso comparado con el objeto á quien se ama?

En todo esto se hallaba el montero mayor bastante conforme con los pensamientos de la princesa, pero con una sola aunque muy esencial diferencia, á saber, que no era por pensar en él por lo que la princesa descuidaba sus intereses.

—Dios mío! decía esta á sus solas, inquie-
ta por la tardanza de su amigo. ¿Qué tienen
que hablarme de mi poder (que acaso espira
en este momento) cuando todos mis pen-
samientos se fijan en mi libertador! Cuando
no sé ni aun siquiera si existe! ¿Cuánto tar-
da en volver Javieta! ¡Pobre Oberzell! solo pa-
ra colmarle de bienes pudiera yo ser ambi-
ciosa; pero no teniendo esperanza de poder-
le pagar lo que le debo ¿qué he de hacer de
ese poder que quieren darme? Mis enemigos
tienen razón, muerto el caballero, yo no soy
aquí otra cosa que una *extranjera*, y me
glorio de ese insulto que me hacen, porque
en efecto no tengo apego á cosa alguna. El
poder! ¿Y de qué me sirve? Todavía le po-
seo en este momento, y yo princesa, yo so-
berana, no tengo ni aun la libertad de mi
corazon, y hace doce dias terribles que no pue-
do saber si ese hombre se ha muerto ó vive.

—Vive, señora, esclama Javieta, que en
aquel momento entraba en el aposento de la
princesa.

—Vive! repitió esta llena de alegría. Vive!
¿Le has visto tu misma?

—No señora; contestó la jóven pronun-
ciando las palabras con la mayor volubilidad,
como si quisiera dar todas las explicaciones
á un mismo tiempo. En el pabellon de los
fresnos no he hallado sino al buen Patricio,
que se disponia á ir á buscar á su amo, pue-

este había salido hacía mucho tiempo á pesar de la prohibición del facultativo.

— ¡Habría salido! exclamó Sofia Margarita alarmada. ¡Es imposible! Una independencia semejante podría costarle la vida.

La viuda ¿es acaso la primera vez que la espolea por V. A.?

— Por mil otra vez por mí! ¿Qué es lo que quieres decir? Habla.

— Quiero decir que la ciudad está allorizada, y que por tales puros hay remiendos y gritos, con motivo del nombramiento de la regencia.

— Si el Senado está reunido para eso; acaban de avisarlo. ¿Y qué más?

— Que Eric-Victor va á triunfar indudiblemente, y entonces está perdido el libertador de V. A. Patrión me lo ha dicho todo; el príncipe Eric era el que trataba de perder á V. A. en el pabellón de los fresnos, el que se ha aliado con Oberzeli, y el que le ha herido en fin, él es el que profirió la amenaza. ¡Pobres de los dos! V. A. puede bien conocer que si él vence el otro está perdido sin remedio.

— ¿Qué me dices! exclamó la princesa espantada por aquel nuevo peligro. ¡Hallarse él en un riesgo tan inminente! Oh! ¡Yo pierdo la cabeza! ¡Y dejados abandonados á mis fieles defusores! Era una cobarde... estaba loca... Lucharé... Quiero ser regente.

Resaltada con tales sentimientos, volvió en
pronto de sí la indecisión y el abatimien-
to, y serena, impetuosa, resuelta, se volvió
hacia Javiero y con acento de autoridad le
dijo:

—Pronto, condesa de Freising; acuso es
tiempo todavía. Que se dispongan los papeles
y nos guardase al Senado al Senado!

Pero el Senado había adelantado ya mucho
en favor del competidor de Sofia Margarita.
Se había leído la declaración oficial de los
indicios relativamente á la incapacidad de Juan
Casimiro, ó sin abrirse siquiera discusión
había resonado en varios puntos de la sala el
grito de: «Viva el regente! Viva el príncipe
Eric-Victorio! Estas aclamaciones habían sido
casi unánimes no porque contribuyesen á
ellos todos los concurrentes, sino porque los
amigos de la princesa no se atrevían á pro-
testar en contra. ¿Cómo se hubieran atrevido
á ello, abandonados por la princesa y leyen-
do en el rostro de Barckfeld el abatimiento
y la resignación?

La hermana del príncipe de Anhalt había
esperado encontrar alguna resistencia y no ha-
bía ninguna; así es que en su rostro bri-
llaba la alegría, y nada podía igualar á la
insolencia de sus partidarios. Impelido por sus
aduladores y embriagado por aquellas voces
que le llevaban al poder, se dirigió Eric-Vic-
tor orgullosamente hacia el estrado, subió los

escalones y llegó hasta el trono; resonaban en la sala los vivas, y volaban por el aire los pañuelos, pareciendo que toda la sala estaba entregada al mismo delirio. Iba ya el príncipe á pronunciar, con la mano puesta en el corazon, una arenga estudiada la noche anterior para esta solemnidad, cuando se abrió el palco de la princesa y se presentó en él Sofia Margarita, acompañada por algunos oficiales de su corte.

Al verla paró el color Frie-Victor, se estremecieron sus labios, y poseó una mirada inquieta por toda la asamblea. La mayor parte de los que la componían no habían observado la llegada de la princesa, y la fatiga del asprante á regíela fué la que se la dió á conocer; entonces dejó de ceder en presencia de Sofia Margarita, los más fanáticos mostraron una insolente osadía, y no faltó entre ellos quien gritase:

«Fuera la extranjera! Al mismo tiempo los partidarios de la princesa, excitados por sus miedos y sonrisas, aventuraron algunas exclamaciones que ahogaban con sus gritos los aecuares de Frie-Victor. En medio de aquel tumulto, se hacia notable Ruttebdrf por la petulan-ia de sus movimientos, y la fuerza de sus gritos. Desesperado de ver lo pasada que le habían juzgado los suyos, gritaba como un cuervumano, y llegó á decir: «Ala-jo el príncipe.»

Entraron algunos soldados en la sala y se apoderaron del montero mayor, á quien iban á sacar fuera; pero Eric-Victor que sabia que la generosidad usada en la victoria produce siempre buen efecto, interpuso su autoridad en favor de su fogoso enemigo. Ese rasgo de magnanimidad calculada, escribió el mayor entusiasmo entre los suyos; y los amigos de Sofia Margarita quedaron aterrados. Acaso el único que en medio de aquel trastorno permanecía tranquilo era el conde de Barckfeld, que á pretexto de coger una pluma o un pañuelo que se habia caído, apacaba hacia algunos minutos el oído de una manera particular, como si quisiese percibir algún ruido lejano, que no le dejaba oír el desorden que reinaba en la sala.

Durante este tiempo los aplausos y gritos de la asamblea habian ido en aumento, é iban á obtener en medio del entusiasmo un voto casi unánime y proclamar á Eric-Victor acto continuo. El príncipe, repuesto de su primera vacilación, habia levantado la cabeza y vuelta á resaltar su ademán insolente. Indicaba con sus gestos y ademanes que deseaba hablar, pero sus esfuerzos, que eran en corto número y no tenían otro medio de oponerse á los desgracia del futuro regente, continuaban locando ruido.

Entonces Barckfeld se levantó de su sitio, y dijo hasta donde estaba el príncipe y en qué

el valiente Oberzell, que á pesar de su herida, pálido y débil, tenía aun energía suficiente para servir á la que amaba? Vióse la princesa y perdió el color, pero desde aquel momento estaba asegurado el triunfo; el renado se pasó casi entero al lado de Solia Margarita, y proclamada esta regente del principado de Anhalt, fué conducida en triunfo hasta su aposento.

Illuminóse la ciudad y las gentes circulaban por las calles abrazándose con entusiasmo, y celebrando aquel resultado como un fausto suceso que les libraba de un azote. El conde de Barekfeld fué el que se mantuvo tranquilamente en su casa, y á los amigos ó enemigos que le felicitaban de haber sido la causa determinante del triunfo de la princesa, respondía modestamente.

—Yo nada he hecho. Tenía calor y abrí una ventana: no ha habido mas.

Durante la noche que se siguió á aquel día agitado y de regocijo para el pueblo de Dessau, salió tristemente un coche de palacio y se alejó rodeando las murallas de la ciudad, sin duda para evitar los gritos y las luces de la fiestas. El tal coche era el de Juan Casimiro, que se dirigió silenciosamente hácia el palacio de Woerlitz, que desde aquel día en adelante debía ser la residencia del pobre demente.



CAPITULO VI.

LOS DERECHOS DEL PODER.

UNA revolucion, por buena que sea, no puede jamás cumplir todo lo que ha prometido, y mucho menos todo lo que de ella esperaban los que la han hecho, y como es inclinacion propia del hombre exagerar la importancia de los servicios que ha prestado y disminuir el valor de los favores que ha recibido, sucede con frecuencia que los vencedores de ayer son los descontentos de hoy. Eric-Victor habia contado, sin duda, con las ambiciones engañadas y con las ilusiones de la vanidad destruidas, porque suporto su derrota de una manera que demostraba claramente que no la miraba como definitiva; pero pronto debió desencantarse y conocer que

era cosa perdida para él y los suyos, pues una tentativa de revolución que se quiso hacer bajo su nombre se estrelló completamente. Barchfeld, que era primer ministro, aprovechó aquel estuerzo desesperado para hacer que viniesen de Bernburgo algunas tropas enviadas por el padre de la regente, y estas sirvieron para consolidar el poder de Sofía Margarita.

Mas feliz que envanecida esta con gobernar, pensaba en todo el bien que podía hacer, y no olvidaba los favores que podía conceder al hombre cuya generosa actividad había contribuido tanto á su triunfo y había conmovido su tierno corazón. Llamábale con todos sus votos, mas Oberzell se mantenía siempre retirado, y entre la turba de pretendientes que rodeaban por do quiera al nuevo poder, buscaba en vano al que hubiera deseado colmar de gracias y de favores.

Bien comprendía la princesa toda la delicadeza de semejante conducta, pero se afligía de ella internamente, y sin embargo, no estaba en el orden que fuese á buscar á quien parecía que huía de ella, y por otra parte el absoluto silencio que Barchfeld guardaba con respecto á aquel joven no alejaba á Sofía Margarita, para que en este punto se aconsejase con su primer ministro.

En circunstancias tan delicadas, consultó á Javiera, que era la confidente privilegiada de

sus penas secretas; y como la amable niña formaba ideas políticas conformes á los sentimientos de su corazón, pontica agradable pero muy peligrosa en la práctica, luego que su augusta amiga la manifestó sus inquietudes y escrúpulos, se dedicó á destruir las unas y desvanecer los otros.

—¿No es V. A. la soberana, señora? le dijo. Además, ¿se trata de algún negocio de estado en que sea preciso conformarse con el parecer del consejo? ¿Qué tiene que verterse la política en que V. A. vea ó no á un jóven que tan noblemente la ha servido. Y aun cuando deba mezclarse esa festiva política de que tanto se habla, no podrá menos de presentar á V. A. como un deber el recompensarle, porque al fin, á él debe en gran parte el poder que ejerce.

Y en tono mas sério añadió:

—Señora: mire V. A. lo que hace, porque los príncipes no deben ser ingratos.

Como S. M. Margarita estaba ya muy inclinada á las doctrinas que la predicaba su lección, consideró las dos en que sin decir nada al ministro, por no ser cosa de maliciar, la regente recibiría dos millones de reales, y como debía haber corte, al día siguiente consagrado toda su vida, á la religión, habían solicitado el favor de que contribuyera á tributar su homena-

ge á la regente, y solo Oberzell no habia reclamado aquel precioso testimonio de la régia benevolencia. Javi ra decidió que debia inscribirse *de oficio* su nombre en la lista de los admitidos, y se encargó de poner en noticia del caballero la honra y la felicidad que le sahan al encuentro.

Esta conversacion de las dos amigas, fué, á decir verdad, el primer momento de alegría que disfrutaba la princesa desde que había sido nombrada regente. Introducida de prunto en el pais tortuoso, sombrío y oscuro que se llama política, se felicitaba de haber encontrado aquella ráfaga de consuelo, que alegraba su horizonte y doraba su porvenir. Todo el resto de aquel día y la noche siguiente, lo pasaron las dos jóvenes en hablar de la sorpresa y el gozo que iba á experimentar Oberzell al recibir una invitacion para presentarse en la corte, y se dedicaron   pensar con qué empleo   dignidad se podía ya que no pagar, por lo menos agradecer sus servicios. Pasaron revista   todos los favores que puede conceder una mano soberana, pero unos no le colocaban en el puesto que merecía, y otros no se le podían conceder sin peligro. Nombrarle secretario particular de la princesa, era imprudente por ser un empleo de demasiada intimidad, y fué preciso renunciar á esa idea. Pudiera nombr rsele teniente de guardias de corps, hermo-

so destino, cuyo mas precioso privilegio á los ojos de la princesa y á los del mismo Oberzell, hubiera sido la obligación de no separarse de la corte y custodiar la persona de la soberana. ¡Qué bien le sentaría el uniforme! ¡Cómo estaría allí verdaderamente en su puesto el que ya la había defendido con tanto aliento y valor! Custodiada por el hermoso teniente no había tentativa criminal que pudiera temer. Pero para servir en aquel cuerpo no bastaba ser noble, sino que era preciso haber nacido súbdito del príncipe de Anhalt-Dessau, y Oberzell era extranjero puesto que había nacido en Bernburgo. Las dos jóvenes murmuraron contra la chocante contradicción que permitía que el ducado de Anhalt-Dessau estuviese gobernado por una princesa bermburguesa, y privava á esta del derecho de nombrar oficial de su guardia á un caballero del mismo país.

—Todo eso lo alteraría yo, si fuese soberana; dijo la gentil lectora.

—¿Aunque fuera esponiéndote á suscitar una infinidad de enemigos contra tu protegido? contestó la princesa.

Javier vió que era preciso renunciar también á poner á Oberzell el brillante uniforme de los guardias de corps de la regente, y la maliciosa niña pronunció la palabra embajador, que escitó un gesto de desaprobación en el rostro de Sofia Margarita; y una

sonrisa burloncilla en el de Javiera. Fingió esta que no comprendía la repugnancia de su noble ama, y para hacerla rabiar un poco, siguió diciendo:

—¿Sabe V. A. señora, que es muy hermoso ser embajador? Se tiene una gran casa, mucho lujo, y se alterna con la sociedad mas elegante y escogida. Estoy segura de que haria un papel brillante en cualquiera corte extranjera; y qué netas diplomáticas nos enviaria! No hay puesto mas elevado que el de un embajador, que representa á su soberano.

—Sí, de lejos! exclamó Sofia Margarita, dejándose engañar por su lectora que no pudo menos de soltar la risa, lo cual la valió una suave reconvencion de parte de su señora, que la dijo:

—¡Ah bribonzuela! ¡Tú tambien te complaces en atormentarme!

En fin, despues de mil palabras y proyectos, y de haber murmurado á su gusto de un jóven que pudiendo aspirar á todo tenia la torpeza de no solicitar nada y dejarlas á ellas el cuidado de pensar lo que mejor podria convenirle, sacaron por conclusion que todos sus proyectos no eran otra cosa que juegos de chiquillos, y que por mas que escogitasen los medios de recompensar los servicios de Oberzell, nada podian hacer sin la concurrencia y consentimiento del conde de Barckfeld.

Habia llegado el día de la corte, é iba á dar la hora señalada para la recepcion. La princesa esperaba aquel momento con una vivísima impaciencia, pero no mayor que la que tenía el que habia recibido el ballete de convite para presentarse. ¡Cómo habia palpitado el pobre corazon de Oberzell, cuando recibió la carta que le llamaba á la corte! Dos dias habian pasado desde entonces y todavia duraba la emocion del primer momento.

«¿Es ella la que quiere verme? se decia á sí mismo en medio de su delirio. ¿Es Sofia Margarita la que me llama! ¡Olvida mi pasada indignidad y no se acuerda sino de la sangre que he derramado por ella! ¡Cuan bueno es Dios en haber colocado la indulgencia y el perdon en el alma de los que no los necesitan....»

En tanto, pues, que por una parte la joven regente pensaba en el porvenir de Oberzell, este por la suya fraguaba tambien su novela, y con el corazon dilatado y los ojos llenos de alegría, trataba de comunicar y comunicaba sin gran trabajo á su fiel Patricio la felicidad que le agobiaba.

—¿Comprendes tú, decia al pobre viejo abrazándole como un loco, comprendes tú toda mi dicha? ¡Voy á verla, á oirla, á hablarla! ¡Ah! No he hecho bastante, pues hubiera debido morir por ella.

A esta locura respondia el juicioso Sulzbach:

—Pero si hubiera vd. muerto hace tres semanas, no podera verla hoy.

Oberzell se encoga de hombros como su criado hubiese dicho una necedad y murmuraba entre si: «Turne excelente corazon, pero una alma muy fria.»

Mucho antes de la hora señalada para el besamanos, salió de su casa Oberzell con direccion á palacio. En el camino encontró al montero mayor que iba orgullosamente por las calles, seguido de dos lacayos y vestido de toda gala, llevando como adorno de su traje, para cerrar su admirable corbata de encaje el lazo de cinta carmesí. El enamorado oficial de la princesa, á pesar del nuevo título de su adorada, no se desdennó de hablar al que una voluntad superior le impuso como convidado á su mesa un día antes del mes anterior. Desde aquel día no habia vuelto á ver al terrible jefe de los Asociados de Bernburgo, ni sabia de él otra cosa que la íntima amistad que con gran rapidéz habia formado con Eric Victor; y en cuanto á la parte que Oberzell habia tenido en el nombramiento de la princesa, no tenia idea alguna, á pesar de ser individuo del Senado, pues cuando el pueblo llegó á las puertas de este, perdió Rutteldorf de tal manera la serenidad, que no podia distinguir ni conocer á nadie.

—¡Ola amigo mio! dijo á Oberzell en tono medio vanidoso y medio compasivo cuando la

encontró ahora en la calle. Hemos triunfado, pero si su nuevo protector de vd. tiene juicio puede decirle que estamos dispuestos á la clemencia.

Y añadió en tono mas bajo:

—Mala época ha escogido vd. para hacerse amigo del cuñado; su partido está arruinado, y nada se puede sacar por ahí. Venga-se vd. al partido de mi princesa, á quien es verdaderamente glorioso servir. Tengo los brazos largos y le ofrezco á vd. mi proteccion.

Sonrióse Oberzell al pensar en la recepcion que le esperaba y respondió con jovialidad:

—Un presente se paga con otro, señor de Rutteldorf; yo tambien ofrezco á vd. la mia.

El montero mayor, escandalizado de aquella insolente proposicion, iba á responder en tono enfadado; pero pensó al momento que su secreto estaba en poder del baron de Lantz, y se contento con decir:

—Tomo sus palabras de vd. por lo que valen.

Y continuó marchando tranquilamente hacia el palacio, tomando el camino mas largo para pasear por las calles su traje de ceremonia, que producía un gran efecto en las gentes del pueblo de Dessau. Mas quedó tan admirado como puede haberse admirado nadie en el mundo, cuando al entrar en la antecala del besamanos encontró al supuesto amigo de Eric-Victor entre las personas á quie-

nes la princesa había permitido que la presen-
tasen sus homenajes.

La regente, que sentía la misma impacien-
cia que su libertador, estaba también vestida
mas pronto que de costumbre, y esperaba en
su tocador la hora que se había fijado para
ir al salón de recibo. Hallábase sola con Javie-
ra alegrándose y gozando entrambas de ante-
mano de aquel feliz suceso, cuando un cria-
do anunció que el primer ministro deseaba ha-
blar á S. A. Miráronse con inquietud las dos
mujeres, porque no era la hora en que por
lo regular el conde de Barckfeld trataba de
los negocios del Estado con su soberana, y
Javiera se levantó para retirarse; mas su se-
ñora la detuvo diciendo:

—A donde vás?

—Querrá hablar á solas con V. A.

—Pues aguarda á que él lo manifieste; re-
plicó la princesa un poco turbada por la
circunstancia de no ser la hora del despacho.
Y volviéndose al criado que esperaba á la
puerta, añadió:

—Que pase adelante.

Presentóse al momento el conde de Barck-
feld con rostro grave y frente pensativa, é in-
clinándose con respeto delante de Sofia Marga-
rita, la dijo:

—Desearia que V. A. me concediese una au-
diencia á solas.

Retróse Javiera, y al salir dirigió una mi-

rada á la princesa, que queria decir: «Ya lo habia yo previsto,» mas Sofia Margarta no reparó en ello, pues tenia toda su atencion fija en observar la actitud inquieta de su ministro.

—Señora, dijo este en tono triste, vengo á revelar á V. A. una nueva maniobra de nuestros enemigos, cuyo autor é instrumento, que descubriremos sin duda merece un ejemplar castigo.

Al oir estas palabras se dilató el corazon de la princesa y quedó libre de una cruel opresion, pues se habia figurado al principio que el ministro venia á oponerse á su entrevista con Oberzell. Al saber que se trataba de una tentativa contra su poder, se sintió tan descargada de aquel peso, que de muy buena gana hubiera dicho: «Ah! ¡No es mas que eso!» si el poco tiempo que llevaba de gobernar no la hubiera enseñado á desconfiar de las primeras palabras como de la primera impresion. Felizmente se acordó de que la reserva es una cualidad propia de los principes, pues si su pensamiento les pertenece, sus palabras son los del dominio de todos, y esforzándose por disimular su contento, respondió:

—Me asusta vd. señor conde; sin embargo, no puedo menos de darle las gracias por el celo que muestra en servirme. Hable vd. y si el crimen es grande, como dice, y el

culpado está convicto, será incesorable, aunque á pesar mio, pues bien sabe vd. que no me gusta castigar.

—Lo sé, señora, replicó el conde; pero V. A. me permitirá que la diga que la clemencia es una virtud peligrosa para el trono. Si V. A. hubiese atendido á lo que exigian las necesidades políticas, el príncipe Eric-Victor se hallaría á esta hora encerrado en una prision de estado, ó por lo menos en un destierro y sujeto á la mas severa vigilancia. Si el no hubiera contado con una magnanimidad admirable pero poco prudente no hubiera tenido la imprudencia de permanecer en Dessau, para insultarla en cierto modo estableciendo su servidumbre y su corte que rivaliza con la de V. A.; su corte, señora, que, los partidarios del príncipe se atreven á llamar corte nacional, al paso que á la de V. A. la llaman corte de la extranjera. Tampoco hubiera tenido la insolencia de formarse, bajo un pretexto ridiculo de seguridad personal, una especie de guardia de honor, que hace que cualquiera extranjero al ver en nuestra ciudad dos banderas opuestas, se crea en medio de dos campamentos enemigos, y no en una capital en que el poder se halla legitimamente establecido. En fin, señora, si V. A. hubiera querido castigarle, acaso no tendria hoy yo que denunciar una criminal maniohra que solo ese atrevido ene-

migo de V. A. ha podido imaginar.

En cualquiera otra circunstancia las palabras del ministro hubieran causado grande impresion en Sofia Margarita; pero como todo esto no podia, en su concepto, oponerse á la benévola recepcion que se disponia á hacer al joven Oberzell, se mostro bastante indiferente á lo que el conde de Barekfeld la decia, lo cual no se escapó á la penetracion del ministro, que desde que entro tenia fija la vista en la regente.

—Señora, continuo acercando en el rostro de Sofia Margarita el efecto que se prometia de sus palabras; nuestros contrarios son muy astutos y la desesperacion que les ha causado su nueva derrota les ha inspirado una ingeniosa maquinacion que hubiera perdido á V. A. si yo no la hubiese descubierto. No teniendo nada que censurar en los verdaderos actos de V. A. han tratado de inventarlos muy reprobables y atribuirseles; ha habido quien se ha encargado de falsificar la letra de la lectora de V. A. la señorita de Freising, y es preciso confesar en honor del falsificador que lo ha conseguido perfectamente; así no es extraño que la persona á quien se ha dirigido la carta haya podido enganarse.

Todavía no adivinaba la princesa á donde iba á parar aquel serio preámbulo, pero se estremecía involuntariamente con las miradas de Barekfeld, y quedó confundida cuando el

ministro añadió con tono de indignación:

—En fin, señora, por medio de esa falsificación, han escrito una carta en nombre de V. A. al baron de Lannitz, para que se presente en palacio á la ceremonia de hoy.

Apenas había acabado de hablar el conde, conoció la princesa la falta que había cometido, cediendo mas bien á su corazón que á los consejos de su amiga. La acción que una hora antes la parecía cuando mas una ligereza, adquirió á sus ojos dimensiones inmensas; conde no había visto sino un paso inocente la mostraba ahora el núcleo un crimen de Estado. ¿No juzgaba de ese modo la carta al conde de Barchfeld, puesto que no podía atribuir la supuesta invención sino á los mas acérrimos enemigos de la princesa? La pobre señora bajó la cabeza, se puso colorada, perdió en seguida el color, y su turbación era tal que no hubiera podido menos de descubrir; por fortuna Barchfeld había dejado de mirarla en aquel momento; pero esta circunstancia que ella consideró como una felicidad inesperada, no era sino una astucia del diplomático, el cual sin mostrar que hubiese notado la ansiedad de la princesa, sacó de su cartera un papel que presentó respetuosamente á Sofia Margarita diciendo:

—Señora: V. A. verá por esta carta que se ha interceptado, el partido que monseñor Eric-Victor se proponía sacar de su in-

fernal maquinacion; únicamente rogaré á V. A. que me perdone el que haya quitado el sobre de esta carta, porque vá dirigida á un magistrado influyente que hace á V. A. una corte no interrumpida y á quien recibe muy bien porque le cree amigo suyo; sabiendo V. A. que está de acuerdo con su cuñado, probablemente le miraría con menos amabilidad, y eso sería una verdadera falta, porque muchas veces es conveniente hacer buena cara á los amigos que nos venden, y aun tener al rededor nuestro traidores á quienes apreciamos.

Sin pronunciar una palabra, pues se hallaba demasiado conmovida para hacerlo, tomó Sofia Margarita la carta que le presentaba Barekfeld, y dirigió á este una mirada en que claramente se leía el disgusto que inspiraban al noble corazón de la regente esas astucias de la política, esa obligacion de calcularlo todo con la balanza de la necesidad, y esa imperiosa ley que obliga á un soberano á veces á colmar de favores á la persona que aborrece y castigar á la que mas ama.

Cuando se repuso un poco de su turbacion, leyó la princesa lo que sigue con voz agitada:

¡«Bravo, querido canceller!... Llamo á vd. así, porque ya sabe que tan luego como yo ocupe el trono será nombrado para esa dignidad... ¡Bravo, amigo mio! Nuestra hora no

está distante. Ann cuando nosotros mismos la hubiésemos dictado su conducta, no hubiera podido hacer mas la usurpadora en beneficio de nuestra causa nacional.

«Cuando encargué á vd. yo, hermano de su marido, que presentase contra ella una acusacion de indignidad por causa de adulterio.....»

—¿De adulterio! repitió la princesa levantándose de pronto, indignada al oír semejante idea. ¡Es posible ser bajo, infame y calumniador hasta ese punto!

Y viendo que el conde de Barckfel permanecía impassible, escuchando aquellas palabras, en que hervia toda la irritacion de una alma honrada, le dijo:

—¿Y llamará vd. á eso politica, señor conde?

—No es otra cosa, señora; respondió con mucha flama el ministro. Oh! Hace años que estoy yo acostumbrado á esas ludezas de los partidos, y se necesita mucho mas que eso para admirarme. Si señora, eso es politica pura, y aun me atreveré á decir que de buena guerra. No hemos olvidado aquel profundo axioma de un rey de Francia: «Es necesario intentarlo y llevarlo todo á cabo, cuando se trata de deshacerse de su enemigo! El principe Eric-Victor ha hecho grandes progresos en esa ciencia, y si yo fuese partidario suyo le felicitaria sinceramente.

Diciendo así, recogió el conde de Barckfeld la carta que habia soltado Sofia Margrita en medio de su generosa cólera, y se la alargó de nuevo, mas ella, rechazándola como un objeto de horror le dijo:

—No por cierto, ese infame papel no volverá á contaminar mis manos, tenga vd. la bondad de leerle, señor conde.

Retuvo el ministro la carta sin manifestar la menor emocion, y continuó la lectura interrumpida con la misma calma que si hubiera leído un protocolo.

—Cuando encargué á vd. ya, hermano de su marido, que presentase contra ella una acusacion de indignidad por causa de adulterio, me dijo vd. que el momento no era oportuno, y que era necesario esperar á que algun acto de la princesa en el ejercicio del poder soberano, hiciese patente su culpabilidad á los ojos de todos. Suponia vd. que las visitas diarias de mi conde al palacio de Woerlitz, los estrechos empujados y las conversaciones que esa mujer astuta tenia con mi pobre hermano, habian engañado al público ó influirian en favor suyo y contra nosotros. Todas esas apariencias en que, segun vd., no querian ver las gentes un odioso efecto, nos ponian en peligro de que los reyes se mostrasen dudosos acerca de la validez de las pruebas que yo invocaba, y tenia vd. medio de que nadie quisiera per-

cuadrarse de la mala conducta de una mujer tan hipócrita hipócrita. Decía vd. además, que su favorito, ese indigno extranjero no se había presentado en la corte, lo cual pudiera hacer creer á las almas católicas que ella le había olvidado.

«Pues alegrémonos, amigo mío, alegrémonos, porque ese hecho tan odioso que esperábamos con impaciencia vá á verificarse. La regente acaba de poner completamente la razón de nuestra parte, invitando al baron de Lamitz para que se presente en palacio. Ahora bien, suceda ya lo que sucediere, sea que la usurpadora le conceda á guisa de favor, sea que no le haga mas que una simple promesa, sea en fin que su amor solo se manifieste por algunas palabras carinosas, siempre será un hecho que se ha visto en palacio, y que ha sido ella quien le ha mandado llamar; creo que no necesitamos mas para entablar nuestra demanda y para vengar á mi augusto hermano de la espada infiel y de su cómplice.

«Cuento con el celo de vd., amigo mío, para poner bien en claro esta nueva circunstancia, y creo que la demanda estará dispuesta, para mañana después de terminado el desayuno. No descuide vd. nada de cuanto sea necesario para establecer claramente el crimen que debo acusar por una doble obligación, pues interesa á un mismo fin.

po á la dignidad de la corona que he de llevar algún día, y al honor de la familia á que pertenezco ».

Esenciaña la regente palpitando y sin saber lo que le pasaba, aquella carta abominable, y sus injurias, como otras tantas flechas envenenadas, la herian cruelmente y la despedazaban el corazón ¡Infeliz mujer! La imputaban como un crimen aquella inocente entrevista, consuelo único que podía esperar de un poder que detestaba, y la presentaban un abismo donde ella había colocado su felicidad! Verse investida con el poder soberano, ¿pero cuál era la ventaja que le daba su título imponente, si con ser regente del Estado nada podía hacer en beneficio de aquel por quien tan solo había aceptado el trono? A un hombre tan generoso, tan amante, á un hombre á quien hubiera querido colmar de beneficios porque era acreedor á tanta gratitud, no podía ni aun darle las gracias; verle tan solo era perderle y perderse con él.

Todos estos pensamientos, todos estos dolores acometieron á la vez á la pobre víctima, que cogió su cabeza entre las dos manos, y olvidándose de que era soberana, sin acordarse más de que era mujer, pues tanto sufría, se echó á suspirar:

« ¿Por qué mal! ¿Por qué mal! ¿Qué os he hecho para que me castigéis de ese modo?

En seguida, con tono resignado dijo al ministro:

—Está bien; no le veré, puesto que así es necesario. Vaya vd. mismo, señor conde, y se lo ruego, á darle á entender de la mejor manera posible, que me es imposible recibirle; asegútele vd. que no le he olvidado, y pídale que me perdone la aparente ingratitude á que estoy condenada.

En tanto que hablaba Sofia Margarita, meneaba el ministro la cabeza con gesto desaprobador, y cuando acabó respondió muy friamente:

—Señora, no es así como se tratan asuntos de tanta importancia. La dificultad es demasiado grave para salir de ella tan fácilmente, y el gobierno de un país no sería una ciencia si bastase querer y no querer, para arreglar todas las cosas. Al baron de Lantitz se le ha llamado á palacio; su nombre está en la lista de los que han de entrar al besamanos, y él mismo se halla ya en el salón anterior al de recepción, con las personas á quienes V. A. ha de recibir hoy; despedirle sería una torpeza imperdonable, porque pasaría eso por una concesion hecha por V. A. á sus enemigos, y toda concesion es una torpeza perjudicial. No se crea, no iré yo á despedirle; ha venido en nombre de V. A., y V. A. le verá y le hablará.

El lenguaje de Barrkfeld era severo y aun

duro, y sin duda alguna las circunstancias eran muy superiores, para obligarle á que en ese momento casi olvidase el respeto que debia á su soberana.

—Verle!... Hollarle!... repitió la princesa dudosa; pero reponiéndose al momento, levantó la cabeza con orgullo y continuo: tiene Vd. razón, conde de Barckfeld; es un noble consejo el que me da; no debo retroceder ante sus amenazas ni ceder á sus injurias. Así entiendo yo la política, y esa política es útil, digna y animosa.

Mordióse el diplomático los labios, é iba á responder, cuando abrieron de par ce par la puerta del salon principal en que los príncipes de Arsch-Dessan acostumbraban recibir á su corte.

Antes de entrar en aquella sala, en que ya un gran número de cortesanos esperaban la llegada de su soberana, el conde de Barckfeld hizo algunos instantes en voz muy baja con la regente. Desde las primeras palabras del ministro desapareció el resplando de alegría que había alumbrado por un momento el rostro de la princesa; sustituyose en él la expresion de una tristeza mezclada de asombro, y aunque muchos pudieron percibir el airo de alta magestad con que respondió á Barckfeld, nadie pudo oir estas palabras que le dirigía:

—¿Cómo, señor conde! ¿Tan duras condi-

ciones! ¿Y ha creído vd. que yo podría aceptarlas?

—V. A. es dueña de hacer lo que guste, contestó respetuosamente el ministro; por lo que á mi hace, solo de esa manera podré conservar el difícil puesto que se ha dignado confiarme. No dudo que V. A. encontrará un ministro mas capáz que yo, aunque no mas celoso; mi suerte está en sus manos, y la conducta que V. A. observe me indicará si quiere obligarme á que la presente desde luego mi dimisión.

Estas palabras, cuyo rigor no se ocultaba muy bien bajo la urbanidad de la superficie, las pronunció el ministro con una deferencia tan modesta, y una sonrisa tan cortesana, que todo el mundo creyó que el primer ministro dirigia un cumplimento á la regente. Hecho esto, el sagaz conde presentó la mano á su soberana, y viéndola que estaba helada y trémula, la dijo al oído al atravesar el humbral de la puerta del salón:

—Repióngase V. A. señora, y piense que muchos nos observan. ¡Animo!

Efectivamente necesitaba fuerza y valor aquella víctima del poder. ¡Qué contraste entre el estado de su corazón y el de su fiel Javiera que, confundida con las damas de servicio, y colocada en la última fila del grupo que formaban junto al sofa que la regente iba á ocupar, se consolaba fácilmente

de su exterior inferioridad, pensando con cuánta usura los misterios de la intimidad la recompensaban de los sacrificios de la etiqueta. Todo era alegría para ella en aquel momento en que su señora y el joven Oberzell iban á verse; aquella entrevista era obra suya, y gracias á su inteligente intervencion podia él, sin que nadie tuviera que murmurar, doblar la rodilla delante de su amada, para la cual era un deber dirigirle algunas palabras amables, y darle á besa su blanca mano. «¡Qué satisfecha, que hermosa debe estar en ese momento!» decía interiormente Javiera, que desde el puesto que la etiqueta la obligaba á ocupar apenas distinguia á la princesa y al conde de Barekfeld.

Sofia Margarita, sometida todavía al influjo de las amenazadoras palabras del primer ministro, sudó con trabajo las gradas del trono; inundaba su frente un sudor frío, y á no haber sido por el aparato de la ceremonia por la sujecion que le imponian todas aquellas miradas de que era blanco, la noble jóven se hubiera desmayado, sin duda alguna; pero el deber, el honor, el amor propio y la implacable obligacion de sufrir con dignidad, la hicieron superior á todo.

Todavía encontró algunas palabras amables algunas sonrisas graciosas que distribuir á los concurrentes, y que la partian el cora-

con por el esfuerzo que la costaban, al paso que colmaban de júbilo á los que las recibían. Apenas oía la joven lectora aquellas palabras, ni veía las sonrisas; más sin embargo adivino que la regente estaba muy conmovida, y una especie de revelacion instintiva la dio á conocer que aquella emocion no era la que debía causarla el suceso, tal como ella le comprendia.

Entretanto Sofia Margarita, haciendo un esfuerzo extraordinario, habia podido encontrar, como hemos dicho, bastante ánimo para recibir como debía, á los primeros que se presentaron; pero creyó verdaderamente que iba á ceder al terrible peso de su dolor, cuando el empleado de palacio que anunciaba á los personajes que se presentaban, nombró al caballero Jorge de Oberzell.

Entró el caballero Oberzell y al acercarse al trono, se oyó entre los concurrentes un lisongero murmullo, que sin duda se dirigia á su ademán altivo sin dejar de ser modesto, á su lujosa presencia que agradaba en todas partes, y á sus graciosos y distinguidos modales. Estaba pálido, ya por efecto de su herida, ya por la generosa imprudencia que le habia hecho saltar á las prescripciones del facultativo para asegurar el triunfo de la princesa; pero brillaba en su rostro la alegría, en sus ojos una ardiente viveza y una pura satisfaccion en su frente.

Sin verle, pues no se atrevia á mirarle por medio de no tener fuerza bastante para cumplir la obligacion fatal que la habian impuesto, se estremecio Sofia Margarita, y antes de dirigir la palabra al recién llegado fueron sus ojos á buscar á los del primer ministro, que la tenia, por decirlo así, fasciada. Esa vigilancia continua y suspicaz la manifestó bien claramente que el menor gesto, la mirada mas involuntaria y menos significativa, seria mal interpretada, y castigada con la dimision de un hombre necesario para la tranquilidad del estado, del unico ministro capaz de gobernar con prudencia y energia en circunstancias tan difíciles. Por consiguiente, si Sofia Margarita no se cuidaba mucho á si mismo, podía á un mismo tiempo comprometer su corona, su honor y la seguridad del hombre por quien se interesaba, y no le quedaba la menor esperanza de poder conciliar su agotamiento con su deber; era preciso resolverse á sufrir y no retroceder por mas tiempo á la vista del triste sacrificio.

«¿Qué tendrá?» se decia á si misma Javiera, que sentia una terrible inquietud sin poder penetrar la causa de ella.

«¿Qué diablo podrá esperar aquí el amigo de nuestro enemigo?» pensaba el montero mayor, alargando el oido cuanto podia para no perder nada de lo que pasase.

La pobre señora, abandonada de todos, se concentró en sí misma, llevó la mano al corazón, y con tono severo pero con mucha rapidez como si estuviese aprendidas de memoria aquellas palabras y quisiera salir de ellas o mas pronto posible, se volvió hacia el joven, que se habia inclinado en frente del trono, y le dijo:

—Señor de Oberzell: despues de lo que vd. ha hecho, debe ya presumir para qué le hemos llamado á nuestra presencia. Mientras el Senado, con deliberaciones pacíficas se ocupaba en conferirnos la regencia del Estado, vd., caballero, aunque extranjero, no temió amotinar el pueblo en nuestro favor, lo cual era un insulto á nuestros derechos que parecia que consideraba vd. como dudosos, y un insulto tambien para las autoridades de nuestro principado, cuyas libres decisiones trataba vd. de vacentar. Ignoramos y queremos ignorar qué interés oculto obligó á vd. á proceder de esa manera, pero ha obrado mal, y nuestro primer deber era d'clarar que ninguna parte teníamos en esa accion. El apelar á la fuerza, sea en favor, sea en contra del derecho, produce siempre alborotos desagradables, y muchas veces criminales rebeliones. Araso el mal ejemplo que dio vd. el primero en nuestra capital haya sido causa de una ciega manifestacion que ha ocurrido despues de nuestro advenimiento á la regencia, mani-

festacion que afortunadamente hemos podido comprimir; gracias al amor de nuestros lieles súbditos, y á la amistososa intervencion de nuestros aliados de Berniurgo. Habíamos pensado, caballero, que conociendo la enormidad de su falta se hubiese vd. hecho justicia á sí mismo y hubiera salido de un pasen que es estrangero y en que nada tiene que hacer; y lo ha hecho vd. así, y con eso nos ha obligado á que una retirada que hubieramos hecho voluntaria, la cambiamos en un destierro forzoso.

f. Apenas acabó de pronunciar estas palabras Sofia Margarita, volvió la cabeza para no ver el efecto que producion en el pobre Oherzell. Bajó inmediatamente las gradas del trono, sostenida por el ardor febril que se habia apoderado de ella, y se volvió á su habitacion, siguiéndola el conde de Barchfeld.

Las damas de honor, y Javiera con ellas, se dirigieron á la sala en que acostumbraban esperar cuando la regente estaba en conferencia con los consejeros de la corona. Empezaron los secretitos al rededor de la confidente de Sofia Margarita, y trataron por todos medios de escitarla á que hablase, suponiendo que su senora la habria instruido de antemano de los motivos de la estrana escena que acababa de ocurrir; mas la joven lectora, aladida todavia por la sorpresa, pero bien penetrada de que solo una imperiosísima nece-

idad habia podido hacer cambiar en un mandato de destierro el favorable recibimiento que la princesa preparaba al caballero, tuvo bastante presencia de ánimo para responder á las que la preguntaban.

—Todo eso, señoras, no significa mas que una sola cosa, que la indiscrecion aun en el cielo, desagrada á S. A. y sabe castigarla.

Esta contestacion puso término á las preguntas.

Cuando Sofia Margarita se vió de nuevo sola con el ministro, no trató de ocultar por mas tiempo la emocion que la dominaba y dió libre curso á sus lágrimas.

El conde de Barckfeld se inclinó delante de ella, y dijo:

—Señora: Doy á V. A. las mas sinceras gracias por el favor que me ha hecho, y la felicito por su admirable conducta. Hoy ha sido un gran dia para el gobierno de V. A. señora y han llevado el mas terrible golpe á sus enemigos.

—¡Mis enemigos! exclamó la regente con los ojos llenos de lágrimas y la voz cortada por los suspiros, vd. me ha hecho mas mal que todos ellos juntos; vd. señor conde es mi enemigo mas cruel....

—Diga mas bien V. A. señora, que yo soy un ministro regular, y que V. A. es una gran princesa, pues esa es la verdad; contestó Barckfeld sin mostrarse conmovido por el dolo-

roso estado en que se encontraba Sofia Margarita.

Sin embargo, la observó el diplomático un momento, viéndola tan afligida, se dijo á sí mismo: ¿Qué diablo! No creía yo que era cosa tan seria.

Inmediatamente volvió á salir á la sala del trono, donde todavía se hallaba Oberzell, aterrado, confundido, aniquilado por aquella sentencia que acababa de caer sobre él.

Cuando se espera una desgracia se habitúa uno á ella de antemano, y el golpe es tanto menos sensible cuanto mas tiempo se ha estado preparado para recibirlo; pero sentirse, digámoslo así, acometido por el infortunio, verle caer sobre sí como el rayo, y cuando uno casi tocaba al cielo verse precipitar de pronto en el abismo; son desgracias capaces de partir el corazón mas duro, y el alma de mas fuerte temple.

Aturdido por una caída tan terrible, Oberzell permanecía mudo en medio de aquella concurrencia, que ahora se mostraba tan desdenosa y fría con respecto á él, como afable y risueña se había manifestado poco antes. El notiero mayor se perdía en conjeturas y no sabía como reconciliar las cosas inconciliables; el baron de Lantze era amigo de Eric-Victor; el caballero Jorge Oberzell había sublevado el pueblo en favor de Sofia Margarita, y sin embargo el baron y el caballero eran una

sola y misma persona. No podía entenderlo, y aunque bien conocía que en todo esto había alguno engañado, no sabía quien podía ser.

El conde de Barchfeld se acercó á Oberzell, que estaba como una estatua, y le dijo:

—Caballero Jorge Oberzell, como primer ministro, y como encargado de hacer ejecutar las órdenes de mi augusta soberana la princesa regente de Anhalt-Dessau, concedo á Vd. seis horas para que haga sus preparativos de marcha.

Esta última orden sacó al caballero de su inmovilidad, mas sin levantar su abatida cabeza, y agoviado por la vergüenza, dirigió una triste mirada hácia el ministro que le había hablado, pronunció algunas palabras en voz ininteligible, y se retiró poco á poco.



CAPITULO VII.

OTRA DESPEDIDA.

LA tarde de aquel día tan funesto para las esperanzas de Oberzell, se abría con mucha reserva una puertecita del palacio de Dessau, que daba á la parte del parque; puerta que conocemos ya, pues es la misma por donde la noche del baile salió el guardia de Luis XIV de la habitación de la princesa, guiado por la discreta Javiera, que entonces iba temblando, y no solamente de miedo. Ahora es también la amiga de Sofia Margarita quien abre misteriosamente aquella puerta, mas está sola y es ella la que sale.

Pero ¿á donde vá de ese modo fuera de palacio? Y ¿por qué la regente, rodeada de sus damas y apoyada en la balaustrada de

en terrado hace tan poco caso de la grave condesa de Wansberg, su camarera mayor, que la pide sus ordenes para el dia siguiente? Desde que se acabó el besamanos se habia presentado varias veces la condesa con el mismo objeto en la habitacion de la regente, y otras tantas la habian dicho que Sofia Margarita estaba ocupada (en conferencia con su lectora.) En fin aprovechaba la camarera mayor aquel momento en que se habia alejado la favorita y renovaba su pregunta, pero tampoco obtenia respuesta.

=V. A. por lo que veo está muy fatigada; dijo al fin á la princesa picada vivamente del silencio de esta, pero disimulando su despecho. No es extraño, porque el besamanos ha sido largo, y despues la señorita de Freising ha leído á V. A. mucho tiempo.

Dicho esto, saludó respetuosamente y se dispuso á retirarse. Sofia Margarita la detuvo, no porque pensase escucharla con mas atencion, sino porque necesitaba á su lado el ruido de aquella voz que no la distraia de sus meditaciones, y la dejaba seguir el curso de sus ideas sin que pareciese que pensaba en otra cosa. Acercóse la condesa de nuevo, y Sofia Margarita la dijo:

—Hable vd. y arregle todas las cosas como mejor le parezca, en el concepto de que mientras yo no la interrumpa es que aptuebo lo que me propone.

La camarera mayor habló bastante rato, y el silencio de la princesa lo dio por aprobado todo, lo cual lisonjeó sobremanera el orgullo de la condesa de Vansberg; mas en tanto que ella hablaba, Sofia Margarita acompañaba con el corazón y el espíritu á la que no podia seguir con el cuerpo ni aun con la vista, y que se hallaba ya lejos de palacio. Apresuremonos á alcanzarla.

Con el velo cuidadosamente echado á la cara corrió por las calles mas solitarias, evitando que la viesen y procurando escurrirse cuando á cierta distancia veia alguna persona que pudiera conocerla. De este modo se dirigió á una casa en que ya hemos estado otra vez, cuando tuvimos que explicar el secreto de la vida retirada del lindo caballero cuyas miradas envidiaban las señoras de Dessau.

Con efecto, la benéfica mensajera se dirigió á casa de Oberzell con el fin de llevar al desterrado un poco de consuelo y esperanza. Iba á entregar intacto, al que tanto habia padecido pocas horas antes, el tesoro de buenas palabras y de tiernos pesares que la princesa le habia confiado. Jactiera tenía una alma demasiado buena, para ser intérprete avara ni aun riguroso; pero no era de temer que recibiese nada de los celos que formaba su pecho sereno. En la despedida le habia expresado su agradecimiento á la condesa, queriendo sacrificar-

se por ella; antes bien en todo caso pondría algo de suyo. Si el caballero estaba muy afligido, si las tiernas y puras expresiones de estimación y gratitud cuya expresión iba á comunicarle, no eran paliativos suficientes para su vivo dolor, es de presumir que la joven lectora tomase sobre sí el añadir la seguridad de otro sentimiento mas afectuoso; del amor.

Mas antes de verla detener junto á la puerta á que vá á llamar con alegría, digamos algo del estremo á que habia conducido al espíritu de Oberzell su nuevo destierro.

El conde de Barckfeld le habia concedido seis horas para hacer sus preparativos y salir de Dessau; habian ya pasado las dos terceras partes de ese tiempo y el pobre joven, con la cabeza apoyada en las dos manos y entregado á la mas profunda tristeza, no habia respondido siquiera á Patricio, que se habia valido de todas las tretas imaginables para saber qué habia sucedido en una fiesta, cuyo resultado indudablemente era funesto para su amo. Apenas quedaba á Oberzell el tiempo necesario para poder marchar, y en lo que minutos pasaba era en eso. Desesperado, se acordaba de que se habian apoderado de su caballo y de que debían ir en su caso distante. Mas como que me ha hablado de ese modo, se dirá que si mismo, nunca podrá negarme con ojos de piedad, el hombre que per-

sigue á esa muger no se cansará de perseguirla en tanto que viva. Es preciso que yo muera para no sufrir el desprecio de esa muger que me echa en cara como un crimen el haberla servido; pero es necesario que su enemigo muera antes que yo, porque si yo muero ¿quién la defenderá contra él?»

Pensando así, se atormentaba la imaginación para encontrar un insulto bastante grave que poder hacer al príncipe Eric-Victor, á fin de obligarle á que segunda vez se hiciese con él, y meditaba sobre todo acerca de medio de hablar á su enemigo en un sitio favorable á sus designios. Era preciso como en el pabellon de los fresnos, que el príncipe que siempre estaba rodeado de sus partidarios, se encontrase sin mas defensa que oponer que su propia espada. Pero no le quedaban á Oberzell mas que dos horas para poder obrar con libertad, y en tan corto espacio de tiempo era imposible llevar á Eric-Victor al parage conveniente, aun dado caso que hubiera podido encontrar uno. No viendo pues, ningun medio de salir de la dificultad, tomó el partido mas animoso, pero tambien el que mas peligro presentaba, cual era el de ir á buscar á Eric-Victor en medio de los suyos, y dirigirle un reto tal que hubiera de resolverse á una deshonra eterna sino le aceptaba. El reciente recuerdo de su primera derrota no hizo temblar á Oberzell con respec-

to al éxito de una nueva lucha con su vencedor. «La primera vez fui vencido, se dijo á sí mismo porque entonces queria Dios que yo viviese; pero ahora debo vencer, puesto que en seguida no me queda otro recurso que morir.»

Levantóse y se dispuso á salir de su casa, mas antes de alejarse, miró á Patricio, que azechaba todos sus movimientos esperando adivinar lo que el otro no queria decirle. Oberzell alargó la mano á su fiel servidor, que se abalanzo á ella gritando:

—Vá vd. á contárnielo todo, ¿no es verdad, señor?

—Demasiado pronto tendrás noticia de lo que tanto deseas saber, amigo mio; le dijo su amo.

—Vd. es muy dueño de sus secretos, replicó Sulzbach; pero me parece que no estarian mal colocados en un corazon que siempre le ha servido tan fielmente.

—Fielmente! repitió Oberzell. Es verdad... Y sin embargo, tu tambien me has engañado.

—Señor; preciso es que á vd. le suceda alguna gran desgracia para hablar de este modo. ¿Cuándo, ni en qué, he querido yo enganar á vd.?

—No me dijiste el día siguiente al que recibí la herida, que ella habia estado á mi lado, y que habias velado con ella toda la no-

«¿He junto á mi cabecera? Pues eso no es cierto, Sulzbach; yo jamás he recibido semejante prueba de afecto.

Asombrado se quedó Patricio de la triste noticia que oía, y de la acusacion de una falta que verdaderamente no estaba limpio, y dijo á su amo:

—«Con efecto, señor, no era absolutamente ella; pero vd. en medio de su delirio habia empezado la mentira, y la hermosa señora que encontré al lado de vd. en el camino, y que me acompañó al pabellon de los fresnos, me invitó á continuarla. Parecia vd. tan feliz con su creencia, que hubiera sido preciso quererle muy mal para desengañarle.

—«¿Qué me dices? esclamo Oberzell con aire incrédulo. ¿Había con efecto junto á mí una mujer distinta de aquella por quien habia corrido mi sangre? Pues ¿quién era? ¿Qué hacia allí? ¿Quién la habia enviado?

En aquel momento llamaba Javiera á la puerta del coballero, el cual, creyendo que seria algun enésario de Barekfeld, que vendría á acelerar su salida, no se dignó volver la cabeza para ver á la persona á quien Patricio abría la puerta. La fiel mensajera de Sofia Margarita levantó el velo que la cubria y el buen veterano exclamó al momento.

—«Aquí tiene vd. la señora que vd. se figuró que era la otra, y que me dio al separarse de mí: «No le saque vd. de su error.»

Oberzell corrió á recibir á la jóven lectora en tanto que Sulzbach hablaba, y no tuvo que pensar mucho para encontrar en su memoria el recuerdo de la protectora del baile, á la cual creía no haber vuelto á ver desde que huyó del palacio agobiado por el anatema que Sofia Margarita habia lanzado contra él.

=¿Vd. en mi casa! exclamó. ¡Vd., su amiga, su compañera! ¡Dios mío! ¡Si yo me atreviera á creer...!

=Créalo Vd.; caballero ella es quien me envia.

No nos detendremos á describir esta escena en que todo el mal que involuntariamente se habia causado al caballero Oberzell, quedó tan perfectamente compensado, que era una fortuna haber sufrido por verse conceder Sofia Margarita á su defensor, en comparacion de aquel paso misterioso que exigia por una parte haber tenido grandes inquietudes para mandarle, y por otra mucho valor para llevarle á cabo? Ser princesa y desde lo alto de su trono dejar caer algunos favores sobre un hombre que habia sostenido al Estado en los momentos de peligro, era una cosa muy sencilla, y cualquiera súbito que se halla en igual caso, podia esperar semejante fortuna; ¿qué le cuesta dar y dar mucho á la que sabe que por mas que dé ha de tener siempre las manos llenas?

Pero ser mujer, disponer del poder soberano, no tener que dar cuenta mas que á Dios de su voluntad y de sus acciones, tener en favor suyo la razon de Estado que todo lo justifica, hasta la misma ingratitud, y creerse obligada á esplicar una justicia aparente al hombre sobre quien ha recaído, era una cosa sublime, una conducta que Oberzell no sabia como calificar. Por que un imprudente, un insensato, se ha enamorado ciegamente de una persona tan elevada, inquietarse esta de sus padecimientos, atormentarse con su desdicha, llamarse á sí misma cruel con respecto á ese hombre, y encargar á la mas fiel, á la mas amante de sus amigos que vaya á decirle: «No es vd. solo el desgraciado;» en fin, acusarse de haber obedecido á su deber, como se acusara de haber cometido un crimen, manifestar su debilidad pidiendo perdon de su rigor, pues tal era el sentido de las palabras de la señorita de Freising, era una recompensa mas gloriosa á los ojos de Jorge, que todas cuantas el hubiera podido imaginar. Se consideraba mayor que los primeros grandes del Estado, y mayor que el principe mismo cuando se hallaba colocado en su trono; ¡le amaba Sofia Margarita!

Sintióse renacer Oberzell al oír el grato acento de la amable lectora, y á ruegos de esta prometió no hacer nada que pudiera ni

resolvió comprometer á Sofia Margarita por librarse de las asechanzas de su enemigo.

—Yo quedo á su lado, le dijo la señorita de Freising, anséntese vd. caballero, y yo le juro que si algun peligro llega á amenazarla, le daré á vd. aviso inmediatamente.

Mas tranquilo con esta seguridad creyó que podia marchar consolado.

Satisfecha por su parte del buen resultado de su comision, bajo el velo nuevamente la señorita de Freising, y se despidió de Oberzell. Regresaba, pues, contenta y aun mas ligera que habia venido, al palacio de Dessau, cuando á pocos pasos de la casa del desterrado, la sorprendieron dos hombres, saliendo de repente de un portal en que estaban escondidos, y se apoderaron de ella, pero sin mas violencia que la necesaria para hacerla callar y subir á un coche que se hallaba parado no lejos de alli, y que empezó á rodar con rapidéz luego que la pobre joven estuvo sentada entre los dos acólitos que se habian apoderado de ella. Entonces sus robadores la dejaron mover libremente, pero á condicion de que no trataria de huir, ni daria voces pidiendo socorro, ni aun miraria por la puertecilla, lo cual por otra parte era bastante difícil porque llevaban echadas las cortinillas del coche.

Luego que se repuso de su primera in-

presion de espanto, trató Javiara de adivinar, pues conocer no era posible porque llevaba caretas puestas, quienes serian los hombres en cuyas manos la habia hecho caer su mala suerte. «Seguramente se enganan, decia interiormente; no es á mi á quien querian coger, si supiesen quien yo soy inmediatamente me pondrian en libertad.» Sin embargo, el temor de comprometer á la princesa la contruvo, y sin nombrarse preguntó á sus funestos acompañantes:

—¿Por orden de quién me han metido vds. en este coche? ¿Con qué derecho? ¿A donde me llevan?

A todas estas preguntas que la señorita de Freising repetia á cada momento, nada respondian aquellos hombres; guardaban el silencio mas absoluto, y cuando tenian que decirse alguna cosa uno á otro, lo hacian por medio de gestos y de señales que ellos solos entendian.

—¿Saben vds. volvió á decirles la joven lectora, que su accion es un crimen, y que tengo amigos en posicion bastante elevada, que no permitirán que quede impune? Les digo á vds. que no soy la que imaginan, y pronto se verá cuando me hayan vds. llevado á presencia de la persona que les paga para cometer tales atentados; miren vds. lo que hacen, pues su principal, y vds. mismos podran arrepentirse de esa violencia. Vean vds. su

error; añadía separando el velo de la cara y sintiendo que la oscuridad que producian las cortinillas á la caída de la tarde no les permitiese verla bien. Repito á vds. que no soy yo la persona á quien buscan. Vds. temerán acaso que yo hable, ahora que están desengañados, pues nada diré, lo juro. Quisiera ser mas rica para recompensar á vds. mejor la libertad que me den; no tengo mas que este bolsillo y mi collar de perlas; tomenlo vds. pero por Dios hagan detener este coche.... Dios mio! cada vez corte mas... Ah! Tambien tengo una sortija de diamantes de mucho valor... tómela y déjenme bajar; prometo á vds. que luego que me vea libre, ni aun miraré el camino que vds. siguen.

Al cabo de cierto tiempo, la sombra que las casas producian en las estrechas calles de Dessau se cambió en una luz mas difusa, movió las cortinillas un viento mas seguido y mas fresco, y el duro empedrado que habian atravesado hasta entonces las ruedas cesó de pronto, y siguió otro suelo en que el coche corria con menos movimientos y casi sin ruido.

—¡Dios mio, salimos de la ciudad! exclamó la joven, tan asustada con aquella circunstancia que el escrúpulo que hasta entonces la habia impedido decir su nombre, cedió al miedo, y añadió, señores aqui bien me ven vds. y deben convencerse de que se han equivocado. ¡Callan vds. Acaso no conocerán

bien á la que les han mandado robar, pero les habrán dicho su nombre, y yo me llamo Javiera, condesa de Freising, y soy lectora de la regente, con que ya ven que no puedo ser la que han creído.

A pesar de todos sus esfuerzos, en lugar de manifestar temor ó sorpresa, cada uno de los hombres se cruzó de brazos, y se acomodó mejor en un rincón del coche, como si fuese á dormir. Desesperando entonces Javiera de triunfar de su lugubre silencio, tomó el partido de no manifestar mas sus temores, y esperar, aunque con viva ansiedad que no hay necesidad de decir, el resultado de aquel rapto singular.

Después de media hora de marcha paró el coche; uno de los compañeros de viaje de la señorita de Freising abrió la puertecilla, saltó á tierra, colocó el banquillo, y convidó á la señorita á que bajase. Apenas obedeció y miró al rededor de si reconocia el pabellon de los fresnos, con lo cual, sin adivinar todavía con qué intencion la llevaban á ese sitio, donde ya habia sufrido tan dolorosas emociones, se persuadió de que aquellos hombres no se habian engañado, y que era á ella á quien habian querido coger: pero ¿quién y para qué habia mandado que la trojesen allí?

Hicieronla entrar en el pabellon situado, como sabemos, al extremo del jardin, y tan bien oculto entre los árboles que hasta aquel

momento ignoraba ella que existiese. Dejóse conducir á él sin hacer resistencia alguna, y ni se atrevió á reclamar cuando la dejaron sola en él.

La eleccion del sitio no era la mas propia para tranquilizar á la pobre Javiera. La absoluta soledad que le rodeaba por todos partes autorizaba para temerlo todo, porque en aquel aislamiento podia la fuerza atreverse á todo. Acercóse Javiera á la ventana y vió que estaba cerrada con reja; fué á la puerta y tambien estaba cerrada por fuera. Nada explicaba á la señorita de Freising el objeto de aquel rapto, mas juntándose sus recuerdos de lo pasado con sus terrores del momento presente, la colocaban en un terrible estado de perplexidades y angustias.

No debian, con todo, ser de larga duracion sus incertidumbres, cuyo término no podia prever en aquel momento, y no pasaron muchos minutos de estar encerrada la amiga de Sofia Margarita, sin que se abriese la puerta y se presentase en ella monseñor Erio-Victor. Al ver Javiera al enemigo de su noble señora, se levantó con altivez, y confundiéndole con una mirada le dijo.

—No me admira, monseñor, el encontrar aquí á V. A.; lo extraño es que no haya conocido antes su mano en la manera perversa y brutal con que me han traído.

—Vd. me honra demasiado, señorita, con-

testo el príncipe acercándose algunos pasos. No tengo parte alguna en la violencia de que vd. se queja; y si me encuentra aquí en casa del baron de Launitz o del caballero Jorge Oberzell, como vd. mejor quiera, es únicamente porque he venido á despedirme de ese apreciable sujeto. Sabia que habia caído en desgracia, pero ignoraba que se hubiese trasladado de esta habitacion á la de Dessau, y segun veo, señorita, estaba vd. mas instruida que yo en ese punto, pues si no me han engañado la han cogido á vd. para traerla aquí, al salir de hacer una visita al pobre desgraciado.

Conocia demasiado la señorita de Freising las perfidias de Eric-Victor para engañarse acerca de sus intenciones, y desde luego conoció que el subdito rebelde, temiendo tener que dar cuenta á la regente de la brutal violencia cometida contra una de las personas de su servidumbre, queria valerse del nombre del supuesto dueño del pabellon de los fresnos para aprovecharse de un acto odioso sin cargar con su responsabilidad. Tanta hipocresia irritaba la noble franqueza de aquella cándida joven; que estuvo á punto de ceder al primer movimiento de su corazon y expresar con energia su indignacion y su incredulidad; pero al momento reflexionó que para vencer á tal contrario era preciso combatirle con sus propias armas, y resignándo-

no á engañar, fingió que creía las palabras de Eric-Victor, y replicó:

—En ese caso, monseñor, puesto que V. A. no tiene parte alguna en el acto de violencia de que soy víctima; espero que no se opondrá á que me marche de aquí.

—Seguramente que no, señorita; contestó el hermano de Juan Casimiro. Aunque tenta que renunciar al placer que pudiera esperar en este encuentro casual, por complacer á vd. haré gustoso ese sacrificio. Cabalmente su ausencia de vd. tendrá inquieta á mi amable hermana, y se me proporcionan muy pocas ocasiones de complacerla para que no quita aprovechar esta. Preséntela vd. mis respetuosos homenajes, señorita.

Admirada Javiera de encontrar tanta facilidad donde esperaba un obstáculo invencible miraba á Eric-Victor con aire de incredulidad y de duda; mas este estaba tan tranquilo que no daba lugar á suponer que no hubiese hablado con toda sinceridad. Saludó cortesmente á la señorita de Kreising, como invitándola á que se retirase y ella después de haber contestado á su saludo se dirigió con presteza hacia la puerta; mas en el momento que llegaba á ella la cerraron de pronto por fuera sin que pudiera ver quien, y echaron la llave dejando encerrada y estremecida á Javiera.

Al oír el ruido volvió la cabeza el enemi-

go de Sofia Margarita, y aparentó tan naturalmente su sorpresa que parecia imposible que fuese fingida.

—Ola! exclamó; nos encierran. A la verdad los criados del baron de Lannitz son tan finos como su amo, y no quieren dejar escapar á vd. hermosa condesa.

Quedose Javiera de pie cerca de aquella puerta que acababan de cerrar tan á tiempo que no podia dudarse que estaba dada la orden de antemano, y con el rostro pálido, los labios palpitantes, pero la frente altiva y el desprecio en las miradas, dió algunos pasos hácia el principe, y parándose delante de él con la decidida intencion de emprender la lucha, cualquiera que hubiese de ser el éxito, mas bien que permanecer en aquella guerra de observacion contra un enemigo capaz de las mas viles maniobras, le dijo:

—No mas traiciones, monseñor. ¿Qué objeto se ha propuesto V. A. al mandarme conducir con violencia á esta casa?

—Todavía! exclamó Eric-Victor con tono irónico. Parece que la señorita de Freisinges muy apegada á sus ideas, por absurdas que sean. Raciocine vd. con tranquilidad y á sangre fria, hermosa; si yo hubiera tenido el deseo; que á la verdad hubiera sido disculpable, de hacer que la robasen á vd. ¿la hubieran traído á este parage que no me pertenece y en que no ejerzo ninguna autoridad? Ya ve vd. que

es una cosa increíble, y á menos de hacerme declarar tan privado de razon como mi augusto hermano, no podrá vd. persuadir á nadie de que yo haya cometido semejante extravagancia. ¿Sabe vd. lo que dirán de todo esto, y lo que yo creo muy disculpable? Pues dirán, senora condesa de Freising, que el baton de Lantitz, en cuya casa estaba vd. hace poco, no contento con aquella conferencia, que sin duda habrá sido muy interesante, ha querido encontrarla otra vez en su pabellon de los fresnos, en que debe hacer la primera parada al marchar á su destierro. Se dirá, y eso se concibe fácilmente, que deseaba continuar con vd. una conversacion que le interesaba mucho, y cuyo tema se puede adivinar sin ser hechicero. En público se procura manifestar la mas imponente rigidez y la virtud mas altiva, pero se envia despues á desmentir en secreto la severidad de las palabras públicas. Vd. sabe algo mas de eso que yo, siendo la depositaria de los secretos del corazon y la mensajera de los beneficios ocultos.

—No comprendo á V. A. monseñor; contestó Javiera que demasiado conocia la intencion y el sentido de aquellas groseras alusiones.

—Está bien; continuó Eric-Victor sentándose; pero ya que la casualidad nos favorece y tenemos tiempo para hablar antes que el su-

ieto á quien vd. espera venga á ponernos en libertad. voy á explicarme en términos mas claros. Cuando hablo á vd. de una rigidez imponente, de una virtud á toda prueba en público, pero no tan severa; ni con muche, en secreto, no aludo de ninguna manera á vd. señorita; me refiero á una mujer á quien vé vd. diariamente, y cuya conducta es de muy justamente mi atencion, puesto que el hombre á quien directamente interesa, no se halla en el caso de vigilarla por si mismo. Ese hombre es mi augusto y desgraciado hermano; esa mujer hipocrita y adúltera es su ama de vd. la princesa Sofia Margarita; y sostengo que esa mujer ha enviado á vd. hoy á casa de su amante:

—Es una espantosa y atroz calumnia, monseñor, exclamó con vehemencia Javiere, y si V. A. ha imaginado arrancarme por medio del terror ó de la violencia algunas palabras falsas....

—No, señorita, no; para nada las necesitamos, dijo el príncipe interrumpiéndola. Si vd. se niega á decir la verdad por un sentimiento de delicadeza, que será infructuoso para los criminales, tenemos bastantes testigos que lo dirán, sin que haya necesidad de que vd. hable. Y para probar á vd. que podemos muy bien pasarnos sin su declaracion, sírvase escuchar las acusaciones que dirigimos contra la regente de Anhalt-Dessau.

Diciendo así, desdobló Eric-Victor un papel que no era otra cosa que una demanda de divorcio por causa de indignidad, dirigida contra Sofia Margarita á petición de su cuñado.

La joven condesa escuchaba atrevecida aquel legido de calumnias, en que la perfidia se ocultaba bajo el supuesto interés del honor de una familia y del respeto á la dignidad real, y en que la mentira estaba tan hábilmente entretegiada con la verdad que era muy difícil distinguir donde acababa esta y empezaba aquel. Abismada en el dolor y penetrada de espanto con respecto á una persona á quien tan cruelmente perseguía el odio, permanecía Javiera inmovil y muda en presencia de aquella obra infernal.

Luego que terminó su horrible lectura, miró el príncipe con aire de triunfo á la pobre joven, que apenas podia sostenerse, se sonrió, volvió á guardar el papel en su cartera, y haciendo penetrar en el alma de la amiga de Sofia Margarita una mirada cruel, la dijo:

—La señorita de Freising conocerá ahora cuán fácilmente podemos pasarnos sin su declaración. Todo está perfectamente en regla, y ya ve vd. que apoyamos con pruebas y testimonios cada una de las acciones que acusamos: acciones que vd. conoce mejor que nadie, puesto que no se separa del lado de la princesa, excepto cuando la envia en casa del hermoso caballero,

como le llaman las señoras de Viena. Convénzase, vd., pues, señorita, de que su reserva en este momento no la salvará á ella cuando llegue la ocasion; es imposible que se justifique.

Y antes que la jóven pudiera responderle juntando la ironía á la crueldad, añadió estas palabras, acompañadas con una fatal sonrisa.

—Ademas, no hace una hora que estaba vd. en casa del baron de Lamnitz, á donde habia ido con mucho misterio; y todo el mundo sabe que solo á vd. confia Sofia Margareta sus comisiones secretas.

—Esas comisiones son siempre para repartir beneficios, monseñor; contestó la jóven.

—No digo lo contrario, replicó el príncipe; tambien es una buena obra consolar á un proscrito, y nada tiene de particular que una mano que involuntariamente causa la herida, sea la misma que derrame en ella el bálsamo para curarla. Que vd. ha ido á esa casa, es un hecho; con qué objeto ha sido? Necesariamente ha de ser cosa ó de ella ó de vd.

Al oir estas palabras se rasgó un velo que cubria los ojos de la lectora, y brilló visible pensamiento en su hermosa alma. «No tengo otro medio de salvarla, piensa interiormente; y bajando los ojos, cubriendolos con las mejillas el encendido color de la vergüenza,

pero sintiendo al mismo tiempo una inefable alegría al dejar salir de sus labios una mentira sublime dijo con firmeza:

—Si, monseñor; puesto que es necesario que lo confiese, solo por mi he ido á casa del caballero Oberzell.

A una confesion tan inesperada; retrocedió el príncipe asombrado y lleno de susto, pues al primer golpe de vista conocia que esa sustitucion iba á destruir todo su estudiado trabajo. Trastornáronse sus facciones, echaba chispas por los ojos, y todo él estaba demudado; pero como no era capaz de creer en la virtud ni en la generosidad, se lisongeo todavía con que la jóven no habia calculado todas las consecuencias del sacrificio que hacia, y que poniéndoselas á la vista no persistiria en acusarse á sí misma.

—¿Y acaso ignora vd. señorita, la dijo, que ese á quien llama el caballero Oberzell es el baron Jorge de Launitz, y que ninguna muger puede quererle sin quedar para siempre deshonrada?

Javiera hizo un movimiento de cabeza afirmativo que equivalia á las palabras: *«lo sé.»*

—¿Y sabe vd. que la muger que vá á su casa es porque se le ha entregado, y que confesar vd. que ha ido allá por sí misma y no por la otra, vale tanto como decir que es vd. su querida?

La señorita de Freising repitió su señal afirmativa.

—Veo que no ha reflexionado vd. en la imprudencia de su mentira y en las consecuencias que puede traer; añadió Eric-Victor burloso.

—Yo no miento, monseñor.

—Entonces no conoce vd. lo que la espera después de haber hecho tal declaración.

—Quisiera yo que V. A. estuviese tan en cólera como yo estoy sin miedo; replicó la joven con firmeza.

—Conozco, infeliz joven, que es necesario que yo la llastre acerca de su interés, puesto que vd. no quiere verlo. Piense vd. que la falta que supone que ha cometido la hace indigna de presentarse en la corte y que será arrojada de ella; que tendrá vd. que renunciar á esa amistad que tanto aprecia, y al empleo que ejerce, y que es su único recurso siendo, como es, huérfana; y en fin; que no tiene vd. en el mundo ningún pariente que pueda recogerla, cuando la hayan despedido ignominiosamente del palacio de Dessau.

—Todo esto lo sé, monseñor; replicó Javiera, felicitándose por primera vez de ser sola en el mundo, pues si hubiera tenido familia, acaso el temor de infamarla la hubiera hecho retroceder de aquel sacrificio.

—Pero es que no es eso todo; añadió el príncipe cada vez más irritado. Para disculpar vd. á su señora, y hacer que la queja

que vamos á intentar contra ella no tuviera ningún valor, sería preciso que vd. misma se declarase culpada de todas las acciones de que á ella se le acusa; sería indispensable que firmase vd. de su puño la confesion de que es la querida del Baron de Lau-
naz.

—La firmaré, monseñor.

Eric-Victor no podia contener su rabia, pero todavia creyó que la prueba seria superior á las fuerzas de la joven, y tomando una pluma entre sus trémulos dedos, escribía en un papel algunas palabras y presentándosele á Javiera la dijo, con tono impetuoso.

—Es preciso firmar eso.

Tomó el papel la senorita de Freising, y vió que contenia la confesion clara y brutal de la falta que acababa de atribuirse, y expresada en términos que habia teas impudencia que remordimiento en tan humillante declaracion. A pesar de todo, tomó la pluma, pero Eric-Victor detuvo su mano, prohibiéndole á escribir el nombre mas puro al pie de la declaracion mas infame.

—Reflexionelo vd. bien, senorita, la dijo el principe. Esto no es un juego: lo que abotta va vd. á firmar, lo sabrá mañana toda la corte, pues es preciso que justifique yo públicamente á mi hermana política, así como públicamente queria acusarla: He sembrado

ya las sospechas y es indispensable que ya misma las borre con esta prueba.

—Entonces, por qué detiene V. A. al mancebo? preguntó fríamente Javier.

Soltóla el príncipe y firmó la sentencia, pero lo empujó con modestia pero sin temblor al lado al hermano de Juan Casimiro el pobre acusador, diciéndole:

—Ya está, monseñor.

Una hora después se hallaba Javier de vuelta en el palacio de Dessau, donde la princesa la esperaba con tanta mas impaciencia cuanto que á los temores antiguos se agregaba ahora el de que hubiese sucedido algo á su amiga.

—¡Gracias á Dios que te veo! exclamó Sofia Margarita saliendo á recibirla. ¡Cuánto has tardado! Tenia miedo por él, me estremecía por tí, y me decía á mi misma: «habrá sucedido alguna nueva desgracia.»

—Ninguna, respondió la joven con una amable sonrisa. Nada ha ocurrido que deba alarmar á V. A. pues mi ausencia ha sido tan larga porque el caballero Oberzell me queria dejarme venir. ¡Tenia tanto placer en hablarme de V. A.! ¡Estaba tan satisfecho de que se hubiese acordado de él! ¡Pobre joven, cuanto ama á V. A.!

Y con una libertad de espíritu que solo podia nacer de la mas heroica abnegacion, siguió hablando á su ama de Jorge de Ober-

zab, mas contento que nunca en la opatencia. Cualquiera hubiera creído que encontraba en el palacio de Dessau tanta felicidad como pocas horas antes había llevado de él el pobre desterrado.

Buscando la princesa un motivo de consuelo en medio de la tristeza en que la dejaba la marcha de Oberzell, miraba afectuosamente á su amiga y la decía:

—Por fortuna, ya que me le quitan, me quedas tu mi fiel, amiga. No le veremos mas pero hablaremos de él. Oh! Siempre estaremos juntas, ¿no es verdad? Si yo te perdiese ¿qué consuelo me quedaría?

De este modo se pasó el tiempo, y llegó la hora de acostarse. La señorita de Freising, ayudó á su señora á quitarse el traje, y en el momento en que se iba á retirar, no pudiendo ya comprimir los movimientos de su corazón, se lanzó al cuello de Sofia Margareta abrazándola y cubriéndola de besos.

—¿Por qué me abrazas así, niña? dijo la princesa.

—Porque yo tambien amo mucho á V. A. respondio ella procurando atribuir á un testimonio de carino lo que era efecto de una dolorosa despedida.

Enternecida por la emocion que la causó un beso que la dió la princesa en cambio de los suyos, volvió la cabeza Javiera, y enjugo una furtiva lágrima que caia de sus ojos,

mas fué la única señal de debilidad que dió aquella alma generosa.

—Hasta mañana, querida; dijo la princesa.

Javiera nada respondió, y luego que llegó á su cuarto, empezó parte de la noche en escribir una larga carta en que explicaba á la princesa todo lo que habia ocurrido; y la pedía perdón por no tener valor, despues de haber firmado su propia vergüenza, para permanecer en la corte hasta el momento en que la arrojasen de ella. Concluida la carta, en vez de acostarse, se dirigió con el mayor silencio á la alcoba de la regente, cuyo costó retiro alumbraba misteriosamente la luna; aplicó Javiera el oído y percibió el sonido de una respiracion igual que anunciaba un sueño tranquilo, y dejando en una mesa de noche la carta de despedida, levantó con cuidado la colgadura, y contempló largo rato el fresco y sereno rostro de su augusta amiga.

Bien hubiera querido aplicar á él sus labios pero no se atrevió por miedo de despertarla, y para poder desahogar el torrente de ternura que inundaba su pecho, cogió los vestidos de su señora, se los aplicó al corazon, los cubrió de besos, y dirigiendo una larga mirada á la que tanto amaba, y á todos aquellos objetos que tanto conocía y de que se iba á separar para siempre, se puso de rodillas. Buscando en el cielo el único consuelo que la quedaba, pidió al Señor que protegie-

se á la princesa y la hiciese feliz; cosa que solo Dios hubiera podido hacer, porque para reemplazar dignamente la amiga que perdió, hubiera sido necesario que la sustituyese al mas amable y mas afectuoso de los ángeles.

El día siguiente no estaba ya Javiera en el palacio de Dessau, y gracias al escándalo promovido y divulgado por Eric-Victor, todo el mundo sabia la supuesta falta de la condesa de Freising. A cierta hora se presentó la camarera mayor censurando con las palabras mas enérgicas la mala conducta de la pobre ausente, y en seguida con tono afectuoso, y propio de quien solicita, presentó un nombramiento á la firma de la regente, diciendo:

—En fin V. A. no podrá menos de ganar en el cambio, porque para desempeñar el empleo que queda vacante, tengo la honra de proponerla á mi sobrina.

—Doy á vd. las gracias, señora de Wansberg, contestó Sofia Margarita, pero es inútil porque ya no necesito lectora.

Luego que salió la camarera mayor, la desgraciada princesa apoyó la cabeza en las manos y permaneció largo tiempo sofocada por las lágrimas y los suspiros.

Tales fueron los hechos que Sofia Margarita sacó del ejercicio del poder soberano; tener que desterrar al hombre á quien amaba, y ver deshonrada y perdidá para ella á la mas amable y pura de sus amigas.



CAPITULO VIII.

ACTOS DE DEMENCIA.

VAMOS ahora á trasladarnos al retiro á que Juan Casimiro habia manifestado desear ir tres meses antes, y á donde con efecto le habian conducido.

Si se observa entre la residencia ducal de Woerlitz y los demás sitios reales que vamos á citar, la misma distancia que separa á los monarcas de los grandes estados de Europa de los soberanos de un pequeño ducado de la confederacion germánica, diremos que el palacio de Woerlitz era el Versailles, el Windsor, el Potsdam, el Escorial de los príncipes de Anhalt-Dessau. Hay sobre todo entre los que hemos nombrado un palacio con el cual guardada la proporción que hemos insinuado,

traza Venetiana mas de un punto de semejanza, y es el del Escorial, en que algunas veces han paseado su poderosa miseria los reyes de España durante su vida, y donde reposan para siempre sus huesos despues de la muerte. No pudiendo imitar la grandeza y magnificencia de aquellas régias habitaciones, habió tomado Woerltz su regularidad, su solidez y su monotonía. «Hállase en Versailles, ha dicho el P. Laugier, asombro y admiracion al principio; pero despues tristeza y fastidio.» Esta impresion, que dejamos completamente bajo la responsabilidad de su autor, podia aplicarse perfectamente á nuestro Woerltz, con la notable diferencia de que este presentaba á las claras la tristeza y el fastidio, sin disfrazarlos ni aun de pronto, ni hacerlos perdonar con las imponentes maravillas que admiran en el palacio del gran rey.

Figúrese el lector en una vasta llanura de la antigua Alemania, un edificio inmenso, que reúne las cualidades de monasterio y de fortaleza, reunion estravagante de otros varios edificios sin armonía entre si pero sin contraste notable. Los estíros de todas las épocas se habian agrupado allí unos junto á otros, se casarse por eso, de tal manera que sería difícil determinar á cual de esas épocas debia atribuirse aquella honra ó mas bien aquella reconvenccion. Las ruinas con sus destruyos, y los edificios con sus ocupados, parecen que habian te-

nido por objeto el edificar, degradar y aumentar siempre á Woerltz, crear una masa inmensa de arquitectura, en que los perniciosos se pierden en un conjunto desagradable á la vista.

Acá, y allá, como por acaso, algunos pasados pabellones y algunas torres por decirlo así, macizas, cortan los tejados inferiores y dejan caer su sombra en patios abandonados en que la yerba crece entre las losas, en que las paredes están despidiendo humedad, y en que las returas de las mismas paredes se ocultan mal entre las hojas de yedra y los líquenes, que parece que nacen ahí de una gana. En los fijos que hay al rededor de la habitacion, restos del destino guerrero que tuvo algun dia, se encuentra el agua necesaria para convertirlos en lozales, poblados de reptiles y animales inmundos.

Apenas atraviesa uno los umbrales de aquella triste mansion, se siente abatido y le penetra un frio glacial; mas despues de atravesar patios inmensos en que el pie se escurre, la vista se espanta y el cuerpo se entorpece, se sale á un parque inmenso, que para estar vivo, soberbio y magnifico no necesitaria mas que un poco de cultivo; pero en él tambien la indiferencia del hombre, ha sido auxiliar de las injurias del tiempo. Las piedras de los estanques de las fuentes, se han separado y caido, las hojas secas han ocupado

completamente las calles de árboles, y los matorrales han cerrado toda entrada en los bosques. No hay de bueno otra cosa que un magnífico arbolado, que, á la verdad, limita la vista, pero por lo menos se fija esta en un punto digno de admiración; fuera de eso, nada hay en Woerlitz que pueda presentar un espectáculo agradable y propio ya para las meditaciones del espíritu, ya para el recreo de la vista.

Sin embargo, esa habitacion cuidada y amueblada como su importancia, parece que necesita, hubiera podido todavía presentar una mansion digna de un monarca; mas en el estado en que se encontraba cuando vino á residir en ella el príncipe maniático, se necesitaria ciertamente toda la imaginacion de un poeta y la buena voluntad de un amante, para encontrar vida, donde la muerte le rodea á uno por todas partes. ¿No seria ciertamente necesaria una ilusion muy poderosa, para ver en aquella agua estancada é infecta, cascadas y riachuelos frescos y cristalinos, y para creer que se estaba todavía en el mundo vivo, al verse en un sitio en que todo grita: «destruccion, sepulcro»

Pues en esa magestuosa ruina, entre esa angusta desolacion, hay ó mas bien habia en aquel tiempo un sitio todavía mas triste, mas solitario, mas lúgubre. Detras de un estanque y apoyado en el muro exterior habia un

edificio a estado, al cual, sin duda por el destino que habian pensado darle cuando se construyó, llamaban la Biblioteca, pero en el que no habia entrado jamas ni un solo libro. En los reinados anteriores, el pabellon de la Biblioteca servia de parage de reunión para la caza, cuando por acaso se cazaba en el parque de Wuerlitz, y á ese mismo sito, por una extravagancia nada estrana en el ánimo de un hombre enfermo y viejo, acostumbraba retirarse Juan Casimiro antes de volverse loco, y habia manifestado deseos de que le llevasen allí, cuando quedó encargado á una regencia el gobierno de Dessau.

Desde que el príncipe de Anhalt se habia retirado de la corte, á lo cual su muger no se habia atrevido á oponerse á pesar del deseo que tenia de conservarle á su lado á fin de conciliar sus deberes de esposa y de soberana, habia tomado tal afición al pabellon de la Biblioteca, que pasaba en él la mayor parte del tiempo, triste y torturado, y aunque los aposentos del palacio estaban mas habitables, preferia siempre acostarse allí. Pensaron entonces arreglar el pabellon para que estuviese con mas comodidad en él, pero á escepcion de una buena cama que permitia que la pasaran, no quiso que se alterase cosa alguna. No observaba tampoco regularidad en su modo de vivir; á veces, sin mas razon que se le antojaba, á la cual todos tenian

orden de obedecer ciegamente, permanecía todo el día en la cama, y cuando llegaba la noche hacía que le vistiesen magníficamente y empezaba á correr descalzo por el parque, donde le seguian á cierta distancia para vigilarle, pero sin hacerle sentir el peso de la vigilancia de que era objeto. Por lo demás, prescindiendo de muchas estravagancias de ese género que daban no poco que hacer á los que le rodeaban, decian todos los criados del príncipe que desde que Juan Casimiro estaba completamente loco, se le podia servir mucho mejor que cuando tenia el uso de su razon. Los que con trabajo se habían decidido á seguirle á su retiro, porque temian para lo futuro los accesos de furor de lo pasado, se felicitaban de haber vencido su temor y triunfado de su repugnancia, pues el pobre demente, como si conociese que su estado le ponía á merced de todo el mundo, procuraba reprimir sus movimientos de brutalidad natural, cuando alguna rara vez su locura le arrebatava hasta el punto de encolerizarse. No era seguramente por cálculo, pues los locos no calculan, sino por un amor instintivo á sí mismo; conocia que necesitaba de los demás, y que los demás nada podian esperar de él, y el espíritu de conservacion, que en el hombre sobrevive á todo, le inducia á inspirar interés, ya que no podia causar terror. Atribuase tambien á la debilidad extrema de sus

facultades la desaparicion casi absoluta de sus movimientos de violencia, por lo menos así lo creían en Woerutz, y en apoyo de esta opinion citaban los hechos siguientes para probar que si el cuerpo no dejaba de moverse el hombre antiguo no existia ya.

Cuando hicimos el retrato del principe de Anhalt al principio de esta historia, digamos que á veces en sus arrebatos de furor ridiculo, cuando no podia vengar en los hombres una ofensa imaginaria, se complacia en destrozar las flores de su jardin ó atormentar á algun pajarillo, como si tan solo la destruccion fuese á sus ojos un testimonio de su poder. Pues en el retiro de Woerutz era todo lo contrario, y muchas veces se le veia en medio de una marcha rápida aunque sin objeto por las calles de árboles del parque, detenerse y aun volver atrás, poner una rodilla en tierra y bajar la cabeza, empleando mucho tiempo y paciencia en enderezar el tallo de algunas florecillas del campo que habia derribado el mismo al pasar.

Ese maniático, cuyo corazon poco antes no sabia ni aun lo que era piedad, se levantó una vez apresuradamente de la cama, donde habia estado mas de las dos terceras partes del dia sin querer tomar alimento alguno, porque una mariposita descaendo encontrar la libertad, se golpeaba las alas contra la vidriera que estaba cerrada. Al ver la precipita-

ción con que saltó de su lecho Juan Casimiro, habría creído cualquiera que iba á matar á la mariposa; pero, nada de eso; abrió con cuidado la vidriera y dejando salir al animalillo, dijo:

—Me has estado fastidiando mas de una hora; pero por mas que digan los demas, siempre soy príncipe soberano, y te concedo tu perdón. Anda con Dios.

Deciendo así, medio desnudo y á pesar del aire fresco de la tarde, permaneció largo tiempo á la ventana, siguiendo con la vista con la espresion de una alegría infantil, al insecto á quien en otro tiempo hubiera aplastado pronunciando alguna palabra de colera.

La estrana y pueril benevolencia que se habia suscitado en él en favor de los seres débiles y flacos, se manifestó mas claramente todavia en otra ocasión. Descargo sobre Wuerltz una terrible tempestad que arrancaba los tejados de los edificios y trastornaba todo el parque, y habiendo cogido á Juan Casimiro en su paseo, á pesar de los ruegos de los que le seguian, se habia obstinado en permanecer fuera espuesto á toda la furia del huracán. Sentado en medio de una calle de árboles, envuelto en una nube de polvo, y casi cubierto por las innumerables hojas secas que el viento levantaba y hacia revolotear á su rededor, dirigía miradas inquietas á todas partes, y cada vez que una ráfaga de viento rom-

pió una rama, ó arrancaba un arbusto, una dolorosa exclamación del demente acompañaba al ruido de la quebradura ó de la caída. Calmóse bastante el viento y le siguió una lluvia abundante; entónces el príncipe se levantó, y los criados creyeron que por fin iba á volver á palacio, mas no fué así. Quisieron acercarse á él, pero hizo un gesto imperioso á los criados para que se detuvieran y empezó á andar por allí y hacer mil tonterías. Ya cogía una rama desgajada de un árbol y procuraba colocarla en su sitio, mas como no podía volver al cuerpo aquel miembro que había perdido, daba muestras de la mayor aflicción al ver la inutilidad de sus esfuerzos. Otras veces era un rosal silvestre que el viento había arrancado, y se entretenía el príncipe en ahondar la tierra, colocar la planta y cubrir bien de tierra las raíces; y cuando lo había hecho, caía sobre ella enteramente con la lluvia, iba á los que le seguían á cierta distancia á espectáculo de la alegría de un niño en presencia de la obra de un loco. Aquel día duró extraordinariamente el paseo de Juan Camiro, pues en seguida se metió en el bosque, por donde anduvieron muy inquietos cerca de una hora los criados que le seguían, pues llegaron á perderle de vista; mas al fin le encontraron á la salida del bosque, con los vestidos desgarrados, la cabeza desnuda, y llevando con mucho cuidado dentro de su gor-

En de terciopelo un objeto que no pudieron conocer, pues con la mano libre trataba de guardar de la lluvia lo que llevaba en la gorra.

Al entrar en el pabellon se ocultaron las centinelas como hacian siempre que entraba y salia. Sofia Margarita habia mandado que se hiciese asi, porque en una de las primeras visitas que hizo á Wuertitz, el principe que no habia hablado á su mugér desde que salió de Dessau la dijo:

—¿Me pregunta vd. que es lo que quiero, señora? Pues no quiero otra cosa sino no tener centinelas en todas las puertas de mi casa, que parece que estoy preso. Han querido que yo no sea nada y nada soy; por consiguiente no necesito guardia de honor, pero me parece que estoy libre ¿no es así? En tal caso no quiero espías.

Tales fueron las únicas palabras que obtuvo de él Sofia Margarita en el espacio de tres meses, porque luego que las dijo volvió á encerrarse en su silencio, y no quiso conservar con su esposa, aunque todos los dias venia á pasar dos horas á su lado.

El dia de que hablamos entró en la Biblioteca con los vestidos desgarrados y chorreando agua; y todo el cuerpo bristando de frío, sus criados se aproximaron para hacer que se mudara de traje, mas él los rechazó diciendo.

—Es inútil, váyanse vds. nada necesito.

Al mismo tiempo apretaba contra su pecho como un avaro su tesoro la gorra de terciopelo, y solo se atrevió á retirar lo que tenía dentro cuando observó que se habían alejado los importunos salvientes.

Sentose y colocó la gorra sobre una mesita, inclinose hácia el objeto que no podía verse, y colocando las dos manos junto á la boca procuró calentárle con su aliento, al mismo tiempo que el rápido movimiento de sus pies en el suelo mostraba muy á las claras su impaciencia. Al fin un rubillo que solo el pulo percibir, le hizo estremecer de alegría, y volviéndose hácia los que se habían quedado al otro extremo de la sala, se sonrió entregándose las manos y las hizo una señal para que se acercasen, pero poniendo al mismo tiempo el dedo en la boca, como diciéndoles: *aproximaos, pero sin hacer ruido.* Acercáronse con efecto los criados andando de puntillas, y Juan Casimiro con aire de triunfo les enseñó en el fondo de la toca de terciopelo un nido de ahejarucos, en que tres pajarillos hambrientos alargaban el pico para recibir la comida de quien quisiera alimentarlos.

—Preciso era que me los trajese, dijo el loco á sus criados; y no lo hubiera hecho quien hubiera cuidado de ellos habiendo muerto su madre?

Diciendo así sacó del pecho un pobre pa-

jarillo á quien el granizo habia arrojado muerta al pie del árbol en que tenia su nido.

Cuando el principe Eric-Victor, que diariamente recibia una noticia exacta de todo lo que hacia y decia su hermano, supo este nuevo acto de demencia, se estregó tambien las manos de alegría, y se dijo á si mismo: «No tardaré en reinar; la imbecilidad ha llegado al último punto, y Juan Casimiro es hombre perdido.»

El dia siguiente prolongó Sofia Margarita una hora mas de lo que acostumbraba su vista al palacio de Woerlitz, no porque el idiota la hablase mas que otras veces, ni manifestase deseos de retenerla, sino porque habia visto el nido de abejurucos, y conmovida por el sentimiento de humanidad que se habia despertado en el corazon de su marido, queria tomar parte en aquella buena obra, de una manera inteligente. Juan Casimiro, silencioso en un sillón, la dejaba que hiciese lo que quisiera y se mantenía con los ojos medios cerrados, como si nada hubiese visto. Cuando la princesa se marchó, siendo así que no acostumbraba el demente hacer movimiento ni demostracion alguna al llegar su mujer ni al retirarse, aquel dia se volvió hácia ella y movió los labios articulando un sonido ininteligible, como si hubiese querido decir: «hasta mañana.»

No siempre los muros exteriores del par-

que servían de límites á los pascos de Juan Casimiro, por las muchas veces tenían que seguirle sus errantes hasta muy lejos por el campo, donde jamás se presentaban á él como no viesen que se había extraviado, y aun entonces se valían de alguna estratagemá para dirigirle. Ya se encontraba con él un aldeano y decia como sin intencíon, señalando hacia el palomar: «me parece que está muy cargado el cuño por la parte de Woerlitz;» va se llegaba á él un viajero y le preguntaba cuál era el camino de Dessau, y como Juan Casimiro no sabía responderle, haciendo el otro como que reflexionaba añadía: «Debe ser este, porque Woerlitz está allí, y por consiguiente Dessau debe estar hacia esta parte.» ¡Muití! es decir que el aldeano y el viajero eran criados ó empleados de palacio, que seguían al príncipe disfrazados con ese objeto.

Un día llegó Juan Casimiro á sus vigilantes mucho mas allá del término que hasta allí han tenido sus expediciones, y fatigado por el largo paseo y por el calor que hacía, llamó á la puerta de una casita de pobre apariencia; abrió la puerta un hombre y después de dirigir al rededor una mirada inquieto, invitó cordialmente á que entrase y se sentase, al pobre anciano que le pedia hospitalidad por algunos momentos. Sentóse el príncipe, le trajo una jarra de vino y unos vasos el dueño de la casa, y después de

haber brindado con él, sin imaginar siquiera que tenía la honra de alternar con una testa coronada, el buen hombre alegó un motivo importante para salir y dijo á su huésped.

—Beba vd. todo lo que quiera, si tiene sed, y si le dá sueño duerma con toda seguridad, que yo pronto vuelvo.

Diciendo así, salió de la casa, pero apenas había dado unos cuantos pasos por el campo, se llegaron á él dos de los criados que seguían al príncipe, los cuales, según les estaba mandado, no querían presentarse al príncipe, pero debían cuidar de él y tomar todas las noticias necesarias para su seguridad.

—Buen hombre, dijo uno de ellos al dueño de la casa; ¿de quién es la casa de que acabas de salir?

—Mia.

—¿Y había alguien contigo en ella hace corto rato cuando ha llamado á la puerta un forastero?

—Nadie había, pues que yo vivo solo en ella.

—¿Y por qué no te has estado con la persona á quien has recibido, y sales en este momento? ¿A donde vés?

—¿Que á donde voy? respondió el otro con arrogancia exterior, aunque algo desconcertado interiormente. Cada uno tiene sus negocios, yo voy á los míos y no veo á que fin

se encaminan las preguntas que vds. me hacen. Si alguien hubiera de tener en todo esto motivo para desconfiar, debería ser yo, que dejo en mi casa un desconocido; y claro es que tendré necesidad y prisa de salir cuando lo hago dejando mi puerta abierta.

—¿Cómo te llamas? preguntaron los dos á un mismo tiempo al aldeano, que queria continuar su camino.

—Muy bien puede decirse mi nombre, señores, pero yo he abierto mi puerta y ofrecido el vino que tenía sin preguntar su nombre á un anciano que necesitaba una silla para descansar, y un vaso de vino para refrescarse.

Al momento uno de los empleados le dijo el nombre de Juan Casamiro, príncipe de Anhalt, lo cual pareció que mas bien asustaba que ensobrecia al que le habia ofrecido su casa.

—Sin duda es una grande honra la que me hace S. A., respondió; pero es el caso que como acabo de decir á vds.; tengo un negocio preciso que me llama lejos de aquí. Entren vds. en mi pobre casa, y hagan compañía á su amo, pues por mi parte no puedo menos de ir donde voy.

==Trató de nuevo de librarse de los dos hombres que le detenían, y ciertamente si estos hubieran podido concebir algun temor acerca de la seguridad del príncipe, el tono

franqueza y la oferta que acababan de hacerles de que tomaron posesion de la casa, les hubiera tranquilizado; pero sabemos que en ninguna manera querian presentarse á Juan Casimiro, á fin de que este creyese que se hallaba en completa libertad. Así se lo participaron á aquel hombre, y uno de ellos añadió.

—Vas á volver inmediatamente á tu casa, á donde nosotros no podemos ir por la razon que acabamos de decirte, y no volverás á salir de ella hasta que se vaya el príncipe; entretanto, tu nos respondes de su persona.

—Eso es muy honroso para mí, replicó él, pero me contraria en extremo. Yo no voy á perturbar á S. A. á Woerlitz, ¿por qué ha de venir á impedirme que me entregue á mis ocupaciones?

—No te arrepentirás de haberlo recibido bien, le dijo uno de los dos hombres.

—Pero habré dejado de hacer mis negocios, replicó el otro. Y luego ¿es tan agradable tratar con un loco!

Rogó entonces á los discretos vigilantes del príncipe que le permitiesen tan solo dar una vuelta de un cuarto de hora, prometiendo volver al cabo de de ese plazo, pero como no se lo permitian tampoco por no querer que el enfermo estuviese solo por mas tiempo, y en cambio de su obediencia le pro-

meliesen ir uno de ellos á hacer lo que les dijera, aparentó que se resignaba y respondió:

—No es necesario; como ha de ser! Ire mañana y será un día perdido.

Dirigióse entonces á su habitación, pero en lugar de detenerse en la pieza en que se había sentado el príncipe, y en que estaba como embobado, la atravesó con rapidez, salió por la puerta de un corralillo, y echó á correr cuanto podía por el campo, en tanto que uno de los dos que le habían detenido y que no le dejó marchar sin preguntarle nuevamente su nombre, escribía en su cartera el de Patricio Sulzbach.

Al momento que el fiel servidor del desterrado atravesó rápidamente su propia casa, salió Juan Casimiro de la especie de arrocamiento en que estaba sumergido.

Los locos, los niños, y aun los animales, aunque no conozcan toda la criminalidad de una acción culpada que cometen, tienen cierta conciencia de que hacen mal y temen ser sorprendidos; el idiota estaba haciendo mal cuando sintió entrar á Patricio, y por eso se colocó precipitadamente en su silla y fingió que estaba adormecido. Parecerá este demasiado cálculo para un hombre privado de razón, pero el animalillo tan insignificante que no le percibimos sino con el auxilio del microscopio, encuentra medios increíbles para librarse de su enemigo ó para apoderarse de

de la voluntad, para creer que la Astronomía no es una facultad de la inteligencia, sino una consecuencia necesaria de la voluntad, como la respiración y el movimiento. Sea de esto lo que quiera, volvamos á nuestra narración.

El príncipe no se dió prisa á levantarse después que habia pasado Patricio, sino que primero dirigió una tímida mirada á derecha é izquierda, aplicó el oído, y se atrevió en seguida á levantar la cabeza y mirar á toda la sala, como un malhechor que se prepara á cometer una acción criminal, y quiere antes asegurar su impunidad. No habiendo visto á nadie, y animándose con el silencio, se levantó y fué á examinar la puerta por donde el otro habia salido, á fin de estar perfectamente seguro de que se hallaba solo en la casa.

Tomadas estas precauciones, se dirigió el idiota á una puertecilla que habia descubierto por acaso, durante la primera ausencia de Patricio; levantó el picaporte, empujó la puerta y se encontró en otra piececita, que aunque alhajada con muy poco mas lujo que la primera manifestaba por el orden y disposición de sus muebles, hábitos de bienestar y elegancia que no anunciaba ciertamente la sala de entrada.

Libre en sus investigaciones, empezó á revolver el cuarto con la precipitada impaciencia de un niño caprichoso que se apodera de

todo cuanto encuentra á mano, y lo arrojó inmediatamente, hasta que dió con un juguete que seduce sus ojos y cautiva su atencion. No tardó en caer en manos de Juan Casimiro aquel juguete, que ciertamente no buscaba, y que había guardado con esmero en un armario de encima muy bien trabajado. Cogió el tal objeto, que era un cofrecillo primoroso de ébano, se le metió entre la ropa como si hubiera querido llevarsele, y sin pensar en el desorden que había causado en el misterioso gabinete, volvió á la sala primera en que entraba la luz con mas libertad.

Tan orgulloso Juan Casimiro con su conquista como en otra ocasion con la del nido de abejarnecos, volvió á sentarse junto á la mesa, y se entretuvo algun tiempo en examinar el cofrecillo por todas sus caras. Este cofrecillo no es un objeto desconocido para nuestros lectores, pues le han visto ya otra vez en la casa que Oberzell tenía en Dessau. Miróle largo rato el principe, le agitó junto á la oreja para ver si sonaba algo dentro de él, y en fin pensó en recrear su vista con lo que contenia aquella cajita, pero encontró gran dificultad para abrirla. En vano se esforzaba por levantar la tapa pues estaba perfectamente cerrada; en vano puso el cofrecillo en el suelo y trató de romperle con los pies; todos sus esfuerzos eran inútiles. Irritado por aquel obstáculo buscó un martillo

ó una hacha con que poder hacerle pedazos, y no encontrando ninguna cosa á propósito, se apoderó de él un arrelato de furia de los tiempos anteriores, y arrojó con fuerza el cofrecillo contra la pared; el choque, por acaso, obró sobre el muelle que le tenía cerrado, cedió este, y el medallón que tan cuidadosamente estaba conservado en aquella caja vino rodando á los pies del marido de *Sofia Margarita*.

Recogió aquel retrato y empezó á contemplarle, sin que sea fácil decir si hubo verdaderamente admiracion, ó tan solo atencion inteligible por parte del loco, al mirar aquella imágen; lo cierto es que él continuó mirándola con una singular persistencia, y su meditacion era tan profunda en aquel momento, que no notó que acababa de entrar una persona por la puerta del corralillo. //

El que acababa de llegar se detuvo lleno de terror al aspecto del noble huésped que le visitaba y á quien muy bien conocia, pues el que habia entrado así en la casita de *Patricio* era el habitante del gabinete misterioso, era el desterrado *Oberzell*.

Si el lector nos pregunta por qué tampoco esta vez habia obedecido *Oberzell* á la sentencia de destierro pronunciada contra él por *Sofia Margarita*, sentencia cuyo rigor habia debilitado mucho con su visita, la jóven lectora, responderemos que al salir *Javiera* de pa-

luego hacia el rígil al proscrito un billete con-
cebido en estos términos:

«Aunque he dicho á vd. que podia mar-
char porque yo quedaba á su lado, velaria
por su seguridad y avisaria á vd. en caso que
la amenazase algun peligro, ahora le ruego
encarecidamente en nombre del cielo que no
se vaya, porque no tiene más defensa en el
mundo que la de v. l. Cuando vd. reciba este
aviso hará algunas horas que estaré yo sepa-
rada de su lado.

El buen Sulzbach, aunque resignado con
la triste suerte que le proporcionaba la des-
gracia de su amo, le habia ya preguntado al-
guna vez:

«Puesto que de nada servimos aqui, ¿cuán-
do nos vamos á un pais que sea mejor para
nosotros?»

A lo cual Oberzell respondia en virtud de la
carta de Javiera:

«Marcharemos el día que Sofia Margarita
pueda decir al despertarse: «Gracias, Dios mío,
desde ayer no tengo enemigos.»

La valerosa jóven que con tanta generosidad
se habia inflamado á sí misma por salvar á
su señora, no se habia separado tampoco de
las inmediaciones de Dessau, y habitaba en
una casa que conocia Sofia Margarita, pues
la señorita de Freising no habia querido de-
jarla ignorar el lugar de su retiro; mas no pa-
saba de ahí, pues no habia creído convenien-

te Javiera que la princesa supiese que Oberzell se encontraba todavía allí por temor de que los pesares de su amiga se añadiese el incesante cuidado, la terrible inquietud en que la tendría una vida que tanto apreciaba. La princesa no dejaba de hacer pasar su coche por delante de la habitación de Javiera cuando volvía de Woerlitz, pues aunque no era el camino directo para su palacio, quería dar aquel testimonio de recuerdo á la que tanto había hecho por librarla de la vergüenza y del escándalo con que la amenazaban. Una mirada por entre el cristal de la puertecilla, una mano blanca que meneaba un guante entre la cortinilla, eran las señales con que la regente de Anhalt-Dessau podía manifestar su gratitud á la generosa Javiera, y esta se tenía por feliz y se creía bastante recompensada.

En cuanto á Oberzell, había mandado á su fiel Sulzbach que alquilase la casa en que hemos visto entrar á Juan Casimiro, y la razón que le determinó para elegir esta habitación y no otra, es porque se hallaba precisamente situada cerca del camino que Sofía Margarita seguía para ir á visitar al loco. Allí no había miradas ni movimiento de guantes; ¡estaba la princesa, tan agena de pensar que su libertador se hallase todavía á su lado! Mas él la veía todos los días, y así había dos miradas que tanto á la ida como á la vuelta, en dos caminos diferentes, esperaban su pa-

no con impaciencia; dos corazones que la acogían con el más puro amor, el de la joven caritativa á quien pensaba poder traer algun día á su palacio, y el del noble amigo á quien no esperaba ver más.

Solo una persona en Dessau conocía el asilo donde vivía refugio Quetzell, porque este había querido ver suyo manifestándose á fin de que si llegaba el día del peligro supiese la puerta por la que se podría volver los ojos para encontrar siempre dispuestos al combate, un brazo fuerte y un corazón inaccesible al miedo. La persona á quien el desterrado no había temido confiarle, era el conde de Barelfeld.

«Señor conde (le escribió luego que pudo encontrar un asilo) mientras no haya derramado por ella toda mi sangre no será completa mi espacina, en tanto que exista un enemigo sobre el que yo no se habrá cumplido. Permanezca aquí, á pesar de la orden de vd. pero para servirle, no le obedeceré. Cuando llegue el peligro sobre vd. donde estoy, y no puede dudar ni de mi desinterés, ni de mi valor.»

Esta carta no podía caer en manos de los agentes de Eric-Victor, á pesar de su espialta vigilancia, porque Patricio fué el encargado de entregarla él mismo al primer ministro.

Ahora que hemos explicado todas estas co-

228, se comprenderá fácilmente por qué el honrado Suizach se asusta tanto al saber que era el príncipe de Anhalt el que le encontraba en su casa y se había refugiado á su mesa, y por qué manifestaba tanto el sen de escaparse de mano de los criados del porrepe. El negocio importante que le atraía fuera de su casa era la seguridad de su amo; Oherzell no podía vivir siempre encerrado como un preso en la casita de Patricio, y había salido á pasearse, porque la soledad de aquel sitio y la proximidad á un bosque espeso, le facilitaban el hacerlo; pero para volver de un momento á otro y encontrarse en presencia del príncipe en aquel asilo que creía tan seguro, y en que no había entrado ninguna persona estrana en los tres meses que duró que ellos le hallaban. Patricio tenía á los puntos del bosque á que su amo solía ir con preferencia, y se habría podido seguir el camino que seguía por lo regular cuando quería encontrarlo, es dudable que Oherzell no se hubiera visto espuesto al peligro de encontrarse cara á cara con Juan Gaspar, el ródico que necesariamente tuvo que llevar, hizo que no podase advertir á su amo el riesgo que le esperaba, y por segunda vez se vió Oherzell al frente del príncipe de Anhalt, y en situación sumamente peligrosa, puesto que el retrato de Santa Margarita se hallaba en manos del enemigo.

Levantó la cabeza el príncipe de Anhalt y miró como asombrado al hombre que estaba delante de él, de pie, silencioso y temblando.

—Ah! ¿vd. no es el otro? dijo manifestando con estas palabras la sorpresa que le causaba el encontrarse con otra persona que la que antes le había recibido.

Oberzeil, con los ojos fijos en el retrato que Juan Casimiro tenía en la mano respondió tartamudeando:

—Con efecto, aquí vivimos dos, y no he sido yo el que ha tenido la honra de recibir... si yo hubiera sabido...

—Si, nadie sabe, replicó el príncipe, nadie sabe á donde voy, ni cuando llego.... Tampoco allá en Dessau (continuó con una alegría infantil) saben que ha sido de mí... Tanto mejor. ¿Qué me lasquen! ¡Seguramente no han de venir aquí. ¿Qué bueno es estar libre! vd. no me vigilará como los otros, porque yo le quiero mucho... Venga vd. acá, siéntese á mi lado.

Al observar el joven aquella inmensa desgracia no podía menos de notar en su alma un profundo sentimiento de respeto y compasion; pero aquel retrato, que el príncipe no dejaba de mirar, le causaba al mismo tiempo tan grande espanto, que aunque percibió el ruido de las palabras no comprendió su sentido y permaneció inmóvil. Juan Casimiro se levantó, fué derecho á él, le puso

delante de los ojos el medallon y le dijo:
—Vé vd. ese retrato?

Oberzell asustado dió un paso atrás, y el demente le preguntó con el tono mas natural:

—Es su hermana de vd, ¿no es verdad?
Es muy linda.

Puede muy bien decirse que estas palabras del príncipe de Anhalt, volvieron la vida y el movimiento al desdichado que un momento antes se estremecía con cada frase que el loco pronunciaba.

—¿No sabe vd. quien soy? le preguntó el príncipe.

Oberzell puso una rodilla en tierra y dió al insensato el tratamiento de alteza. Lisongeado él por aquella señal de respeto le alargó la mano para que se levantara, y agarrándole familiarmente del brazo, sea que su animo estuviere dispuesto á mirar como amigos á todos lo que no le vigilaban, ó que un encanto secreto le aproximase á Oberzell, empezó á contarle sus inquietudes, su fastidio y sus padecimientos reales ó imaginarios, de una manera que jamás hablaba á nadie. Le pidió su amistad, le ofreció su proteccion, y por decirlo así, se colocó bajo su salvaguardia.

—Vendrá vd. á Woerlitz, le dijo, quiero que venga vd. conmigo.

Perdóneme V. A. señor, contestó Ober-

zell, conmovido al ver la confianza que inspiraba al loro, pero pensando acaso tambien en la gran esplendoria que caracterizaba esponiéndose á que le viera Señor Margueta, y acaso tambien su mas íntimo deseo: perdoname V. A., pero no me es posible aceptar ese favor que para mí seria tan precioso.

—Ya lo entiendo, y replicó Juan Casimiro teme vd. desagradar á otros que piden mas que yo, pero es así. A la verdad yo no puedo mucho, pero lo intentaré todo, hablaré por vd. á la regenta.

Oberzell contó que todo aquello no era mas que el caprichoso capricho de un loro, y que se barrara su capricho naturalmente, y sin que fuera necesario que se opusiese á una idea tan peregrina para él; así es que no respondió sino de una manera muy vaga á los observaciones del príncipe. Este permaneció todavía una hora larga en la cabina de su nueva cuna, y cuando se dispuso á marchar, había ya mucho tiempo que había vuelto Perico, cansado de buscar á su amo por el bosque, y habia pasado del terror que le causó el encontrarlos juntos á la alegría de ver que estaban tan amigos.

En el momento en que el loro se despidió y se dirigió hacia la puerta, se acercó á él Jorge respetuosamente, y le dijo:

—Señor, ese retrato.....

—Me le llevo, respondió Juan Casimiro interrumpiéndole, dirigiéndolo al rededor de sí una mirada inquieta, y estrechándolo el medallón contra su pecho. Vea que no está vd. dispuesto á ser mi amigo, como quiere hacer creer, pero de esta manera estoy seguro de sujetarle á vd. Aprópie como deba el retrato de su hermana, y vendrá á buscarle á Wuerltz.

Y como si hubiese temido que quisieran emplear la violencia para quitarle el retrato, salió corriendo de la casa Oberzell iba á seguirle, pero Patricio le detuvo diciéndole:

—No salga vd., señor, que hay muy cerca de aquí los criados de palacio que esperan al príncipe, y le podrían conocer á vd.

Fácil es suponer que Oberzell no fué á Wuerltz á reclamar el retrato. Pasáronse tres dias sin que en la cabecera de Patricio se supiese nada de Juan Casimiro, pero en la tarde del tercer dia volvió á presentarse el loco en ella, y se instaló como si estuviese acostumbrado á vivir allí. Despues de una conversacion insignificante, pero en la cual mostraba tomar un gran interés, se durmió al lado de Oberzell, y al despertarse exclamó:

—Me gusta mucho descansar aquí, porque sé que estoy bien seguro.

El dia siguiente repitió la misma visita, la misma conversacion y el mismo sueño, y

continuó así todos los dias, pero no habló mas de llevar consigo al caballero á Woerlitz; y Ouerzell, por su parte no se atrevió á preguntar por el retrato, de que sin duda se habia olvidado el principe.

Poco tiempo despues, un dia que Sofia Margarita estaba en la habitacion de su marido, cuidando el nido de abejarnecos, le dijo Juan Casimiro.

—A que no sabes donde estoy yo mas contento que en el palacio de Dessau y en mi pabellon de Woerlitz? Pues es en mia cabana que hay allá abajo junto al camino. ¿Qué bien se está en ella! ¿Se alegran tanto de verme los que la habitan! Hay uno que está muy triste porque ha perdido á su hermana.... Ya sabes lo quanto quiere uno á su hermana.... ¿quierias tanto á la tuya! Pobre jöven! Y yo tengo el retrato de la hermana por quien llora todos los dias; verás, verás que hermosa es.

Diciendo así sacó de un mueble el medallón que habia robado á Ouerzell, y le presentó á Sofia Margarita, que se quedó asombrada al ver su propio retrato.

—El que llora se llama Jorge, continuó el principe sin percibir la emocion de su mujer; pero son dos en la cabana, y el otro se llama Patricio.

De esta manera supo Sofia Margarita que el desterrado se hallaba todavia cerca de ella.



CAPITULO IX.

EL INSULTO.

UNAL consejero es siempre el odio, y el príncipe Eric-Victor no podía seguramente darse el parabien de haber seguido sus inspiraciones, pues hemos visto como el hermano de Juan Casimiro se había visto por dos veces chasqueado en medio de sus mejor concertadas maniobras. Habíase prometido sacar un partido inmenso de la audiencia concedida por la regente al caballero Oberzell, testimonio público é inocente de una gratitud muy justa, y sin embargo, el resultado habían estado muy lejos de ser favorable á Eric-Victor, pues por esa parte habían quedado arruinadas las esperanzas ambiciosas, gracias á la incontrastable firmeza

do! conde de Barckfeld, y la valerosa resignación de la princesa de Anhalt.

Lisonjese después el vencedor con que todavía podía mejorarle todo con el rapto y las confesiones de Javiera, mas su atrevida tentativa se había estrellado contra el sublime sacrificio de una niña. Así pues, á donde quiera que se encaminase, se le ponian por delante el afecto sublime de la amistad y el heroismo del amor, cosas cuya resistencia él negaba, y que le sabian al encuentro para detenerle en la senda de perfidia que seguia, y hacerle confesar su resistencia, pues tan visiblemente le contrariaban.

Mas el odio de Eric-Victor, hijo de la ambición irritada y del amor despreciado, era de aquellos que con nada se desalientan. A pesar de tan graves derrotas, le regaba todavía su frenético orgullo, se decía á sí mismo que era imposible que se le prolongase aquella situación intolerable, y dejaba á su ángel malo, que siempre estaba alerta el cuidado de aprovecharse de todas las ocasiones que se presentasen, decidido á buscarlas él mismo, si tardaban mucho en venir.

Muchas veces el ex-coronel de los guardias, recordando la siniestra resolución del soldado Nataniel, se celaba en cara el haberse compadecido de su hermano en el momento en que este cayó loco en sus brazos. «¿Qué necedad fué la mía! pensaba. El sol-

«*«* dado Nataniel no deseaba otra cosa que vengarse, tenía ya el puñal levantado, y yo cometi el disparate de contener el brazo que iba á descargar el golpe. Esa delicadeza me ha costado muy cara; pero ¿quién había de prever que las cosas se habían de volver contra mí de la manera que se han vuelto? El hecho es que esa mujer insolente está gobernando, y yo que hace mucho tiempo debería ocupar el trono, es preciso que espere á que un suceso natural y que yo podía haber anticipado, venga á darme que ha llegado mi hora de reinar. Este suceso, en que ya se funda únicamente mi esperanza, podrá tardar mucho, y desde luego demasiado para mi paciencia.... Es menester acabar de una vez.»

«*«* Pero antes de dar el golpe decisivo, pro-
ludaba el príncipe con algunos actos de re-
belión y de insubordinación, cada vez menos disimulados. Sus temeridades no tenían mas li-
mite que su propia voluntad, pues la indul-
gente tolerancia de Sofia Margarita jamás se
causaba de perdonárselos, y Eric-Victor, con-
siderando como una victoria la fuerza de inercia que le oponía la mujer á quien se había
propuesto perder, recoblaban cada vez su or-
gullo y desvergüenza. No se pasaba semana
sin que encontráse algun medio de hacer á la
princesa un ultraje, ó hiciese recaer alguna
humillacion, si no sobre Sofia Margarita á lo

menos sobre alguno de sus partidarios. Insultaba abiertamente á los amigos de la princesa, y como el orgullo del protector dá margen á la impudencia de los protegidos, los secuaces de Eric-Victor acostumbraban decir como en tono de amenaza.

—Paciencia! ¡No siempre estarán en Dessau las tropas extranjeras!

Sofía Margarita hubiera continuado acaso sufriendo, sin castigarla, la insolencia de su cuñado, á pesar de que había llegado á ser excesiva; pero la había lastimado tanto el corazón el haberse visto precisada á separarse de Javiera, que el recuerdo doloroso de aquella triste separacion disminuía mucho en ella con respecto á Eric-Victor, la propension á la clemencia, que era en ella tan natural como la magestad y la gracia.

Un día tuvo el conde de Barekfeld la satisfacción de ver que su soberana dejaba de rechazar los consejos que él la estaba siempre dando. El primer ministro atribuyó la honra de aquella conversión á la precoz inteligencia de su noble discípula, y un poco también á la elocuencia que él había desplegado, y seguramente hubiera estado menos satisfecho de sí mismo, y desde luego menos contento de ella, si hubiera sospechado que el milagro se debía al tierno afecto que profesaba á una muchacha.

En tanto que la pobre princesa había te-

nido que sufrir ataques contra su propia dignidad ó contra sus afectos personales, habia podido perdonarlos; pero que Javiera, en el oscuro retiro, á que la habia conducido su generosidad, se viese espuesta todos los dias á los insultos de los satélites de Eric-Victor, eso no podia menos de conmoverla hasta el punto de buscar en su poder armas contra su enemigo.

Una noche, ciertos hombres borrachos, que se sabia que eran de la servidumbre del pretendiente á la regencia, se habian detenido junto á las ventanas de la senorita de Freising dando voces groseras é insolentes, y aun habian tirado algunas piedras á los vidrios; la guardia cívica habia acudido y puesto en fuga á los alborotadores, pero uno de ellos volvió un rato despues, y á favor de la oscuridad, escribió en la puerta de la pura jóven una palabra infame, que pudo leer la princesa el dia siguiente al tiempo de ir á Woerlitz. «He podido tolerarlos, se dijo á si misma Sofia Margarita, en tanto que han dirigido sus tiros contra mí sola, pero ahora que amenazan á una pobre jóven, aislada y sin defensa, su vileza me indica cual es mi deber.»

En tal disposicion de ánimo encontró el conde de Barekfeld á su soberana, cuando vino á tratar con ella de los negocios del estado; antes que la dijese nada de su cuñado, se hallaba ya convencida, pero el conde mostra-

ba tal satisfaccion con lo que imaginaba que era el triunfo de su elocuencia, que la princesa no quiso quitarle aquel gesto manifestándole la verdadera causa de su determinacion.

Por lo que hace á Eric-Victor estaba muy lejos de prever la tormenta que le amenazaba, y continuado con la impunidad de que habia gozado hasta entonces, se preparaba á recargar mas y mas sus insolencias y ultrajes, diciéndose á si mismo, cuando le acometia el pensamiento del castigo otorgado. No se atreverá contra uno.

—Sin embargo, el mismo día en que Sofia Margarita habia leído el horrible epíteto escrito en la puerta de la senorita de Freising, vió el hermano de Juan Casimiro Besar á su palacio una visita, que ciertamente no esperaba recibir, á saber, la del conde de Barchfeld, primer ministro de la regente.

Luego que Eric-Victor estuvo solo con el diplomático, empezó por manifestarle la sorpresa que le causaba el ver en su casa.

—Yo creia, meos der respondi el conde, que mas bien habiera podido admitirse V. A. de no haberse visto venir á los.

—Para responder á V. A. á esos sus conde, repelió el príncipe con tono orgulloso, la cesa de haberme el motivo de su visita.

—Esos me expuso el conde Barchfeld sentándose en un sillón, en que apenas le habia invitado el príncipe á que tomase asiento. El

motivo no es ciertamente agradable para mí, pero V. A. que está llamado al poder sabe mejor que nadie que hay en política duras necesidades ante las cuales es indispensable bajar la cabeza.

—Comprendo á vd. contestó Eric-Victor á quien jamás abandonaba el orgullo; nuestra lucha de fatiga y viene con objeto de que nos arreglamos.

—Precisamente es así; no hay mas diferencia sino que en nuestras posiciones respectivas, es posible que esa palabra no tenga la misma significación. Sin embargo, V. A. verá que el paso que doy es muy amistoso, y que deseamos que todo se componga de la mejor manera posible. V. A. nonseñor, es un político demasiado profundo para que no conozca lo que vale, pero también cuesta muy caro, pues solo por V. A. permanecen en nuestro ducado las tropas de Berlín.

Al oír estas palabras, que probaban su importancia, de la cual estaba muy persuadido y que la complacía oírle confesar por un enemigo, se pavoreció el hermano de Juan Casimiro, y dijo á Barclay con arrogancia.

—¡Ah! Esas tropas son un estorbo para vds. y quisieran deshacerse de ellas, ¿no es verdad?

—Es muy natural, respondió el ministro sin alterarse. Para pagar por mas tiempo sus sueldos á nuestros aliados, seria preciso im-

poner nuevas cargas al pueblo, y eso podría comprometer nuestra popularidad, lo cual sería un grave inconveniente, atendiendo á que la de V. A. se halla tan sólidamente establecida. El tesoro no está rico y quisiéramos hacer economías.

—Yo no me opongo en ninguna manera á ellas; añadió el príncipe sonriéndose irónicamente.

—Puesto que encuentro á V. A. en tan buenas disposiciones con respecto á nosotros, veo que mi negociacion vá á ser mas fácil que lo que yo creí al principio.

—Y ¿cual es el objeto de su venida de vd. á mi casa?

—Hemos creído que V. A. atendiendo á las dificultades en que pone al gobierno, no tendría inconveniente en terminarlás sacrificándose por el bien del país.

—¿Qué es lo que quiere vd. decir? preguntó el príncipe levantando la voz.

—No entendemos este negocio de otra manera que la que V. A. e entendería si la eleccion del Senado le hubiera colocado en la posición que ocupa la princesa. He tenido la honra de trabajar al lado de V. A. y aprender su escuela en los consejos del príncipe hoy interdicto, y conozco el sábio método de gobierno que siempre ha preferido.

Estoy persuadido, continuó Bursfeld con firmeza, que si siendo V. A. regente, la prin-

esa Sofia Margarita hubiese intentado contra su poder la cuarta parte de lo que V. A. ha intentado contra el suyo, hace mucho tiempo que la hubiera mandado cerrar en alguna fortaleza, si es que no tomaba una medida mas decisiva. Seguramente no hubiera sido yo el que hubiera censurado esa severidad; mas sin embargo no aconsejaré á S. A. que la imite. No podemos olvidar que V. A. es príncipe de la sangre, llamado acaso á ocupar el trono algun dia, y por eso vengo á suplicarle respetuosamente que por sí mismo ponga término á nuestras inquietudes. Anuncio, pues, á V. A. en nombre de mi augusta soberana, que ha decidido que en adelante no puedan encontrarse sus coches con los de V. A. en las calles de Dessau, y para que así sea, es preciso que V. A. se decida á salir del principado.

—En destierro! exclamó el príncipe indignado por el obsequioso rigor del diplomático! ;A no desterrarme!

—No, señor, es un viaje, respondió el ministro muy tranquilo; un viaje por causa de salud, ó de negocios ó lo que á V. A. mejor le convenga, viaje que podrá ser bastante corto, pues eso dependerá de la franca resolución de V. A. y de la prudencia de sus amigos. Tan pronto como el gobierno se halle tranquilo y el poder sólamente establecido, nuestra graciosa soberana permitirá á

V. A. que vuelva. Ah! debo prevenir á V. A. añadió el ministro como si se le hubiese olvidado, que es preciso que lleve á cabo en cuarenta y ocho horas este viaje, que es forzoso para V. A. pero que todos creerán enteramente voluntario.

En tanto que el conde de Barekfeld hablaba de aquel modo, le escuchaba Eric-Victor con impaciencia y desprecio, encogiéndose de hombros y mostrando en los labios una altiva sonrisa.

—Es decir, replicó, que han tenido vds. miedo de proceder abiertamente contra mí, y han creído que sería bastante inepto para someterme voluntariamente á una sentencia cuya ejecución no se atrevían á mandar.

—En mano de V. A. está experimentarlo, contestó el conde levantándose de su asiento; si V. A. no tiene á bien aprovecharse de las consideraciones que hemos creído conveniente observar; en una palabra, si se resiste, nos veremos obligados á probarle de qué modo nuestra soberana sabe castigar á un súbdito rebelde.

Dicho esto en tono firme y decidido, sin dejar de ser respetuoso, se dirigió el ministro hacia la puerta, pero el hermano de Juan Casimiro había llegado antes que él, y colorándose de modo que pudiera estorbarle el paso, mirándole con ojos amenazadores le dijo:

—A la verdad, señor conde, no reconozco hoy en vd. aquella prudencia que le ha valido tan alto renombre en las cortes de Alemania. Cómo! ¿No ha temido vd. ser portador de una orden tan peligrosa, y venir á intimárnela en mi propia casa y en medio de mis mismas guardias? ¿En mi casa, donde no tengo mas que hacer un gesto o decir una palabra, para tener á vd. en mi poder?

—Oh, monseñor! repuso el conde de Barekfeld. sin manifestarse asustado de la amenaza ni irritado por la mala intención; es V. A. de sangre demasiado noble para pagar con una violencia inculcable, el paso, enteramente amistoso que he dado con respecto á V. A. He querido presentarme aquí sin armas, sin escolta, como amigo (añadió con una maliciosa sonrisa,) porque he creído que esa era la mejor garantía que podía tomar contra V. A. y que mi propia debilidad era mi mejor defensa.

—Pues ha caído vd. en sus propias redes, señor astuto, dijo Eric-Victor en tono burlon, y ahora que le tengo en mis manos, que vé que no puede escaparse; que viene con sentimentalismo presentándose su propia debilidad. ¡Magnanimidad con vd! No soy tan necio, señor conde, vuestra excelencia se burlaría con mucha razón de mi alteza. Además, son demasiado pocas las veces que se

nos presenta una ocasion de apoderarnos de su persona, para no aprovecharla cuando viene á entregarse á si mismo. Conde de Barekfeld: es vd. mi enemigo y voy á tratarle como tal.

—Hacia muy mal V. A. monseñor; respondió el ministro con tono tranquilo y con el rostro tan sereno como si no se tratase de él. Yo le aconsejo que no lo haga, y se lo aconsejo, si no como amigo puesto que desprecia mi amistad, por lo menos como enemigo franco y leal. Al venir aquí he tomado por lo que pudiera suceder una precaucion seguramente ociosa, tratándose de una persona tan generosa como V. A. El coronel del regimiento extranjero que se halla acuartelado aquí cerca, en la plaza de los Penitentes, tiene órden mia para atacar con su regimiento este palacio, si al cabo de una hora no me ha visto salir de él, y eso le causaría á V. A. un trastorno que no merece seguramente mi prision. Ahora que V. A. sabe lo que no puede menos de suceder, me entrego completamente á su discrecion. Permaneceré aquí todo el tiempo que sea de su agrado, y únicamente rogaré á V. A. (prosiguió sacando el reloj) que observe que hace ya tres cuartos de hora que tengo la honra de estar en esta casa.

Habiase alterado singularmente el rostro del principe en tanto que Barekfeld hablaba

y enfurecido con el obstáculo que le oponía aquel hombre á quien un momento antes consideraba como preso, se dirigió hácia el conde, que le miraba con la mas perfecta imposibilidad. Detuvo de pronto Eric-Victor en frente del ministro, y permaneció así algunos instantes, pensando en su interior si debería ó no castigar á su atrevido adversario y correr los riesgos de una lucha decisiva que le anunciaban; mas estando ya para ceder á su colera la contuvo, y se sentó precipitadamente en un sillón junto á la mesa.

El paso estaba libre, y el conde de Barekfeld se encaminó hácia la puerta, sin que esta vez su enemigo tratara de oponerse á ella. Es verdad que Eric-Victor le echaba una mirada llena de odio y de furor; pero el conde hizo como que no lo advertía, y antes de abrir la puerta de la sala para retirarse, se detuvo y dijo al príncipe:

—Ruego á V. A. que no olvide que la regente le concede cuarenta y ocho horas para salir de Dessau.

Eric-Victor humillado, pero siempre terrible y amenazador, respondió:

—Antes de veinte y cuatro recibirá vd. noticias mías, señor conde.

—Siempre me causará el mayor placer, monseñor.

Estas palabras, últimas que pronunció el conde al retirarse, las pudieron oír los cor-

tesanos que ocupaban la antesala, pues el ministro las dirigió al príncipe con la puerta abierta, y en tono tan afectuoso como suceso. El diplomático atravesó en seguida muy despacio la antecámara, saludando amistosamente á los que estaban asombrados de aquella visita, y el continente desembarazado de Barekfeld, así como la aparente satisfacción que se pintaba en su rostro, persuadieron á todos de que sin duda acaba de firmarse un tratado de alianza entre las dos cortes.

Entretanto el príncipe, luego que se quedó solo, dió un puñetazo á la mesa que tenía á su lado, se levantó del sillón, empezó á pasearse por la sala con la furiosa impaciencia que se pasea el tigre por su jaula, y así como este roje el otro empezó a murmurar entre dientes:

—Al fin se atreven! ¡Vive Dios, hacen bien! Estaba dispuesto y esperaba sin embargo; siempre me decían: mañana, y ¿son ellos los que me atacan, los que me ponen en el caso de responderles! Han hecho bien. Gracias, enemigos míos; me concedéis cuarenta y ocho horas, y es mas que lo que necesito para establecerme como señor en el puesto en que ahora estais, para meteros en los calabozos cuyas llaves tenéis en este momento, ó para hacer caer sobre vuestras cabezas la hacha que se levanta en vuestro nombre. No imputeis á nadie sino á vosotros mismos las desgra-

cias que vais á sufrir; habeis querido escitar el rayo y vá á caer sobre vosotros. Se os acaba la paciencia, no quereis tolerar mis insultos; pues sufrireis mi venganza y solo Dios sabe hasta qué punto podrá ser terrible. De rodillas, esposa criminal; de rodillas, vil estrangera; de rodillas, astuto ministro; de rodillas, complaciente servidor de un poder usurpado, y bajo confidente de adulteros amores. Solo un miserable idiota me separa del trono; ¡Ay de él si no me deja pasar! Sepárese vivo, si no quiere que su cadáver me sirva de escalon para subir al solio.

Luego que exhaló de esta manera sus proyectos de venganza, trató de serenar su rostro, á fin de que no se conociese en él su cólera, é inmediatamente dió orden para que sin pérdida de minuto enganchasen á su coche de camino los dos caballos mas ligeros. Asi que estuvo pronto el carruage, subió en él Eric-Victor, y dijo secamente al correo que le precedia:

—A Woerlitz.

Salieron los caballos como un relámpago, las ruedas desempedaban la calles, y en menos de una hora se hallaba el coche del principe á la puerta de la residencia de Juan Casimiro.

El oficial de guardia, á quien se dirigió Eric-Victor al bajar del coche, le precedió para anunciarle al soberano; mas Eric iba tan

de prisa al atravesar la parte del parque que conducia al pabellon de la biblioteca, que apenas tuvo el oficial tiempo para anunciarle al ayuda de cámara cuando ya estaba á la puerta, é impaciente de que le fuesen esperar iba á introducirse en la habitacion, en el momento en que volvió á presentarse el criado y dijo —V. A. puede pasar adelante.

Al entrar en el vasto salon en que le recibia su hermano, buscó Eric-Victor por algunos instantes al que por primera vez venia á visitar desde el nombramiento de la regente, hasta que al fin divisó á Juan Casimiro en un rincon, y con las dos rodillas puestas en el suelo, muy ocupado en sacar de un vaso que tenia al lado alguna cosa que llevaba á otra parte; pero primero la oscuridad y despues la interposicion del cuerpo de Juan Casimiro impidio que su hermano pudiese conocer desde luego la ocupacion que tan entretenido lo tenia. Aunque no podía adivinar á qué pueril tarea estaba dedicado el principe de Anhalt, su ridícula postura hizo que Eric-Victor se encogiese de hombros como con lástima, y juzgando á su hermano completamente embrutecido, se dijo á sí mismo: «¿Quién sabe si me comprenderá? ¿Sabrá siquiera qué estoy aquí?»

Pero una observacion repentina del idiota, acompañada de un movimiento mas repentino todavia, dió á conocer al principe que á la

menos en un punto, se había engañado completamente. Volvió la cabeza el marido de Sofia Margarita, y con un ademán y un tono de autoridad que hicieron estremecer al que venia á visitarle, le dijo:

==¿No se acostumbra ya hablarme con la cabeza descubierta señor hermano?

Descubrióse inmediatamente Eric-Victor, sorprendido de que le hubiese observado tan bien un hombre colocado de modo que no parecia posible que pudiera notar lo que pasaba á su rededor; pero si le supo mal aquella especie de reconvencion, se alegró sobremedura de ver que su hermano conservaba todavia bastante sentido, para poder dirigirse á él. Todavia conocia lo que era el poder, puesto que se ofendia de que suprimiesen las señales de respeto que se le deben, y esa era precisamente la disposicion de ánimo en que Eric-Victor deseaba encontrar á su hermano. Disculpóse, pues, humildemente de aquel olvido de su deber, atribuyéndolo á la emoción que le causaba el encontrarse en presencia de un soberano á quien amaba tanto, y con voz sumisa añadió:

* ==Quisiera hablar con V. A. de un negocio de la mayor importancia.

Levantó Juan Casimiro la cabeza, y presentando el rostro que hacia parecer mas flaco de lo que estaba en realidad, una barba larga y mal cuidada, dijo entre dientes:

—Solo por ser tú, hermano, dejo lo que estaba haciendo:

Levantóse entonces, pero no vino á sentarse y á escuchar á su hermano, sino despues de haber dirigido una tierna mirada al rincon en que estaba de rodillas, como si hubiese querido decir á alguien de quien se separaba con pesar. Harto siento separarme de ti, pero no tengas cuidado, volveré.

Hecho esto, fué muy poco á poco á sentarse en un gran sillón que habia á la cabecera de la sala, en el cual se estableció con una actitud de magestad cómica, como si estuviese presidiendo un consejo de estado. Con la vista inquieta y la mano trémula sobre el puño del baston, que tenia azerrado á guisa de cetro, dijo gravemente á su hermano:

—Habla; te escucho.

Conoció Eric-Victor, por las miradas que sin cesar dirigia hácia el rincon de que se habia separado, que la atencion que le prometia no seria tal como él la quisiera, y para conseguirla no imaginó otro medio mejor que el de colocarse de modo que interceptase á su hermano la vista del rincon, pero Juan Casimiro le separó con el baston diciéndole:

—Un poco mas á la derecha, hermano; te oiré mejor.

Obedeció Eric-Victor, y pensando de qué palabras hipócritas podria valerse para llegar á aquel corazon en que todo parecia apagado empezó así:

—Señor: hasta hoy no me ha sido posible venir á cumplir mi deber con respecto á V. A. y si hoy arrostro la cólera de los que gobiernan sus estados y le tienen aquí cautivo, es porque nada puede sucederme peor que lo que me sucede. Estoy proscripto; señor; se atreven á desterrar de los estados de V. A. á su propio hermano.

—También se han atrevido á quitarme el gobierno; respondió Juan Casimiro, pero con un tono de indiferencia tal, que era imposible encontrar en sus palabras un asomo de pesar. Quiso no obstante verle Eric-Victor y continuó:

—Si V. A. tiene á bien permitirme que asocie mi desgracia á su deposicion, le manifestaré humildemente cuan indignado me tiene el estado de inaccion y hasta de humillacion, á que nos han reducido á entrambos. Despues de haberme humillado cuanto han podido me arrojan de Anhalt-Dessau, y á V. A. despues de haberle desposeido, le deshonra su propia muger, esa muger cuyo retrato está presente; añadió señalando al medallon de Oberzell, que casualmente habia dejado sobre una mesa Juan Casimiro.

Diciendo así, miraba de hito en hito Eric-Victor á su hermano, para ver que efecto producian en él sus palabras. En el momento en que hacia su acusacion contra la rejente y señalaba con la mano el retrato de

esta, creyó el ex-coronel de los guardias observar una contraccion penosa en el rostro del idiota, el cual separó sus ojos de la direccion en que los tenía y los fijó en el retrato. Felicitóse Eric-Victor de que en aquel hombre tan destruido, en aquella alma trastornada por el delirio, se encontraba todavia un punto sensible y ese punto era el de los celos.

Pero tuvo el disgusto de conocer bien pronto que se acababa de enganar, pues el demente se levantó, y se encamino de nuevo al rincon, diciendo:

—Perdona, hermano, pero me llaman aquellos pobrecitos, que todavia tienen hambre.

Acordóse entonces Eric-Victor del nido de abejateros, y renegó de la absurda monomania que impedía que su hermano le concediese, ni aun por un momento, la poca atencion de que era capaz. Sin embargo, siguió al loco á aquella parte de la sala, y poniéndose de rodillas á su lado para ver si podría cautivar al demente con esa imitacion servil, le habló del honor de la familia, comprometido, de la dignidad del trono reducida á la nada, y terminó con estas alnivarradas palabras:

Pero ya que por desgracia el estado de la salud de V. A. nos priva de que podamos vivir bajo su gobierno, ¿no seria mejor que

el poder estuviese en manos de un príncipe de la casa de Anhalt-Dessau? Los demás tienen interés en mantener á V. A. en esta triste habitación, un ministro embrollador saca partido de eso, y una mujer adúltera encuentra en ello su seguridad, pero si reinase yo, hermano de V. A. pronto cambiaría de mansion; haría levantar el entredicho y compartiríamos el trono de que han hecho bajar al legítimo soberano. La historia de nuestra familia presenta ya dos hermanos que han reinado juntos, y no son ciertamente los menos ilustres de nuestra dinastía. La gloria, señor, es muy hermosa, y V. A. la adquiría, la libertad es muy agradable, y V. A. sería libre.

Juan Casimiro le interrumpió diciendo:

—¿Sabe, hermano, que estoy mas contento aquí que en Dessau? Aquí cuando se me antoja camino con los pies desnudos.

Y empezó á estregarse las manos dando muestras de satisfacción. Aunque no poco desconcertado su hermano con esa interrupción, no perdió del todo el ánimo y continuó así:

—Enhorabuena, señor, si á V. A. le conviene andar así, Dios me libre de censurárselo; pero lo que no puede convenirle, lo que no puede agradar al hijo primogénito de Juan Jorge, que tan valerosamente nos conservó la herencia de nuestros antepasados, es que la corona de Anhalt-Dessau brille sobre

la cabeza de una mujer impúdica, instrumento débil de un vecino envidioso y de un ambicioso enemigo. Piénselo bien V. A., hermano mio; si no quiere escucharme quedará deshonrada su memoria, pues se dirá que en su reinado dejó este principado de pertenecer á nuestra familia, para pasar por intrigas de una mujer al yugo de los duques de Bernburgo.

Calló Eric-Victor y consideró al monarca, para ver qué efecto habían producido en él sus palabras. Juan Casimiro volvió los ojos distraídos hacia su hermano, y le dijo con una sonrisa de niño.

—¿No es verdad que son muy lindos mis pajaritos? Decían que no podría yo criarlos... mira tú si se van criando... no tardarán en volar, este sobre todo. Ya me conoce y me llama cuando me despierto. Luego que tengan plumas los pobrecitos mandaré que les hagan una pajarera tan grande como el parque... y les sucederá lo que á mí (añadió suspirando;) creeran que están libres.

Diciendo así, enderezó un poco el cuerpo, cruzó las manos, dejó caer la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos. ¿Estaría meditando? No es fácil decirlo, pero en tal caso su meditación era tan profunda y su inmovilidad tan completa, que Eric-Victor le creyó dormido. Irritado hasta el último punto, cogió á su hermano por el brazo y arrastrado por la cóle-

ra acaso hubiera llegado á maltratarle, mas una reflexion repentina le hizo cambiar en señales de afecto aquel movimiento que fué al principio una manifestacion de su rabia.

—Señor le dijo; ¿no es verdad que V. A. me ama siempre, á mí que soy su buen hermano, á mí que le salvé la vida cuando un malvado quiso asesinarle? Yo fui el escudo de V. A. señor, aparté el puñal que le amenazaba, que era todo lo que podia hacer, mientras que la que ocupa ahora el trono no ha hecho otro tanto, puesto que estando revestida del poder soberano, ni aun ha mandado que se busque al asesino. Yo debo ser todavía la esperanza de V. A. y su recurso en el peligro; los demas tratarán de matarle aquí, pero yo haré que vuelva á ocupar su trono.

A todas estas palabras, Juan Cosimiro, á quien habia sacado de su apatia el movimiento del brazo, no respondia sino con aquella mirada vaga y distraida y aquella sonrisa estúpida que causaban lástima. Eric-Victor, cada vez mas desesperado, soltó al viejo y se paseó algunos segundos por la sala, repitiendo:

—No comprende nada, está completamente enturbiado! ¿Y es eso lo que me impide reinar! ¿Qué desgracia!

De repente brilló una luz siniestra en sus ojos y exclamó:

—Tanto mejor. Doy gracias á Dios de que

su imbecilidad sea completa; con eso no comprenderá lo que quiero que firme.

Sacó entonces del bolsillo un papel en que estaba escrito el acto de abdicacion de Juan Casimiro en favor de su hermano. Verdaderamente el cálculo del ambicioso era bastante sagaz, porque no se creía que el príncipe de Anhalt estuviese tan demente como decían algunos. El pueblo imaginaba que si no tenía toda la razon necesaria para gobernar sus estados, conocía por lo menos su posición y sus derechos; se le miraba mas bien como á maníático que como á insensato, y si bien entraba en los deberes del Senado, privarle de un poder de que tal vez hubiera abusado con grave daño público, nadie podía obligarle á que conservase maun en expectativa, un cargo que despreciaba. Además, reuniendo una firma auténtica del príncipe, contaba Eric-Victor con su partido y su audacia para que la victoria decidiese completamente de la validez del documento. Alargo, pues, el papel al anciano; que le tomó al revés, le miró le dio dos ó tres vueltas y se lo devolvió diciendo:

—Gracias hermano; no necesito eso.

La mirada que el idiota habia pasado por el papel, parecia tan falta de inteligencia, que su hermano se preguntó á sí mismo si el desgraciado estaria reducido al extremo de no saber leer.

Habiente informado sus espías, de que por miedo de que el idiota pudiera comprometer el Estado con algun acto imprudente, le habían privado de plumas, tinta y papel; llevaba, pues, consigo todo lo que sabia no encontraría en Woerlitz, y presentando á su hermano una pluma mojada en tinta, é indicándole un sitio del papel que le habia dado, le dijo con tono de autoridad:

—Ponga aquí V. A. su nombre.

El viejo tomó la pluma con precipitacion, la examinó con curiosidad, y señalando á los pajarillos dijo:

—También ellos tendrán plumas, pero no permitiré yo que se las quiten. Es preciso que vuelen para ser felices, y que vuelen hacia mí; para que yo esté contento.

—Firme aquí V. A. replicó Eric-Victor acomodando la pluma entre los dedos de su hermano, pronto, pronto.

Pero el príncipe meneó la cabeza como para dar á entender que no comprendia lo que le decia, y el otro exclamó entre dientes:

—¿Ni escribir sabe! ¿Lo habia olvidado! ¿Qué haré, Dios mio, qué haré?

En medio de su triste meditacion, reparó un nombre escrito con carbon en la pared, y ese nombre era el de Juan Gasimiro. Brilló en su rostro una feroz alegría, y corriendo hacia su hermano le enseña el nombre escrito en la pared, diciéndole.

—Necesito ese nombre, ese nombre que está escrito en la pared.

—Pues llévatele, yo te le doy; contestó el demente, volviéndose á su nido de abejarcos.

Entonces Eric-Victor no guardó ya consideración alguna, y llevando por fuerza á su hermano hasta la mesa, añadió:

—Senor, necesito el nombre de V. A. aquí en este papel.

Diciendo así, cogió de nuevo la mano derecha de Juan Casimiro, colocó en ella la pluma, y repitió, sujetando aquella débil mano y aterrando con su mirada al infeliz viejo.

—Necesito ese nombre, y le tendré.

—Espera, espera, contestó el demente volviendo á tomar el tono confidencial que al principio había usado con su hermano.

Eric-Victor soltó la mano del príncipe, creyendo que al fin se rendía, pero él continuó:

—La regente cuida mucho de mis pajaritos y no quiere que yo escriba; por consiguiente es necesario que no la enfade, porque la necesitan los pobrecitos.

Y viendo que Eric-Victor iba á cogerle de nuevo la mano, añadió en voz fuerte:

—No, no escribiré.

Y dando un golpe en la mesa rompió la pluma que Eric-Victor le había presentado.

Viendo el perseguidor que no le quedaba ninguna esperanza, se colocó delante del pobre monarca y con los ojos amenazadores y echando espumarajos por la boca, le dijo:

—¡Qué desgracia que estes loco y que no sientas nada, vil idiota! ¡Ah! Nadie ha deseado con mas ardor que yo en este momento, que puseyeses tu razon; entonces comprenderias mis injurias y te harian padecer mis ofensas. ¡Y nada puedo hacer contra ti! ¡Tu estado te hace inaccesible á mi odio y te libra de mi furor! ¡Te escapas de entre mis manos como el vacio!

El demente se habia asustado al ver aquella cólera delirante y aquella frenética exasperacion; miraba con un terror vago á ese hombre que le amenazaba, y cuyo rostro, animado por las malas pasiones que fermentaban en su corazon, estaba espantoso. Juan Casimiro, no teniendo ni aun voz para llamar en su socorro, se puso de rodillas delante de su nido querido, como para defenderle. Este movimiento hizo asomar á los labios de Eric-Victor una sonrisa de hiena, y viendo que tenia al fin en que saciar su rabia dijo á su hermano:

—Ah! Tu tambien eres vulnerable, bruto estúpido! Me alegro mucho, porque así podré devolverte un poco del mal que me haces.

Y dirigiéndose hácia el pobre viejo, le apartó á un lado brutalmente con el pie, y con

el mismo volcó el nido, dejó caer los pajarrillos y uno por uno los apastó contra el suelo. Cuando los vió muertos, contempló el miserable á su hermano, y vió que asomaban las lágrimas á sus ojos.

En seguida salió del palacio de Woerlitz, diciéndose á sí mismo el implacable hermano: «Dios es testigo de que yo queria emplear medidas suaves; pero se resiste demasiado y el tiempo urge; no me queda mas remedio que apelar al otro medio.»

CAPITULO X.

LA HORA DEL PELIGRO.

El dia siguiente, á una hora bastante avanzada de la noche, se hallaba de pie y transitando por las calles una gran parte de la poblacion de Dessau, por lo comun tan tranquila y sosegada. La agitacion es mayor, y mas numeroso el gentio cerca del pa-

lacio de la regente, pues el del Senado, rodeado por todas partes, es el que llama la atención y el cuidado de la multitud. La sala de sesiones está iluminada, el pueblo se agolpa en todas las puertas, y no hay duda que allí está el centro de aquel concurso insolito, y de aquel extraño movimiento que se extiende por toda la ciudad, aunque debilitándose á medida que se aleja de aquel punto central.

El Senado, constituido aquella misma noche en tribunal de justicia, acababa de declararse en sesion permanente; la sala estaba llena de espectadores, quedándose muchos fuera de ella, que llenaban las escaleras y la plaza, y aun llegaban á las calles inmediatas. En los grupos se referia lo siguiente:

A la caída de la tarde; se habia visto correr á un hombre con la cabeza descubierta, el cabello desordenado y los vestidos mal puestos, dando voces estranas y siniestras, volviendo la cabeza atrás, y huyendo rápidamente, como si alguien le persiguiese, aunque no se veia que nadie fuese detrás de él, y este hombre, corriendo así, se habia encaminado al palacio de la regente.

En el momento que entraba en el patio, Sofia Margarita se disponia para ir á Woerlitz, el coche estaba al pie de la escalera, y la soberana de Anhalt-Dessau acababa de

subir á él; los cuatro caballos iban á partir, cuando el fugitivo se presentó delante del coche á riesgo de que le pasasen las ruedas por encima. Los guardias y empleados de palacio habian corrido inmediatamente hácia el furioso, suponiéndole alguna mala intención mas en el momento de echarle la mano habian retrocedido con asombro al reconocer en él á Juan Casimiro principe de Anhalt, que gritaba:

—Señora, quisiera matarme..... Por todas partes encuentro enemigos, traidores, asesinos..... V. A. debe protegerme, á mi que soy su marido, y vengo á ponerme bajo su salvaguardia.

La buena princesa (que así llamaban siempre en Dessau á Sofia Margarita) habia tratado de tranquilizar al anciano con palabras carinosas y con una tierna solicitud; pero á todas sus preguntas respondia el pobre loco con una mirada incrédula y desconfiada y con estas pocas palabras:

—Me explicaré delante del consejo.

Remido inmediatamente el consejo de Estado, Juan Casimiro, bajo el influjo todavía del susto que acababa de llevar; habia referido que aquel día se hallaba en casa de un joven, á quien creía su amigo, y bajo cuyo techo se habia acostumbrado á venir á descansar despues de sus paseos campestres. En aquella casa se figuraba tan seguro al lado

de su dueño á quien quería mucho, que era para él una felicidad el dormirse en ella, y aquel día se habia entregado al sueño en un jardinito contiguo á la casa, sentado en un banco rústico resguardado del ardor del sol por unos árboles. Mas su sueño no habia sido bastante profundo para impedirle que oyese un animado coloquio que habian tenido en la casa de su amigo. Algo inquieto por aquel incidente se habia acercado sin hacer ruido, y separando con la mano unas ramas que casi cubrian una ventana, habia mirado dentro de la casa y se habia asustado al ver que con su fingido amigo habia un hombre, un soldado á quien el príncipe no podia desconocer, porque el terror habia grabado profundamente sus facciones en su memoria, siendo el mismo que un día se habia atrevido á levantar la mano armada de un puñal contra Juan Casimiro.

Curioso é inquieto habia tratado de percibir algo de la conversacion, pero como si ellos hubieran sentido que se movia, empezaron á hablar en voz tan baja que nada pudo entender. Sin embargo, conocia que habian convenido en alguna cosa, pues cada uno de ellos hizo un gesto que en el uno queria decir: ¿estas enterado? y en el otro: estamos conformes; hecho lo cual se retiró inmediatamente el soldado.

Ese suceso tan singular hizo concebir al prin-

cip: un temor muy natural con respecto á la seguridad de su persona, temor que muy en breve se cambió en completa certeza. Sin volver á pasar por la casa, ni decir una palabra á su dueño, había tratado de saltar un seto y salir á campo raso; pero en el momento en que se disponía á ejecutarlo, el cómplice del soldado se había lanzado hácia él impidiéndole que pasase adelante. Viéndose entonces obligado á volver á entrar en la casa, había fingido que lo ignoraba todo, y algunos minutos después había dicho que se volvía á Woerlitz, pero su falso amigo le había invitado á que se estuviese algún tiempo mas. Negóse él á quedarse mas el otro se opuso formalmente, y á los ruegos se siguieron las amenazas y aun la violencia para detenerle. Juzgándose entonces enteramente perdido, había hecho el príncipe esfuerzos desesperados para salir de allí, mas su enemigo se arrojó á él, le obligó á sentarse, y le tapó la boca con una mano, por miedo de que oyesen sus gritos los que pudiesen pasar por el camino, que estaba muy inmediato. Oyóse en esto el ruido de un carruaje; entonces el habitante de la casa obligó al príncipe á salir de ella, le mandó que subiese en el coche, y resistiéndose la víctima á ejecutarlo, se atrevió á sacar la espada y dirigirla contra su soldado. Hubiera sido cosa hecha la ruina de Juan Casimiro, si en aquel mismo momento

no hubiesen llegado dos oficiales de la guardia de Woerlitz que se echaron sobre el criminal, en tanto que el principe aprovechándose de aquella circunstancia habia salido corriendo hácia la ciudad, con el objeto que ya sabemos.

La primera idea que la narracion del principe excitó en el consejo fué la de incredulidad, pues lo mas natural era pensar que el pobre demente habia tenido por cosa real y efectiva los sueños de su delirante imaginacion. Pero un nuevo incidente vino á dar el aspecto de verdad á todo aquel negocio. Con efecto, habian preso á un hombre junto á la puerta de una casita en las inmediaciones de Woerlitz y acababan de traerle á Dessau; la declaracion de los dos oficiales que le habian preso estaba en todo perfectamente de acuerdo con la última parte de lo que contaba Juan Casimiro, pues referian exactamente lo mismo que él la parte de la escena de que habian sido testigos, habiendo visto á un hombre que queria obligar á S. A. á subir en un coche, y que habia sacado la espada para forzarle á ello.

El hombre preso era el caballero Jorge Oberzell; para juzgarle se habia reunido el senado á esa hora intempestiva; él era quien iba á comparecer en la barra, y los jueces iban á pronunciar la sentencia.

Tanto las disposiciones del tribunal supre-

mo, como las de la multitud, eran muy poco favorables al acusado. Nadie dejaba de sentir alguna presuncion contraria á él, pues la circunstancia de hallarse desterrado, y no haber ido á cumplir su destierro, le hacia desde luego sospechoso. El loco hubiera podido muy fácilmente asustarse sin motivo; pero los dos oficiales habian cogido á Oberzell todavía con la espada en la mano. Así es que todos se decian á si mismos: «Si ese hombre no hubiera tenido algun designio criminal, ¿por qué se habia de declarar rebelde á las leyes? Siendo extranjero en Dessau, y natural de Bernburgo, no es fácil que sea agente secreto del soberano de aquel pais? Sofia Margarita, subyugada por el poder paterno, se dejará sin duda conducir por una política ambiciosa y la prestará su auxilio sin conocer todas sus consecuencias, y seguramente; el duque de Bernburgo trata de aumentar sus estados con todo el territorio de Dessau, puesto que habiendo cesado los alborotos políticos no se han retirado las tropas de aquel pais. Oberzell ha contribuido mas que nadie á la revolucion que ha dado el mando á Sofia Margarita: hoy atenta á la vida del soberano desposado: esta tentativa coincide con la orden de destierro, dada ayer contra el príncipe Eric-Victor, y el asesinato de Juan Casimiro, la princesa habrá de consentir de grado ó por fuerza en la conquista de sus estados.»

Seguramente, estas reflexiones eran muy plausibles, y monseñor Eric-Victor, que no se había ausentado de Dessau, no había tenido que trabajar mucho para darles valor; así es que entre aquella inmensa multitud no había nadie que dudase de la culpabilidad del baron de Launitz.... nadie, es demasiado decir, porque había un pobre hombre del pueblo, que andaba de grupo en grupo y juraba por Dios y por todos los santos que el acusado era inocente. Huía de los que querían cogerle; pero entre tanto se acercaba á otro grupo, y á pesar de los murmullos que cubrían su voz, decía sin cesar:

—Digo á vds. que es inocente; aseguro á vds. que quería salvar al príncipe y no asesinarle. ¡Asesino él! ¡Qué blasfemia!

Se burlaban de él, y él continuaba sus protestas, pero nadie quedaba convencido. ¡Pobre Sulzbach! En su sencilla ignorancia no le ocurría que una sola voz, aunque sea en favor de la verdad mas evidente, es perdida, pues la verdad necesita también del número para triunfar.

Cuando se ama, se cree y se espera; y la regente de Anhalt creía y esperaba también, convencida de la inocencia de Oberzell, y li-songeándose de que del proceso saldría esa inocencia clara y evidente como la luz del día de entre las tinieblas de la acusación: pero el senado no era tan fácil de persuadir,

y los jueces no veían tan clara la completa justificación del acusado.

Inútil es decir las vivas inquietudes y la intolerable ansiedad de la princesa al ver el mal aspecto que iba tomando el proceso. ¡Todavía si hubiera tenido á su lado á la fiel Javiera, hubiera podido temblar, esperar, llorar con ella! Pero estaba sola! A cada momento la traían á su cuarto, donde estaba encerrada entregada á las mas crueles congojas, la noticia de lo que pasaba en el tribunal y del aspecto que presentaban las cosas, y cuando supo el poco efecto que las palabras de Oberzell habían hecho en el ánimo de los jueces, aunque á sus prevenidos ojos demostraban tan claramente la inocencia del acusado, la pobre señora se estremeció de horror, pues no pudo menos de decirse á sí misma: «Si le condenan, yo que soy la regente, nada puedo hacer por él, pues si bien tengo el derecho de perdonar, no puedo usarle con el asesino de mi marido. No bastará que le haya desterrado, sino que querrán también que le mate... Pero no, no le condenarán....! Es imposible!»

Entretanto se ha terminado la vista de la causa, han llevado preso al acusado, y el tribunal acaba de encerrarse en la sala de deliberaciones para pronunciar en seguida la sentencia. En aquel momento solemne, el recogimiento y el silencio han sustituido á la agi-

tacion y al bullicio; la multitud está callada y atenta, porque nada de cuanto pudiera decir puede tener el interés de lo que muy en breve vá á saberse.

Pero ¿qué vale esa ansiosa curiosidad del público comparada con los dolores y angustias de Sofia Margarita? No puede calmar su impaciencia febril enviando á cada momento á saber qué aspecto presenta el Senado, porque encerrado este es preciso esperar pasivamente la sentencia, sin poder hacer nada para disminuir aquel tiempo de angustia, ni poder introducir en el ánimo de los demás la conviccion que ella tiene en el suyo. ¡Qué suplicio!

La desdichada y generosa jóven, entregada á tantas y tan terribles emociones, no puede contar ociosa los minutos, y acaso las horas que la separan todavía del momento decisivo. Un pensamiento consolador, pero acaso disparatado se ofreció á su alma, y sin reflexionar en las consecuencias del paso que iba á dar, salió Sofia Margarita, no de palacio pero sí de sus aposentos. Juan Casimiro no habia regresado á Woerltz, pues el consejo habia decidido que debía permanecer en Dessau, á fin de poder dar al tribunal todas las noticias que fuesen necesarias para decidir acerca de un atentado de que él era á un mismo tiempo víctima y testigo principal, y la princesa se dirigió hácia su habitacion.

Cuando entró en el despacho de su marido por la puerta secreta que Barckfeld habia abierto en cierta ocasion, encontro á Juan Casuniro; agotado por la fatiga, y trastornado con las emociones de aquel dia, dormido en un sillón. Lamentó la joven regente este nuevo contratiempo, pues no se atrevia á despertar al príncipe por miedo de indisponerle contra ella y contra el objeto de su visita y deseaba que se despertase por si mismo ó por efecto de un incidente que no dependiera de ella, como el ruido de un carruaje, ú otro exterior, pero en medio de la noche todo era silencio al rededor de palacio. Esperó Sofia Margarita un rato, pero ese mismo esperar la asustaba, y al fin acercándose al dormido le puso con suavidad la mano en la frente, diciendo:

—Soy yo, señor.

Abrió el idiota los ojos, los estregó un momento con su descarnada mano, dirigió al rededor de si una mirada vaga, apelo á su memoria, y no encontrándose donde creia estar, y viéndose junto á una muger á quien no acostumbraba ver al despertarse, se levantó sobresaltado, y preguntó:

—¿A donde me han traído? ¿Dónde estoy? ¿Quién es vd.?

—Está V. A. en su habitacion, señor, en su palacio de Dessau, y á mi lado; le respondió una vez suavísima.

Reconoció Juan Casimiro á su mujer, y lejos de tranquilizarse, preguntó con espanto:

—Ah! Eres tú! ¿Estás sola? ¿No traes armas?

La desdichada princesa hizo un esfuerzo para calmar el terror del príncipe con una sonrisa; ¡con una sonrisa, cuando tenía el luto y la muerte en el corazón! «¿Qué desgracia! pensó interiormente.»

Vuelve á su demencia y no podrá entenderme. Dios mío! Vos que os compadeceis de todos los sufrimientos, mirad el mío y enviad á su alma una chispa de inteligencia para que me pueda comprender, y un rayo de vuestra divina bondad para que acoja mis ruegos.

Acercóse de nuevo á su marido con ademán tímido y humilde, mas no comprendiendo él por qué tenía cruzadas las manos y le dirigía aquellas miradas, se separó de ella otra vez diciendo:

—¿Qué me quiere vd. señora? ¿Por qué viene vd. á visitarme á una hora tan intempestiva?

—He venido, señor, respondió Sofia Margarita cesando al tiempo, que urgía, y á la empujón que dirigía sus palabras, porque se trata de la vida de un hombre á quien podrá condenar el tribunal á pesar de ser inocente. Y lo es, señor, créame V. A., es inocente, estoy segura de ello y es preciso salvarle.

Dióse el príncipe una palmada en la frente, como para escitar su memoria, y contestó con una risa espantosa:

—Sí, sí, salvadle... Para que intente otra vez asesinarme, ¿no es eso? No señora, no; quiero que muera.... ¿Lo oye vd.? Quiero que muera. Iré á ver caer su cabeza, y vd. también vendrá conmigo, porque debe hacerlo.

Imagínese el lector la desesperacion que tan crueles palabras causaron en la princesa: estremeciósese todo su cuerpo, pero superando aquella emocion á fuerza de energia, continuó, alargando sus manos hacia el anciano:

—Escúcheme V. A. señor. Yo amo de veras á V. A., su vida es muy preciosa para mí; si el acusado fuese criminal, ¿vendría yo á pedir en su favor?

—Yo no puedo hacer nada, puesto que hay un tribunal que le juzga.

—Los jueces le condenarán, señor.

—Tanto mejor; eso hará escarmentar á otros.

Esas palabras son bárbaras, señor, continuó la princesa; pero no consiguen desanimarme; al contrario, me prueban que V. A. me comprende, y en tal caso es imposible que no ceda á mi conviccion y á mis pruebas. Dígnese V. A. de oírme, señor, y no se cometerá una horrible injusticia. V. A. es bueno....

El príncipe respondió con aquella risa seca y aterradora con que en otro tiempo acogía cualquiera petición de indulto, heló á su esposa un sudor frío, mas sin embargo prosiguió:

—Es generoso...

El idiota repitió la misma risa.

—Es compasivo, señor, añadió la princesa con voz desfallecida y poniéndose de rodillas; mi dolor no podrá menos de conmover á una alma que tanto se compadeció de unos pobres abejarrucos...

—¡Los abejarrucos! repitió el viejo en tono casi tan doloroso como el de Sofia Margarita, y temblando como ella. ¡Los abejarrucos! ¡Ah! No me los recuerdes, yo te lo prohibo.

Diciendo esto, se cubrió Juan Casado el rostro con las manos, apoyando los codos en el respaldo del sillón que tenía delante de sí. No perdió la regente aquel movimiento de sensibilidad, y añadió en tono de la súplica mas humilde:

Permitame V. A. que le desobedezca, y cuando su corazón se abra á la ternura, no quiera que mi silencio le cierre para que no salga la gracia que de él debe salir. V. A. que es tan sensible al daño que recibe una flor, que tanto se complace en dar la libertad á un insecto no puede permanecer impassible cuando se trata de la vida ó la muerte de un hombre.

Calló la pobre senora, esperando alguna respuesta de su marido, pero tuvo el dolor de encontrarle inmóvil y mudo.

—¿Sabe V. A. con cuánta desesperación, que lejos de ser criminal, el desdichado á quien acusan quiere salvar la vida de V. A.? ¿Sabe que merece una recompensa y no la muerte, ese hombre á quien los jueces van á condenar, impididos por el respeto que les causan las palabras de V. A.? Muchas cosas podría decir para justificarle, mas sería preciso que tuviese por lo menos la seguridad de que V. A. me escuchaba. No pudo que respondiera, sino solamente que me oiga y me comprenda... Si V. A. se dignara dirigir sus ojos hácia mí, si pudiera percibir su semblante... salvaria... salvaria acaso....

Al mismo tiempo trataba de separar las manos con que su marido se habia cubierto la cara, pero una resistencia febril y obstinada hizo inútiles todos los esfuerzos de Sofia Margarita, que volviéndose á poner de rodillas, dijo con voz afligida:

Sea en buen hora, señor; muy acostumbrada estoy á sufrir. Oculéme V. A. su rostro; no sépa yo si hablo á un hombre ó á una estatua; me dirigiré á Dios, que oirá mis ruegos y hará penetrar mis palabras en V. A. Dios mío! Vos que sabéis la verdad, haced que brille en el corazón del que acusa por un error y de los que van á condenar sin prue-

has hecho conocer al acusador que si ese joven hubiera querido atentár á sus días no hubiera necesitado complices, y que el crimen de que hoy le acusan se le hubiera podido cometer hace mucho tiempo, pues no le han faltado ocasiones en las repetidas veces en que confiado en la santa y sincera amistad, se entregaba mi esposo á un sueño tranquilo bajo su proteccion.

Al decir estas palabras, le pareció á la princesa que el idiota habia hecho un movimiento; eso hizo renacer en ella la esperanza, y dirigiéndose de nuevo á Juan Casimiro, prosiguió:

—Oid! V. A. me oye, señor, y á V. A. vuelvo. Voy á decirlo todo porque todo lo puedo explicar, y lo que los jueces han calificado de subterfugios de defensa y vanas escusas de un criminal, será á sus oídos el lenguaje de la verdad y el grito de la inocencia. Ese soldado que V. A. vio hablar con aquel joven, y cuyo aspecto le causó tanto terror, no es su enemigo; lejos de eso venia á dar cuenta de una conjuracion urdida contra V. A. porque lo que dijo al dueño de la casa fué lo siguiente: vd. no me conoce, pero vengo á hablarle con toda confianza. Sé que el príncipe de Anhalt viene á esta casa casi todas las dias, y lo sé porque le he seguido muchas veces, con el deseo de vengarme de un castigo injusto y cruel que me impuso en otro tiempo:

pero hoy han variado mucho las cosas y mi odio se ha trocado en gratitud.

Tengo á mi madre anciana y enferma, y ha recibido muchos socorros de una mano desconocida, yo tenía motivos para creer que esa mano generosa era la del principe Eric-Victor, mas esta mañana he sabido que nuestro bienhechor es S. A. que en el fondo de su retiro conserva la memoria del pobre soldado á quien infamó cuando era poderoso.

—Bien vé V. A., señor, que esto no es una invencion. V. A. ha socorrido muchas veces la miseria de esa familia ¿no es verdad? Eso es hermoso, grande, digno de un principe, digno de V. A. pero el bien debe inspirar el bien, y siendo V. A. tan capaz de hacerle, ¿por qué ha de creer que los demas son incapaces de él? V. A. ha convertido á un hombre con sus beneficios socorriendo á su anciana madre. Bien sabe V. A. que el soldado no miente. ¡Ah! ¡Dígame que lo sabe! ¡Dígame que todo eso es verdad!

Mas esta interpelacion, que hacia irresistible el acento conmovido de la princesa, no sacó al viejo de su taciturna inmovilidad. Después de una pausa que la infeliz necesitaba absolutamente para recobrar el ánimo que la iba faltando, siguió diciendo:

—Cuando el soldado explicó á ese jóven el cambio de su conducta y de sus intenciones, con respecto á V. A., añadió estas palabras,

que inútilmente ha referido el acusado á los jueces: «La caridad del príncipe ha extinguido todo odio en mi corazón, y la pasión de la venganza, que sabían escitar en mí para inducirme al crimen, se ha trocado en arrepentimiento y respeto. Mi conciencia se asusta al pensar en el peligro en que se encuentra el que yo había ofrecido matar, y vengo á noticiar á vd. que hay una vasta conjuración tramada contra el monarca, y de la cual formo yo parte.

Si este, que ahora se halla en esta casa, trata de regresar hoy á Woerltz, mañana nuestro soberano legítimo se llamará Eric-Victor, y la regente habrá de ponerse el vestido de viuda. Las medidas están tan bien tomadas para asegurar la muerte del príncipe, en caso que vuelva á Woerltz, que aun cuando le escoltasen cien hombres no se libraría del golpe que le amenaza, pues no debe perecer con hierro. Vd. no me conoce; si divulga mi revelación lo negaré todo y nada habrá vd. conseguido. Para no hacerme sospechoso á mis cómplices, vuelvo á ocupar el puesto que me han señalado, y si el príncipe de Anhalt vuelve á Woerltz esta tarde, me encontraré, á pesar mio, en el número de sus asesinos. Pero estoy seguro de que vd., que es su amigo, no le dejará volver. Adios.»

Marchóse el soldado, y V. A. le vió mar-

chat, creyendo con una seguridad que era su enemigo; mas ahora que le he revelado todas las circunstancias, ahora que sabe la verdad, V. A. debe comprenderlo todo, los ruegos del edullero Uerzell para que no saliere de su casa, sus esfuerzos para retenerle en ella; y en fin, la violencia de que usó para obligarle á salir en el coche que debía traerle á Dessau, á este pedazo y á mi lado. Reflexione V. A., señor, ahora que está mas sossegado debe recordar que en la violencia de ese joven no habia ni odio ni furor, habrá manifestado á V. A. su peligro y no le habrá comprendido entonces, pero ahora debe recordaria. Lo que en el primer momento creyó V. A. que era un atentado contra su vida, no era sino una prueba de amistad, faltó al respeto porque lo que interesaba era salvar á V. A., y ahora que yo se lo recuerdo, debe comprenderlo todo. ¡Míreme V. A., señor, yo se lo ruego, míreme siquiera!

Y verdaderamente si la hubiera mirado, si hubiese visto de rodillas á sus pies aquella mujer que le hablaba con los ojos llenos de lágrimas y la voz desfilocida, ese triste espectáculo habría conmovido el corazón del viejo, por mas cubierta que estuviese con la triple coraza del egoísmo, el miedo y la locura. Mas por desgracia no miraba, y conservaba su silencio y su espantosa inmovilidad.

A pesar de la espantosa certeza de que ha-

llalaba y lloraba en vano, tuvo la princesa todavía fuerza suficiente para seguir diciendo:

—Si he tenido la fortuna de hacer que V. A. vacile en su primera creencia, es ya deber suyo librar á ese hombre inocente del rigor de las leyes y del suplicio que le espera. Si V. A. duda, y no puede menos de dudar despues de lo que le he dicho, sería una cosa grande y digna de su corazón reconocer un fatal error. Los jueces que han aceptado como debían la acusación que ha hecho V. A. acogerían del mismo modo la justificación del acusado, una palabra de su augusta boca puede salvar á un inocente, á un amigo; ¿no pronunciará V. A. esa palabra?

Faltaron la fuerza y la voz á la infeliz señora, y cayó, tanto por cansancio como por desesperación. No pudo hacer otra cosa que examinar con atención al terrible viejo, que también callaba pero no estaba completamente mudo, pues sus labios murmuraban algunas palabras ininteligibles. Sofia Margarita supuso que estaba consultando consigo mismo, y este nuevo resplandor le proporcionó todavía un resto de ánimo para decir con voz trémula y cortada:

—Señor, sería preciso ir al momento á decir la verdad á sus jueces, por cada momento que pasa es una esperanza que se pierde; cada minuto nos acerca mas y mas á la sentencia, ¿y si luego fuese demasiado tarde?

¿En qué piensa V. A. señor?

—Pienso, dijo al fin Juan Casimiro, descubriendo el rostro y pronunciando las palabras con acento severo, pienso, señora, en que se interesa vd. demasiado en la suerte del acusado. Dudo yo que la hermana cuyo retrato he enseñado á vd. pudiera interesarse mas por él.

Diciendo así, fijó en la trémula y acongojada princesa una mirada distinta de las que acostumbraba, y aunque no duró esto mucho tiempo, fue un suplicio larguísimo para Sofia Margarita, suplicio que parecia que su marido se complacia en prolongar. Por última, cesó de mirarla de aquel modo, y cambiando de tono dijo:

—Espere vd., señora, espere vd.

E inmediatamente salió no solo de su habitacion, sino tambien de palacio.

Siguióle con la vista desde dentro de las vidrieras Sofia Margarita, y con un placer inespresable le vió tomar la direccion del palacio del Senado.

¡Cuanto hubiera querido poder acompañarle para dirigir y acelerar su marcha! Pero no la era posible abandonarse á su voluntad, pues si se hubiera sospechado siquiera que aquel paso que daba el acusador se debía á una instigacion de la princesa, no podia menos de destruirse todo el efecto que ella esperaba. Por fortuna esta vez tenia moti-

ros para consolarse de su impaciencia, pues las palabras: *espere vd.* la habían vuelto toda su confianza en el porvenir.

Habiendo conseguido que la esen-chase su marido, ahora que estaba sola se reconvenia de haber sido demasiado fria en sus suplicas, y de no haber dicho todo lo que debiera; mil razones que hubiera debido alegar en favor del acusado se presentaban ahora en tropel á su imaginacion, y creia que habrían hecho mucho efecto, si bien las alegadas habian bastado para escitar una chispa de generosidad en el corazon de su marido. Calculaba interiormente por minutos y hasta por segundos el tiempo que necesitaria Juan Cassinro para llegar al Senado, y se figuraba interiormente: ahora llega... ya entra en la sala... está hablando... los jueces mas prevenidos contra el acusado no quieren dar fuerza á sus palabras, pero vencen los demas... se reconoce la verdad y declaran á Oberzell inocente.

Despues que distribuia de este modo en su cabeza todos los momentos de aquella accion, se admiraba y espantaba de ver que sus cálculos no eran esactos, pues nadie venia á traer la noticia de la absolucion del acusado. Un momento despues trataba de consolarse diciéndose á sí misma: «Me he apresurado demasiado en mis suposiciones, porque las cosas no se hacen tan pronto como

se piensan, y en el estado en que se encuentra mi cabeza no tengo idea de la distancia ni del tiempo; en vez de entristecerme por esta tardanza, debo alegrarme de ella, porque el príncipe habrá tenido mas tiempo para llegar, para hablar, para convencer.»

Estando entregada á estos pensamientos anunciaron al canceller, que inmediatamente fué introducido en el aposento en que se hallaba la princesa, y con acento triste y muestras de pesar, presentó á Sofia Margarita un papel que contenia la sentencia.

Sofia Margarita antes de tomar el papel, miró al canceller y exclamó:

—¡Le han condenado!

—A muerte, señora; contestó el canceller en voz baja.

—¡Es imposible! replicó la princesa poniendo la mano en el corazon para contener sus movimientos. El príncipe de Anhalt, mi esposo acaba de pasar al Senado, y ha debido explicar la inocencia....

Y no pudiendo decir mas, dejó á la expresion de su rostro que concluyese la frase y á sus ojos que adivinasen la respuesta.

No hemos visto al príncipe Juan Casimiro señora; contestó el canceller. Yo vengo unicamente, en nombre del Senado, á presentar la sentencia á la firma de V. A.

—Pues yo no la firmaré jamás; dijo Sofia Margarita con resolución.

Poco tiempo después; cuando el canceller, asombrado por la increíble repuesta de la joven regente, se presentó en el Senado y la transmitió a este, causó un verdadero escándalo en la reunión, y en ella encontró gran número de incrédulos.

—Juro en presencia de Dios, dijo el canceller, que nuestra soberana no me ha respondido otra cosa que estas palabras: «Pues yo no la firmaré jamás.»

—A pesar de todo, es preciso que la firme; murmuró en voz baja el primer ministro, arrogando el entrecejo y saliendo de la sala.



CAPITULO XL

EL RECOBRO DE LA RAZON.

EL primer ministro se hallaba en audiencia particular la con jóven regente y la conferencia duraba ya algun tiempo sin que el conde de Barckfeld hubiera podido obtener que la desolada princesa pusiese su firma en la sentencia de muerte del caballero Oberzell. El ingenio lleno de recursos del sagaz diplomático habia empleado todas las armas de la razon, todos los dependientes de la elocuencia, pero sus esfuerzos nada habian conseguido, y sin embargo permanecia firme en su puesto. Infatigable como todos los hombres acostumbrados á grandes luchas, y perseverante como [todo el que ha conseguido

grandes triunfos, Barckfel espera todavía conseguir este.

Pero en tanto que el ministro, sentado junto á una mesa y con la sentencia fatal en la mano, habla, raciocina, implora, la princesa fuertemente agitada y sin responderle apenas, permanece en un sillón colocado cerca de una ventana, y á cada instante mira hácia el parque tan solitario y mudo en aquella hora. Para explicar este movimiento y esta mirada investigadora lanzada siempre en una misma direccion, es preciso saber que á muy poco de haber salido el canceller de la habitacion de Sofia Margarita, habia recibido esta por medio de una persona de confianza un billete que decia así:

«Señora: dos individuos que aman mucho á V. A. y que le aman también á *él*, tratan de emplear todos los medios imaginables para sacarle esta noche de su prision. Pocos recursos tienen para empresa tan grande; ¿podrán salir bien de ella? Dios solo lo sabe; mas en caso que lo consigan lo sabrá V. A. inmediatamente, pues apenas esté en libertad nuestro amigo, se presentará á la parte de afuera de la verja del parque que se vé desde las ventinas de la habitacion de V. A. un hombre con una linterna azul, que levantará tres veces en alto. A dios. Animo y esperanza»

El billete no estaba firmado, pero la princesa conoció al punto la letra de su fiel Javiera. De ahí provenia la incesante atencion de Sofia Margarita dirigida hácia el parque, el temor que la acongojaba y la ansiedad que malamente podia disimular.

Al fin cubrió un resplandor lejano, y la joven regente tuvo que comprimir los movimientos de su corazon; acercose la luz, era azul, y la levantaron en el aire tres veces muy lentamente y con una significacion determinada, desapareciendo en seguida.

«Ya puedo firmar,» se dijo á si misma; y levantándose del sillón se acercó á Barekfeld procurando ocultarle la mudanza que habia ocurrido en ella, y aun haciendo como que oponia todavía alguna resistencia; mas muy en breve se mostró convencida por las razones del ministro, tomó la pluma, y sin hablar nada, por miedo de que le escapase alguna palabra imprudente, firmó con mano trémula, pero trémula de alegría, la sentencia de muerte.

Barekfeld la tomó, dió las gracias á su soberana y se retiró inmediatamente.

Quedose sola la pobre regente y pudo sin testigos y sin peligro alguno abandonarse á todas las impresiones y sentimientos que dominaban en su oprimido pecho. Penetrada de gratitud con respecto á los corazones fieles que en todas partes respondian al suyo, cru-

zó las manos, se puso de rodillas y dirigió al Altísimo con el mayor fervor sus acciones de gracias.

Aunque la luz azul había desaparecido, miraba siempre la princesa hacia aquel lado del parque, pero ya no animaba sus ojos la ansiedad sino la esperanza y la alegría. No podía separar su vista del punto en que había brillado la estrella de salud; y tranquila con haber visto la señal, serena con haber dirigido su alma á Dios, se retiró de la ventana, mas al volverse vio que había un hombre en su cuarto y ese hombre era Oberzell. Al verle la princesa dió un grito de terror y se acercó precipitadamente á él, diciendo:

—Gran Dios! ¿U. aquí! Yo le creía libre y he firmado su sentencia de muerte... Pero ¿qué ha venido ud.? ¿Quién le ha traído?

—Una persona á quien no conozco, pero que asegura que es un empleado de palacio; porque me han traído aquí por una puerta secreta y por corredores reservados.

—¿Dónde está? ¿Qué ha hecho ud.? ¿No le habían sacado de la prisión?

—Sí, señora, en el momento mismo en que acababa de salir, se acercó á mí con mucho secreto esa persona y me invitó á que viniera aquí.

—Ud. no debió haberla seguido.

—Me dijo que lo hacía por Orden de V. A.

—¡Qué impostura! Yo no he dado, ni podía dar una orden semejante. Le han encajado á vd. y le han hecho caer en un lazo infame. La sentencia de muerte está firmada y en poder del primer ministro, y vd. viene aquí á entregarse en sus manos. ¡Infeliz! está vd. perdido.

Diciendo así, miraba la princesa atónita á Oberzell y se admiraba de no ver pinta en su semblante sino una serena resignación.

—¡Dios mío! Dios mío! exclamó apretándose la cabeza con las manos. ¡Y cuando ya estaba libre!

Y levantando la cabeza con ademán altivo, añadió:

—Pues bien, lo han querido así sea enhorabuena. Vd. se halla en mi habitación; que vengan á buscarle á ella si se atreven. Este sitio, que ya otra vez le servió á vd. de refugio, será ahora un asilo seguro. Que se lleven mi corona, que yo no he pedido; que me quiten la regencia, que solo ha servido para mi desesperación; que me arrebatén, si quieren, hasta mi propio honor; pero no se apoderarán de vd.

Qué hermosa estaba aquella mujer, hablando así, con la cabeza erguida y el ademán lleno de orgullo! Se podía decir que era verdaderamente dos veces soberana, por el corazón y por el poder. El caballero la contemplaba estático, sin atreverse á inter-

rumpir la expansion de aquella alma sublime; mas cuando acabó de hablar, respondió con voz conmovida, pero firme:

—Señora, mi suerte está decidida, y V. A. ni puede ni debe salvarme. Si he permitido que me traigan aquí, ha sido únicamente para decir esto á V. A., que á no ser así, no me encontrara en este sitio. Hubiera debido resistir, pero pudiendo ver otra vez á V. A....

—¿Cómo! ¿Qué es lo que vd. dice? respondió la princesa, que no habia escuchado mas que las primeras palabras de Oberzell. ¿No es deber mio salvar á un inocente?

—V. A. no debe ser juez de mi culpabilidad, señora. A los ojos de la princesa de Anhalt yo soy criminal, puesto que el tribunal me ha condenado, y condenado por un crimen, que es acaso el único á que no puede estenderse su clemencia, pues se trata de un atentado contra la vida de su esposo. En el concepto público, mi salvacion presentaria á V. A. como cómplice mia y la acusarian de haber vendido el país, que debía defender y ofendido al esposo á quien debía respetar. Si vuestra alteza tratase de librarne de la suerte que me espera, iría yo mismo á presentarme á los jueces, porque su honra como soberana y su reputacion como muger exigen mi muerte para conservarse ilesas. Crea V. A., señora que sabré sufrirla con firmeza y

aun con alegría, ahora que su dolor me ha dado á conocer que me ama.

Trató la princesa de combatir aquella honesta resolución con sus ruegos y lágrimas, pero Oberzell la interrumpió diciendo:

—Señora, deje V. A. algún valor á mi pobre corazón, porque necesito de toda mi energía para renunciar á tanta felicidad. Pero lígo mal; no merezco ninguna compasión, no soy demasiado feliz en morir por V. A.^a Por piedad, no llóre V. A. señora, porque sería ya capaz de eternizarla. Adios, adios: acuérdesse V. A. alguna vez de mí.

Diciendo así, se dirigió con paso decidido hácia la puerta sin atreverse á volver la vista hácia aquella mujer entregada á la desesperación, cuando oyeron un ligero ruido, se movió la cortina de una de las puertas y se presentó Juan Casimiro.

La princesa, á pesar de los señores que la sofocaban, había dado un paso hácia el hombre que iba á morir por ella; pero la detuvo repentinamente la terrible aparición de su marido; dió un paso atrás helada de espanto, y no pudiendo resistir á tantas contracciones cayó desmayada.

Juan Casimiro llamó á sus criados, y en muy breve tiempo se llevaron de gente las habitaciones de la princesa; pero una gran parte de las personas que entraron no llevaban el fin de socorrer á la pobre señora, sino el de

gozarse en su confusión y en su suplicio.

Hacia una hora que se había observado la fuga del supuesto reo, y los espías de Eric-Victor le habían visto entrar en palacio por la puerta secreta. Entonces algunos partidarios del príncipe habían entrado en palacio con este, para perseguir y prender á Oberzell de nuevo, y aunque no habían podido llevar á las habitaciones de la regente sus indiscretas pesquisas, acababa de atriles esas habitaciones el mismo Juan Casimiro, pidiendo auxilio. El pretexto no podía ser mas plausible para los amigos de Eric-Victor, y como la caridad no conoce trabas ni barreras, le había dejado entrar, llevándolo á la cabeza al mismo príncipe, que orgulloso y soberbio se burlaba de que al fin había llegado su hora, pues se necesitaba nada menos que la condenación de Oberzell y la completa deshonra de Sofia Margarita, para consolarle de que hubiese naufragado su conspiración.

Los principales representantes de las dos cortes (la regente y la del príncipe Eric-Victor) se hallaban por primera vez frente á frente en el palacio de Dessau: pero unos estaban consternados por aquel escándalo, y otros se regocijaban ya de él desvergonzadamente. ¡El sentenciado, el asesino del rey! se hallaba en la habitación de la mujer! La regente no podía menos de quedar para siempre perdida y deshonrada. Ese era el presentimiento que,

si bien con expresiones contrarias de aflicción ó alegría, se leía en los ojos de todos los concurrentes.

Apenas recobró el sentido Sofia Margarita, dirigió Juan Casimiro á toda la reunion una mirada firme y que demostraba inteligencia; levantó la cabeza con aire magestuoso, y dijo en voz fuerte y sonora:

—Me alegra mucho, señores, de que tantas personas de distincion se hallen reunidas en la habitacion de mi esposa la regente. Nadie se admira de ver lo que aqui pasa, porque he sido yo mismo el que he mandado conducir al bazon de Launz al aposento de la princesa.

El asombro fué general como puede suponerse y reiaó un profundo silencio en toda la concurrencia. Oberzell, clavado en el sitio en que le habia cogido la aparicion del soberano, estaba como atónito, y en todos los presentes era tan grande la sorpresa como la curiosidad. El principe de Anhalt-Dessau continuó con gravedad:

—Escribenme vds. señores, y escuchan con atencion mis palabras, porque esas palabras han de tener fuerza de ley desde esta misma noche, pues gracias á Dios, he recobrado el uso de la razon. Mi amado hermano ha sido no más, y le doy por ello las gracias; jamás olvidaré su última visita.

Conoció Eric-Victor que su hermano habia-

ba de lo que habia hecho con el nido de abejarrucos, y perdió el color y tembló al ver la penetrante mirada que le dirigió el anciano. Y no se erguía, porque la manera feroz con que habia sacrificado á los pobres paparrillos, habia causado una revolucion repentina en aquella débil cabeza, y hecho que recobrase la inteligencia. Pero con la razon habia recobrado el recuerdo de las ofensas que le habian hecho, y entre otros pensamientos le perseguia uno fatal, el del amor del caballero Oberzell á la princesa. Examinó cuidadosamente el retrato de esta que habia traído de la casa de Oberzell y renacieron los celos en el corazon del viejo, que desde aquel momento solo concibió un deseo y una necesidad: la venganza. Mas para hacerla segura, legítima y terrible, resolvió fingirse suplantado á la locura de que felizmente acababa de librarse, pues su demencia, perfectamente imitada, debía servirle para descubrir con mas facilidad el secreto que deseaba saber, y las relaciones criminales que imaginaba que existían entre su mujer y el baron de Lamitz. Sábese lo que pasó en la cabaña de este, y las apariencias le engañaron; se persuadió de que su supuesto amigo queria asesinarle, y apenas se vió fuera de peligro se febró de aquel suceso que le proporcionaba una venganza mejor que todas las que hubiera podido imaginar, obli-

gando á la regente á que firmase ella misma la sentencia de muerte de su amante. Este terrible y doloroso suplicio satisfacía el odio del viejo, y para obligar á Sofia Margarita á esa estraña medida, le bastaba continuar fingiendo la demencia que hasta entonces habia sido verdadera.

No tardó en convencerse Juan Casimiro por la narracion de su esposa, de la inocencia, y lo que es mas del afecto de Oberzell; pero si como principe se encontraba desarmado, como marido suspiraba queria todavia vengarse. Para convencerse de una manera indudable de la complicidad de los amantes, resolvió remarlos en aquellos momentos tan criticos, debiendo él oculto escuchar la conversacion. Con este objeto habia mandado llevar al baron á la habitacion de la joven regente, en tanto que él escondido entre el cortinaje, presenciaba aquella escena, ahora veremos el efecto que esta produjo en su ánimo.

Luego que pronunció en tono de autoridad régia las palabras que hemos referido, se detuvo un momento en medio de la numerosa corte que le rodeaba, y alargando la mano derecha hacia la cabeza de Oberzell, como si hubiera querido cubrirla con aquella égida, continuó:

Sí, señores, por mi orden han traído al baron de Lounitz á la habitacion de la prince-

sa, y por ese medio he podido convencerme de que todavía existen corazones puros y generosos. Acabo de recibir la mayor prueba de esto, y presento á vds. como muy digno de su amor y consideracion á la princesa de Anhalt-Salza-Margaria, y al caballero Jorge, baron de Lammitz. Este se habia completamente inocente del crimen de que yo la habia acusado; por consiguiente mando que se sobresea en la ejecucion de la sentencia, pues quiero rehabilitarle y recompensarle tambien. Necesito en Múnich de un ministro residente, cuya actividad, inteligencia y afecto me sean esenciales, y como conozco los del baron de Lammitz, espero que no tendrá reparo en servirme en ese puesto de confianza.

Oberzeitl, sin saber qué responder, y admirado de lo que acababa de oír, no hizo otra cosa que arrojarse á los pies del monarca; mas este, levantándole con afable dignidad, le dijo:

—Levántese vd. baron; no es ese el puesto que le corresponde, porque conozco á los verdaderos criminales.

Estas últimas palabras que Juan Casimiro pronunció con tono severo, hicieron estremecer á Eric-Victor, que no pudo menos de bajar los ojos: mas su hermano siguió diciendo:

—Si, conozco á los criminales, pero pueden estar tranquilos, pues no trato de castigarlos.

Dirigiéndose en seguida hácia el príncipe Eric-Victor, le dijo con tono afectuoso:

Hermano mío: sé que pensabas ausentarte de esta capital y no quiero alterar tan prudente resolución; únicamente haremos que ese simple viaje se convierta en una embajada. Mañana podrás marchar, pero antes vendrás á recibir mis órdenes.

Así habló el príncipe de Anhalt, que aquella misma noche fué relevado de la interdicción y reintegrado en toda la plenitud de su poder.

Pocos días después el caballero Oberzell, acompañado de su fiel Suizbach se instalaba en Múnich con el carácter de residente plenipotenciario; y había podido marchar algo consolado á su hoiroso destierro, pues Sofia Margarita no quedaba sola, teniendo otro vez á su lado á la graciosa lectora, la cual había vuelto á desempeñar su empleo, que hasta entonces habia permanecido vacante.

El día que se siguió á la noche memorable en que el príncipe de Anhalt fué re-instalado en su trono, ocurrió un suceso muy extraño. En el momento en que el príncipe Eric-Victor iba á despedirse de su augusto hermano, y marchar á desempeñar la misión que le habían confiado se sintió atacado de un mal repentino, como habia tenido alguna vez, y cayó muerto á subir las escaleras de palacio.

NOS EXTRAJOS DE LA GACETA DE HOLANDA.

7 de mayo de 1660.

«En la noche del sábado al domingo de la semana pasada, se ha celebrado en secreto un matrimonio en la iglesia del pueblecito de.... situado á media legua de Bernburgo, y dependiente del palacio de la Soledad, en que reside hace algun tiempo la viuda del difunto principe de Anhal-Dessau; Juan Casimiro. Han sido testigos, segun se dice, de esa ceremonia, cuyo misterio es objeto de todas las conversaciones, el baron de Rutteldorf, el conde de Barckfeld, un soldado llamado Patricio Sulzbach, y un jardinero de palacio, hermano de leche de la princesa Sofia Margarita.

«Si hemos de creer los rumores mas acreditados, el novio ha sido el famoso Jorge, baron de Launitz; no se sabe tan positivamente el nombre de la novia, pero hay mu-

chas probabilidades para creer que haya sido la señorita Javiera, condesa de Freising. Sin embargo, muchos dudan de ello, porque en su casa todos siguen dándole el título de *señorita*»

20 de setiembre de 1666.

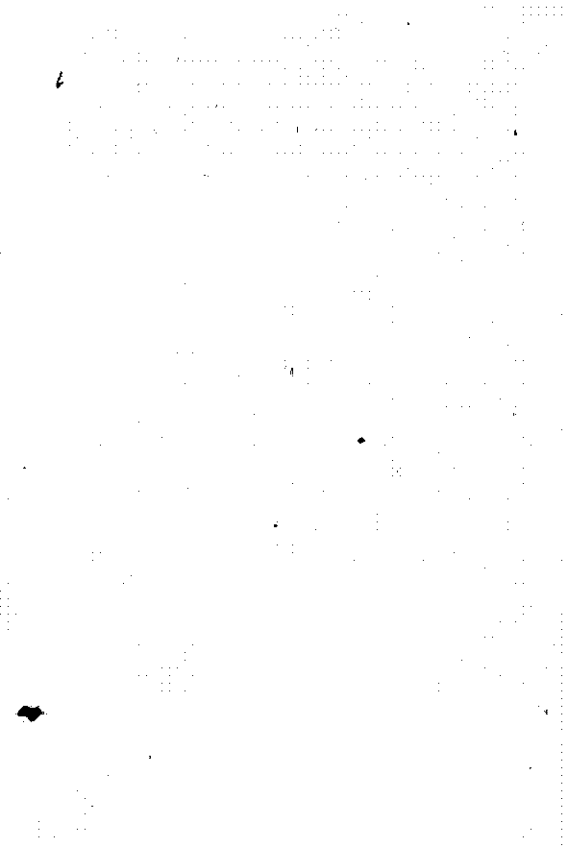
«No es posible comprender los casamientos alemanes. Nuestro corresponsal de Bernburgo nos dice lo siguiente:

«Ayer se casó con gran pompa en Bernburgo el caballero de Stolberg, sobrino del ilustre conde Barekfeld, con la señorita Javiera, condesa de Freising; el Baron de Lantitz ha firmado en los contratos. Como esta noticia no está muy de acuerdo con la que di á vds. hace pocos meses acerca de otro casamiento, debo asegurarles que este último es completamente auténtico»

Nota del redactor: Pues ¿y el otro?

Así acaba este libro, cuyo objeto ha sido demostrar claramente esta verdad, que por muy culpable que un hombre sea, además de otros mil medios de rehabilitación, hay estos dos: el miedo (véase Juan Casimiro); el amor (véase Oberzell).

FIN.



NOTA.

Se halla en prensa para repartirse á la mayor brevedad el primer tomo de la preciosa novela ZANONI, escrita por Mr. Eduardo Lytton Bulwer, elogiada por todos los periódicos ingleses.

Tambien se halla en el mismo establecimiento la interesante novela *Elina ó Sevilla por dentro*, original de D. Cristóbal de Pascual: se ha repartido el tercer tomo y en breve se repartirá el cuarto y último de la misma.

Martin el Espósito ó Memorias de un Ayuda de Cámara; se ha repartido el cuarto tomo que tiene doble lectura que los que se publican en la Sociedad Literaria de Madrid.

Sigue abierta la suscripción en el referido establecimiento á 4 rs. tomo.





3500

2 times

1 vol

- AN

- LVI

- SXX







